Elogio del cadáver

Cristián Barros

PREMIO LATINOAMERICANO DE NOVELA
ALBA NARRATIVA 2013

Elogio del cadáver

Cristián Barros

para Pip, osito de Manuela Riveros

Disjecti membra poetae

HORACIO

1780
PRIMERA PARTE

I

Un cielo encapotado se cernía sobre el dúo de pescadores de caña. Uno de ellos, tocado por un bicornio emplumado, se acodaba cautelosamente sobre el pretil del puente mientras su colega, mayor y más corpulento, sostenía la vara de pescar con ademán ocioso, temiendo que el primer tirón del anzuelo le impusiera una tarea muy superior a sus fuerzas. El río corría perezoso, deslizando una estrangulada película de fango y espuma sobre las orillas.

—¿Ha picado algo, míster Johnson?

—Ni un maldito renacuajo, míster Boswell.

El cochero observaba a sus clientes desde su posición en el carruaje. Ambos hombres parecían ocupados en estudiar las señales que transmitía el sedal de pesca: recónditas vibraciones tensaban y destensaban la línea de crin. Mientras tanto, el coche de posta aguardaba a un tiro de piedra de la ribera, alquilado hacia el alba por el propio James Boswell.

De camino acá, este no había hecho más que cabecear y roncar boquiabierto sobre el hombro del doctor Johnson, impregnando su chaqueta con un espirituoso hilo de saliva. Convalecía de una extensa juerga celebrada en un burdel de Moorfields, aventura que le depararía, sin duda, una penosa resaca matinal.

El día seguía opaco y bochornoso. La corriente se engolfaba en las márgenes erizadas de juncos y frondas de cicuta. Un sauce echaba una greña tenebrosa sobre un recodo del río; en su copa caediza vibraban las avispas del verano.

Boswell se descubrió, quitándose el bicornio. Antes de salir, se había terciado encima una bandolera en donde había pinchado una docena de moscas: los señuelos pendían como las condecoraciones de un remoto país visitado por Lemuel Gulliver. El sol empezaba a caldear.

Se rascó la coronilla como si creyera recordar algo que muy pronto volvía a escapársele. Miró al cielo. Deshilachados cirros filtraban una luz rosada y tibia. Se puso la caña de tejo verde entre sus piernas, mientras se hurgaba la

casaca con ambas manos.

—¿Qué buscáis?

—Mi rapé. ¿Lo habéis visto?

—La última vez estaba en el asiento del coche.

—¿Seguro? —preguntó Boswell.

—Como que me llamo Samuel Johnson, alias *Dictionary*.

Boswell giró en redondo hacia el cochero, y lo llamó con un silbido. Como no hubo ningún resultado, atacó entonces un reclamo para patos. Pero el postillón continuaba sesteando como si nada. Boswell redobló sus esfuerzos.

Volvió a oírse ese chillido gutural y cloqueante.

—¡Maldito escocés! ¿Por qué no vais vos mismo —exhortó *Dictionary* Johnson molesto— por ese estuche de polvos? ¿O es que no bastó con haberme levantado de madrugada para venir a este pantano y auscultar sus miasmas con un cabello de yegua? Juro que, después de mi ración de té, os pondré en esa cara de zorrillo un buen puño inglés... Y tenéis suerte de que sea verano pues de otra manera —bromeó meditando el tono con que aguijonearía a su amigo— tendríais que llevar este cuerpo gotoso y tumefacto sobre vuestra escuálida humanidad. Ja, ja. ¡Apostaría por ver eso!

La carcajada resonó larga y fatigosamente. Su eco aún no se había disipado del todo cuando, enfundado en una sucia librea color hígado, el postillón se reincorporó desde el pescante y gesticuló intrigado. ¿Pero qué podría querer ahora míster Boswell?

Ladridos. Un perdiguero moteado acudió trotando hasta el carruaje. El dálmata ladeó la cabeza y estudió los movimientos de Boswell, distante unas treinta yardas. Aprovechando el intervalo, el postillón bajaría a tierra e iría hasta la cabina de pasajeros. Ya en el lugar, metió medio cuerpo dentro. Emergió con un saquito de fieltro rojo. Agitó su reciente conquista a través del aire espeso.

Enarboló entonces la bolsa por sobre su propia cabeza, de modo que Boswell lograse divisarla sin problemas. El pescador con mosca agitó su sombrero por toda respuesta, la caña resbaló ridículamente por entre sus rodillas. Los caballos del coche se encabritaron.

—¡Enviadla con el perro! —gritó Boswell.

El cochero hizo una seña al dálmata.

El animal se le aproximó y cogió la bolsa entre sus dientes. Barruntó con el

hocico en dirección de Boswell, las orejas erguidas y expectantes. Trotó con la bolsa cimbrándose desde el belfo negro y baboso. Llegó por fin hasta el puente, y se alebró sobre los tablones florecidos de moho. Boswell hizo a un lado los aparejos de pesca y recobró su bolsa de rapé.

Palmoteó el morro del perro.

—Buen chico.

Dictionary se contorsionó para ver cuánto sucedía a sus espaldas. Bajo la peluca de cerda de cabra empezaban a condensarse gruesas gotas de sudor. Desabotonó su chaqueta, y se soltó la chorrera de gasa que llevaba al cuello. Un surco oleoso cruzó su mejilla. Se quitó el tricornio y se abanicó con un ala de este. Con la otra mano asía ociosamente la base de la caña.

—¿Todo en orden, Bozzy? —preguntó acezando.

—Pues eso creo, querido *Dictionary.*

Bozzy enumeró sus posesiones. Cajita laqueada con media libra de picadura de Virginia. Guantes de piel de topo. Cuaderno de notas, pluma y tintero portátil. Tras cerciorarse de que todo estuviera en orden, condenó la bolsa tirando de su nudo corredizo. Los trebejos entrechocaron con un cascabeleo.

—Esperemos —continuó Johnson— que la canícula no nos achicharre antes de tiempo. Por supuesto, una jarra de cerveza no nos vendría nada de mal, ¿eh? Recordadme que os invite a una cuando hagamos el viaje de regreso a Londres.

Desde las breñas del río ascendía una constelación de típulas. Los insectos zumbaban en el aire seco, y algunos de ellos se acoplaban de a dos, revoloteando mientras llevaban a cabo un coito urgente y casi suicida. Boswell volvió a su posición en el pretil del puente, no sin antes notar que un mosquito se había cebado en el cuello de Johnson, precisamente en uno de sus forúnculos.

Pero Johnson, eterno sufriente de escrófulas, no parecía darse por aludido, inmune tal vez a la punción del insecto. Meneó la caña desde su base. El impulso se comunicó rápidamente a la mosca de pescar. El señuelo titiló sobre la superficie del arroyo.

Pasó coleando junto a este un lucio o una perca, el dorso plateado como un cuchillo. Ignorando la existencia del anzuelo, el pez siguió de largo, y se escabulló en el cauce musgoso. Un ahogado resplandor de escamas fue lo

último que pudo verse.

Boswell soltó un suspiro.

—Mejor suerte para la próxima —dijo mientras hacía chapuzas con su mosca, halando la línea de un lado a otro. Agotada la maniobra, se acodó sobre el chirriante pretil, resuelto a holgazanear por el resto de la mañana.

Johnson frunció el ceño.

—Estamos en esto desde las siete —se quejó— y ¿qué hemos sacado en limpio? ¡Nada de nada! Los peces se han confabulado para no morder el maldito anzuelo. ¿Sabéis lo que debiera estar haciendo ahora? Escribiendo un capítulo de mi *Vida de los Poetas,* o arreglando la venta por suscripciones de mi edición de Shakespeare. Y heme aquí, en un palúdico distrito del Noroeste, a cien millas de la civilización.

Un solitario grajo remontó vuelo desde la copa de un olmo, y tras un aleteo exploratorio se posó sobre la barandilla de madera, justo a unos palmos de *Dictionary.* El sabio y el pájaro se quedaron mirando largo rato, inspeccionándose mutuamente a semejanza de unos duelistas escogiendo armas, solo para renunciar al desafío al minuto siguiente. El grajo picoteó la balaustrada del puente, se acicaló el interior de las alas, y graznó dos o tres veces antes de despedirse.

Constituía un auspicio difícil de interpretar.

—El manual de pesca de Izaak Walton recomienda que...

—Cerrad el pico, Bozzy. Vuestro único compromiso en Londres es realizar esas curas de mercurio contra la gonorrea. O bien ir y pescar un nuevo contagio en uno de esos burdeles donde pagáis de fiado. Pero dejadme deciros que...

La caña de Johnson se arqueó repentinamente. La bobina de hilo empezó a devanarse por sí sola, arrastrada por la presión de una inédita captura. Percatándose de esto, *Dictionary* acertó a atajar la manivela del carrete, rebobinando el sedal perdido con una férrea rotación de su muñeca.

—¡Bravo! —vitoreó Boswell—. Debe ser una trucha de treinta libras.

—¿¡Trucha!? Cruzad los dedos, y hoy la cenaremos frita con patatas.

La presa afloró desde un eructo de légamo, una negra erupción orlada de burbujas. Johnson remolcó su presa, girando el carrete hasta que el anónimo pez quedara suspendido a la altura de sus ojos. Él y su amigo contemplaron la criatura con escepticismo.

—Evidentemente no es una trucha —se retractó Boswell.

—Ni un bagre. Ni siquiera un sapo —dijo Johnson sin ocultar su decepción.

—En realidad se trata de un pie humano. O eso parece.

II

A la vera del camino real se discernían las siluetas de las máquinas de Watts, meciéndose a manera de gigantescas langostas de hierro. Sus extraños cuerpos de insecto delataban la vecindad de una mina de carbón. Las bombas de achique funcionaban obedeciendo un celoso atavismo, el balancín superior cabeceando virtualmente sin intervención humana.

Las estructuras se perdieron de vista al cabo de poco, fugitivamente encuadradas dentro de la ventanilla del carruaje. Boswell pellizcó una brizna de rapé, y se quedó jugueteando con ella, pulverizándola entre las yemas de los dedos. Atardecía. Las ruedas gemían ensartadas a unos ejes mezquinamente lubricados.

—¿Creéis que se trate de un asesinato?

—Es muy probable. O quizás —especuló Johnson— todo se deba a una mutilación producida por una de esas novísimas máquinas a vapor. El paisaje actual, lleno de esos autómatas, de esos ingenios animados por válvulas y bielas, no es el mismo de hace unos años.

—Un operador cercenado por las fauces de trapiche mecánico. ¿Es eso?

—Tal vez —susurró Johnson—. Matar a alguien es muy distinto a cortarlo en trozos. En cualquier caso, es preciso hacer una parada y preguntar por un médico antes de ir con el cuento a las autoridades. ¿Cuánto tiempo llevamos en ruta?

—Casi media jornada.

—¿Tanto? ¡Vaya! Fue una suerte que el cochero quisiera compartir su merienda. Pues de otro modo...

Johnson calló abruptamente. Una granja asomó tras una colina.

—Desviad el coche —ordenó.

Boswell sacó su cabeza por la ventanilla y silbó al cochero. Este iba sentado en el pescante junto al dálmata. El perro se desovilló, estiró las patas y ladró amigablemente. Los ramajes de tejos y castaños se entrelazaban por lo

alto, abovedándose sobre el desvencijado carruaje.

—En el siguiente cruce, tomad a la izquierda.

—Muy bien, míster Boswell —gritó el cochero.

Las riendas chasquearon sobre las brillantes musculaturas. Los cascos picaron más fuerte sobre el sendero, y después relajaron su compás al alcanzar el cruce. El coche torció por la nueva bifurcación.

—¿Qué pensáis hallar en la granja? —preguntó Boswell.

—Para empezar, una buena taza de té.

La diligencia rodaba a través de un camino secundario, más estrecho y tortuoso. Este se abría a una depresión lateral, cubierto de trigales cosechados. Una ceniza dorada gravitaba sobre aquel par de acres. El sol retrocedía.

Boswell esnifó una pizca de su tabaco molido. Arriscó la nariz a causa de la irritación, y después exhaló complacido. Sacó un cuaderno desde una trampilla disimulada en el forro de su casaca.

Dictionary se rascó detrás de la oreja.

—¿Estáis haciendo lo que pienso que estáis haciendo?

Boswell titubeó. Equilibró su pluma sobre un folio en blanco. Pero antes de profanar la página con un trazo, consultó el rostro de Johnson. Su expresión no era precisamente la más entusiasta.

—No es necesario —lo disuadió Johnson paternalmente— que transcribáis todo en ese proyecto de biografía. En verdad, os agradezco que reunáis materiales para mi retrato póstumo, pero a menudo pienso que exageráis vuestras precauciones. Es como si cada evento ocurriera dos veces. Una en la realidad, y otra en vuestra transcripción instantánea. Sois un espejo hecho de tinta, querido Boswell.

El escocés mordió su pluma, jugueteó con el inconsútil tintero de bronce, y terminó regresando todo a su bolsillo secreto, sin duda un tanto compungido. Johnson encasquetó su tricornio sobre la protuberancia de la rodilla derecha, y pegó un chirlito sobre la cresta delantera del sombrero. Parecía satisfecho.

El cielo de la cabina comenzaba a drenar. Los dos ocupantes miraron el punto en donde se había concentrado aquella poza invertida. Una solitaria gota cayó entonces sobre la bota de Boswell. Quizás, después de todo, no había sido una buena idea transportar el pie mutilado arriba de la diligencia.

—¡Nuestra trucha! —sonrió Johnson irónico.

Presumiblemente, el flotante muñón yacía anegado en un charco de lúgubres serosidades, y solo ahora se atrevía a manifestarse. Comoquiera que fuese, ninguno de los dos caballeros pretendía discutir el estado de la extremidad. Boswell se limitó a limpiar la gota con un pañuelo.

Se oyó un providencial relincho. Ambos saltaron sobre los acolchados de la cabina en cuanto el postillón frenara la diligencia. Se cubrieron y luego descendieron. Sus figuras se recortaron contra la luz de crepúsculo. Una parvada de gansos salió al encuentro de los viajeros.

El conjunto anadeaba con las alas extendidas, parpando con aire bravucón alrededor de los desconocidos. Con todo, la bandada se mostraría particularmente atraída por Boswell, vestido con su traje de verano, casaca ligera blanca con bocamangas azules.

—¡Chuuuu! ¡Chuuuuu! —gritó Johnson hasta desgañitarse, abriéndose paso entre los pesados aleteos. Suaves partículas de edredón se arremolinaban en torno a su cuerpo. Los inmaculados copos se pegaban a su peluca formando una especie de halo.

Paradójicamente, Boswell eludió los gansos con mejor fortuna. Adelantó hasta lo que debía ser la casa del granjero. Se detuvo ante una puerta de roble crudo. Llamó con un golpe de nudillos, y como no contestara nadie empujó la hoja al tiempo que se quitaba el bicornio. Se agachó al franquear el dintel.

Johnson se zafó del cerco de graznidos, y entonces se precipitó a la zaga de Bozzy, las enfurecidas ocas correteando por doquier. Pero no había ganado una yarda cuando vio que su amigo era sacado a punta de mosquete desde el interior de la casa. El arma se prolongaba en una bayoneta herrumbrosa, irrisoriamente curvada hacia arriba.

El granjero, un tipo grueso y bizco, con una venosa nariz de champiñón, aporreaba sus zuecos contra la tierra negra, mientras Boswell reculaba con los brazos en alto. Por desgracia, la contramarcha fue interrumpida por un yugo de bueyes varado a la entrada de un corral. El intruso trastabilló y se desplomó contra un montón de heno podrido.

El incordiado dueño de casa encañonó a Boswell.

—¡Invasión! ¡Invasión! Venid aquí rápido, Mildred. He pillado a un soldado del rey de España.

—Os equivocáis, señor —corrigió Boswell.

—¡Silencio, Pepe! —el granjero rugió—. Venid ya, Mildred. ¡Que la

armada de los papistas ha desembarcado! Avisad a toda la familia que vuestro marido y padre es un héroe de Inglaterra.

Y vos, Pepe, o como os llaméis en España, tranquilo, eso es, muy tranquilo... No he disparado el mosquete desde hace diez años, pero no trepidaré en hacerlo ahora. ¡Bum! ¡Bum! ¿Oísteis, Pepe?

Dictionary se precipitó en auxilio de su compañero, soltando unas briosas zancadas. No tardó en inmiscuirse entre Boswell y el granjero, terciando su robusta envergadura a manera de escudo. Se puso en guardia, los puños flexionados en ángulo recto, las piernas tensas como las de un acróbata. Creía no haber olvidado las lecciones de boxeo que le impartiera el hermano de su padre. Ensayó un par de fintas mientras el mosquete seguía apuntando hacia Boswell.

—¡A-a-alto ahí! —tartamudeó Johnson—. So-m-m-mos amigos.

Pero el conato no impresionó al granjero. ¿Un púgil salido de las sombras? Había visto cosas peores. Cabras bicéfalas. Meteoros suspendidos en el cielo. Posesiones diabólicas que se curaban con orina de virgen. ¿Qué podría temer? Pues nada. Cuanto realmente lo intimidó fue la irrupción de esos tics en el rostro del extraño. ¿Epilepsia? ¿Hidrofobia?

De un momento a otro, Johnson empezó a gesticular y convulsionarse.

—Dejadlo en paz, y se le pasará pronto —añadió Boswell, todavía tumbado, sondeando cómplice al granjero con una media sonrisa—. Solo es uno de sus típicos ataques.

III

Todo el ámbito inspiraba una bucólica modorra. Sobre la mesa se acumulaban las carcasas de pollo y los cortes de jarrete de vaca, con su tuétano vaciado y los tendones unidos aún al hueso circular: la carne había sido engullida parsimoniosamente, y ahora era sometida a una jugosa digestión. El granjero rebañaba su plato con un mendrugo, mientras su mujer ciega bombeaba un bote para hacer mantequilla.

Boswell se había acomodado sobre un taburete, las ropas estropeadas por la caída. Graciosamente imperturbable, el caballero escocés arreglaba las moscas de pesca prendidas a su bandolera de cuero. El mosquete descansaba

apoyado contra un muro.

—Un malentendido, como veis bien —instruyó Johnson a su rústica audiencia—. Este es mi amigo James Boswell, futuro lord Auchinlenck, un formidable camarada literario, educado en Edimburgo y Utrecht, protestante hasta donde yo sepa, y ciertamente no el rancio cadete español que vosotros creíais. ¿Verdad, Pepe? —bromeó dirigiéndose a Boswell.

El granjero se levantó y fue hasta una alacena. Regresó con un panfleto impreso de tres colores. Enseñó a Johnson la estampa de un infante del ejército español. Clavó la yema de su índice sobre la figura.

—Casaca blanca, bocamangas azules. ¿Cómo iba a saber yo la diferencia?

—Tenéis razón, míster Trebisham —terminó por admitir Johnson—. El vestuario de míster Boswell es idéntico al uniforme español.

—Ajá. ¡Y para colmo las medallas militares!

El granjero señaló hacia los variopintos señuelos enganchados al tahalí de Boswell. ¿Medallas...? La alusión confundió al propio Johnson. Solo al cabo de un rato comprendió a lo que Trebisham se refería.

Dictionary se sobó el dorso de las manos.

—No se trata de medallas, querido Trebisham. En realidad son simples anzuelos. Moscas de pesca. Estuvimos pescando río arriba con míster Boswell. ¿Verdad, Pepe?

Boswell cruzó y descruzó las piernas. Se amohinó.

—Os rogaría —subrayó— dejar de llamarme así, estimado doctor. El epíteto podría confundir nuevamente a nuestro piadoso anfitrión.

Trebisham se sentó y chupó un hueso de pollo. Reflexionó antes de continuar. La señora Trebisham seguía paleteando el astil del bote mantequillero, la falda salpicada con grumos de nata. Sus globos velados, fríos como canicas, miraban hacia su marido. O más bien hacia su voz.

—De acuerdo, ¿pero qué me decís del acento de míster Boswell?

—¿Su acento? ¿Eso es? Un nativo de Escocia, y nada más.

—¡Haberlo dicho antes!

Trebisham se enderezó atropelladamente, y estiró un brazo hacia su mosquete. Agarró el arma por su culata y volvió a apuntar sobre Boswell. Un tímido hilo de orina enfrió la bragueta del blanco humano.

—Aquí odiamos a los escoceses —anunció Trebisham cascando las muelas.

—Cuestión con la cual tiendo a coincidir —aprobó Johnson—. Desde la Unión del 1707, nada ha ido muy bien que digamos... Los advenedizos del Norte han trepado a los mejores puestos de la administración, monopolizado el comercio de la Isla, y pervertido nuestras letras. Basta citar el caso de Macpherson y su *Ossian* para ilustrar la influencia perniciosa de los escoceses al sur del Muro de Adriano. Y sin embargo...

—¿Sin embargo qué? —preguntó Trebisham, con el índice bailando en el gatillo.

—No lo sé. Tenía la idea en la punta de la lengua. En cualquier caso, míster Boswell es legalmente un súbdito de la Corona, y no ha incurrido en ninguna acción de rebeldía contra su majestad, aunque todos sepamos que Jorge III sea un imbécil congénito y se merezca una coz en el culo. Pero yo en vuestro lugar, querido Trebisham, no mataría a este delicado espécimen escocés. ¿Verdad, Pepe?

El granjero descansó la culata en el piso. Carraspeó.

—Se rumorea —dijo Trebisham justificándose— que una flota de españoles y franceses patrulla el Canal de la Mancha... El último año no se habló más que de eso. ¡La armada del ’79! Las fragatas enemigas anclando en Portsmouth y Dover, remontando el mismísimo Támesis... La gente común, los ingleses de a pie, ya no confían en el almirante Sandwich, sobre todo después del asesinato de su amante... Por otra parte, imaginad qué haríamos conquistados por Francia y España, y no es solo por la cosa religiosa, ya sabéis... Esos hidalgos mendicantes, esos señoritos de Versalles, cargados de crucifijos y putas, guisando liebres salvajes y caracoles de jardín... ¡Puaj! ¿Verdad, Mildred?

Mildred Trebisham dio una paletada final al bote de mantequilla, e irguió un esqueleto embozado en una epidermis amarillenta y floja. Se aproximó a una bujía de grasa de cerdo, y despabiló la mecha mientras ardía. Se arregló la escarcela que traía sobre el pelo entrecano, y enseguida retornó a su menester. El batido de las natas producía una música monocorde y extática.

—Excusad a Mildred. Solía ser una gran parlanchina, pero desde que le he puesto el bozal corrector prefiere no hablar demasiado.

El granjero prescindió del arma, no sin antes pasear un pulgar por el filo de la bayoneta. Hizo una pausa, y luego sacó una botella de clarete. El sitio olía a tocino, a sidra, a boñiga fresca.

—¡Acercaos! Vos y el escocés.

Los citadinos arrastraron sus sillas. Un chorro de clarete gorgoteó dentro de un vaso. Con tal de corresponder a la cortesía, Boswell puso sobre la mesa su cajita de rapé. Brindaron.

Dictionary interpeló al granjero.

—No sois el único que anda con el ánimo caldeado, querido Trebisham. Entre otras razones, salimos de Londres para evitar los tumultos que ha provocado la amenaza papista, ahora que los borbones se han aliado con los insurgentes americanos. El pueblo ha salido a quemar cuanta iglesia o residencia católica pille por delante, con pésima suerte para los arrabales irlandeses... Evidentemente, nuestros políticos sacarán partido de la situación con su muy alegre y oportuna venalidad. Lord Gordon guía cínicamente a las turbas, mientras el antimonárquico Wilkes ahora defiende el Banco de Inglaterra, fusilando a sus antiguos votantes.

Trebisham meneó la cabeza.

—¿Creéis que seremos invadidos?

—Lo dudo, señor. Cuando nuestros pintorescos vecinos del sur se enteren de la clase de gente melancólica que somos, seguro empacarán y se largarán con rumbo a las Indias, o bien a alguno de los polos. Además, creo que es más fácil estrujar a un esquimal que a un inglés. No obstante, habrá que despedirse de ciertos lujos meridionales. Tal como os imagináis, nuestras primas latinas son mucho más encantadoras que las hijas de Albión. ¿Verdad, Pepe?

—Uno siempre se enamora en París —intervino Boswell.

—¡Ah!, cuando estuve allí en el setenta y cinco... —suspiró Johnson.

La cara de Trebisham se iluminó de pronto. Se puso otra vez de pie, y cogió un salchichón que colgaba desde una viga. No teniendo un cuchillo a mano, echó el guante a la bayoneta del mosquete, empleando la hoja de este para cortar el embutido en lonjas del tamaño de un cuarto de guinea.

Repartió los cortes como si se tratara de las cartas de un naipe.

—Decidme ahora en qué puedo ayudaros.

—Sucede, querido Trebisham, que necesitamos un médico o un practicante de cirugía. Mi amigo sufrió cierta herida pescando —mintió Johnson— y tal vez sea aconsejable el escrutinio de un profesional.

—Si no sois muy exigentes, conozco a alguien que podría servir. Ofició

como veterinario durante unos años. Un sujeto bastante misántropo, si disculpáis la expresión. Vive media milla río abajo, junto al molino. Barbero-cirujano en un barco de guerra. O algo por el estilo. Aloysius Lafleur.

Boswell anotó el nombre en su cuaderno mientras el granjero escanciaba otra ronda de clarete. Los citadinos bebieron y después se encasquetaron sus sombreros. Se aprestaban a decir adiós cuando, emergiendo desde su tupida clausura, Mildred Trebisham se desentumeció de golpe y pegó un respingo.

—¿Mildred?

Nadie lo había notado hasta entonces, pero la mujer del granjero estaba sentada sobre una pila de libros. Tomó uno de ellos, y fue hasta la mesa de los caballeros. Exhibió un ejemplar en octavo ante la mirada perpleja de Johnson.

—¿Sois vos el autor? —preguntó Mildred, pestañeando como un topo.

Johnson reconoció el título. Se mostró halagado.

—*Rasselas, Príncipe de Abisinia* —leyó en voz alta—. Pues sí, madam. Yo soy el humilde autor de este cuento oriental. Con él sufragué los gastos del entierro de mi madre. Es t-t-todo un honor el que m-m-me hacéis —tartamudeó conmovido.

La mujer se prosternó vacilante.

—Mi marido lo lee por mí —dijo—. Tened presente mi ceguera.

Johnson se volvió hacia el granjero, la peluca constelada por una capa de plumón de ganso. Blandos átomos giraban en torno de su mofletuda cabeza.

—¿Es eso cierto, míster Trebisham?

—La vida en la campiña es aburrida. La caza, la lectura, tal vez una partidita de faro los domingos... Todo consuelo es bueno —masculló Trebisham y silbó a través de las encías desnudas—. Incluso hacer de centinela por si vienen las tropas españolas... ¡Bum! ¡Bum! ¿Oísteis, Pepe?

El escocés se sacudió una manga.

—Boswell. James Boswell.

IV

Ya en el establecimiento del barbero-cirujano los hombres se aligeraron del lastre que traían en la bolsa, y retrocedieron coreográficamente hacia el

fondo de lo que parecía una caballeriza abandonada. Las vigas del techo, barnizadas por el roce lascivo del humo de pipa, albergaban telarañas y sórdidas aglomeraciones de pelusa.

El medicastro Aloysius Lafleur, bisnieto de hugonotes y autodidacta según propia confesión, escupió sobre las palmas de sus manos y luego las frotó entre sí, mientras monologaba ensimismado, repitiendo de memoria las entradas de un manual anatómico.

Por toda mesa de disección, había un gran tablón de pino cepillado, sostenido sobre dos macizos fardos de heno. Un haz de luz lunar cruzaba un respiradero, y caía de sesgo a lo largo de la superficie. Indiferente a las acciones que se preparaban en su contra, el saco de estopa permanecía varado sobre el improvisado mueble, celoso de su hermetismo, exudando una especie de hiel o mucílago a través del paño.

Johnson se derrumbó sobre una banca de ordeñar, enjugándose las sienes con una manga sucia y aterciopelada. El espectáculo de aquella protuberancia, de ese abotargado muñón de pie humano, cercenado a algún infeliz por motivos que él presumía terapéuticos o simplemente punitivos, lo había impresionado de tal modo que las palabras salían de su boca espasmódicamente.

Como le ocurría de costumbre, su discurso se emboscó y redujo a un entrecortado flujo de monosílabos, más propio de un crío de pecho que del mejor editor de Shakespeare. Un sudor nervioso invadió el rostro del erudito. Su visión se nubló.

—Creí p-p-percatarme —farfulló al fin— de un t-t-tatuaje o estigma. Estaba justo —indicó con un gesto— en el borde del t-t-tobillo.

—¿Ah, sí? —masculló el forense—. Podría tratarse de un marinero. La clase de persona que condescendería a marcarse el cuerpo con una aguja entintada. ¿Qué opináis, caballeros?

—Tal vez sea el resto de uno de nuestros *Picti* —pontificó Boswell, confiando en que la alusión a los antiguos bárbaros del país, los pictos descritos por Tácito, haría un efecto agradable—. Eran muy aficionados a la... digamos..., ¿pintura subcutánea? Seguramente el doctor Johnson podría referirse con mayor rigor a...

—¿Podéis hacer el f-f-favor de callaros? —cortó Johnson en seco.

—Pero yo... —procuró excusarse Boswell.

El miembro mutilado, oculto aún bajo su tosca crisálida, gobernaba los movimientos del grupo de observadores, e inducía en ellos expresiones de sorpresa o consternación. Premunido de una lanceta a medio oxidar, Lafleur avanzó sobre el anónimo bulto.

Pero no tardó en advertir que el lienzo se había pegado al pellejo del miembro. Temía que al vaciar el saco desollaría involuntariamente el pie, cuestión que impediría, después de todo, confirmar la observación de Johnson. Optó por cortar el saco por la parte más floja.

La iniciativa lo mantuvo ocupado por espacio de una hora.

—¿Un tatuaje, verdad?

—Precisamente —ratificó Johnson, recuperando la compostura—. De hecho, juraría haber leído una palabra entera. Siendo honestos, mi querido Lafleur, de no ser por aquel tentador detalle dudo que nos hubiéramos citado con usted. Sí, amigo mío. Uno suele ver muchas cosas flotando por los desaguaderos de Inglaterra como para prestar atención a un humilde apéndice anatómico. Además, quién sabe si el propietario de este olvidado pecio de carne, por emplear un eufemismo a la altura de las circunstancias, goza hoy de las ventajas de una espléndida pata de palo.

—¿Recuerda la palabra?

—Más bien recuerdo su caligrafía.

Boswell se echó una picadura de rapé a la nariz. Estornudó teatralmente, y luego hurgó en el interior de su casaca de montar. Al cabo de un rato, se materializó entre sus manos una libreta y un carboncillo. Mordió la punta, asumiendo un aire especulativo, y comenzó a tomar notas a mano alzada. El barbero-cirujano se mostró halagado por este súbito despliegue, persuadido de que la transcripción versaba sobre su persona. Se equivocaba.

—Habéis venido desde Londres, ¿no es así?

Johnson se sorbió las narices. Su gruesa cara de carnero capado se ensombreció de repente.

—Desde Londres, claro —sentenció.

El forense cogió una espátula confeccionada en hueso de ballena, esgrimiéndola entre la tela del saco y la lívida membrana que envolvía el pie. Separaba ambas capas con ceremoniosa suavidad, mientras su bisturí rasgaba el saco por una de sus costuras.

Terminada la tarea, Lafleur se echó atrás para contemplar el pequeño

monstruo. Era un pie izquierdo bastante ordinario, probablemente masculino, con algunas callosidades aquí y allá. El pie de un tinterillo, o el de un joven pastor de iglesia.

Johnson se removió en su asiento.

—¿Y bien? —susurró.

La extremidad, fatalmente separada del resto de la pierna, parecía bostezar a través de sus poros como una enigmática esponja, desprendiendo una pestilencia dulce y alcanforada, que hacía recordar la podredumbre de un albaricoque. El dedo gordo se había teñido de un púrpura profundo, como así también el talón, lugares donde se había empozado la sangre antes de vaciarse del todo. Aloysius Lafleur limpió los escasos instrumentos quirúrgicos sobre su mandil de cuero.

—Ya está hecho, caballeros —anunció con un bufido.

El hedor de carroña había recrudecido, asaltando a los presentes con el vigor de una bofetada. Boswell extendió un pañuelo a su viejo amigo, rociándolo antes con una ampolla de láudano. Johnson amagó levantarse, pero fue inútil: esa nube o gas lo rechazaba. Tragó saliva, y se sujetó el vientre con ambas manos, como para evitar que su estómago fuese estrangulado por el asco. Buscó a Boswell con la mirada.

El maldito escocés se paseaba en torno de la mesa, sin acertar a descubrir el sitio exacto del tatuaje, pinchando con su lápiz la pulpa biliosa que alguna vez habría llevado puesto un zapato. El penacho de su bicornio oscilaba de un lado a otro, anticipando las inquisitivas evoluciones de su dueño, quien, excepto por las manchas de lodo, iba ataviado al estilo de un héroe de ópera italiana.

Boswell negó con la cabeza.

—Nada. Ni el menor rastro —admitió pesimista.

De suerte que, por un momento, llegó a pensar que su mentor había sufrido una alucinación. Quizá, se dijo, el tatuaje no era sino el dibujo de una vena infartada. Un coágulo con forma de trazo escrito. Comunicó los resultados de su examen a Johnson, mientras este se erguía laboriosamente.

—¿Nada? —preguntó Johnson—. ¿Estáis seguro, Bozzy?

—El señor está en lo correcto —terció Lafleur—. Nada.

El cirujano-barbero se quitó el mandil, tieso de pringues de sangre seca, y volvió a escupir sobre sus palmas. La fricción fue rápida y enérgica. Reclamó

sus emolumentos, media guinea por todo el trabajo, dijo, dirigiéndose a Boswell con aire mitad imperativo y mitad burlón. Boswell pagó y regresó junto a un trémulo Johnson, ya septuagenario, con tal de disuadirlo de lo que juzgaba era una mera fantasía. Ofuscado, el maestro insistió en ver el pie por sí mismo.

Claro que era un pie, pero del así llamado tipo griego, es decir, con el segundo dedo más largo que el resto... La peculiaridad dotaba al conjunto de una rara elegancia. Además, por lo visto, el tobillo había sido aserrado más que descoyuntado, de modo que el borde de piel ofrecía un aspecto chamuscado. Jirones de epidermis debieron desgajarse en el curso de la intervención, Johnson se apuró en inferir, inclinando adelante su enorme cabeza, flanqueada por bucles del tamaño de auténticas coliflores.

Sacó desde el dobladillo de su manga una lupa.

—¡Mirad, justo allí!

Dictionary señaló el revés de la arpillera. Un pedazo de piel humana se había adherido al borde interno del saco. Triunfante, condujo su lupa hacia el área en cuestión. Cuatro o cinco letras desfilaban a lo largo de aquella estría secreta. Trató de leer el esbozo de palabra, demorándose unos cuantos minutos, sin lograr más que la identificación de un par de vocales.

—Tal vez la palabra esté escrita en cirílico —vaciló.

Boswell aprovechó el titubeo del lexicógrafo para acercarse y sondear el arcano. Su rostro se iluminó, sus orejas se ruborizaron. Se diría que ya había resuelto el problema de una vez por todas.

—¡Permitidme, caballeros!

Con falsa paciencia, hizo aparecer un espejito de tocador en su diestra. Luego orientó el óvalo de azogue de manera que sobre su faz se reprodujeran las letras, mostrándolas ahora en el sentido contrario. Complacido ante este nuevo testimonio, Johnson se abalanzó para descifrar los signos que fluctuaban sobre el espejito.

—L-u-s-c-i... —deletreó con la voz cascada.

Su papada se hincó sobre el nudo de la chorrera de gasa, los pliegues de gordura ondulando al compás de las sílabas.

V

Las cuatro ruedas del faetón rodaban por el camino que los llevaría de regreso a Londres, un Londres caliente y abigarrado de presagios. Durante el último mes, el vulgo había hecho arder peleles que simbolizaban al papa o al rey de Francia: las vindicativas hogueras se prolongarían hasta confundirse con las más inocuas de la Fiesta de San Juan... El aire se hacía más seco y áspero a medida que acortaban el trayecto.

—¿Crees que llegaremos para la cena?

—Cuento con eso —dijo Boswell—. En el peor de los casos, me resignaría con un brindis de oporto en alguna taberna del Soho, ya pasada la medianoche. ¿Me acompañaría el señor?

Apretujados en la cabina del coche, Johnson y su colaborador literario sufrían los baches de la ruta. El primero se abanicaba con un pliego de la *London Gazette*, mientras Boswell revisaba las notas de la víspera, hojeando con ademán quisquilloso su libreta empastada en badana de cerdo.

Un momento después, el coche brincó y ambos pasajeros se golpearon la nuca contra el techo. Boswell se quejó por los dos.

—¿Ir por una copa? Gracias, Bozzy, pero me confieso incapaz. Ha sido una temeridad de mi parte llevar tan lejos el asunto del pie perdido. La aventura consumió la escasa vitalidad que se puede permitir un hombre a mis años.

El ajuar de pesca con mosca yacía semioculto a los pies de los peregrinos. Paradas una junto a otra, las cañas se agitaban rítmicamente con cada zarandeo del coche, emitiendo un crujido elástico. Sedales, anzuelos y carretes descansaban en el vientre de una bolsa de tela engomada. El látigo del cochero chifló a través del aire, para después fustigar el lomo de uno de los animales.

—¿Qué piensas de aquella palabra? *Lusci...*

—Bueno, parece una palabra latina, ¿no?

—Suena razonable. Muy razonable.

Johnson se detuvo a lucubrar.

—*Luscinia,* ruiseñor... *Lusciosus,* tuerto... —enumeró las únicas entradas posibles en su memoria. Luego recapacitó—. ¿Hay algún nombre geográfico que también empiece así?

—Lo dudo, señor.

Johnson se aclaró la garganta y expectoró con cierta vehemencia. Un esputo de flema voló desde el vano de la portezuela y cayó sobre la tierra

arcillosa. El sabio cruzó una pierna por sobre su rodilla, y probó a sacarse un zapato. Gruñó y blasfemó.

—¿Algún personaje literario, por ejemplo?

—Lo ignoro —declaró Boswell encogiéndose de hombros.

El faetón continuó zigzagueando como de costumbre. Acababan de pasar de largo frente a una destilería de malta, cuando Johnson se desembarazó por fin del calzado que torturaba sus juanetes. Acarició el maléolo del pie, restregando encima un pulgar manchado con tinta de periódicos. Sus articulaciones rechinaron a semejanza de un cascanueces.

—Una cosa más, Bozzy.

Se oía al par de caballos de tiro roznar y hollar el suelo con recios golpes de herradura. El sonido de los cascos amenizaba un viaje de otro modo insufrible.

—Soy todo oídos.

—Agradezco la cortesía. Conque iré al grano. ¿No os molestaría que visitáramos al polígrafo Baretti una vez en Londres? Sé que ambos no os lleváis muy bien, pero, ya sabéis... Jamás me perdonaría dejar huérfana de sentido a una palabra. Ni siquiera una media palabra.

VI

Ganaron el estrecho portal, ubicándose a un palmo de la puerta pintada de escarlata. En su centro colgaba un mustio aldabón de bronce, mordido de moho un poco por doquier. El mazo abatible tenía la forma de una cabeza de grifo. Johnson se remangó uno de los brazos, y llamó a la puerta propinando tres golpes rituales, cada intento más débil que el anterior, como si el intruso solicitara ser absuelto de su osadía inicial.

—Aquí es.

Johnson confió a su leal camarada lo que parecía más una esperanza que una evidencia. En realidad, no podría asegurar que el domicilio de Baretti siguiese siendo el mismo. El vecindario se le antojaba demasiado cambiado; había esa pileta, por ejemplo, una suerte de fregadero público. Y luego notó con alarma, aquel montón de escombros, qué curioso. Acaso se había equivocado. Eran cosas que le suelen suceder a los viejos.

—Sí, aquí es.

Boswell se sacudió a bastonazos los cuajos de lodo que se habían pegado en sus suelas. Miró en torno buscando posibles enemigos, rufianes ansiosos de desplumar a un par de caballeros, distinguidos hombres de letras, pero solo detectó las sombras danzantes de un grupo de mendigos calentándose ante un escuálido fuego. No contento con eso, hurgó en el resquicio de su botín derecho, justo detrás de su pantorrilla, en donde traía una daga de estilo corso, obsequio del general Paoli a su admirador más tenaz.

—¿Conque es cierto que estáis armado, Boswell?

—Nadie sabe lo que podría pasar en noches así. La plebe exaltada por la oratoria de lord Gordon ha hecho saltar los cerrojos de las cárceles. Y desde entonces los criminales pululan entre nosotros como truchas de río. Lo pueden abordar a uno con propósitos muy poco halagadores. Es mejor protegerse, señor.

Boswell se disponía a continuar su alegato, pero lo interrumpió el ruido de un inquilino bajando las escaleras. Crepitaciones de peldaños. Tintineos de llaves. Choques contra muebles que cobraban una tramposa animación.

—Ese debe ser Baretti.

—Mucho me lo temo —susurró Boswell.

Un minuto después, surgía ante ellos la esponjosa silueta del italiano, su nariz de conspirador proyectándose con elegante descuido sobre la boca crispada y madura. Baretti llevaba encima una toga o camisa de dormir, además de un peculiar gorro de castor. Una bujía de manteca iluminaba su máscara insomne, con grandes ojeras de bibliófilo y la ceja derecha arqueada especulativamente. Asomó su perfil de aguilucho fuera del dintel, y sonrió a Johnson pero no a Boswell, dedicándole a este una mueca apenas indulgente.

—*Signor* Baretti, lamento irrumpir así, pero... —Johnson balbuceó, entrelazando sus pulgares con un mohín culpable.

—¡Venga un abrazo! —Baretti protestó, y esperó a que el corpulento visitante lo estrechara contra sí.

Boswell se limitó a sacarse su bicornio, mientras Johnson y Baretti se abrazaban y palmoteaban las escápulas el uno al otro. Una ráfaga cruzó junto a ellos, y apagó la llama de la vela, dejándolos sin más luz que el brillo residual que les llegaba desde la esquina, lugar donde los pordioseros habían emplazado su hoguera.

—Vamos, entrad. Vos y vuestro maldito falderillo escocés. Seáis

bienvenidos.

Treparon a oscuras por la escalera.

Baretti guiaba a sus huéspedes a través de un laberinto de cacharros y fardos de libros, apilados a manera de vanguardias hostiles. La casa olía a vino picado, a jengibre fresco, a ropas sin secar. Encaramado sobre el penúltimo peldaño, Johnson asía respetuosamente el faldón de la camisa de Baretti, mientras Boswell hacía otro tanto con el propio Johnson, agarrándose a la cola de su levita para así no perder pie.

—No piséis al gato. Es lo único que os ruego.

La fila de caballeros conquistó el rellano de la escalera, y después pasó al ambiente que ocupaba Baretti en los altos del edificio. Este vivía al parecer sin mujer ni hijos, ni ninguna otra carga familiar, cortejado exclusivamente por un gato rechoncho y circunspecto.

Una vez arriba, el italiano escarbó las entrañas de un armario, y emergió de él con un yesquero. Le tomó un par de minutos hacer fuego. Sin embargo, tan pronto la mecha prendió, colocó el muñón de vela en el gollete de una botella, y batió sus palmas para elogiar su buena fortuna.

Se apresuró en ofrecer licor a sus invitados.

—Una copa de jerez será suficiente —sugirió Johnson.

La luz había puesto en evidencia el desarreglo doméstico que hasta entonces solo era materia de conjetura. Un tendedero cruzaba la habitación de esquina a esquina, agobiado con prendas y ropas que imploraban por un urgente zurcido. De este lado de la ventana, un remedo de pupitre reunía sobre su tapa una caótica estiba de libros, plumas y tinteros exhaustos. En un alarde de incoherencia, un gabán verde, una ristra de ajos y un telescopio portátil colgaban desde tres clavos en el muro, enganchados melancólicamente uno junto a otro.

—¿No hace un poco de calor aquí dentro? —preguntó Boswell.

Tras ausentarse por un instante, *signor* Baretti regresó con el jerez prometido. Sirvió el licor en un par de tarros, y sometió al escrutinio de Johnson el primer chorro de bebida. Aunque no lo había querido mencionar antes, se percató de que Boswell, prolongando un gesto irrisorio, no había renunciado aún a la levita de Johnson que alzaba por uno de sus faldones, como lo haría un paje borracho en una comedia.

Baretti se dirigió a Boswell, y observó socarronamente:

—Ya puede usted soltar a su amigo.

Por supuesto, la declaración no fue muy bien recibida por el viejo *Dictionary*. Este montó en cólera, se volteó y arrebató de un manotazo la extremidad de su casaca. Disipado el acceso de ira, Johnson buscó con la mirada un asiento en donde dejarse caer.

El italiano se apresuró en acercarle una silla.

—Maestro, por favor.

—*Grazie*, querido Baretti —resopló Johnson—. ¿Novedades?

—Lo de siempre. Corrijo mi libelo contra Voltaire... Pulo las aristas más ingratas de la polémica, sobre todo la parte donde lo acuso de haber plagiado sus traducciones de Shakespeare.

—Os felicito. Sin embargo, lamento que la controversia resulte, en cierto sentido, póstuma. Discutir con un autor cuyo cadáver está fresco, como es el caso de Voltaire, equivale, si aprobáis la analogía, a pleitear con la muerte en persona.

—¿Falsas sus traducciones? —intervino Boswell, presa de un poético hormigueo—. Cuando me entrevisté con *monsieur* Voltaire, allá por el año de...

—¡Me lleve el diablo, Bozzy! —rugió Johnson—. Ya sabemos cuánta devoción guardáis a los charlatanes del siglo. ¿Voltaire? ¡Bah! Creo que podría tragarlo con una buena dosis de purgante. En cuanto al misceláneo e indigesto Sterne... Creedme, eso jamás. Pero basta por ahora de digresiones inútiles. Quería referirme a la peripecia de hoy por la mañana... A propósito —dijo volviéndose a su anfitrión—, ¿y qué hay de vuestra hidropesía, *signor?* ¿Seguís enfermo?

Baretti levantó la punta de su zapatilla.

—Los dolores usuales. ¿Por qué preguntáis?

—Hemos ido de pesca muy temprano.

—Así veo. ¿Pero tiene eso algo que ver con mi pie gotoso?

—Más o menos —informó Johnson con aire provocativo—. ¿No adivináis qué desenganché de mi anzuelo? Os lo diré. Un pie humano.

—Una pieza mutilada, naturalmente —Boswell rectificó.

—Gracias, Boswell —añadió Johnson impaciente.

VII

La tertulia se extendió unas cuantas horas más. Entretanto, Boswell se embarcaría en la oficiosa tarea de consultar la biblioteca de Baretti, aprovechando que este y Johnson contendían sobre el origen de la palabra *Lusci*, asunto que al primero traía sin cuidado.

—*Luscinia*. «Ruiseñor» —dijo uno.

—*Lusciosus*. «Tuerto» —dijo el otro.

El gato de Baretti se limitaba a ronronear y contonearse bajo las patas del pupitre. Boswell se sentía espiado por la criatura, y poco faltó para que cediese a la tentación de escaldarlo con cera caliente. Juró que lo haría, que mataría al desgraciado, para después retractarse y hallar consuelo entre los libros de su anfitrión.

La charla de los dos *literati* se desarrollaba en un limbo de citas y tortuosas etimologías, barajadas con celo de tahúres, sin importar muy bien quién ganara la apuesta, pues realmente no la había. Enfrascados de espaldas al mundo, Johnson y su colega de Milán, expatriado en Londres desde hacía un cuarto de siglo, ya habían acabado la segunda botella de jerez, cuando Boswell botó al pasar una de las columnas de libros.

—Perdón, caballeros.

Los tomos en cuarto, solo discernibles por su frontispicio, yacían apilados en torres de casi una yarda. Organizados en frágiles arquitecturas verticales, hacerse con uno de tales libros exigía, como bien lo sabía Boswell, un tacto especial. Como sacar una carta desde un castillo de naipes.

O eso pensó Boswell cuando logró su primera presa: el *Don Quixote* en la versión inglesa de Jarvis, obra dada a la imprenta en el 1742. Absorbido por su reciente hallazgo, leyó en silencio a la vez que barría con un dedo la rúbrica del colofón. Y se quedó hojeando el volumen largo rato, en especial el prefacio que el mismo Jarvis, a título de traductor moderno, había dedicado a sus precursores.

Dictionary se levantó, se ajustó la peluca de cerda de cabra, y se aproximó a Boswell por detrás, bamboleándose como una boya. Su silueta se recortó contra la luz de la vela, y pareció la de un ogro devorador de niños. Se llevó una mano al esternón, y desanudó la chorrera, dejando a la vista las escrófulas que castigaban su barbilla. Se pasó la lengua por sobre los labios.

Reprimió una carcajada.

—¡Mi maldito escocés! —sonrió apremiante—. Ya va siendo hora de que partamos. Así lo aconseja la prudencia, y también mi vejiga. *Signor* Baretti ha sido demasiado caritativo con estos dos infames noctámbulos...

Tras anunciar su intención de marcharse, Johnson se volvió a Baretti y ensayó una reverencia. Flexionó una herrumbrosa rodilla y luego ejecutó una floritura con su mano, la que enseguida fue a posarse sobre sus riñones. Se enderezó dolorido, y a continuación sacó su reloj. Sostuvo el disco plateado desde el extremo superior de su cadena, haciéndolo oscilar ante los ojos de Boswell. El aparato tictaqueaba con agónica lentitud. Como era conocido por todos, su dueño había mandado inscribir sobre la tapa del cuadrante un lema en caracteres griegos.

—*Nux gar erchetai* —declamó Johnson estentóreo—. La noche cae cuando caen los hombres. ¡Ahora a la calle!

VIII

Una vez fuera, echaron a andar por el medio de la calzada, sin preocuparse demasiado por esquivar los orinales que, a modo de represalia contra los espíritus alegres, las comadres vaciaban desde los balcones. Achispado por el jerez, *Dictionary* caminaba pegado a su amigo, cogiéndolo fraternalmente del brazo. Boswell se sentía a gusto en aquel papel de lazarillo, marcando el paso con su bastón de madera de guayacán, un lujo exótico, adquirido días atrás en una subasta cerca de los muelles.

La noche estaba tibia. Johnson miró el cielo, y procuró recordar el lugar que ocupaba Orión en el firmamento. Su corazón se encogió de golpe. Hubiera deseado ser joven de nuevo y no recordar cosas ya sabidas y luego olvidadas, sino verlas por primera vez. Hubiera deseado iniciarse en una verdad inédita, volver a poseer aquella escandalosa virginidad de los sentidos. Deploró su vejez. No su vejez física, por supuesto, sino el reptil furtivo y helado que anidaba en su cerebro. Su melancolía.

—¿Cuánto hace de nuestro viaje a Escocia?

Boswell suspiró. La pregunta lo había tomado por sorpresa. ¿Por qué justo ahora? Observó a su interlocutor, ceñido en su eterno traje color rata, los botones a punto de saltar por la presión que ejercía su gordura. Johnson se

había parado en seco, la actitud anhelante de quien espera ser salvado de un error. Una gota de sudor alcohólico resbalaba por la mejilla del sabio.

—Pronto serán siete años, señor.

Dictionary frunció el ceño y parpadeó como si una brizna le lastimase el ojo. Acaso era el preámbulo de uno de sus típicos espasmos.

—¡Siete largos años! A la sazón vuestra hija era un criatura de pecho, ¿verdad?

Boswell aprobó con un cabeceo.

—Se reía mucho al veros ir y venir por la casa. Supongo que os tomó por una especie de abuelo. Lo que es ciertamente un cumplido, señor.

Johnson exhaló con fuerza, y su fisonomía volvió a relajarse. Reanudaron la marcha. Los postigos de las ventanas se abrían y cerraban con un sordo trasteo. Del otro lado acechaba una espesura de susurros.

—¡Quién diría que un citadino como yo —dijo Johnson— osaría aventurarse por la fría Caledonia, y aun más en invierno! Habíamos planeado ese viaje desde hacía décadas. ¿No es así, Bozzy?

—Precisamente... Hallándome de paso en Ferney le referí a *monsieur* Voltaire de nuestro posible viaje a Escocia, y este se mostró, más que escéptico, realmente ofendido. Como si quisieran reclutarlo para una expedición polar llevando solo lo puesto.

—Lamento que Voltaire no haya llevado a su *Candide* al Polo Norte. ¡Eso sí que hubiera tenido gracia!

—En efecto, señor —añadió Boswell complacido—. Ahora, en cuanto a la anécdota de hoy en el río... Sin duda, debería transcribirla en mis cuadernos. Sería algo que la posteridad estimaría por su carácter, digamos, extravagante. Un pie tatuado en lugar de una trucha. Buena pesca, ¿eh?

—Ya que lo mencionáis...

Dictionary rezongó, arrastrando su voz hasta alcanzar el timbre de un bajo de órgano. La inflexión puso en guardia a Boswell, quien reivindicaba para sí el título de biógrafo exclusivo del maestro. Johnson pretendía no herir la susceptibilidad de Bozzy, con que intentó adularlo:

—No quisiera que un incidente trivial os alienara de compromisos más importantes. Tal vez tengáis como abogado un pleito interesante entre manos. O una idea valiosa para un panfleto político.

—¿Y dejar de lado el plan de vuestra biografía? Ni hablar de eso.

Boswell se llevó el índice a la sien e imprimió dos golpecitos elocuentes sobre su hueso temporal. Su cráneo era un cascarón lleno de vapores extraños. Expresó con un respingo:

—Todo lo tengo aquí.

Apuraron el paso.

—¡Mal me interpretáis! Solo me refería —continuó Johnson— al último de los eventos. Una minucia escatológica, si lo pensáis bien. Recapacitad. Mi posición es la de ser un rehén de vuestro archivo.

Los dos callaron, temiendo que la charla degenerara en un pueril exabrupto. Corría una brisa acre y casi caliente. Johnson se restregó las cuencas de los ojos con los puños, y bostezó abriendo unas fauces sin muelas. Empezaba a adormilarse, pero resistía el sueño pensando en el pésimo lecho que lo aguardaba en casa; se apenó de tener que despertar a su criado, el negro Francis Barber. Dos cabezas más alto que Boswell, Johnson advirtió fácilmente que su discípulo había perdido el penacho de su bicornio. Omitió la noticia. Bien sabía cuán aficionado era su pequeño caledonio a tales añadidos ornitológicos.

Zancadas más adelante, percibió una punción entre sus costillas. Se enteró casi a regañadientes de que Boswell lo había puesto en alerta con un codazo. ¡Cómo se atrevía! Una de dos: o atendía la demanda de forma pacífica, o correspondía la gentileza con un gancho directo a la mandíbula.

—Alguien nos sigue —murmuró Bozzy.

Cierto; alguien les iba a la zaga, deteniéndose cuando ellos se detenían, andando cuando andaban. *Dictionary* vaciló antes de actuar. Observó que su amigo se agachaba para hacerse con la daga, y que luego se quitaba la casaca y la arrollaba alrededor de su antebrazo izquierdo. A decir verdad, Boswell parecía determinado a interceder por la vida de ambos. Su maniobra culminó en un confuso ejercicio de esgrima, desenvainando primero la hoja con los dientes, y después dibujando estocadas en el aire espeso. Su enemigo demoraba en revelarse.

La luna se reflejó sobre las tres pulgadas de acero.

—*Qui vive!? Qui vive!?* —increpó Boswell.

Johnson sacó su reloj y contó un minuto.

—Señor, ¿no opináis que sería mejor pedir cuentas en lengua nativa? Después de todo, un atracador francés en este lado del Canal merecería un

recibimiento mucho menos piadoso... Por otra parte, los delincuentes nacionales rara vez son bilingües. De hecho, a muchos de ellos la Justicia ya les ha cortado la lengua.

Un pulgar como cachiporra empujó la tapa del reloj, y oprimió la cubierta metálica hasta estampar encima una huella aceitosa e intrincada. Johnson regresó el reloj al bolsillo de su casaca, y se llevó el dedo a la boca para morderse un padrastro. Acudió a su mente la imagen de su última página escrita: recordó las frases sin terminar, los textos de consulta despatarrados en torno, el tintero y la cápsula de arena para secar el papel.

El tiempo se había confabulado en su contra.

—Andando, Bozzy. No ha sido nada.

Su voz no acababa de diluirse en el tibio ozono de la noche, cuando desde el extremo opuesto del callejón emergió una sombra móvil. Esta se aproximó trotando. O así pareció por el vaivén de aquel cuerpo inclinado sobre cuatro patas, habitado por un jadeo húmedo y mortecino. Como si aquella presencia, pensó Boswell con un repeluzno, los hubiese acosado larga y laboriosamente.

El desconocido no resultó ser sino el dálmata que escoltaba el coche de alquiler. Con pastoral clemencia, Johnson se encorvó para palpar el lomo del bruto, mientras Boswell volvía a ponerse la casaca y se embrollaba con una manga.

—¿Has perdido a tu amo? —preguntó Johnson—. ¡Pues bien! Te llamaré Dots.

Por toda respuesta, el perro soltó la anónima presa que traía en el hocico, cuya masa azotó el suelo a semejanza de una calabaza podrida. El escocés arregló sus puños de encaje y sacó un pañuelo para taparse las narices. Hubo un ladrido seco y amistoso.

Johnson empalideció.

—¿Has visto? ¡He aquí el pie nuevamente!

IX

El viento barría hacia él restos de panfletos quemados y astillas cenicientas. Se plantó junto al muro de una carnicería, y orinó como a horcajadas de un caballo invisible. Había envuelto el pie dentro un cucurucho de papel periódico, y luego deslizado el fardo bajo su axila.

El chorro deslució la lechada de cal con que habían pintado la pared. Pero

ese olor... ¿Qué había comido ayer? ¿Espárragos? Se abotonó la bragueta y subió por una calle hacia Charing Cross. El dálmata corveteaba a su lado, tratando de alcanzar el pedazo de cadáver con sus patas delanteras. Le ordenó que se quedara quieto.

No estaba para juegos.

—¡Basta ya!, Dots.

Se había separado de Johnson hacía una hora, y casi podía oírlo roncar desde el abismo de su duermevela. Pero él mismo no podría echarse a la cama tan rápido. No aún. Primero estaba el asunto del pie... ¿Abandonarlo en una esquina? ¡Dios, la idea lo espantaba! ¿Enterrarlo? Bueno, ninguna ley se lo prohibía. Era eso o poner la extremidad en salmuera hasta que Johnson decidiera por él.

—¿Qué dices, Dots?

La madrugada progresaba entre brumas. Suspiró aliviado en cuanto advirtió que se hallaba en Charing Cross. Atisbó en torno, procurando orientarse. Un rezagado jinete hacía el servicio de posta en mula hasta el cementerio de pobres, ubicado dos millas al sur. Corría con suerte.

—¿Hacia Cross Bones?

—Así es. ¡Pagad y subid!

Montó en la única cabalgadura disponible, el dálmata trotando a un cuerpo de distancia. La mula chacoloteaba amarrada al caballo guía. Transcurrieron minutos, horas... Boswell cabeceaba arrullado por la partitura de rebuznos.

Se apeó de la montura poco antes del alba.

—Andando, Dots.

No había ganado una cuadra a pie, cuando tropezó con la verja del cementerio. Dots estiró el cuello para gruñir a un solapado transeúnte. El individuo se volvió hacia Boswell. La quijada de mantis hundida contra un anticuado cuello de valona. La complexión de un rubio extremo. Nariz quebrada y aquilina. Quevedos color sepia.

—Bienvenido a Cross Bones, la Necrópolis Plebeya.

—¿Perdón? —dijo Boswell y se bombeó una oreja.

—Soy Hugo Tufts, alias Psicopompo. ¿Qué buscáis aquí?

Boswell desenvainó su pluma, y borroneó un trazo sobre el revés de una manga. Sin duda, Tufts era el más sorprendido de los dos. El caballero del dálmata tenía tantas manchas en su traje como su mascota en el pellejo.

—¿Qué escribís? —Tufts preguntó.

—Anoto ciertas impresiones. Hora, ambientación, caracteres... Jamás antes me había cruzado con vos, ¿verdad?

—No que yo recuerde. ¿Ese es vuestro perro?

—En realidad no. Pero es una buena compañía. Tranquilo, Dots.

Psicopompo dio vueltas a un aro con llaves, ensartado a la sazón en un vibrátil meñique. Sesgó una sien demostrativamente, intimando a Boswell a que lo siguiera del otro lado de la verja. Bajó un farol desde un gancho, y alumbró los meandros que se abrían ante sus tercas zancadas. Llevaba encima un gabán color terracota. Sobre su espalda zigzagueaba una vetusta peluca estilo cola de zorro.

Caminaban y platicaban a un tiempo.

—¿Qué os interesa de mi Teatro Anatómico?

—No os comprendo, míster Tufts.

Este giró para confrontar a Boswell.

—¿Quién os sugirió venir conmigo?

—Nadie.

—¿Nadie? —refunfuñó Tufts.

—Pensándolo bien, fuisteis vos quien me abordó primero.

—Vaya, tenéis razón. Yo os intercepté. ¡Aunque lo mismo da, francamente! De todos modos venís acá para comprar un pedazo de muerto. ¿Algún corte en especial? Vísceras, miembros, el paquete completo... ¿Hmm?

—¿¡Pero qué clase de monstruo sois!?

—Pues hago mi negocio, míster... —vaciló Tufts—. ¿Vuestro nombre?

—James Boswell.

—Sí, míster Boswell... ¡A lo que iba! Trafico material de autopsia, si eso os concierne. En beneficio de la ciencia, naturalmente.

—Y de vuestro bolsillo.

—Bla, bla, bla... ¡Adiós, míster Boswell! Conocéis la salida.

Boswell cambió el fardo de una axila a otra, y después lo acunó con cierta repugnancia. El envoltorio apestaba terriblemente. Grises aureolas de polución afloraban sobre el papel.

—Un momento —dijo.

El albino honorario levantó el farol mientras sus gafas resbalaban

lentamente. Se quedó acechando, la mente ocupada en un cálculo inconfesable. ¿Qué clase de cliente era ese tal Boswell? Y además, ¿por qué vestía como un infante del ejército español? Dots se echó sobre una losa, y se lamió una pata.

—Os escucho —dijo Tufts, magnánimo.

—Necesito dar sepultura a... esto.

—¿Eso? Dios mío... ¡Un pie! ¿Homicidio?

—Simplemente lo hallé pescando en un arroyo.

—¿Con mosca o con flotador?

—¿Importa? —protestó Boswell.

—Claro que no. Son solo escuelas diferentes.

—Me refiero al pie.

—¡Oh, sí! El pie... ¡Veamos! Necesitamos al sepulturero.

—Precisamente. Pero ¿dónde está él, si puede saberse?

X

La plancha de hierro se hundió entre los terrones de Cross Bones, removió una paletada de humus y piedra, y vertió la carga sobre un montículo lateral. El enterrador se dobló adelante y acometió otra bogada, hincando un talón contra el dorso de la pala. La aurora prolongaba las sombras de Tufts, Boswell y Dots.

El perro se arrimó a Boswell y lamió su mano.

—Cuando digáis, caballeros —susurró Boswell luctuoso.

—El foso aún no está listo —precisó Tufts, mordiendo una manzana.

El enterrador se detuvo abruptamente. Miró a Tufts con desdén.

—Silencio, Psicopompo.

—Muy bien, Jack.

Jack continuó cavando, ahora metido en la zanja hasta las rodillas.

—Con esto será suficiente —dijo—. Podéis depositar el bulto aquí dentro.

Boswell se arrodilló e hizo rodar el fardo de papel hasta el corazón de la zanja. Jack cubrió la mortaja con un puñado de tierra arenosa. Tufts mascó su manzana, y después arrojó la pulpa oxidada por sobre un hombro. Dots se agazapó y olfateó desde lejos.

—¿Quién dirá las oraciones? —demandó el enterrador.

Tufts se encogió de hombros y miró a Boswell.

—Es solo un pie. Ni siquiera sabemos si su dueño está muerto.

—¡Las oraciones, míster Boswell!

Jack, alias *El Enterrador,* no parecía la persona más adecuada con quien discutir un detalle del protocolo. Tez de yeso, pelo cortado a lo paje, un saco de yute puesto de caperuza. Los brazos cruzados en compás de espera.

Levantó un rostro ascético y nudoso.

—Bien, tendré que hacerlo yo mismo.

Cobijó la solitaria mortaja con tres pies de tierra, y entonó simultáneamente uno de los Salmos. El cielo viraba del gris al amarillo. Apisonó la minúscula tumba con el revés de la pala. Se quitó la caperuza de yute. Exhaló imperativamente antes de concluir su sermón.

—Amén —dijo por fin.

—Amén —corearon Tufts y Boswell.

Jack *El Enterrador* se sentó sobre una lápida. Hizo aparecer una botella de leche. La descorchó con las muelas y bebió del gollete. Se entregó a una celosa y rápida succión. Trasegó media botella, y después ofreció la otra mitad a los presentes.

Boswell negó con la cabeza.

—Debéis encargar una lápida —aconsejó *El Enterrador*—. Y escribir un epitafio. Tufts es bueno en eso... ¿Verdad, Psicopompo?

Tufts pulía sus uñas con una piel de lija. Se hizo el desentendido.

—¿Decías, Jack? Oh, claro. Epitafios.

—¿Epitafio para un pie? —objetó Boswell.

—*Hic jacetpede ignotum...* ¿Qué hay de malo? —replicó Tufts.

—«Aquí yace el pie desconocido». Nada muy original.

—¡Originalidad! ¡La plaga de nuestro siglo!

Tufts se alejó blasfemando. Gemía, pataleaba, braceaba contra el aire marchito. Hizo el amago de tirar y romper sus gafas color humo, pero se arrepintió a medio camino.

—Ya se le pasará el berrinche —dijo Jack consoladoramente—. Era un promisorio estudiante de Leyes hasta que lo picó el maldito bicho. *Cacoethes escribendi,* así lo llama Tufts. ¿Vos también sois escritor?

—Publiqué una crónica sobre mi viaje a Córcega, si eso sirve de algo.

Jack examinó a Boswell de hito en hito. En particular, lo desconcertaba

aquella petulante pluma prendida al bicornio. ¡Y ni hablar de la bandolera con los anzuelos de pesca! Tufts le mencionó que Boswell era un tipo raro, pero no se imaginó hasta qué punto.

—¿Y venís de allí ahora?

—¿De Córcega? Oh, no. En absoluto.

Tufts se reunió con ellos al cabo de un instante.

—Veo —dijo— que habéis congeniado de maravilla.

Y tras una pausa le confidenció a Boswell:

—Presumo que *El Enterrador* ya os ha convertido a su secta.

—Silencio, Psicopompo. ¡Y no es una secta!

—Ayunos, prédicas al aire libre, abstención del licor... Vamos, Jack. Te has convertido en un maldito estilita. Un santón del entero gusto del clérigo Wesley, ese crisóstomo de los nuevos cristianos.

—Silencio —insistió Jack—. Entre mis votos apostólicos está no golpear a los idiotas. Pero puedo renunciar a él en cualquier momento. Además, estás espantando a un cliente.

—Casi lo olvidaba —dijo Tufts y recobró la compostura—. Hablábamos de epitafios, míster Boswell. Considerando, naturalmente, que no deseáis cotizar una flamante adquisición de mi Teatro Anatómico...

—¿Adquisición?

—En efecto, ayer se halló un torso desollado en un pozo cerca de Hollywell Court... ¿O fue en otra dirección? Hmm... Bagnigge Wells, probablemente... ¡Como sea! Seguramente es una pieza —expresó Tufts con un tonillo pedante— que apreciarán mucho mejor los estudiantes de cirugía. En cambio, si de epitafios se trata, podríamos arreglar algo para vuestro pie. Algo en latín, por supuesto.

Boswell reflexionó.

—¿Un torso desollado?

—Así es —asintió Tufts con un elegante resuello. Repasó sus uñas con la piel de lija, arqueando ante el neófito una jactanciosa ceja incolora.

—Llevadme a ese pozo. Cuanto antes —dijo Boswell.

XI

Una piedra gorgoteó en la estrecha cavidad. El ruido se multiplicó en una serie de ruidos menores y desvanecidos. Tufts se asomó delante y arrojó otra piedra. idéntico resultado. Una repercusión acuosa, blanda, tubular. Anudó su farol a la soga de la roldana, e hizo descender el ascua de luz dentro del pozo.

—¿Veis algo?

—No todavía —respondió Boswell doblado sobre el pretil.

La sonda se hundió paulatinamente. Primero ladrillos, y después rocas de cantera. Entre los resquicios del muro crecían colonias de musgo, e incluso un tímido mechón de trébol. Después nada. La cuerda osciló y la lamparilla rebotó contra un bloque saledizo.

—¿Y ahora?

El pozo debía tener unas cinco yardas de profundidad. El farol siguió su viaje vertical hasta que tropezó con un obstáculo mayor, encallado de sesgo contra la masa de líquido. El estorbo consistía en una forma oblonga, semejante a un costal de harina. Boswell acertó a distinguir una especie de tronco.

—Creo que ya lo he visto —dijo.

Tufts se detuvo a considerar la situación. ¿Por qué Boswell desearía hacerse con aquel fiambre? Para empezar, no era el tipo de sujeto que podría trabajar para los magistrados de Bow Street. No, no era un maldito polizonte. Pero tampoco parecía tener pasta de criminal, y mucho menos de homicida. Ni hablar de un brutal descuatizador...

—¿Lo habéis visto entonces?

—Seguro. Como que me llamo James Boswell.

—De acuerdo. Con eso basta.

La roldana silbó con el súbito roce de la soga. Tufts enrollaba la cuerda dando cautos tirones. Contó los codos de longitud mientras el farol cascabeleaba del otro extremo. Izó la lamparilla al cabo de poco, suspendiéndola por sobre la nuca de Boswell, quien se apuró en desengancharla y colocarla a los pies del brocal.

—No está muy profundo —dedujo Tufts—. ¿Eh, Jack?

Jack *El Enterrador* escupió sobre sus palmas, friccionándolas meticulosamente. Se arrodilló a un palmo del pretil, levantó un faldón de su caperuza, y pegó la oreja derecha contra un ladrillo. Esta se adhirió a la superficie con el celo de una ventosa, y permaneció así mientras Jack instruía

a Tufts sobre el empleo del gancho de tres patas.

—Muy bien, eso es... Soltad un poco más de cuerda.

Jack conducía la operación acurrucado junto al brocal de ladrillo, diciéndole a Tufts qué hacer y cuánta soga tirar. Auscultaba las evoluciones del gancho como lo haría una partera con los ruidos de una matriz, adivinando la posición de un feto misterioso y elusivo. El aparejo bajó tintineando a través del pozo, hasta que por fin tocó fondo. Se oyó un sordo gluglú.

—¿Ya está?

—Silencio, Psicopompo. Un poco más a la izquierda.

Tufts obedeció. El pulso de la soga le reveló la flagrante existencia del torso, hasta aquí solo una conjetura desencarnada. Se produjo una pausa. Jack cambió la oreja de lugar, y entonces diagnósticó:

—Uno de los garfios pinchó la costilla inferior derecha.

—¿Y qué hago yo ahora? —preguntó Tufts.

—Moveos contra las agujas del reloj. Ya. ¡Quieto!

El Enterrador se levantó para relevar a Tufts de su posición junto a la boca del pozo. Cogió la soga con una mano callosa y vigilante, primero con suavidad, y después propinando un enérgico envión. Desde abajo se oyó algo parecido a la rasgadura de una tela. Jack estudió la tensión de la cuerda como si probara la traílla de un perro. Dos púas del gancho habían penetrado exitosamente bajo el tórax.

—Bien, aquí viene —anunció Jack, embozado tras un pañuelo.

Un haz de sol tendió un ángulo cada vez más cerrado sobre las losas del piso. La roldana chirrió de nuevo, y el torso ascendió meciéndose. Aún era temprano: los usuarios del pozo, bañistas con apoplejía o reuma, se echaban notoriamente en falta. Su ausencia era una garantía.

—Necesitaréis hielo, Boswell. Mucho hielo —espetó Jack—. Y además un buen contacto en el Tribunal de Old Bailey.

El cadáver salió a la luz. Empinado por encima del brocal, el despojo humano contempló espaciosamente la bóveda del edificio, que ahora funcionaba como una cámara de abluciones, aunque en otra época hubiese sido parte de un claustro de San Benito.

SEGUNDA PARTE

I

Johnson despertó a la mañana siguiente con una tenebrosa resaca. Su criado, el buen Barber, preparaba el té en el cuarto contiguo, semioculto tras unos biombos obsequiados por su mecenas, el conspicuo Henry Thrale, sujeto enriquecido en el negocio del lúpulo. Aún no era mediodía, pero ya el aire estaba tibio. En realidad, hacía un calor insólito para la latitud que ocupaba Londres en el Globo.

Dictionary se levantó y fue hasta donde estaba Barber.

—Debo consultar mi almanaque astronómico —pensó en voz alta, sentándose ante su cotidiana mesa de hombre viudo. Consideró, no sin tristeza, que la marca circular de los pocillos de té solo estaba de su lado. Se miró sobre el dorso de una cuchara. Visto así, sin peluca, lucía misteriosamente dignificado. Como un muerto.

—¿Hay algo malo en el cielo, amo Samuel?

Samuel Johnson titubeó. Seguía sin acostumbrarse a que lo tratasen por su nombre de pila. Se sorbió la nariz, hinchada y azulosa, y aguardó a que su infusión dejara de humear. A falta de algo mejor, se restregó las axilas desnudas con un paño impregnado de lejía. Tosió, y luego deslizó el trapo por su cara.

—Veo que a nuestro Calibán no le molesta la temperatura de este excepcional verano londinense. ¡Bien por ti, muchacho! Eres un feliz hijo de la Zona Tórrida... Ahora haz el favor de traer aquí mi almanaque.

—Dicen que la última moda en Bath es observar a través de un tubo cósmico las manchas del sol. El amo Samuel debiera visitar Bath.

—El libro, Barber.

Barber fue hasta un anaquel lateral, y sacó desde allí un tomito en octavo. Sopló sobre sus tapas, espolvoreando alrededor una nube color azafrán. Johnson estornudó. Hojeó el volumen velozmente. Una especie de polen flotaba dentro de un reverbero de luz matinal.

—Tablas de bisiestos. Tablas de eclipses. Tablas de.. Sí, aquí está —se congratuló—. Se supone que si la estrella Sirio se encuentra alineada con el

sol... ¡En fin, esto no tiene sentido! —dijo y cerró el almanaque.

—¿Azúcar?

—Tres terrones.

—¿Alguna conclusión, amo Samuel?

—Nada. Es como si la canícula se hubiese anticipado.

Barber se retiró a un rincón y comenzó a abrillantar los zapatos de Johnson, utilizando un cepillo untado en grasa de caballo, además de un retazo de sarga para pulir las hebillas. Paraba de vez en cuando para desprender con una uña los pegotes de lodo seco; luego miraba a través del hueco de una de las suelas.

—La sal, Barber.

El amo Samuel había alcanzado una escudilla con una ración de pan blanco y dos arenques ahumados. Sorbió el té, decapitó un arenque con una cuchara, y masticó el pescado con aire concienzudo, moviendo la comida estratégicamente entre los huecos de sus encías. No tenía más ropa encima que una camiseta y unas bragas, ambas confeccionadas en un calicó amarillento y tenue como la capa de una cebolla.

—Puedes ir a Bath por tu cuenta y riesgo, ¿eh, Barber? Es un balneario agradable en esta época del año. Incidentalmente, y si tu horóscopo te acompaña, hasta podrías echar un vistazo a través de uno de aquellos telescopios. He oído que cierta señora jura haber visto el Planeta Intramercurial... O comoquiera que eso se llame.

El mulato sonrió.

—¿El señor Boswell se halla en Londres?

Antes de que Johnson alcanzara a contestar, apareció el rostro de un niño del otro lado de la ventana. El golfillo, que a menudo servía de recadero a las relaciones de Johnson, pegó elásticamente las aletas de su nariz contra el cristal e imitó el berreo de un cerdo. Era su presentación de costumbre. El amo Samuel ordenó a Barber que lo hiciera entrar.

—¿Cuántas ratas has matado hoy, Tom?

Descalzo, pelirrojo, con ojos desorbitados y fríos, Tom contó con los dedos como si alguien le hubiese encargado versificar un poema en latín. Tan sucio estaba, que la mugre resplandecía en torno de su cuello.

—Cuatro ratas, señor.

—Muy bien, Tom. ¿Algún recado?

Tom le entregó un papel plegado en cuatro partes; la nota pertenecía sin duda a Bozzy. Intercalando breves sorbos de té, Johnson se tomó la molestia de descifrar aquel montón de jeroglíficos.

Leyó para su pequeña audiencia:

—«En el café. A la una de la tarde. Cordialmente, Boswell».

El viejo lexicógrafo se levantó y tiró su toalla al chico.

—Venga, Tom. Que mi criado te lave la cara y las manos antes de irse a Bath... O adondequiera que sea.

—Así sea, amo Samuel —dijo Barber.

Dictionary comenzaba a alejarse cuando, volteándose repentinamente, arrojó una moneda en dirección de Tom. El chico embolsó la propina, dio las gracias, y entonces se metió un meñique en la oreja.

—Pero no la gastes en licor —dijo Johnson al salir de la estancia.

II

Compareció en el café a la hora recomendada por su contraparte. La elección del local había tomado por sorpresa al viejo *Dictionary,* pues no correspondía al gusto general de Boswell, propenso a exhibirse en contextos algo más suntuosos. En cuanto franqueó la puerta, Johnson divisó la cabeza descubierta de Bozzy, o más bien su esmerado arreglo capilar, sobre todo la larga coleta castaña atada con una cinta verde. Lo adivinó derrotado, exánime, consumido por las frecuentes ordalías de su mal venéreo.

El clima estival, intolerable a esas alturas, no hacía más que empeorar allí dentro. El recién llegado se quitó el tricornio y sorteó unas cuantas mesas, procurando no hacerse notar, y constriñendo una barriga que trazaba una penosa parábola. Los parroquianos, en su gran mayoría empleados de comercio, sudaban como pedazos de tocino sobre la sartén, mientras el patrón del café, un sujeto cerúleo y con aspecto de chino, ponderaba libras de café en una balanza. El olor de sobaquina era tan intenso que virtualmente flotaba como una suerte de plasma.

Boswell se echaba aire con el ala de su sombrero.

Johnson se sentó junto a él. Se saludaron.

—¿Algo importante?

Era una pregunta retórica, naturalmente.

Dictionary sabía la triste rutina a que debía someterse Bozzy, víctima precoz de las prostitutas. Semana por medio, su camarada literario se dejaba fumigar con vapores de mercurio. O era inoculado con alguna poción a través del conducto urinario. O bien ingería filtros exóticos, como el célebre *chocolat verólique*, haciéndolo en cantidades vomitivas. No pasaba día, pese a todo, sin que el enfermo extrañara a las frívolas responsables de su contagio.

Una camarera se acercó para tomar la orden.

—Limonada, por favor —dijo Johnson.

En ese momento irrumpió en el local un porteador de hielo, premunido de unas gigantescas tenazas en forma de equis. Los blancos lingotes, cada uno de un brazo de largo, fueron entonces a dar a un pequeño foso tras el mostrador, no sin antes patinar a lo largo del piso. Sin duda, las misteriosas barras habían llegado allí sobre los pontones del Regent's Canal, siendo embarcadas originalmente en algún fiordo de Noruega.

El patrón del café cerró la escotilla del foso con un puntapié.

—¿Con escarcha? —preguntó la camarera.

Johnson comprendió a qué se refería.

—Pues sí —dijo y luego guiñó a Boswell—. ¿Os apetece también?

Boswell negó con la cabeza.

—El hielo me hace doler las muelas.

—Es verdad —procuró Johnson a disculparse.

El pequeño escocés se mostró flemático. Y siguió abanicándose con un pliegue de su bicornio. Desde lo alto de la pared colgaba un termómetro de alcohol coloreado: la temperatura ascendía. Jugueteó episódicamente con el corcho de una botella de oporto. Tiró el corcho a un lado y se hurgó los dientes con el filo de su uña.

—Tengo noticias.

—¿Noticias? ¿Qué clase de noticias?

Se produjo una pausa, y luego Boswell se lanzó a una atropellada crónica sobre la aparición de un torso humano dentro de un pozo. A medida que hablaba, el color regresaba a sus mejillas, y su semblante comenzaba a irradiar una sombra de salud.

—Pedí me condujeran al pozo y vi cómo remolcaban el lastre. Un soplón

del hampa fue rápidamente traído a escena. Un juez del Tribunal de Old Bailey, a quien conozco desde mis años en Edimburgo, y diría que en términos muy cordiales, me permitió asistir a...

Dictionary no lograba discernir la relación exacta entre el cuento del torso y su presencia en el café. Así las cosas, fue toda una bendición cuando la camarera llegó con su limonada. Una mancha de nieve gravitaba dentro de la jarra.

—Bueno, habría que estar en mi pellejo para...

Incapaz de soportar más, Johnson atajó en seco a su locuaz amigo, pretendiendo ahogar su cháchara y pasar entonces a algo más serio. Acudió a su mente la Guerra Americana y la reciente *Expédition particuliere* armada por Rochambeau. En verdad, ese verano los ingleses estaban siendo apaleados en todas partes. Incluso en casa.

El lexicógrafo estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Pero a qué viene toda esa historia, Bozzy?

Boswell suspiró. Sus ojos parecieron empañarse.

—Es obvio. El torso y el pie deben de pertenecer a la misma persona.

—¿Cuál pie?

—Ayer. En el río.

—Oh, sí, sí... El pie.

Johnson bebió su limonada con una especie de resignación.

—¿Y dónde está ese condenado torso ahora?

Con su candidez característica, Boswell explicó que había obtenido autorización del magistrado, un cierto *Justice* Prothero, para realizar un examen pericial al tronco descuartizado. En el curso de la exposición, Johnson miró su limonada llevado de una corazonada muy poco auspiciosa. Sospechaba que Bozzy había cometido la imprudencia de...

—¿Traer aquí el cadáver? —pensó Johnson en voz alta.

—Con semejante calor, ¿y en dónde más? Conocía que en este café había una formidable provisión de hielo. ¿Bien? ¿Algo malo? ¿Por qué esa cara, querido Johnson?

Agotada su paciencia, *Dictionary* colapsó en un torbellino de espasmos faciales. Como si sufriera un ataque hidrofóbico. La dentadura desgañitando, el ojo derecho parpadeando febrilmente. Pero aun bajo ese estado, o precisamente a consecuencia del mismo, Johnson se erguió de un salto y

extendió sus manos a guisa de tenazas, sin duda con el propósito de estrangular a Boswell. En trance de echársele encima, un ominoso gruñido escapó de su garganta.

Boswell se escudó tras un plato de latón.

—Un momento —protestó—. ¡Un momento!

—Quitad ese plato del medio, Bozzy. De otro modo no puedo poner mis pulgares en vuestra tráquea. Y apretar y apretar hasta que os reviente.

—Aguardad, os lo ruego. Permitid que os explique.

Boswell encargó una tarta de anguila a la camarera, para así congraciarse con Johnson. La ira del sabio remitió tan pronto vio acercarse su comida. Despachó la tarta de anguila cabizbajo, murmurando para sí con mohín escéptico.

Valiéndose de la tregua culinaria, el escocés se levantó y fue hasta el patrono del local. Intercambió unos cuantos monosílabos con el sujeto, prolongando unos atareados cuchicheos. Todo el episodio culminaría con Boswell deslizando una guinea en el bolsillo del tabernero.

Minutos después, pasada la hora de almuerzo, el patrono mandó cerrar el establecimiento. Despidió a sus parroquianos tañendo una campana de mano. Echó a patadas al último remolón.

Boswell volvió con Johnson. Ondeó una palma obsequiosamente, sugiriendo que lo siguiera del otro lado de la barra, hasta el depósito de hielo. Johnson aceptó a regañadientes. Se desperezó. Ensalivó un pulgar y se lo pasó por sobre unas cejas arborescentes.

—Muy bien. Mostradme.

El tabernero corrió la trampilla bajo sus pies, y enseñó el interior de la bóveda. Johnson se inclinó adelante, estirando el cuello dentro del escarchado foso. Llevado por la curiosidad, metió la enorme cabeza entre los vahos de la despensa. Torció la mirada abajo, aliviado por la frígida bocanada, las llagas del cuello cuajadas bajo un denso velo de sudor. Sí, ahí estaba. Un torso minuciosamente escalpado. Músculos exhibidos con la fiel obscenidad de un modelo de cera.

—*CAro DAta VERmibus.* ¿Lo habéis hecho examinar? —interrogó Johnson, volviéndose hacia Boswell—. Pronto comenzará a corromperse: «Carne dada a los gusanos» —dijo y arriscó la poderosa nariz—. ¿Hmm?

—Conozco a un tipo, un cierto Tufts, antiguo estudiante de leyes, con

experiencia en ejecuciones públicas... No existe el menor vestigio de piel en la pieza. Sometí el tronco a un rápido peritaje.

—Debemos suponer aquí —dedujo Johnson, lanzando una ojeada a vuelo de pájaro— la intercesión de un profesional. ¿Correcto?

El sabio agachó la cabeza mientras se empinaba con las rodillas flexionadas, adoptando un postura extrañamente encogida. Un atleta antes de saltar una valla. Se aproximó un poco más, poniéndose en un ángulo temerario. Su peluca resbaló de sesgo, y luego se desplomó caracoleando en el aire. La peluca cayó justo sobre el cuello cercenado del torso.

El incidente produjo una impresión estrafalaria.

—Me lleve el diablo —murmuró Johnson.

El tronco transpiraba unas tenues serosidades color mostaza.

—Me imagino —reflexionó enseguida *Dictionary*— que el pobre diablo fue desollado no por simple brutalidad, sino porque su piel estaba... «escrita». De tal suerte, nuestro difunto amigo primero debió marcarse la epidermis, y después, pelado vivo por alguien interesado en el contenido de su tatuaje. Obviamente, el pellejo obtenido así debió pasar luego por las manos de un embalsamador, a objeto de ser conservado. Nuestra única pista es aquella palabra, ya sabéis.

—*Lusci*... —corroboró Boswell.

—Correcto, míster Boswell.

—¿Pero quién podría... ?

—¿Haberlo despellejado? —completó la frase Johnson—. Pues bien, es una vieja perversión hacer mondar el cuerpo de algún infeliz... Seguramente recordaréis, habiéndola visto durante vuestra visita a la Capilla Sixtina, la pintura de san Bartolomé Mártir sosteniendo su propio pellejo desollado.

—Un guiñapo fláccido, en efecto. El deformado rostro del santo parecía seguir gritando de horror.

Johnson asumió un tono luctuoso.

—¿Os encargaréis de darle cristiana sepultura a nuestro común amigo?

—Confiad en eso —dijo Boswell y se quedó cavilando. Al rato prorrumpió en un inquisitivo jadeo—: ¿Y si fuésemos al distrito de curtidores?

Hasta entonces en silencio, el tabernero se despabiló repentinamente y balbució con aire revelador. Su máscara se conmovió y acusó un signo de

interés. Cerró la escotilla con un puntapié, y se secó las manos con un faldón de la camisa.

—¿Curtidores? —insistió dudoso el tabernero—. Sé de la existencia de un tatuador, si es así como les llamáis. Su taller no está muy lejos, aunque recomendaría tomar una diligencia hasta el lugar. Preguntad por Elijah Sloanes, antiguo grumete del *Adventure,* uno de los veteranos de Cook... Algunos de mis parroquianos son gentes de mar, de modo que he oído hablar de su, digamos, trabajo —comentó en tono de reproche—. Meras cosas de salvajes, si excusáis la expresión.

—Míster Sloanes, *El Tatuador...* —repitió Boswell, mientras transcribía las señas del próximo contacto—. Estamos en deuda. Vuestra referencia ha sido un verdadero golpe de suerte.

—Una auténtica *serendipity,* me atrevo a afirmar —concluyó Johnson—. Una feliz coincidencia.

III

Resueltos a dar con el garito de *El Tatuador,* descendieron a pie por el Strand, tomados caballerosamente del brazo, las chaquetas abiertas para capear la canícula, las sienes aceitosas y ahogadas, el aliento convertido en un hilo acezante. Endilgaron avenida abajo, y a continuación, permitiéndose unos cuantos rodeos, tomaron por Fleet Street y después por Gracechurch, hasta enfrentar el Támesis.

Johnson se detuvo para descansar. Dobló el cuerpo por encima del pretil del puente, y echó un elegíaco vistazo al río, mientras Boswell se limpiaba las suelas de sus zapatos. Grises turbiedades se revolvían sobre las aguas. Una barcaza fletada para el transporte de carbón surcaba la morosa corriente. No lejos de allí, un barril con las duelas partidas sobrenadaba con un despiadado aire de orfandad.

Dictionary se tomó la licencia de escupir sobre el río.

—¿Recordáis aquel invierno del ’63?

Boswell aprobó con un cabeceo.

—Una temporada glacial, señor. Veíamos con feliz alarma cómo chocaban los enormes témpanos río abajo. Y en cambio ahora... ¡Este maldito calor! Tal

vez todo se lo debamos a las manchas solares.

—Acababáis a la sazón de llegar a Londres.

—¡Ciertamente! Coincidimos sin querer en aquella librería cerca de Covent Garden. Os recuerdo franquear la puerta cristalera y avanzar con vuestras típicas zancadas de plomo. Fui distinguido con una áspera, pero muy memorable, recepción, considerando lo joven que era, y para colmo escocés. En realidad fui algo vapuleado por vos, pero creo habérmelo tenido merecido.

Johnson fingía no oír. Hizo resbalar una mano por sobre sus mejillas.

—Andando, Bozzy. Todavía falta bastante para llegar a los muelles.

Adelantaron una media milla, haciendo parte del trayecto en un coche de punto. Cuando se apearon, se encontraron repentinamente en medio de una leva forzosa de marineros. Boswell pisó mierda de perro tan pronto saltó a tierra desde la cabina. Johnson siguió poco después, procediendo con mayor cautela. Se equilibró por un momento sobre el estribo del coche, atisbando en torno como si alguien debiera llamarlo desde la multitud. Los molinos de la vecina Isla de los Perros se adivinaban a través del aire abochornado.

Un grupo de hombres era acarreado a punta de fusil. Los pobres diablos trastabillaban de camino al embarcadero, los rostros demacrados por la resaca, la actitud despistada y cenicienta. Cada cual se quejaba de su mala estrella, sufriendo los grilletes que les aherrojaban los tobillos.

Se oía a alguien gritar con aire engolado:

—El Real Almirantazgo manda aprehender, y ejercer debida coerción en caso de resistirse, a todas las gentes de mar, o aun personas empleadas en el tráfico de ríos interiores, para completar la cuota de tripulantes de la fragata llamada *Aldebaran*, ya artillada y pronta a zampar con rumbo a América, habida cuenta de la guerra que su majestad sostiene con los colonos rebeldes...

Un representante de la autoridad naval, embutido en una librea color índigo con entorchados amarillos, blandiendo un sable por todo lo alto, pregonaba las obligaciones contractuales de los nuevos reclutas, enganchados la noche anterior a la mitad de una borrachera. Paradójicamente, el mismo funcionario que ahora los reprendía, ayer los había convidado a brindar en honor del rey Jorge, pagando las copas con estudiada generosidad. En efecto, el oficial de su majestad había echado un subrepticio chelín en la jarra de cada uno de los incautos, argumentando después que se trataba del primer sueldo de marinero.

—De la misma forma, el Real Almirantazgo provee la pena de flagelación y presidio a bordo en el evento de deserción frustrada, y la pena de ahorcamiento si se estima que el conato ha contribuido o alentado un motín de la marinería...

Johnson abandonó el carruaje, confundiéndose sin querer con los últimos elementos de la cuadrilla. Un polizonte se le aproximó por detrás y pinchó sus costillas con un garrote, pretendiendo espolearlo y conducirlo dentro del rebaño. Notoriamente molesto, el sabio giró en redondo y confrontó al atrevido. Era un sujeto desaliñado y cetrino, con orejas de gnomo y un flotante chambergo sobre la cabeza.

—No te quieras pasar de listo, maldito viejo. ¡De vuelta al grupo!

Dos cabezas más alto que su interlocutor, *Dictionary* se irguió y arremangó hasta los codos. Agarró al individuo por una de sus orejas, y lo zarandeó enérgicamente. Propinado el audaz correctivo, Johnson se pasó los dedos por encima de la pechera, como espantando una mota de polvo. Mantuvo tanto tiempo la oreja dentro de su puño que alcanzaría a percibir el pulso cardíaco del infeliz.

—Señor, os rogaría mayor humanidad con sus reclutas. Y mejores modales con quienes no lo son. ¿Entendido?

Despachada esta escaramuza, *Dictionary* se reunió con Boswell, y juntos sortearon las carretas y coches que atestaban la bocacalle. Un insólito pelícano, parado sobre un montón de basura, pareció dirigirles una admonición, meneando el rugoso buche arriba y abajo. Se diría que los exhortaba a apurar el paso.

—*¡Thalatta! ¡Thalatta!* —comentó Johnson casualmente—. Cuánto me mortifica imaginar la vida que espera a esos hombres en alta mar... Todos esos barcos, auténticas cárceles flotantes... Conocéis mi opinión al respecto, ¿eh, Bozzy? Siempre me he opuesto a la conscripción por secuestro... Francamente, tuve bastante fortuna de librar a mi criado Barber de una aciaga destinación en la flota de su majestad.

¿Qué hubiera sido de él, con sus achaques en pulmones y garganta, y aquella constitución de alfeñique? Bueno... Pero ya basta de melindres. ¡En marcha, amigo mío!

Los dos peregrinos torcieron por una esquina, y luego por otra, para desembocar finalmente en un callejón ocupado por tugurios que alguna vez habían alojado talleres de sedería. De un alero o marquesina colgaba una enseña.

Un óvalo de madera negra con una leyenda pintada en blanco.

—T-a-t-a-u —deletreó en voz alta Boswell.

IV

El recinto, a lo sumo de tres yardas cuadradas, albergaba una de esas alambicadas sillas de lectura, equipada con un atril a la altura de la cabecera, y un aparador acristalado en cuyo interior dormían varios fetiches de ultramar.

Acercándose de puntillas al mueble, Bozzy identificó algo parecido a un arpón, además de una serie de estatuillas esculpidas en hueso de narval, y una paleta de remo con un bajorrelieve de volutas y elipses. Johnson reclamó la presencia del dueño, permaneciendo aún sobre el umbral.

Alguien descorrió una colgadura de abalorios.

—¿Señores?

La voz no tardaría en corporizarse.

El Tatuador emergió desde una opaca rebotica, solo precedido por el cascabeleo del dosel de cuentecillas. Los abalorios quedaron vibrando y entrechocando a espaldas del exótico artista. Este alzaba unos seis pies y fracción. Calvo como una bala de cañón, excepto por unas patillas negras en forma de hacha, inéditas fuera del gremio marinero.

Se presentó:

—Elijah Sloanes, a vuestras órdenes.

—Míster Sloanes... —dijo Johnson y avanzó un paso; se descubrió.

El artista midió al peculiar par de clientes con un pujo de escepticismo.

Desnudo de la cintura hacia arriba, Sloanes tenía la quijada marcada con un agudo e irónico hoyuelo. Traía encima unos pantalones confeccionados en piel de buey, como los de un herrador, además de un par de polainas. Un intrincado y copioso tatuaje cubría todo su tórax, ramificándose hasta más arriba de su cuello.

—Soy el doctor Johnson, y este señor es...

—¡Enhorabuena! —cortó Sloanes en seco, como transfigurado—. Solía leer vuestros artículos en *The Idler* cuando niño... ¡Bueno, de eso hace ya algún tiempo! —se justificó, extendiendo una mano a Johnson y luego a Boswell—. No os dejéis llevar por mi aspecto. Fui parte de la tripulación del capitán Cook, segundo contramaestre para ser más exactos, y viví una larga temporada entre salvajes. Ellos me hicieron esto.

Sonrió. Sus dientes delanteros habían sido pulidos y recortados a manera de triángulos. Boswell acusó una especie de mareo, y buscó apoyó en la silla de lectura, posando una reluctante nalga sobre el asiento.

Recobrando el tono, Bozzy se atrevió a inquirir:

—Se cuenta que el pintor Zoffanyi, tirado a la orilla de una isla de antropófagos, llegó a abrazar idénticas aficiones culinarias que sus anfitriones. ¿Puedo preguntar si vos también habéis... ?

—¿Comido carne humana? —completó Sloanes—. ¡Oh, jamás!

Johnson no pudo ocultar su exasperación ante las acometidas de Boswell.

—¡Bien, bien! Será mejor que... —interrumpió.

—Vos diréis, querido señor —añadió Sloanes solícito.

—Solo por simple curiosidad. ¿Habéis realizado últimamente... —*Dictionary* tosió y se aclaró la garganta— algún trabajo fuera de lo común?

Boswell se sentó a horcajadas sobre la silla de lectura. Obviamente, el artefacto servía la función de potro o lecho en donde tender a los clientes que iban allí a tatuarse. Los acolchados de cuero estaban pegajosos de tinta y sangre.

—No que yo recuerde —contestó Sloanes.

—¿Seguro? —terció Boswell.

—En cuanto a mí, pues totalmente. Distinto es cuanto haga mi socio.

—¿Socio? ¿Qué clase de socio?

—Ex socio, si soy preciso. Un cierto Javal Cupram.

—¿Nativo de...? —procuró sonsacar *Dictionary*.

—Malayo. O eso creo, señor. Todo un virtuoso.

La entrevista con Sloanes se prolongó hasta entrada la tarde. Afortunadamente, *El Tatuador* resultó ser un carácter cosmopolita, iniciado en el griego y las matemáticas, veterano del Segundo Viaje de Circunnavegación de Cook, en el cual había servido como auxiliar de piloto de la *HMS Adventure,* versátil barco de tres mástiles.

Las andanzas del contramaestre Sloanes se veían reflejadas en su propia epidermis, marcada conspicuamente, así como en los cacharros y baratijas que había canjeado con los isleños del Mar del Sur, o bien comprado a su paso por los Archipiélagos de la India. Entre aquellos mínimos tesoros, cuya existencia había fascinado a Boswell desde un principio, debía contarse una *punkah* o abanico de techo, accionado por un sistema de contrapesos semejante al de un reloj de péndola.

Tan pronto los tres hombres entraron en confianza, Sloanes puso a calentar agua y trajo un par de sillas de tijera. Agasajó a Johnson y su amigo con un excelente té negro, prometiendo llenar la faltriquera del primero con unas cuantas libras de hojas. Circulaba mientras, una rara brisa interior, debido sin duda al funcionamiento de la *punkah.* Boswell miró hacia el cielo raso, estudiando el vaivén de la pantalla móvil. Un rectángulo de tela de dos brazas de largo.

Johnson empezó su segunda taza.

—Y este malayo, me refiero a vuestro socio, en fin... ¿Javal?

—Javal Cupram —corroboró con un suspiro *El Tatuador.*

—Sí, correcto... ¿Él todavía trabaja con vos?

Sloanes negó con la cabeza. Se había sentado a la turca, ocupando una vulgar esterilla de cáñamo. Tomó la tetera y volvió a escanciar.

—Enloqueció. Corría desnudo a medianoche. ¡Pobre Javal!

—¿Habláis en serio? ¿Y dónde está él ahora si es así?

—¿Dónde? —repitió Sloanes, y se quedó cavilando un rato, los ojos pegados a la borra del té. Tragó saliva, y su cuello pareció adquirir una nueva nervadura. Johnson creía saber la respuesta—. Pues en el manicomio de Bedlam, señor. Allí es donde está.

—¡Bedlam! —interpretó Boswell una especie de coro dramático.

—Tal como oís. Se lo llevaron poco después de terminar su último trabajo. Su cliente era uno de esos poetastros de Grub Street, un cierto Charlie

Dennys, o algo por el estilo. El tipo ese venía acá día por medio, aunque dudo si tendría el dinero suficiente para pagar por su tatuaje. Se trataba de un diseño, si no complejo, al menos bastante macizo. ¡Transcribir un libro sobre su piel!

Johnson y Boswell se miraron entre sí.

—¿Y qué libro podría ser ese?

—Pues lo ignoro, caballeros. Javal tenía un genio reservado, a menudo críptico. Sencillamente se encerraba con su aguja entintada durante horas. En cuanto a su cliente, creo que vi a Dennys tan solo una vez. ¿Lo conocéis a él?

—Solo por partes —indicó Boswell.

—¿Por partes? —replicó perplejo Sloanes.

—Por terceras personas —corrigió Johnson sobre la marcha, fulminando a su amigo con un casi invisible gesto de censura—. Míster Boswell quiso decir eso, naturalmente. Terceras personas. Gentes del oficio. Escritores.

El Tatuador descruzó sus piernas. Se levantó y fue por más agua caliente. Regresó con la tetera cargada. Inclinó el pitorro sobre la taza de Johnson, para después llenar la de Bozzy. Este seguía apoltronado a horcajadas. Los brazos echados sobre los cuernos de la silla de lectura. Entonces probó la cocción. El té le supo a trementina, a salmón ahumado, a escarpín de mujer. Esperaría la opinión de Johnson antes de juzgar por sí mismo.

Sloanes tornó a sentarse en el suelo.

—Pues bien, a lo que iba... Guardo una impresión un tanto vaga de ese tal Dennys. Comoquiera que fuese, era uno de esos poetas famélicos, borrosos, eternos cultivadores de liendres, que acaban por evaporarse en una tragedia doméstica y casi anónima. No sé si podría describirlo con exactitud.

—¿De qué edad?

El tatuador reflexionó un segundo.

—Veinte o treinta años. La pobreza es un escultor caprichoso.

—¿Aspecto? ¿Alguna traza peculiar? —indagó Johnson.

—Un tipo corriente. Pelo color arena. Uno o dos dientes de menos. Los dedos manchados con tinta aguada. Tal vez enfermo de pleuresía. ¿Altura? Como del tamaño de míster Boswell. Sin ánimo de ofender, claro está.

Dictionary se echó atrás en su silla, y se palpó arriba de la bragueta con franco disimulo. Había ya bebido cuatro tazas de té, y sentía que en lugar de vejiga tenía un globo, casi una montgolfiera. Juzgó preciso preguntar por el

baño, si es que existía algo así, y evacuar a gusto. Se desperezó, parándose sobre unas piernas que, dormidas como troncos, se negaban a acompañar la iniciativa.

—Míster Sloane... —dijo con un susurro—. Este servidor desea que le mostréis el retrete. ¿Seríais tan amable?

—Por supuesto. Hay una letrina techada en el patio trasero.

Johnson se evadió cortésmente, y salió a lo que debía ser el patio, un pequeño cuadrado cubierto de gravilla. Se sorprendió al hallar un ruinoso confesionario, seguramente producto del reciente saqueo a las iglesias papistas, en un rincón del ambiente. Entró en el cubículo, y orinó de pie. La efusión duró un voluptuoso minuto. Sacudió la fláccida oruga que pendía desde su bragueta, y la embolsó con paternal cuidado.

A su regreso, encontró que Bozzy discutía gentilmente la posibilidad de hacerse un tatuaje. Su amigo, y hasta entonces autoproclamado biógrafo, se había quitado la casaca, además de la pechera y los puños postizos. Con la camisa subida hasta el hombro, Boswell parecía prestarse a una sangría terapéutica.

Sloane sostenía un frasquito con pintura azul.

—Sí, sí... Tácito caracterizó a los antiguos escoceses, los legendarios *Picti,* ya sabéis, como unos forzudos de pelo rojo, *rutilantia;* creo que esa fue la palabra que empleó. ¿O fue Eumenius quien lo dijo? En fin, el caso es que...

—¿Interrumpo? —rumió Johnson con jovial cinismo.

—Al contrario —dijo Boswell—. Hablábamos sobre el *Ossian* de Macpherson. Nuestro querido Sloanes confiesa que la obsesión por las reliquias escocesas ha puesto de moda los tatuajes. Una bendición para su negocio.

—Y una maldición para la literatura. ¡Como todo plagio!

—No lo pongo en duda —admitió *El Tatuador*—. Pero aun así...

Boswell sonrió como si escondiera una carta de triunfo en un juego de otra manera perdido. Tomó su pañuelo y lo agitó en el aire viscoso. El té lo había puesto en un estado excitable y audaz. Las citas de autoridades latinas rebotaban en su mente como pelotas en un cuarto vacío.

—He planteado a míster Sloanes la alternativa de recrear un tatuaje o estigma al puro estilo escocés. O más concretamente al estilo de Ossian... Claro, si la mención al héroe de Macpherson no insulta vuestro *bon goüt...*

Mis ancestros, como bien sabéis, debieron de emplear roña de cobre para sus colorantes. O bien la planta *Isatis tinctoria,* pues el mismo Julio César en sus *Comentarios a las Guerras Gálicas,* en el libro quinto precisamente, da el nombre de...

El lexicógrafo bostezó.

—... el nombre de *isatide* a la pintura corporal de...

La disertación de Boswell continuaba a galope tendido, pronta a estrellarse contra el sentido común de Johnson.

—¿De vuestros bisabuelos? —espetó mordaz Johnson—. ¡Oh, vamos!

La intervención de *Dictionary* tuvo el efecto de una bofetada. Boswell lució repentinamente descorazonado. Sus ilusiones arqueológicas zozobraban sin remedio. Palmoteó sus bolsillos en busca de su rapé, tan solo para exorcizar la sensación de haber hecho el ridículo. Miró a Sloanes como excusándose. Su ojo izquierdo pestañeó voluble, con un triste aleteo de libélula.

—Tal vez en otro momento —dijo, y se ciñó la casaca midiendo su difuso reflejo sobre la vidriera del aparador—. ¿Bedlam, entonces?

Sloanes se mostraba dispuesto a colaborar con ambos caballeros. Limpió el escalpelo de tatuador contra su patilla. Y enseñó nuevamente aquella dentadura anfractuosa, semejante a la de una comadreja. Era un cordial epílogo a toda la entrevista.

—Bedlam —sentenció—. ¡Y enviadle a Javal Cupram mis mejores deseos!

Se aprestaban a despedirse, cuando Sloanes llamó a Johnson, ya próximo a salir por la puerta.

—Señor... ¡Vuestro paquete de té! *Lapsang souchong*.

Un paquete de una libra voló hasta las manos del sabio.

—Y entregad esto a Javal, si es que llegáis a verle.

Un segundo paquete trazó una curva en el aire estancado.

Boswell se precipitó en atraparlo. Lo sopesó con intriga.

—¿Té? —preguntó.

—No, señor —impugnó Sloanes la inocente sospecha—. Opio.

V

Esa noche en particular, Bozzy prefirió irse temprano a la cama. Escoltó a Johnson hasta su domicilio en Bolt Court, y retornó en coche a su guarida, hospedado a la sazón en la residencia del general Paoli, jefe natural de la República Corsa, y además un viejo conocido del propio Boswell. El general llevaba la vida rutinaria de un *émigré* político, alternativamente adulado y postergado por los tribunos del Parlamento Inglés, aunque sobre todo, esto último.

El escocés subió a sus habitaciones, sin molestarse en rendir un fraternal tributo, acaso una mera palabra, al prócer de la Isla, a quien halló casualmente dormido sobre su butaca de tripe rojo. Ya arriba, Bozzy se desnudó y se echó sobre un lecho revuelto, rancio de sudor. Prendió una bujía, y espantó los vapores de su melancolía revisando las notas que tomara días atrás.

> *Martes, 11 de julio.* Ejecución de un par de revoltosas, implicadas en la Marcha de lord Gordon contra los católicos de Londres. Aprovechando el tumulto, las dos mujeres se abalanzaron, antorchas en mano, contra un posadero vecino y prendieron fuego a su negocio. La imagen de su ejecución me produce una oscura voluptuosidad. Noche: el general Paoli ronca horriblemente.
>
> *Domingo, 16 de julio.* He dedicado todo el día a redactar una comedia al estilo italiano. Me entero por carta privada de los progresos de Johnson en sus *Vidas de los Poetas.* Nueva embestida del *signor* Gonorrea. Acuciado por deudas, planteo un pequeño préstamo a mi padre, el inaguantable lord Auchinleck, maldito viejo. Ocurrencia brillante: proponer a Johnson una bucólica jornada de pesca. Perspectiva catártica.
>
> *Jueves, 20 de julio.* Efectúo últimos arreglos para día de pesca con Johnson. Elección de cañas y anzuelos. Hojeo entretanto el *Completo pescador de mosca*, ameno libro de Izaak Walton. Apuro transcripción de mis apuntes biográficos sobre Johnson, pese a la confabulación de ciertos asuntos exteriores, siempre distractivos. Abrumado por sentimientos pecaminosos. La tarde transcurre sin noticias de ninguna de mis amigas mercenarias. Nostalgia de la carne. ¿Qué hacer? ¡Exoneradme de vuestro yugo!, horrible vicio de Onán.

En suma, nada digno de interés. Desestimó su producción con un guiño de hastío. ¿Era material suficiente para una futura obra de arte? Negó con la cabeza. No, claro que no. Le hacía falta *esprit, pathos, bravura...* Su propio sexo, apreciado desde un ángulo rasante, daba la impresión de compadecerlo, mirándolo con un único ojo, esa pupila lacrimosa y doliente, profanada por innumerables jeringas de agua salada y otras escandalosas mortificaciones. Arrancó las páginas de su cuaderno, apelotonándolas dentro de un puño. Respiró. Ahuecó su almohada y depositó su nuca contra esta. Humedeció la punta de su pluma. Escribió a partir de los últimos fuegos de su memoria, incorporándose a medias sobre la cama.

> *Sábado, 22 de julio.* Solsticio de 1780, iniciación en los Días del Perro. El verano más caliente en Londres probablemente desde hace un siglo. Johnson y este servidor han hallado un pie cercenado en un arroyo de truchas. Correción: casi no había truchas.

Estaba intranquilo, asediado por un humor aciago y voluble. En circunstancias así, no tenía más remedio que salir y perderse en la noche. Nada conseguía con permanecer bajo techo, anclado oficiosamente a los preámbulos de un sueño que, de todas formas, no lograría conciliar. Además, había probado media onza de opio, pensando que la sustancia tendría un efecto letárgico sobre su ánimo, lo que en la práctica no ocurría.

Estaba allí simplemente, los ojos pegados al cielo raso, remoloneando mientras su cerebro se agitaba y fermentaba. Acariciaba la idea de ver montada su comedia, pues estaba escribiendo una, nada muy serio realmente, las pupilas de un prostíbulo estarían practicando los parlamentos por entonces. Procuró calmarse, contar ovejas, imaginar escenas de bucólica quietud, pero nada funcionaba.

Brincó fuera de la cama y recogió sus ropas del suelo. Quería ver por sí mismo el destino final del torso desollado. En realidad, no se paró a meditar sobre lo que hacía. Obedecía a esa insólita, pero en el fondo inocente necrofilia que otras veces lo había conducido a los pies del cadalso para observar la ejecución de sus propios defendidos; y no solo eso, sino también reanimar a sus pobres y desahuciados clientes: vil carne de horca.

—Rápido, al cementerio —dijo al cochero de una posta, ya en la calle.

VI

Banca meridional del Támesis. Un cielo sin luna. Dos hombres atravesando la bruma caliente. El esfumado salitre del río pegándose al pellejo con un abrazo ambicioso. Mezclándose al sudor de los días. Las lápidas hincadas en la tierra arenosa como raigones de muelas a medio extirpar. Murmullos. El temor de caer en una zanja recién abierta. Vahos fosforescentes. Ojos de ratas brillando como escamas de mercurio. Pasos, chasquidos apañados.

—¿Oís eso? —inquirió Tufts.

Boswell sintió la sangre fluir hacia sus orejas. Erguido en un ángulo imprudente, el farol de Psicopompo le había azufrado una mejilla. Sí, reconocía el ruido. Golpes de pala. Se restregó los párpados. Solo quería salir de allí. No más Cross Bones por esa noche. Cementerio de Putas y Pobres.

Rogó a Tufts que bajara el maldito farol.

—Seguro que Jack ya ha enterrado el torso que trajisteis.

Tufts se lo mencionó al pasar, mientras caminaba con pisadas de funábulo sobre tablones que se doblaban como juncos. El lugar era un insólito campo agujereado de fosas y zanjas, lleno de ríadas de cascotes y detrito. Una rata correteó por el borde de una lápida, y después trepó por el tronco de un chopo.

Sin mayor alarma, Tufts dirigió su farol hacia la copa del árbol. El roedor se dejó iluminar, contemplando al par de intrusos con aire de bibliotecario gruñón. De hecho, Boswell juraría que la rata se había llevado un dedil al hocico para hacer chssss, chssss... «¡Silencio! ¿No sabéis que interrumpís?» No se habría escandalizado si la alimaña hubiera comenzado a hablar con el tono solemne del doctor Johnson.

—Tan solo que no os muerdan —recomendó Tufts, desplazándose con un acrobático barrido de suelas—. ¡Ratas! Una vez vi una rodando dentro de un cráneo vacío...

Enmudeció de un momento a otro. Parecía haber recordado algo importante. Se rascó la sien derecha. Un ladrido reverberó a lo lejos.

—Debo agradacer que hayáis dejado a Dots con nosotros. Aunque hace estragos con los huesos.

Apremiado por la oscuridad, Boswell procuraba pisar sobre las huellas de Tufts, y a menudo lo lograba. Dio un ágil tranco para cruzar sobre una fosa.

Irónicamente, la repentina elongación le hizo doler los testículos. Sofocó un quejido. ¿Huesos?, pensó. No quería imaginar a Dots mordisqueando una tibia humana.

—¿Todo bien atrás?

—Id sin cuidado. Os sigo de cerca.

Dos hombres atravesando la bruma caliente... Psicopompo frenó la marcha y se volteó a un lado, enarbolando su lamparilla. Acercó el nimbo de esta a lo que resultó ser la lápida de cierta Dorothy, prostituta muerta en 1770. Una laja con forma de cartucho, dos o tres frases cinceladas encima. Nada más.

—Esta es una buena —dijo, y entonces recitó—: «Duerme aquí Dorothy Nameless, una de las alegres Ocas de Southwark. Virgen auricular. Bailaba viejas gigas galesas. Estrangulada a manos de su rufián por fiar a los clientes». ¡Lástima que yo no escribiera el epitafio!

La lamparilla flotó hasta otra de las lápidas.

—¡Ah, y esta otra! Prestad oídos: «Quitaos de encima. No perturbéis el sueño eterno de Abigail Nonesuch, dulce ángel mercenario. Políglota muscular, su boca era un prodigio. Tragó demasiada agua en el Támesis. Su cuerpo fue recogido en un esquife de nabos en 1777». Lo escribí hace tres años... ¡Cómo pasa el tiempo!

Boswell se arregló el fular y tosió decorosamente.

—Tal vez debiéramos regresar con Jack *El Enterrador*. Esta vez me he preparado, y tengo un discurso fúnebre. No es la gran cosa, pero seguro servirá de algo. Además...

Tufts interrumpió.

—Confío en que me encargaréis el epitafio, míster Boswell.

—Ciertamente. Aunque debéis aguardar a que corrobore el nombre del occiso. Entretanto, os imploro proceder a la brevedad. ¿Nuestro Jack ya habrá terminado con el torso? En fin... ¿Es Dots quien viene ahí? Estamos cerca entonces. ¡Muy bien! Como os dije antes, mañana debo reunirme con cierto amigo en el Sanatorio de Bedlam.

—Dios quiera que no os tomen por loco y os encierren.

—Lo mismo digo, míster Tufts. Lo mismo digo.

Johnson consultó su reloj, obedeciendo a un impulso que en el fondo juzgaba superfluo. Era mediodía en Moorfields, distrito al cual había llegado a bordo de una bamboleante diligencia. Ajustó el minutero de su máquina, guiándose por la hora que señalaba el reloj de la torre, ciertamente un lujo arquitectónico para Bedlam. El calor tendía una veladura movediza sobre todas las cosas.

Justo en el momento de franquear el portalón de hierro, circunscrito entre unas pesadas jambas de cantería, se había detenido a observar las dos estatuas que, desde su elocuente reserva, saludaron al advenedizo: Furia y Melancolía. Dedicó a la segunda una breve reverencia, sabiéndose sujeto a sus designios, y se esforzó en pegar una ágil zancada. El sol disolvía los contornos del mundo.

Armado con su bastón, *Dictionary* vagaba a su aire por la explanada del manicomio. Paseó un rato por los jardines de la institución, hasta que por fin dio con Bozzy. Este mataba el tiempo bajo la copa de un arce, absorto en lo que debía ser la reescritura de su diario. La figura del sabio se opuso entre Boswell y una titilante masa de luz. El eclipse adquirió la forma de un hombre gordo tocado por un tricornio.

—¡Oh, sois vos! —dijo Boswell al reconocer a Johnson, parpadeando obnubilado—. ¿Listo para entrar?

El escocés guardó libreta y lápiz.

Las semillas aladas del arce caían describiendo una coqueta espiral. Johnson se tocó las hebillas de sus zapatos con la punta del bastón. Una mezcla de caspa y almidón de peluca blanqueaba los hombros de su casaca. El sabio miró entonces hacia el sol. Y dejó que la luz se empozara en las cuencas de sus ojos. Sintió que era necesario revelar a su amigo un saludable descubrimiento.

—Me estoy acostumbrando a este clima, Bozzy. Diría que mis huesos se han desembarazado de su crónico anquilosamiento. ¡Ah!, y mis pulmones... —dijo y caló hondo—. No lo creeríais. Es como si la flema ya no trabara mi respiración. En verdad, siento que he rejuvenecido. Este verano es el viaje a Italia que nunca haré.

Ofreció su brazo a Boswell.

—¿Listo también? —insinuó.

—Como os plazca. Pero debo advertir que el manicomio ya no es como

antes. Para empezar, ya no se cobra entrada.

—Lo que es digno de encomio, ¿no es así?

—Cuestión que también limita nuestras prerrogativas.

—¿Perdón, señor? —titubeó Johnson.

—Uno no puede entrar en donde quiera, ni molestar a los internos con preguntas atrevidas, ni mucho menos pincharlos con un palo. Había quienes venían aquí a buscar oráculos para sus apuestas de hipódromo.

—¡Y todo ese circo costaba un chelín por visitante!

—Sois muy severo, señor. Creo que a los locos les hacían bien esas visitas.

—¿Locos? ¡Vaya! Me pregunto si no debiéramos apuntarnos nosotros mismos en esta siniestra casa de caridad. Después de todo, nuestro rey Jorge es un simple lunático, ¡y ya veis —anunció Johnson con sorna— que nos tiene por sus leales súbditos! Bueno, al menos su majestad me distinguió con una pensión.

Boswell tuvo la mala idea de citar el *Diccionario* escrito por su amigo.

—«Pensión: estipendio otorgado a alguien en particular. En Inglaterra, la paga que realiza el Estado a un funcionario para que este traicione a su país».

—«Idiota —devolvió Johnson el cumplido—: persona que frecuenta a los autores de diccionarios, véase simple cretino».

—No fue mi intención haberos...

—Olvidadlo. No vale la pena.

El sabio experimentó un favorable cambio de humor. Lo había invadido una especie de ternura, de piedad. Tal vez como nadie, Boswell conocía perfectamente los padecimientos de Johnson. Lo dejó hablar.

—No he tenido una vida fácil, Bozzy. De niño contraje una infección que por poco me dejó medio ciego de un ojo, y embotado el oído del mismo lado. Me sangraban el brazo a diario. Padecí tal régimen durante buena parte de mi infancia. Las escrófulas me plagaron el cuerpo de bubones, y casi terminaron por desfigurarme. La cuenta es larga: Mal del Rey, Mal de San Vito, Mal de Melancolía... —enumeró *Dictionary* con voz neutral.

A esas alturas, habían accedido al atrio del establecimiento. Una lengua de frescor trepó por las pantorrillas de ambos hombres, lo que indujo un escalofrío en Boswell. Ante ellos se abría un ámbito inhóspito y lleno de ecos.

—¿Lleváis con vos la libra de opio para nuestro malayo?

—Naturalmente —aseveró Bozzy con un guiño.

—Adelante, pues —dijo Johnson.

—¡Vos primero, señor!

Se internaron a través del ala oriental del edificio, correspondiente al sector ocupado por la población masculina. El bastón del lexicógrafo punteaba impenitente las losas de la galería, profunda como un túnel que comunicara, no ya con las celdas de un asilo, sino con el insondable reverso de la realidad. Todo el lugar era una vasta caja acústica, habitada por gimoteos, chillidos y murmuraciones sin rostro.

La incursión culminó junto al despacho del ujier. El encargado salió a recibirlos, puesto ya en aviso por el gobernador del sanatorio. El sujeto debía andar en los treinta años, remilgado y seco como el bastardo de un clérigo de provincias. Un manojo de llaves cascabeleaba prendido a su cinturón. El ordenanza los guió hasta la celda que Javal Cupram compartía junto a otros chiflados.

—Por aquí, caballeros.

Se detuvo frente a una puerta. Corrió el cerrojo. Entró.

—¡Javal Cupram! —gritó—. ¡Visitas!

Una sombra se agitó en el vientre de la bóveda.

—Me quedaré afuera por si necesitáis ayuda.

—Muy amable —dijo Johnson—. Boswell, por favor. El chelín.

Bozzy rebuscó en su bolsillo y extrajo una moneda. Se la entregó al ujier. Este se retiró en el acto. Una vez fuera, asomó sus narices a través del vano de barrotes.

—Una cosa más, caballeros —el sujeto llamó desde su hueco protector—. Creo que podríais llegar a precisar un elemento disuasorio. Solo por motivos prácticos. ¿Alguno de vosotros sabe disparar?

Bozzy levantó sus cejas. Parecía un lebrel sobornado con un hueso.

—¿Tenéis un arma allí? —preguntó acercándose.

El ordenanza deslizó una vetusta pistola de duelo a través de los barrotes. Boswell la apresó en el aire, y luego llevó su ojo derecho al cañón. Sopló dentro del alma de la pistola. El resultado no se hizo esperar: un eructo de hollín ennegreció su rostro al instante. Cogido por sorpresa, Bozzy tosió mientras palmoteaba la nube de tizne.

El ujier añadió:

—Casi lo olvidaba: no funciona.

—¿No funciona? —terció Johnson.

—Pero impresiona a los lunáticos. De eso estoy seguro.

VIII

El espacio daba cobijo a unos cuatro o cinco enfermos, los que sesteaban sobre sendos montones de paja rancia, doblados a manera de fetos, unos masturbándose, otros rasgando el muro con uñas romas y anhelantes. Johnson se arregló los botones del chaleco. No le divertía en absoluto encontrarse en un sitio así. Siempre pensó que acabaría enloqueciendo, consumido por la usura que su imaginación imponía a su cuerpo, derrotado finalmente por alguna tara familiar, reducido a un escombro convulso y febril. Se le hizo un nudo en la garganta.

Boswell avanzaba pegado a su amigo, la pistola izada a la altura de oreja. Apartaba con la punta de su pie escudillas y orinales. Se aferraba al mango del arma como a un talismán. De pronto una forma humana se levantó y evolucionó hasta él. Era un interno. El pelo cortado al rape, el bozo crecido, la expresión ofuscada. Todo en él recordaba a los personajes de Bruegel.

—¿Buscáis a míster Cupram?

—Así es —dijo Bozzy.

—Andáis con suerte. Helo aquí.

El cicerone se volvió y señaló hacia un montón de ropa sucia.

—Duerme enroscado como un perro —explicó.

—¿Míster Cupram...? —dijo Johnson, y entonces despidió al oficioso guía poniendo una moneda en su palma—. Ya podéis iros, querido amigo.

El malayo despertó, estiró sus miembros y se acuclilló sobre el piso.

—¿Visitas? —rumió receloso.

El par de curiosos permanecía de pie frente a él.

—Por cierto. Creo que esto os pertenece.

Bozzy se agachó para entregarle el paquete de opio.

—Os lo envía míster Sloanes —notificó Boswell con una sonrisa.

Cupram tenía un físico ascético y magro. Estrechó el fardo de opio, y

luego se lo puso bajo una axila. El tipo parecía de fiar, o eso infirió Johnson a partir de aquel primer contacto. El pellejo oliváceo se abolsaba bajo unos ojos omniscientes, el cabello retinto y lacio. Cupram se pasó la lengua por los labios resecos. Hablaba inglés con dificultad.

—¿Amigos? —susurró—. Comida mala aquí. Opio bueno.

Johnson le propinó a Boswell un discreto codazo.

—El yesquero, Bozzy.

—Oh, sí, sí...

Cupram hizo aparecer un cilindro de madera, tres palmas de largo, con parches aquí y allá. Rasgó una esquina del fardo y extrajo un puñado de pasta. Metió un grumo de opio dentro de la cazoleta de su pipa. Empinó el extremo de esta en dirección del yesquero de Boswell. Eslabón contra pedernal. Bastaría una chispa para que la sustancia prendiera.

La pipa volvió a descansar sobre el regazo de Cupram.

—Sabemos —murmuró Johnson por lo bajo— que Charles Dennys fue vuestro cliente.

El ascua de adormidera resplandeció.

Había algo vivo allí. Un mínimo corazón de luz.

—Charlie... Poeta bueno. Vida mala. No más Charlie.

—¿Sabéis algo de su muerte?

—¿Lápiz tener? Historia larga.

Bozzy desenfundó su libreta, pasándole antes la pistola averiada a *Dictionary.*

IX

La camarera cogió dos jarras de cerveza y las llevó a la mesa que ocupaban los dos caballeros. Se arregló la cofia y pidió el pago del consumo por anticipado. Sus mórbidas rosadas tetas por poco desbordaban el escote. Puso el dinero en el resquicio central del busto, y luego se esfumó, volando sobre unos pies mercuriales. Una especie de buhonero o charlatán de feria merodeaba entre las mesas recogiendo apuestas. Anunció la pelea a muerte entre un oso y un luchador de puño descubierto.

—No, gracias —murmuró Johnson tan pronto llegara su turno.

Boswell seguía cabizbajo, sumido en la corrección de sus notas. El testimonio de Javal Cupram, tatuador malayo, era un acertijo con demasiadas pistas, pero ningún derrotero seguro. Bozzy mismo habría borroneado cerca de una veintena de páginas. Se ensalivó un índice y pasó las hojas rápidamente.

—Quizá —declaró— deberíamos dejar la investigación a los cazarrecompensas de Bow Street. Después de todo, se especializan en buscar criminales.

—Porque lo hacen a sueldo. Además, nadie se interesaría por el descuartizamiento de un poeta. ¿Quién retribuiría los desvelos de los comisarios de policía? No la casera. No la viuda miserable. Y ni hablar de los colegas del gremio, tristes plumíferos de ático, como yo mismo lo fui alguna vez, acechando la oportunidad de escribir un epitafio, o transcribir los suspiros de un amante analfabeto... Dispuestos a poner su letra en lo ajeno por el vil precio de una cena rancia... ¿No os da pena?

Un chorro lacrimoso bañó las mejillas de Boswell.

—¡Asesinos! Juro que cobraré venganza antes que...

—Chsss —aplacó Johnson la furia de su amigo; tomó su mano paternalmente—. Bebamos. ¿A la salud de Charlie Dennys?

—¡A su salud, señor!

La cerveza se engolfó en las amígdalas del sabio, y después descendió por una garganta eternamente seca. Una línea de espuma se dibujó bajo la nariz flemática y bulbosa. Golpeó la base de la jarra contra la mesa.

—Bien. ¿Qué habéis sacado en limpio?

—No mucho. La embajada española. El encargo de confeccionar un plagio. La existencia de una mujer...

Mientras Bozzy enumeraba sus descubrimientos, *Dictionary* se detuvo a estudiar los progresos de la mesera entre los grupos de parroquianos. La clientela estaba compuesta, probablemente, de los agitadores y revoltosos que habían participado en las últimas demostraciones contra las Potencias Católicas. Una anárquica partitura de eructos y carcajadas se hacía oír dentro de aquel ambiente.

—Tal vez se trate —compendió Boswell— de una confabulación papista. Deberíamos de enviar a alguien a echar un vistazo a la embajada española... En fin, me pregunto si la misión diplomática todavía ocupa las instalaciones

de Powis House... ¿Me oís, Johnson?

Se produjo un momento de vacilación. El mismo sujeto de antes, todo él envuelto en unos ridículos abrigos de cazador americano, volvió a pregonar las virtudes del pugilato entre oso y hombre. Las promesas del espectáculo cosecharon algunas miradas capciosas.

Johnson mismo fue incapaz de sustraerse del movimiento general. Levantó una ceja hacia el orador, mientras la camarera se escoraba adelante al servir una nueva provisión de cerveza. Un tímido pezón color sepia, semejante a una sombra de ámbar, se insinuó desde el borde superior del corpiño.

Bozzy cogió su jarra por el asa, y sopló sobre la corona de espuma.

—¿Me oís, señor? —insistió.

El lexicógrafo parecía a punto de sufrir uno de sus espasmos faciales. Se rascó los bubones de su cuello, grandes como puños de niño. Sonrió a Bozzy.

—Claro que os oigo —masculló Johnson—. Pero sucede que el *impresario* de peleas está a la mitad de su arenga, cuestión que lamentablemente estorba nuestra plática. Para colmo, ya veis cuán exaltado se muestra el público. ¡Ah, nada tan fácil como divertir al populacho a costa de la tortura de un animal! En cuanto a nuestro plan para infiltrar la embajada española...

El escocés se arregló los botones de su casaca de verano.

—Había pensado —dijo tras meditárselo un rato— en interceptar las remesas de lavandería.

Dictionary sofocó una especie de mugido. La idea se le antojó típica del genio estrafalario de James Boswell, quien alguna vez, siendo un joven abogado litigante, había robado el cadáver de un defendido, un modesto cuatrero pasado por la horca, para resucitarlo con la ayuda de un médico. En verdad, Bozzy era lo bastante temerario como para inmiscuirse en los propios calzones del duque de Almodóvar, actual embajador de Carlos de España.

—Una tarea peligrosa —comentó Johnson.

—No si ocupo el disfraz adecuado.

Johnson se le quedó mirando. Se exaltó.

—¿Disfraz? Lo desaconsejo terminantemente.

Bozzy se disponía a controvertir el punto, cuando una turba de parroquianos se le cruzó por detrás, amenazando con volcar su silla. Por un instante quedó suspendido sobre las patas traseras del mueble. Pero un segundo después la silla volvía a su sitio: Boswell brincó como catapultado

por la inercia del impulso, se asentó, empinó su jarra y luego miró hacia la calle. Atropellándose unos a otros, los clientes habían salido a ver el primer asalto de la pelea contra el oso.

El evento puso a *Dictionary* de un humor terrible. Se enderezó cuan largo era, y caminó hasta la puerta acompañado por su amigo. Este colgó sus pulgares de los sedosos flancos de su chaleco color uva verde, despidiéndose de la camarera con una reverencia a medias. Una vez fuera, Boswell pensó ofrecer su brazo a Johnson, pero se ahorró el gesto, y en cambio sugirió la dirección frunciendo los labios con sobria petulancia. Marcharon juntos, los sombreros en la mano a causa del calor.

—¿Y ese ruido? —preguntó Boswell.

Al torcer por una esquina, enfrentaron nuevamente al *impresario,* esta vez rodeado por una vociferante masa de chismosos. Johnson penetró en la multitud a golpes de codos, aventajando en una cabeza al resto de la concurrencia, el bastón recogido en un puño vigilante y severo. El corrillo se cerraba elásticamente en torno a la presunta materia de novedad.

El cirquero comenzó a dar voces.

—¡Tomo vuestras apuestas! ¡Tomo vuestras apuestas!

Había allí un joven oso encadenado a una estaca, el hocico sujeto por un bozal, las zarpas enfundadas en unos como mitones de fieltro, el pelaje rojizo picado con dudosas quemaduras... Tan pronto el animal lograba pararse en dos patas y anadear dentro de su pequeña órbita, la cadena lo tiraba penosamente a tierra. Al tercero de estos tumbos, entró en escena el retador del oso, un cierto Ned Crow. Se trataba de un púgil de la vieja escuela, en realidad un luchador a punto de jubilarse: calvo, desdentado, la musculatura blanda y herrumbrosa.

El promotor del espectáculo se quitó su sombrero, un casquete cónico extrañamente abierto por arriba, y entonces lo empleó a manera de bocina.

—¡Señores! He aquí a míster Crow, el Hércules de Moorfields... Mirad sus puños. Fuertes como mazas. ¿No es verdad, Ned? Y por este lado... ¡Calma, querido público! No quisiéramos enardecer excesivamente a la fiera, un ejemplar traído desde la gélida Moscovia, un asesino natural... ¿Quién de ellos saldrá vencedor? ¡Apostad, señores! ¡Apostad!

Dictionary no disimuló su molestia. Dio un paso al frente. Hizo ostensible entre sus dedos una moneda de media corona.

—¡Uno a diez que el oso derrota a míster Crow! Pero con una condición...

El *impresario* se tornó intrigado hacia Johnson.

—¿Y cuál condición sería esa, amigo mío?

La audiencia se apelotonó a espaldas de *Dictionary*. Este se desabrochó la casaca color rata, olvidando que traía al cinto la enmohecida pistola que Bozzy le entregara cuando la visita a Bedlam. Boswell miró de soslayo el pomo del arma, la que descollaba por un ángulo de la insolente barriga. Ignorante de cargar con aquella peculiar decoración, Johnson inspiraba algo más que mero respeto.

—Quitad las amarras al oso. Que sea una pelea limpia.

Una corriente de entusiasmo atravesó a la concurrencia.

—¡Quitad las amarras! —insistió el público.

Desnudo de la cintura hacia arriba, Ned Crow se encogió de hombros y observó perplejo a su promotor. Una elipse de cabellos canosos, peinados al estilo romano, hacían de él un carácter anacrónico, como sacado de una tragedia de Séneca. Un corsé de cuero ceñía sus costillas protectoramente. Se apretó una fosa nasal, expulsando por la otra un esputo de flema. Arrojó un haz de polvo y grava con el pie. El oso se sentó sobre sus cuartos traseros, y espantó una mosca con la garra enguantada.

Envalentonándose, Boswell sacó a relucir una bolsa de dinero.

—¡Uno a cien que el oso derrota a míster Crow! Pero antes —dijo con su mejor tono literario— quitad las amarras y grilletes al noble bruto de los bosques.

El *impresario* se rascó la cabeza.

—¿Y si no acepto vuestra proposición?

—Pues... Pues... —titubeó Bozzy— ¡nos quedamos con el oso!

Johnson se dio con una palma en la frente.

—Muy bien —dijo el promotor—. Eso es mejor que perderlo todo. Ned, por favor. Entregad el oso a míster... ¿Vuestro nombre, si no os molesta?

—Míster James Boswell, próximo lord Auchinleck si mi padre tiene el buen juicio de morirse alguna vez. ¿Pero habláis en serio?

—¿En cuanto al oso? ¡Naturalmente! Os pertenece.

Boswell pareció acobardarse. Su rostro había recibido una bofetada invisible, y él mismo acabó echándose atrás, virtualmente repelido por el campo adverso de un imán. Hizo una aspaviento ridículo, semejante al de un

mozo de mudanza que intenta equilibrar un armatoste sobre el hombro y casi da con él en el suelo. Era la única negativa que le cabía articular, considerando el aprieto en que se había metido... Miró en dirección del oso. El animal ladeó la cabeza, y luego imitó a Boswell moviendo las zarpas en el aire.

El escocés suspiró. Se le antojó inútil retractarse.

—Pero no tengo donde hospedarlo. No aquí en Londres, por lo menos. Tal vez allá en Escocia, pero aun así... ¿Realmente es en serio?

—Un trato es un trato —dijo el charlatán de las pieles.

Johnson tragó saliva y procuró escabullirse. La asistencia comenzó a dispersarse en paralelo. Hubo un ahogado abucheo colectivo, un bostezo unánime. Bozzy había quedado a merced del cirquero. Este volvió a cubrirse con su sombrero de cuáquero. Casi había ganado la partida. Carraspeó antes de deslizar su argumento.

—Acaso vuestra señoría quisiera pagar los gastos de su mascota hasta encontrar un sitio idóneo.

—¿Pagar? ¿Pero a quién? En fin... Es decir...

El *impresario* ensayó una rápida genuflexión.

—Me sentiría honrado —dijo y, reincorporándose, apresó la bolsa de dinero desde la mano de Boswell, para después ponderarla con aire goloso, como si estrechara una ubre llena de leche—. Podéis venir a recoger a vuestro bruto cuando os plazca. Ah, ¡y no os mentí al decir que venía de Rusia!

Se volvió para dirigirse al oso.

—Vadim, este es míster Boswell. Tu nuevo amo.

X

No teniendo demasiado que añadir a su favor, Bozzy se limitó a encaminar a *Dictionary* hasta el apeadero de diligencias, excusándose, solo por esta vez, de no acompañarlo a casa. En el momento de despedirse, acurrucado Johnson dentro de la cabina, mientras Boswell aguardaba de pie en la calle, este mencionó a su amigo que tenía un asunto pendiente en los alrededores de Moorfields.

—¿Una aventurilla furtiva? ¡Vamos, Bozzy! Somos adultos.

Boswell aprobó con un cabeceo. Notó que Johnson llevaba un pañuelo abullonado en la mano derecha. La tripa del maestro pujaba contra la botonadura del chaleco.

—¿Mañana? —preguntó Johnson rascándose la entrepierna.

—¡Ciertamente! —afirmó Boswell complacido.

El crepúsculo de verano los envolvió en una luz esponjosa. El coche partió dando un respingo. Los ejes de las ruedas crujieron, y Johnson sacó un brazo por el hueco de la portezuela, perpetrando algo así como un aleteo.

—¡Adiós, entonces!

Los cascos de los caballos chacolotearon contra la grava: la crepitación se tornó cada vez menos audible, y acaso también menos real. Al cabo de un rato, la diligencia se había difuminado tras los remolinos de polvo ocre, y Boswell volvía a quedarse a solas, entregado a las veleidades de su melancolía.

Calculó que el burdel de lady Octavia, una ex matrona dedicada ahora a la alcahuetería, poseedora de una formidable sonrisa de rana, quedaría a unas pocas manzanas de allí. Se puso en marcha, arrastrando la soga que el promotor de boxeo le entregara antes. Media hora después llegaba a la puerta del burdel, un tugurio de dos pisos, con negras vigas aspadas sobre un frontispicio pintado con cal.

Halló la puerta sin cerrojo. Entró sin anunciarse.

Lady Octavia no tardó en emerger desde una cálida tiniebla.

—¡Pero si es míster Boswell en persona!

—Lady Octavia... ¿Vuestras ninfas duermen aún?

La pregunta instiló una vena de cachonda ligereza en lady Octavia. La proxeneta torció la boca detrás de su abanico, para enseguida cerrar la membrana de papel con un urgente chasquido. Tocó el hombro de Boswell con la punta del adminículo.

—Todo un diablillo —murmuró—. Las chicas han estado preparando vuestra obra de teatro.

Un soplo de jactancia inflamó el pecho de Boswell. ¿Pero era posible? Casi había olvidado haber escrito aquella pequeña farsa inspirada en la Comedia del Arte italiana... Súbitamente conmovido, se imaginó a las pupilas de la casa declamando sus papeles a la luz de un candelabro, disfrazadas de arlequines y pantaleones. ¿Habrían estado ensayando la obra para representarla ante él? ¡Qué encanto de chicas! Valían su peso en oro... Hizo un esfuerzo por ocultar su júbilo.

—¿Ah, sí? —se mostró elegantemente extrañado.

Lady Octavia volvió a abrir su abanico. Un falso lunar de fieltro titilaba sobre la mejilla izquierda. Se oyó el ruido que hacía un chorrito de pis sobre una palangana de loza. El rumor provenía desde el piso de arriba.

—Tenemos un cliente remolón que habrá que sacar a patadas. Pero, salvo por este detalle, nuestro refugio estará a vuestra disposición dentro de un segundo. ¿Lleváis prisa?

Boswell fingió reflexionar.

—No realmente —terminó por decir.

—Pues tanto mejor. ¿Os apetece beber un *negus* con esta vieja comadre?

Consideró la oferta durante un minuto. Hacía cierto tiempo que no probaba un buen oporto especiado, pero aun así desestimó la sugerencia de lady Octavia. La mujer, ya en sus cuarenta, tenía el rostro cubierto de solimán, un corazón de carmín pintado sobre los labios, las cejas totalmente depiladas. Un peplo de gasa resbalaba sobre una anatomía gordinflona, con esfericidades que parecían ocupar un sitio siempre equivocado. Bozzy negó con la cabeza.

—Pero aceptaría una limonada —dijo.

La proxeneta aplaudió con severidad, como si llamara a un criado que debería materializarse de forma inminente. A continuación, ambos pasaron a un vestíbulo amoblado con divanes a medio desguazar y un tocador equipado con una fantasmal luna de azogue. Lady Octavia cogió desde la cubierta del tocador una campanilla. La agitó con ademán apremiante.

Boswell apoyó una nalga sobre el brazo de un diván.

—La última vez que estuve aquí —comentó— las chicas quedaron muy impresionadas con las teorías de Spallanzani.

—Spallan... ¿qué?

—Spallanzani, estimada señora.

Lady Octavia se sentó sobre la silla del tocador. Entornó los frunces de su abanico, y se golpeó con las varillas de este sobre el mentón. El ambiente estaba en sombras. Un frescor ácido, como de naranjas recién partidas, afluía desde algún lado. Bozzy atribuyó la vaga sensación a la existencia de un patio secreto, una especie de invernáculo dedicado al cultivo de minutisa.

—Spallanzani. El sabio que defiende la capacidad del esperma masculino para... ¡Oh, bien! —se interrumpió Boswell—. Tan solo digamos que las chicas no lo podían creer.

—¿Creer qué cosa?

—Que el semen estuviera lleno de esas criaturas.

—¿Criaturas? —razonó recelosa lady Octavia.

—Criaturas, animálculos, espermatozoos... ¡Lo mismo da! —sentenció Boswell, y entonces se aprestó a cerrar el tema—. Esos como renacuajos que luego se convertirán en embriones humanos.

La alcahueta suspiró. Conocía las disparatadas opiniones de su cliente, conque no debía asombrarse demasiado. Era uno de esos caballeros ociosos, llenos de lecturas indigestas, perpetuos bebedores de café, té o chocolate, incapaces de levantar el miembro sin la ayuda de una gentil mamada. Recapacitó. ¿No debería más bien compadecerlo? Sin duda los escoceses eran gente insólita... ¡Spallanzani, nada menos! ¡Espermatozoos! Se inclinó a un lado para hurgar en un cajoncillo del tocador.

—Madam, si lo que buscáis es...

Lady Octavia se levantó de un brinco, y puso ante los ojos de Boswell una tira de cuero traslúcido. El cliente se demoró en reconocer el peculiar aparejo. Pensó que era la funda de un silbato para patos.

—Os lo habéis olvidado —la proxeneta explicó con aire de triunfo.

—¡Vaya! Un condón... ¿Seguro que me pertenece?

—Mis chicas no mienten.

—¡En fin! Tal vez debería ponerle mis iniciales.

—Lo recomiendo vivamente —suscribió la idea lady Octavia, y luego

entregó la tira de badana a su propietario. El tubo de piel no debía medir más de tres pulgadas—. Vuestro amigo, míster Johnson, ¿tiene registrada la palabra en su diccionario?

—Condón. *Cundum.* Bien, ahora que vos lo preguntáis...

Bozzy no alcanzó a concluir la frase cuando una de las pupilas se precipitó hacia ellos. Era la núbil y atolondrada Mary, una irlandesa morena, con grandes ojos de ciervo asustado y un culo como un bollo. Después de Mary aparecieron Pam, Bets, Jane y Hermione, una huérfana traída de las Antillas, levemente coja del pie izquierdo. Hicieron una reverencia.

—Saludad, chicas.

—Buenas tardes, míster Boswell.

Nueva reverencia. Un tricornio alzado cortésmente.

—Buenas... —farfulló Bozzy—. Lady Octavia me ha confesado que vosotras, mis queridas niñas, habéis puesto en solfa mi pobre libreto.

—Así es —se apresuró a responder Mary.

—Ya nos hemos repartidos los personajes —dijo Bets, una rubia esmirriada y un tanto bizca—. Yo seré Pantaleón.

—Y yo Arlequín —dijo Pam.

—Y yo Polichinela —dijo Jane.

—Y yo doctor Peste —dijo Hermione, abalanzándose hacia Boswell por un accidental impulso de su cojera.

El visitante tosió un par de veces. Se sentía adulado por el coro de respuestas. Las hubiera abrazado a todas paternalmente. Entretanto, llevó aparte a la dulce Hermione para explicarle que doctor Peste era un carácter inédito. Él mismo se lo había inventado. Tan simple.

—¿Pero es cierto lo que el señor dice? —indagó Hermione con un puchero.

—Sí, querida Hermione. Un invento.

Bozzy sonrió. En realidad, no recordaba haberse acostado con ella. Pobre Hermione... Una pequeña belleza castaña, maquillada hasta las orejas, los dedos mínimos y cerosos como las extensiones de un pólipo. A decir verdad, Boswell la notó un tanto famélica. ¿De modo que doctor Peste era un vulgar añadido? ¡Qué estafa! Decepcionada, la chica estaba a punto de sollozar. El escocés la atrajo hacía sí con tal de reprimir la penosa efusión.

Hermione se quejó:

—¡Incluso fabriqué una máscara de pájaro para mi personaje!

Boswell procuró reconfortarla.

—Vamos, vamos... Mirad lo que tengo aquí.

—¿Y qué es eso, míster Boswell?

—Sí, sí... ¿Qué es? —dijeron las otras chicas, aproximándose para ver.

Un bulto envuelto en papel corriente saltó de mano en mano, hasta que se abismó dentro del grupo de coquetas, quienes habían formado un bullicioso círculo alrededor del objeto. Este resultó ser, para su mutua desolación, un montón de pasta verdosa del tamaño de media barra de manteca. Hermione metió un atrevido meñique en el corazón del bulto. Al cabo de un rato se chupó el dedo.

—¡Puaj! —protestó ceñuda, rebelándose ante lo que debía ser una nueva burla de su seductor.

—¿Pero qué es? —repitieron las demás prostitutas, doblándose como un haz de juncos sometido a una rara turbulencia.

Boswell volvió a toser. Se dejó invadir por un sentimiento que identificó con la gloria, aunque era más un cosquilleo voluptuoso que otra cosa. Observó a las chicas de arriba abajo. ¿No eran sublimes? La expectación le permitía gobernar unas voluntades hasta hace poco del todo ajenas. Habría jurado que sus pies se separaban del suelo. Debía prolongar aquel trance a como diera lugar. Un dios jugando con sus ninfas.

—Opio —señaló risueño—. Polvos para soñar.

XI

Esa noche el burdel no admitió nuevos huéspedes. Dos o tres candelabros alumbraban el salón, sumido desde hacía una hora en un halo borroso y glauco. Echado sobre un diván color poso de vino, Bozzy se había puesto lo más cómodo que podía. Holgaba vestido solo con un batín y un gorrito de terciopelo, préstamos tomados del baúl de lady Octavia. De tanto en tanto, impartía indicaciones escénicas alzando la embocadura de su pipa de opio.

Sentada modosamente junto a la cabecera del diván, lady Octavia hojeaba el libreto redactado por Boswell. La alcahueta descansaría un par de veces el cuadernillo sobre su regazo.

Negó entonces con la cabeza.

—No acaba de persuadirme —rezongó ella.

—¿A qué os referís, madam? —indagó Boswell temerariamente.

—Acá, justo acá —dijo lady Octavia apuntando una de las líneas del libreto—, debiera haber un duelo. ¿Cómo es que todos se pelean por una chica sin un duelo de por medio? La violencia en el teatro es siempre atractiva. ¡Sangre!, míster Boswell.

—Hmmm... Sangre. ¿Un duelo con espadas? ¿Con puñales?

—Con cachiporras. Es una comedia al estilo napolitano, ¿verdad?

—Exactamente —otorgó Boswell el punto, si bien a regañadientes.

No tenía caso discutir... Bozzy percibía todo como a través de una mordaza algodonosa. Evidentemente, la fumigación de adormidera había embotado sus facultades. De hecho, ni siquiera advertía los picotazos de los muelles del diván... Procuró levantarse, pero solo acertó a encajarse un resorte salido entre la sexta y séptima costillas. Logró reincorpararse luego de un par de partidas en falso. Llamó a las chicas. Correteaban en zigzag, giraban como peonzas, cabrioleaban y se acuclillaban y luego se erguían con actitud hiperbólica.

—Señoritas. Queridas actrices... ¡Vuestra atención, por favor!

Las chicas ralentizaron sus movimientos hasta suprimirlos por completo. Todas menos Hermione, que avanzó cojeando con su antifaz de pajarraco mitológico en dirección a Boswell.

—Gracias, así está mejor... Vos también, Hermione. Todas podéis parar.

—¿Algo malo? —dijo Hermione, levantando su protuberante antifaz.

—Nada malo —rectificó Bozzy—. ¿Habéis memorizado cada una de vosotras su parte respectiva? Muy bien... Como sabéis, la acción de la obra trata sobre el acecho de la peste...

—¿Qué peste? —preguntó Jane.

—La peste melancólica, *you idiot!* —replicó Bets.

—Gracias, Bets —dijo Boswell—. En efecto, la Melancolía tiene a todos los personajes de nuestra *Commedia* un tanto irritados. Pero nuestro *dottore*, y aquí entráis vos, Hermione, tiene una brillante idea: ¡aligerarse de ropas y bailar! Se supone que es una purga benéfica.

Mary, la belleza irlandesa, apremió unas castañuelas. El tañido cosechó las carcajadas de la *troupe* de novatas. La suave y dulce Mary se había disfrazado de Scaramouche, poniéndose un cojín a modo de barriga postiza;

y, al igual que todas las internas del burdel, había estado inhalando opio profusamente. Ella misma rio de buena gana.

—¡Basta ya, chicas!

Lady Octavia abrió su abanico con aire de mandarín desafiado. Se escoró de un lado para murmurar al oído de Boswell, e insistió sobre el asunto del duelo. El interpelado aceptó el susurrante consejo, al tiempo que dudaba si el lunar de lady Octavia seguía en el lugar de siempre. Ella guiñó conspirativa.

—¡Oh, sí! —declaró Boswell con un jadeo—. Además habrá una pelea a cachiporras.

—¿Entre quiénes? —intervino Jane.

—Eso depende —contestó Bozzy.

—¿Depende de qué?

—Del número de cachiporras. Francamente, no veo que sea sencillo conseguirlas aquí. ¿Alguien quisiera ayudar? Incluso un atizador o un palo para sacudir alfombras serviría. Claro... Si prometéis —estipuló Boswell con tono didáctico— no sacaros un ojo.

No bien el dramaturgo formuló lo que parecía ser un problema técnico, las pupilas de la casa se lanzaron a la búsqueda del par de garrotes. Regresaron de su exploración con una insólita panoplia, consistente en varios cuchillos, un látigo, un arnés para caballo, una mandolina averiada, y una pequeña bala de cañón que lady Octavia empleaba a guisa de pisapapeles. Mary fue la última en dejarse ver. Llevaba consigo una porra o pértiga con la que se recolectaban higos en primavera.

Boswell contó a sus actrices. Notó que faltaba Hermione.

—No podemos empezar sin ella. ¿La habéis visto?

Las jóvenes prostitutas se miraron entre sí. Jane pidió la palabra, notoriamente contrita. Había visto a la benjamina del lupanar salir de camino a la calle. Se excusó de no habérselo impedido, conociendo de sobra los peligros del vecindario. Lady Octavia escuchó impávida. Hubiera montado en cólera, pero los efluvios de amapola habían suavizado su temperamento, al extremo de convertirla en un maniquí insensible.

—¿Es eso cierto, Jane?

Jane no había concluido sus explicaciones cuando, súbitamente, se escuchó el tumultuoso progreso de una bestia a través del corredor contiguo. De tal suerte, ninguna de las chicas lució sorprendida cuando entró Hermione, a

manera de una embajada fantástica, montada sobre un oso, desnuda excepto por su tétrica máscara de pájaro.

La aparición puso los pelos de punta al escocés. De pronto recordó que había dejado al buen Vadim afuera del prostíbulo... En fin, al menos el oso no había herido a nadie, Bozzy meditó mientras se derrumbaba nuevamente sobre el diván.

Hermione exultaba, aferrándose con sus uñas al morro del monstruo. La pequeña amazona descabalgó al cabo de un rato, y presentó a su inédito amigo como a la auténtica encarnación de la Melancolía. La bestia era oscura, lúbrica, voluble, golosa, solitaria, y con un brillo de genialidad en los ojos. Hermione le dio a comer un terrón de azúcar mientras le palmeaba el lomo.

—Y le encantan los dulces.

XII

¿Dónde diablos estaba? Esa condenada luz... Sentía que le pulsaban los globos oculares. ¿Taparse con el cobertor? En vano. Un resplandor cremoso e insolente penetraba a través del resquicio de la cortina. Sufría esa luz como un ácido. Pero también estaban los ruidos domésticos. Los ecos del fregado de vajilla o del cepillado de pisos, las voces de aquel mundo precoz y afanoso, lo atormentaban, lo desgarraban... No había parte de su anatomía que no le doliera.

Apenas guardaba una errática noción de su reciente aventura en el burdel. Lo ocurrido anoche, la marea de imágenes que aún vibraba bajo sus párpados, no se había separado del imperio del sueño. Se enteró paulatinamente, acaso por una especie de ósmosis, del hecho trivial, pero en el fondo satisfactorio, de hallarse en su dormitorio, en su propio lecho. De alguna manera había llegado allí por su cuenta.

Yacía a merced del demonio de la resaca, y permanecería bajo su poder por el resto de la mañana, como no se atreviera a hundir su cabeza en la palangana con agua fría. Comenzaba a ensayar los primeros gestos de su resurrección, cuando escuchó el golpe de un guijarro contra el cristal de su

ventana. ¿Quién lo habría tirado? Echó a un lado los linos de la cama, y se sentó sobre el borde del colchón. Una segunda pedrada dio contra el cristal, afortunadamente sin quebrarlo. Se levantó para ir a ver.

Descorrió la cortina. Un copioso chorro de sol lo obnubiló de súbito. Abrió la hoja de la ventana. No bien se asomó fuera, una pedrada le dio justo debajo del labio. Fue como recibir un expedito corte de cuchilla. Miró hacia la calle. El lanzador no era otro sino Tom, el chico que a veces ayudaba a Johnson con las compras. Bozzy se llevó un dedo a la parte dolorida. Sangraba. Se limpió la herida con la punta de la cortina, mientras increpaba a Tom escudándose tras un postigo.

—Juro que si se trata de una broma.

—¡No ha sido mi intención!, míster Boswell.

—¿Y no pensaste antes en tocar a la puerta?

—La verdad que no: soy tímido para esas cosas —se disculpó Tom—. Me envía míster Johnson. Os ruega acudir a la taberna El Moro, en donde comparte una taza de chocolate con Baretti.

—Aguarda allí, Tom. ¡Bajaré en un minuto!

¿Con qué motivo lo querría Johnson ahora? Y para colmo, un sábado temprano por la mañana... ¿No debería él mismo estar durmiendo? Mientras se vestía Boswell vino a enterarse que le faltaban varios botones a su levita de verano. Seguro los había perdido en la orgía de ayer, si es que podía llamar orgía a una inofensiva velada teatral. Antes de subirse las calzas fue a orinar contra un bacín. Temía encontrar cuajos de linfa flotando en el líquido amarillo.

Felizmente no los hubo.

—¡Todavía no me vences, *signor* Gonorrea!

Bozzy exhaló reconfortado. Sacudió su miembro y lo puso de vuelta en el nido de la bragueta. Descendió al trote los peldaños hasta el descansillo, y luego salió a la calle. Afuera lo esperaba un compungido Tom.

—¿Desayunaste ya?

—Hoy no por lo menos —murmuró el chico.

—Recuérdame que te compre una libra de pan. ¿Trato hecho?

—¡Hecho! No, no, espere usted... —vaciló Tom—. Míster Johnson dijo que trajera consigo su libreta de notas.

Bozzy se tocó la chaqueta. Corroboró lo que era ya una costumbre

ineludible. Sí, sí... Justo en el lugar donde debía estar el corazón. No había de qué preocuparse. Llevaba encima el cuadernillo donde apuntaba las sentencias de *Dictionary*.

—¡Todo en orden! ¿En marcha ya, Tom?

Hicieron el trayecto a pie. Pasada media hora, Boswell y su lazarillo entraron en el merendero. El chico le recordó su promesa a Bozzy. Este sacó una moneda y se la entregó con una floritura de prestidigitador. Despidió a Tom con un capirotazo, y entonces respiró piadosamente. Olía a budín de castañas, a rubia cerveza de barril.

Prometió embriagarse.

—Muy bien. ¡Ve ahora por tu libra de pan! —gritó volteándose hacia la salida, cuando ya Tom era una sombra a la desbandada.

Barrió con una ojeada el interior del establecimiento. No tardó en detectar la presencia de Johnson y su colega italiano. Perfecto, conque ahí estaban... Se detuvo a saludarlos. Ambos hombres lucían un tanto alborotados. O eso dedujo Bozzy por el desarreglo de papeles que proliferaba en torno. Johnson tenía su pluma de escribir prendida detrás de la oreja. Corrió con su antebrazo un tintero y un saquito con arena secante, con tal de hacerle sitio a su amigo.

—Sentaos —dijo.

—Eso hago. ¿Por qué la prisa, caballeros?

Baretti hinchó su pecho como un palomo.

—Baretti ha desentrañado el sentido de aquella palabra.

El escocés dio un brinco sobre la silla, girándose hacia Baretti, pero este no le prestó mayor atención. El chocolate de su taza empezaba a cuajarse. El sabio italiano jugueteaba con una cucharilla.

—Digno de un erudito como vos —dijo Boswell.

El cumplido zozobró sin misericordia. El italiano atacó un plato de esparrágos, adoptando un silencio desdeñoso, del que Bozzy era el principal destinatario. Cogió un tallo y lo decapitó con sus dientes delanteros.

—¿Y bien?

Johnson deslizó una mueca de repugnancia tan solo de ver masticar a Baretti. ¿Espárragos? No toleraba muy bien las manías herbívoras de los meridionales. Esperó un segundo antes de volver a la carga.

—*Lusci*... ¿Recordáis? —confesó *Dictionary* con estilo epigramático.

—Naturalmente —dijo Boswell.

—¡Pues es Luscinda! —respondió Johnson—. Una heroína de Cervantes.

—¿Cervantes? Hmmm... España. Papistas.

Baretti paladeó un lánguido trozo de verdura.

—Luscinda, ¿no es así? —consultó Boswell.

—La amante de Cardenio. Un personaje secundario del *Don Quijote*.

—Entiendo. ¿Debiera sacar ahora mi libreta y anotar?

XIII

Se quedaron hasta pasado el mediodía. Los platos del almuerzo, y luego los del postre, se fueron apilando a un lado de la mesa, acechando el espacio destinado a escribir, o bien a revisar rápidos apuntes. Con cierta intermitencia, uno de los comensales se ausentaba para acudir al baño, y después se reintegraba al cenáculo, para entonces ser relevado por otro de los miembros. Sobre la mesa se había empozado una suerte de clima autónomo, denso y tormentoso, electrificado por las elucubraciones y arranques de genialidad de Johnson.

Cuando Bozzy cerró su libreta, quedó gravitando por encima de sus narices una nube de conjeturas. Había oficiado como amanuense del dúo de polígrafos por espacio de tres horas, y a esa altura su puño se había transformado en un resorte desvencijado. Tomándose un plazo de tregua, pidió una botella de vino y una jarra de agua fresca... Baretti sorbía su quinta taza de chocolate, mientras *Dictionary* afilaba su plumín con un cuchillo para fruta.

Echándose atrás en su silla, Johnson se aplicó un pañuelo húmedo sobre sus escrófulas, y después sobre su frente. Se ensalivó un pulgar y aplastó con su yema, notoria por sus grandes surcos concéntricos, las migajas esparcidas sobre la cubierta de madera de olmo. El sabio parecía ocupado en guiar su digestión a través de su pensamiento, aconsejando qué debía hacer cada órgano o víscera involucrados en el proceso.

—Permitidme recapitular —anunció Boswell tras sofocar el pujo de un bostezo—. Nuestro poeta de Grub Street, Charlie Dennys, cuyo pie sacamos el otro día de un arroyo...

—Al grano, Bozzy.

El escocés se interrumpió y balbució. Atisbó de soslayo a sus dos censores. Caló hondo a semejanza de un nadador que prepara una zambullida. Simultáneamente, un tipo de la mesa de al lado, sin duda ya bastante ebrio, comenzó a silbar una balada marinera. La melodía captó el interés de *Dictionary*, quien siguió el compás con la punta del zapato. Entretanto, Boswell luchaba contra la sorda secuela de su curda: veía las cosas como desfasadas, con un aura o nimbo reverberando nerviosamente en torno de ellas. ¿Podía atribuirlo al opio?

Tomó la palabra nuevamente.

—Como sabemos, Shakespeare escribió un *Cardenio,* inspirado en un pasaje pastoral del *Don Quijote*... ¿Voy bien?

Baretti no pudo resistir la tentación de precisar la cronología.

—Ehem, ehem... El *Cardenio* de Shakespeare, coescrito por el dramaturgo Fletcher, hay que aclararlo, fue representado frente a la Corte dos veces durante 1613. La primera traducción inglesa del *Don Quijote* data, digamos, de 1612, y pertenece a Thomas Shelton, un espía al servicio de la causa católica durante las Guerras de Religión. Por añadidura, se especula que Shelton hizo las veces de correo secreto en la Guerra Irlandesa de los Nueve Años... ¿Por qué un hombre así —explicó Baretti mordiendo un espárrago— se habría tomado la molestia de verter al inglés la novela de Cervantes?

—¿Propaganda a favor de España y las potencias papistas?

—Tal vez habría que substanciar esa pista —agregó Baretti—. Sin embargo, el punto es otro. ¿Os he mencionado que preparo un ensayo contra Voltaire, quien se ha obstinado en subestimar y degradar a Shakespeare? Pues bien... Creo que los déspotas ilustrados de Francia y España han mancomunado sus esfuerzos para convertir a Shakespeare en un simple copista de Cervantes. De ahí el encargo de reescribir el *Cardenio,* y denunciar de esa forma la influencia de Cervantes sobre Shakespeare... Comoquiera que fuese, probablemente el original de la obra se perdió junto con el incendio del teatro The Globe.

Boswell puso su mejor cara de tipo listo. No obstante, el flujo de palabras entraba por una oreja y salía por la otra sin excitar ninguna membrana de su cerebro. Temiendo ser pillado en falta, emuló la expresión de agudeza que se dibujaba en el rostro de Johnson. Era fácil: solo había que crispar una ceja y cascar las muelas. Se sintió en la obligación de compendiar toda la historia,

hasta aquí, un laberinto de nombres y fechas que le sonaban a hueco.

—Nuestro pobre plagiario, Charlie Dennys, habría sido comisionado por el embajador español duque de Almodóvar, o alguien en su lugar, para redactar un apócrifo. ¿Correcto?

—Correcto... Sin embargo, algo debió ocurrir en el intervalo como para que resolvieran liquidarlo —dijo Johnson.

Baretti se acercó y susurró cerca del oído de Bozzy.

—Johnson me contó lo del torso desollado.

—*Tant mieux* —rumió Boswell aprobatoriamente.

Dictionary terció en la burbuja de intimidad que unía frágilmente a sus dos interlocutores. En algun momento debería marchar al baño, pero hasta entonces podía guardar el decoro necesario. Se mostró hierático y profesoral.

—En fin... ¿Qué impulsó a Charlie a tatuarse su propio manuscrito?

—Conservar el original consigo. Fijar su autoría más allá de toda controversia. Pero aun así... El truco le valió de muy poco, ¿no? Después de todo —declaró Bozzy— mandaron a despellejar al infeliz. Destino nada agradable. ¿Más vino, caballeros? ¿Agua tal vez? Bueno... Habría que averiguar dónde se embalsaman animales aquí en Londres. Un taller de taxidermia.

Johnson se removió en su silla. El tipo de al lado silbó otra balada.

—Pero antes —*Dictionary* emitió un bufido inauspicioso— debemos ir a Grub Street y entrevistarnos con la casera de Charlie Dennys.

TERCERA PARTE

I

Se agachó con una tortuosa flexión. No llevaba peluca, ni más vestido que una camisa impregnada de sudor bajo las axilas. Despechugado, asomaba desde su esternón la medalla que le obsequiase la reina cuando niño. El disco de oro consistía en una de esas monedas llamadas ángeles, acuñadas por primera vez en el Año del Señor de 1465...

El anverso de la pieza, dotada en teoría con poderes apotropaicos, mostraba a san Miguel matando al Dragón; pero el emblema resultaba casi indiscernible, debido a las costras de mugre que se habían acumulado a través de su continua posesión. Doblado sobre sí mismo, Johnson vio oscilar su ángel de oro: la moneda giró a manera de una peonza, suspendida en el arco sutil que mediaba entre el ombligo y la nariz de su dueño.

Sentía que la sangre se agolpaba con una suave turgencia en los lóbulos de su cerebro. Temió marearse, y levantó un poco su nariz de yunque, tendiendo un módico ángulo hacia el grupo de flores. De un tiempo a esta parte, consagraba algunos domingos a cuidar el jardín trasero de la casa. Debía ocuparse en algo, solía decirse, pues de otro modo el perro negro de la Melancolía reemprendería su fiel asedio.

Se encogió otro tanto, y limpió un pétalo espolvoreado de hollín de carbón. En realidad, todo el jardín parecía envuelto en un ceniciento sudario. Veladuras de tizne flotaban en el aire granuloso, y sus partículas se decantaban poco a poco sobre los cuerpos, los muebles, las flores.

Johnson trató de recordar el color del cielo. Inútil. Era preciso salir de Londres para reencontrar aquel formidable azul. Sin duda todo estaba cambiando. ¡Máquinas, hornos, fundiciones!, protestó en silencio. Pero aún podía consolarse en el cultivo de su jardín, si es que admitía parafrasear a Voltaire, o más bien a su *Candide*, Johnson pensó y luego descargó una rodilla sobre el suelo.

Suspiró. Había enterrado el cadáver de Hodge, su gato devorador de ostras, en alguno de los patios de sus sucesivas residencias, tantas en número que terminaría por olvidar en dónde lo había sepultado exactamente... ¡Pobre

Hodge! Extrañaba su tenebroso ronroneo, la cola enarbolada en actitud beligerante.

Consideró, no sin asombro, la posibilidad de que las raíces de las flores se alimentaran de los restos mortales de Hodge. Y algo lo congeló instantáneamente; habría jurado oír un maullido. Su fisonomía degeneró en una breve mueca de repugnancia. Horror, sí, eso le inspiraba la perspectiva de hallar, bajo los terrones de humus, la carcasa blanqueada del gato.

—No más por hoy, viejo amigo —dijo, y su columna crujió al enderezarse.

La posición rectilínea se le antojaba un lujo del que debería despedirse más temprano que tarde... Se disponía a renunciar a su vocación de jardinero cuando, como invocado por un reflejo de su conciencia, la sombra de Francis Barber cobró un relieve caracterísco.

El criado tosió con tal de hacerse notar.

—¿Qué hay de nuevo, Frank? —preguntó Johnson, sosteniendo la regadera en la mano derecha.

—Nada en particular, amo Samuel.

La regadera se sesgó de un lado. El pico de esta comenzó a gotear sobre el zapato izquierdo de *Dictionary,* sin que él advirtiese la fuga del líquido. Barber titubeó, ciertamente ya sin ánimos de interrumpir. La diligencia a Bath partiría dentro de una hora; el viaje tomaría una jornada y media de galope. Eso bastaba.

En verdad, el sirviente negro solo había acudido a decir adiós. Por supuesto, lo acompañarían hasta el balneario los demás inquilinos de la casa, a quienes Johnson alquilaba la buhardilla (míster Levet, médico sin licencia), el entrepiso (miss Flint y miss Carmichael, prostitutas reformadas), o la planta baja (miss Williams, una beatífica hilandera ciega).

Johnson se mordió el labio. Se imaginó al extravagante cortejo paseando a través de la playa. Especie de familia postiza, se apuraba en reconocer, aunque también la única que tenía... Nada mal.

Comoquiera que fuese, él se las pasaría a solas ese verano. ¿Huérfano? No lo había pensado hasta entonces. Un miserable náufrago abandonado en Fleet Street... Se aconsejó valor, y dejó fluctuar su ánimo, condenado a una perezosa deriva. Se le antojó una provisión de té negro; su ingestión lo calmaría: sería un bálsamo...

Titubeó, pestañeó, tapó un eructo.

¿Sin compañía por el resto del verano? Negó con la cabeza. No. No estaba preparado para sufrir semejante ostracismo. ¡Solo! Largas noches vigilantes, revolviéndose entre las sábanas viscosas; sí, ya se lo imaginaba: agobiado por el silencio que se extendía hasta la madrugada a manera de una tensa mordaza. No había remedio. Debía acostumbrarse a la idea. Aun así, si todo resultaba mal, al menos tenía cerca a Boswell. Y también a sus flores.

—También tengo asuntos que atender —confesó por fin—. ¡Que os divirtáis en Bath!

—Escribiré a vuestra señoría, amo Sam.

Barber vaciló antes de girar y escabullirse caballerosamente.

—He comprado sus medicinas —añadió como si lamentara abandonar el jardín.

—¿Medicinas? Claro, naturalmente...

Johnson se encogió de hombros y sofocó uno de sus tics. Un dardo fosforescente había excitado su memoria. Se acordó de que míster Levet le había recetado jarabe de ipecacuanha. Se prometió abstenerse de cualquier consumo sólido, y resignarse en lo sucesivo a una dieta de leche y huevos batidos.

La regadera chorreaba impenitente.

—¿Puedo abrazar al amo Sam? —inquirió Barber.

—Vamos, Frank... ¡Si sois como un hijo!

Más tarde, ese mismo día, en los altos de la cochambrosa residencia, Johnson se arrellanó sobre su acariciada silla coja, y procedió a sacarse la media izquierda, a la sazón saturada de agua. Estrujó la media, y después la puso a secar en la ventana. Se la colocó de nuevo, al cabo de una hora de espera.

A continación se calzó y descendió por las escaleras a los saltitos, resuelto a ir a lo del panadero. Tenía el firme propósito de pedir prestado el horno y cocinar allí su pastel de carne. No deploraba haber olvidado comprar leña. Después de todo, semejante omisión lo obligaba a tomar un pequeño paseo, remontando Fleet Street en una boga chismosa y distraída: su ojo sano escudriñaría los detalles del decorado dominical.

—Ja, ja —rio de buena gana, tan solo para oírse reír y exorcizar el miedo de una noche sin compañía en casa. Cogió religiosamente entre dos dedos su ángel de oro, confiando en la protección del amuleto—. Monedita, linda

monedita —canturreó.

La calle lo atrapó en su seno. Como una marea.

II

El coche atravesó Moorfields, internándose, esquinas después, en el meandro de chabolas que caracterizaba a Grub Street. Doblado dentro de la cabina, Johnson espiaba la irreverente arquitectura del distrito, sus tugurios de dos o tres pisos creciendo a manera de colonias de hongos.

El coche tomó un desvío, se perdió por un callejón y volvió a emerger en una rotonda que servía de antesala a un matadero clandestino. Tan pronto Johnson y Boswell descendieron del coche, tropezaron con un rebaño de ovejas que se arremolinó instantáneamente a su alrededor.

Había un intenso olor a boñiga, mezclado al eco pestilente del degolladero instalado en la vecindad. *Dictionary* espantó las ovejas con su pañuelo, y deambuló patosamente dentro del coro de balidos. En virtud de un caprichoso tropismo, el rebaño se dispersaba y luego volvía a congregarse cerrándoles el paso a los dos hombres. El tándem logró escabullirse, con un muy fastidiado Boswell por vanguardia. Este divisó el cartel de una panadería, y condujo a Johnson a un desaliñado portal.

Permanecieron allí hasta que el rebaño siguió de largo.

—¿Y qué plan tenéis? —procuró Bozzy para entablar conversación.

—Pues preguntar. Alguien por acá debiera conocer a Charlie.

Al cabo de un minuto, penetraron cautelosamente en la panadería: los recibió una flotante fosca de harina, presidida por la emboscada figura de un hornero, ambas mangas arriba del hombro, dando puñetazos a un enorme bolo de masa... La levadura tejía microscópicos poros en el meollo de la pasta.

—Ni idea de Charlie Dennys —respondió huraño el panadero, estrangulando una trenza de masa fresca—. Ni de ningún otro holgazán con pretensiones librescas. ¿Queda entendido? Y ahora dejadme trabajar en paz.

Despachado el interrogatorio, Johnson y Boswell salieron nuevamente a la calle. Lucían como dos fantasmas, emblanquecidos de pies a cabeza por el reciente contacto con las aspersiones de harina. Cada cual se palmoteó las

ropas para quitarse de encima esa especie de talco.

—¿En marcha?

Echaron a andar un poco a la deriva, husmeando en los pequeños comercios de la planta baja, sonsacando vaguedades de comadres medio sordas, precisando los contornos de una identidad cada vez más evanescente. En el curso de sus indagaciones, el dúo de detectives literarios hizo un alto para entrar en El Grifo Tuerto, una cantina frecuentada por la escuálida fauna de escritores venales. Ninguno de los parroquianos pareció reconocer en aquel sujeto gordo, rampante y linfático a Samuel Johnson, leyenda viviente del gremio editorial.

Dictionary se aproximó al tabernero.

—¡Vaya clima! —susurró.

El tabernero fregaba una cacerola con una paño.

—¿Va a tomar algo el señor? —increpó.

—Cerveza... Una pinta. Y otra para mi amigo.

—¿Algo más?

—En realidad sí. Se trata de una pregunta.

El patrón del local abandonó su tarea. Miró a Johnson, y después a Boswell, aguzando un ojo vidrioso y desconfiado. Bozzy se había parado detrás del maestro, y se quedó como acechando, congelado en una mueca anhelante. Una brizna de rapé brilló sobre la comisura de su labio.

—¿Sois amigos de Charlie?

—Algo por el estilo —terció Boswell.

—¿Charlie Dennys? —balbució el tabernero—. La verdad es que no se le ha visto últimamente. Y eso desde hace una semana... A veces venía a tomarse un té o una jarra de malta. Pero ahora que recuerdo... ¡Ese condenado Charlie me adeuda unas cuantas barras de pan negro! Un tipo divertido, pese a todo. Me confesó que componía una obra de teatro.

—Y este Charlie... —indagó Johnson—, ¿trabajaba con algún impresor en particular?

El tabernero retrocedió crispado, a la manera de un erizo.

—¿Seguro que no sois acreedores de Charlie?

—No, en absoluto —se apuró en refutar Johnson—. Francamente creemos que Charlie ha... digamos... pasado a mejor vida.

El tabernero palideció.

—¿Muerto? —rumió luctuoso—. Bien... Tal vez debierais visitar al impresor Rowan Turpenteen... Él solía trabajar con Charlie. No es muy lejos de aquí.

Aceptaron la sugerencia del patrón del local. Terminaron sus bebidas, pagaron y salieron. Ya en el exterior, Johnson sacó su reloj y consultó la hora. Boswell tiró los extremos de su casaca, todavía empolvados de harina cernida, como si con ello pretendiera conjurar la sensación de tiempo perdido. Desperezándose enseguida, emprendieron el trayecto a la imprenta de Turpenteen.

Poco antes de arribar a la intersección con Chiswell Street, Johnson se quitó el tricornio y comenzó a abanicarse con este, progresando con zancadas meditativas y enfáticas. Un coche de alquiler pasó traqueteando junto a él, salpicándolo con un chorro de lodo, el que no demoró en secarse sobre su calza izquierda.

Algo, acaso una involuntaria irisación de su memoria, lo llevó a preguntase sobre su vida anterior en Grub Street. ¿No había sido él mismo como Charlie Dennys, un servicial panfletario acosado por el hambre y las deudas? Y sin embargo, ¿qué lo había llevado a triunfar sobre la oscuridad de su condición? Blandió el ala abarquillada de su sombrero, gozando de un fugaz frescor. Por algún extraño motivo, siempre apestaba a chamusquina en aquella parte de la ciudad.

—¡Ah, Bozzy! —suspiró—. Grub Street no parece haber cambiado gran cosa desde mis días. Los mismos tugurios. La misma atmósfera de penuria. Tal vez no haya sido una buena idea descolgarse hoy por el vecindario.

Paralelamente, caminaba hacia ellos un espectro vestido con un harapiento tabardo y algo que debía ser un pantalón marinero. No era sino uno de esos desdichados chupatintas que pululaban en los alrededores, aquejado por una bizquera apenas perceptible, con una coleta con aspecto de cola de rata, el perfil convexo y gárrulo. El individuo se aproximó con intenciones de sablear al par de incautos.

El encuentro tuvo lugar con rara fluidez.

—Buenas, caballeros... ¿Nuevos en el barrio?

—No precisamente —respondió *Dictionary*—. Para ser sinceros, yo mismo vivía antes en una de estas chabolas.

—¿Escritor también?

—Pues sí... Samuel Johnson. A vuestra disposición.

El chupatintas no pudo ocultar su perplejidad.

—Díos mío... ¿Es eso cierto? —dijo y se volvió a un lado—. En consecuencia, vos debéis ser... ¿James Boswell?

—Ciertamente —dijo Bozzy.

—Oh, bien... Gedeon Finney. Un placer.

—Encantado —dijo Johnson—. ¿Escribís algo interesante, míster Finney?

—Ya que lo preguntáis... Preparo una oda en setenta y siete cantos sobre el cultivo del tomate en invernadero, para un magnate con aficiones botánicas. Además de eso, redacto actualmente un epitalamio para una viuda que pretende casarse por tercera vez... Oh, y un panegírico en honor de un difunto capitán de barco mercante... Aunque, temo decir, sus hijas han regateado mezquinamente los anticipos del encargo. Comoquiera que fuese, no he recibido un pago decente en bastante tiempo. Quizás el señor quisiera ver mis borradores.

—En otra ocasión, míster Finney.

Finney sonrió y gesticuló con aire sibilino. Le faltaba un par de incisivos, conque un pujo de aliento pasaba silbando a través del hueco. Su fisonomía recordaba la de una cigüeña: daba la impresión de que en cualquier momento emprendería el vuelo, aleteando con los faldones de su miserable abrigo. Como era de rigor en los de su tipo, toda su ropa exhibía lamparones de tinta de imprenta. El color de las manchas había virado a un violeta clerical, sin duda a causa del sol.

Finney realizó algo semejante a un paso de baile.

—Como gustéis... Seguramente —indicó oficioso, la nariz afilada y huesuda, el desplante de quien podría leer las mentes ajenas— no estáis aquí por mí de todos modos. Pero aun así podría ayudaros en algo... ¿Información, tal vez? No espero ser retribuido de forma muy onerosa. Medio chelín serviría.

—Naturalmente... ¿Conocéis a Charlie Dennys?

—¡Charlie! Claro que sí. Buen tipo. Ahora venga esa moneda.

Bozzy se interpuso oportunamente.

—No tan rápido —advirtió—. ¿Sabéis dónde vive?

—Conozco a su casera. Una auténtica arpía. ¿Mi dinero?

Johnson y Boswell cambiaron una mirada aquiesciente.

—¿Y cómo diablos se llama la mujer? —inquirió *Dictionary.*

—¡Sois un hueso duro de roer! En fin... Tan solo preguntad por *mistress* Lissander. Ella es la casera. Eleanor Lissander, si no me equivoco.

Johnson ladeó la cabeza demostrativamente, insinuándole a Boswell que pagara lo prometido. Gedeon Finney se embolsó el dinero, mientras su ojo izquierdo migraba deslealmente hacia el borde externo del globo. Era como si procurase ver a sus espaldas.

—Adiós, caballeros. ¡Y suerte! —dijo con un respingo admonitorio.

III

Tornos, cajas de tipos, pastas para encuadernar, pliegos vírgenes de un pálido sepia... Un empleado ordenaba las cuñas de una plancha de impresión, mientras Johnson charlaba cordialmente con el propietario del taller, un hombre entrado en carnes, cejas enmarañadas y tez rosada. Turpenteen se atrincheraba tras una consola repleta de volúmenes sin tonsurar. Tenía unos quevedos montados sobre la nariz de pimpollo y unas calzas amarillas de bufón, que recogía esporádicamente con un puño tímido y reptante. La presencia en su negocio del doctor Johnson constituía una formidable epifanía. El impresor enlazó sus pulgares con aire defensivo.

Se había pellizcado un muslo para corroborar si aquello era un sueño.

—¿Y a qué debo el honor de vuestra visita? —murmuró Turpenteen.

—Amigo mío... Cómo decirlo... Hay este individuo... Charles... Charles Dennys. ¿Lo conocéis? Pues sucede que... Dennys murió... y...

—¿Murió? ¡Vaya! Pobre chico.

—¿Mantenía él algún encargo para vos?

—No que yo recuerde. Su último trabajo fue un apócrifo. Bueno, ya os imagináis de qué se trata. Evidentemente, todavía rige esa moda iniciada por Chatterton y Macpherson... Textos adulterados, falsos palimpsestos... Por supuesto, vos estaráis mucho mejor enterado.

—¡Ni hablar de eso, míster Turpenteen! Recuerdo el tiempo gastado en polemizar con el marrullero de Macpherson. Toda esa fábula sobre Ossian el bardo... ¿Increíble, no es así? Pero bastó con que yo pidiera ver los originales de Ossian para desinflar el maldito simulacro, esa necia fantasía de

montañeses con falda. ¡Escocia! Cuando estuve allí —observó Johnson— nadie sabía nada de los antiguos celtas. Ni una sola palabra... Según creo, el patriotismo literario inflamó la credulidad de los escoceses, y permitió que Macpherson se atiborrase con las flatulencias de una gloria que juzgaba eterna. ¿No es cierto, Bozzy?

Boswell fue emplazado a discutir. En realidad, Johnson lo había espoleado deliberadamente, midiendo el alcance de su ironía con pulso de relojero. Sabía muy bien que el *Ossian* era un tema delicado para su querido y fiel satélite, y que él protestaría contra lo que parecía un insulto implícito a su dignidad de escocés. Pero Bozzy no tuvo más remedio que seguir la corriente. Se acercó y aclaró la garganta con ademán comprensivo.

—¿*Ossian* de nuevo? —preguntó.

El impresor se inmiscuyó en la naciente escaramuza.

Tosió dos o tres veces, llamando la atención de Johnson.

—Pese a todo, leí su *Viaje a Escocia* con mucho placer.

—¿Habláis en serio? Francamente —dijo Johnson, volviéndose a un lado —, lo pasé muy bien en las Tierras Altas... Memorable... Y todo gracias a míster Boswell y sus relaciones en el país... —reflexionó—. No fue hace mucho tiempo de eso, ¿eh, Bozzy?

—Diría que fue casi ayer —afirmó Boswell.

—Porque fue ayer. Invierno de 1773 —subrayó Johnson.

—Siete años a esta parte —calculó Boswell.

—¡Siete años! —repitió Turpenteen con unción.

Siguió entonces un silencio embarazaso.

El impresor se miró la punta de los zapatos, mientras pensaba en su joven esposa, probablemente encinta de otro. Recordó su barriga de boya, sus pechos tumefactos de una serosidad que pronto se convertiría en leche, la cara gordinflona y las maneras de campesina. Sintió el impulso de confesar esto, pero se retractó con un espasmo de vergüenza. ¿Qué eran sus problemas en comparación con un poeta descuartizado?

Un simple cornudo.

—De modo que Charlie está muerto —resumió con nostalgia.

—Asesinado —corrigió Bozzy—. ¿Sabéis si él tenía enemigos?

—Compañías exóticas, más que enemigos evidentes.

—¿Cómo quiénes? —intentó precisar Johnson.

—Había ese tipo. Un sujeto con trazas de matarife, altísimo, cerúleo, corpulento, la piel llena de intrincadas venosidades, y sin embargo con cierto aire infantil... Y luego aquel extranjero, sin duda español o francés, mucho más bajo, encapuchado como un monje o un bandolero. Eran dos —explicó Turpenteen, enseñando el número con un par de falanges.

A un gesto de Johnson, Bozzy extrajo su libreta y comenzó a tomar notas con torpe agilidad. Hasta ellos llegaba el vapor del plomo fundido al llenar los moldes tipográficos. Hacía un calor infernal. El impresor se enjugó el sudor con una manga.

—En cuanto al apócrifo, jamás vi ningún borrador de este. Charlie era muy hermético con esas cosas. Nunca llegamos a componer las planchas, ni mucho menos a revisar galeradas. Tal vez su casera, *mistress* Lissander...

Turpenteen colapsó momentáneamente. Chasqueó su lengua contra el paladar y sonrió nervioso. Negó con la cabeza. Sopló en el cuenco que formaron sus manos al plegarse.

—Tal vez ella sepa algo más que yo —añadió impaciente.

Boswell se encogió de hombros.

—Vuestro tiempo ha sido muy valioso, míster Turpenteen.

Ya iban de camino a la puerta, cuando, al pasar por un patio de trabajo, Johnson atisbó hacia lo que creyó era un montón de ropa sucia. La visión gravitó seductoramente sobre el intruso. Se desvió de su trayectoria para perpetrar así una pequeña indiscreción. El impresor lo escoltó de cerca, subiéndose las calzas de cuando en cuando.

—¿Y esto?

Yardas y yardas de tela descansaban apelotonadas contra el pavimento, abandonadas al polvo, el sol y la polilla. Johnson se detuvo a contemplar aquel insólito acopio de tafetán verde, en cuyo interior se agazapaban gruesas burbujas de vacío.

—¿Estáis en el negocio de imprimir tapices?

Turpenteen negó meneando la mofletuda barbilla.

—¿Se trata del velamen de un barco, entonces?

—Nada de eso, señor. He debido incautar esta tela para prevenirme de la insolvencia de uno de mis clientes, cierto Tytler, redactor de la *Enciclopedia Británica,* y por lo demás un genial bribón. Este Tytler ha diseñado algunos prototipos de aparatos volantes —explicó Turpenteen venciendo un acceso de

pudor aunque se desembarazó de la inhibición al cabo de poco—. Aeróstatos, para ser más precisos.

—¿Globos de aire caliente?

—Exacto —aprobóTurpenteen con un revoleo de sus pulgares.

—Ese Tytler debe ser todo un Leonardo —dijo Johnson.

El impresor dio muestras de conmoverse.

—Consideraba seriamente —dijo— regresarle las yardas de tela al pobre sujeto. Pero nuestro aeronauta difícilmente se digna a rendir una visita casual a su indulgente acreedor.

Se oyeron pisadas en el zaguán. Poco después, el ruido se condensó hasta alcanzar un espesor tangible. Los hombres se volvieron hacia aquella inopinada presencia. Era Tytler en persona. El sujeto se descubrió, revelando una juvenil calvicie. Se quitó una levita sudada. Inclinó la cabeza a un lado y otro. Reconoció de inmediato a Johnson, y solo residualmente a Boswell, de quien resultó ser paisano. Un coterráneo del norte.

—Caballeros...

Hechas las introducciones de rigor, *Dictionary* preguntó a Tytler si pensaba realmente elevarse en un globo de tafetán. Tytler invocó en su defensa las autoridades de Lavoisier y Priestley, los filósofos neumáticos más connotados del siglo. Johnson escuchaba la exposición del diletante con genuino interés, mientras Boswell se agachaba para examinar el paño inflable.

—Realizaré próximamente un experimento de *physique amusante* —Tytler confesó con un prurito de orgullo, jugueteando con los botones de su chaleco, la camisa amarilleando en puños y cuello—. Por supuesto, solo se trata de un ensayo con ejemplares en miniatura. Globos de papel de seda; un simple candil ensamblado en su boca inferior... Aun así me gustaría que vosotros asistierais —agregó, y luego giró para enfrentar cordialmente a su impresor —: Invitación que también os incluye, míster Turpenteen.

—¿Y dónde se verificará tal demostración? —intervino Boswell.

—En alguna mansión elegante de Soho Square. O bien cerca de Pall Mall. No lo sé todavía, pero prometo comunicároslo.

IV

La presunta arpía evolucionó a través del sórdido corredor y luego se asomó fuera, manifestándose en la plenitud de su temprana decadencia. Era una de esas *beautés maudites,* cuyo atractivo se había disipado en la usura de los días. Un rostro de muñeca marcado por el costurón de una cuchillada.

Eleanor Lissander salió a la calle y saludó a los hombres sin molestarse en disimular su cicatriz. Debía de andar en los treinta, o eso pensó Johnson mientras la contemplaba como encandilado. Tartamudeó un segundo antes de recobrar la compostura.

—P-p-perdón, Madam...

Atardecía. La mujer se arregló el corpiño y escudriñó a Johnson morosamente. Una luz ocre y rasante le dio justo en la mejilla dañada. El saledizo del portal echaba una penumbra oblicua sobre el corpachón del erudito. Todavía a su lado, Boswell tuvo el buen tino de guardar su libreta y afectar un aire inofensivo.

Eleanor Lissander preguntó si vendían algo.

—No, en absoluto. Venimos por Charlie.

—Charlie ya no vive acá —dijo ella—. Quizás haya muerto. O se haya embarcado a las Colonias. He puesto su ático en alquiler.

—Quisiéramos ver sus papeles —replicó Johnson.

—¿Y por qué habría yo de permitiros verlos? ¿Acaso sois polizontes a sueldo de Bow Street? ¿O bien os envía la Justicia de Old Bailey? Hablad.

—Nuestra única investidura es la de lectores. En efecto, nos interesa la obra literaria de míster Dennys. Nada más. ¿Podríamos llegar a un acuerdo?

—¿Qué clase de acuerdo? —intentó averiguar Eleanor.

—Pecuniario, *mistress* Lissander—añadió Bozzy acercándose.

Consumida por los apremios domésticos y los errores juveniles, Eleanor había aprendido desde temprano a poner precio a las cosas. Apoyó una escápula sobre la jamba de la puerta, preparando una respuesta razonable. ¿Cuánto cobraría? Después de todo, era algo así como la heredera de su inquilino, si es que Charlie había realmente muerto. Además, los dos merodeadores parecían hombres de fortuna, sobre todo el más pequeño de ellos. ¿Tres, cuatro libras? La cantidad se transformó en su mente en una gigantesca provisión de patatas y carbón. ¿Y si fuese un poco más? Necesitaba un vestido, tal vez un sombrero nuevo...

—¡Diez libras!

Dictionary se replegó espantado.

—Temo que es un cifra exorbitante.

—Diez libras —insistió la casera—. De otro modo podéis olvidaros de los manuscritos de Charlie. Tengo un baúl lleno de ellos. *Do ut des.* Os concedo un día para que lo meditéis.

Eleanor Lissander defendió los términos de su extorsión sin perder por ello la sangre fría. Cogió una pajita, seguramente desgajada al penacho de su escoba, y entonces se la llevó a la boca. Su cicatriz trazaba un arco desde el nacimiento de la oreja izquierda a la barbilla. Mordió la brizna por un rato y luego la escupió. El atrevimiento tuvo un efecto voluptuoso en el ánimo de Johnson.

El erudito tomó aire mientras sentía cosquillearle todo el cuerpo.

Observó a la atractiva gobernanta removerse, brazos en jarra, bajo el dintel de su escondrijo. ¿Cómo luciría desnuda? Hacía tiempo que no se acostaba con nadie, y su virilidad, hasta hace poco agazapada como un molusco, daba incipientes signos de recuperar el tono. Se la imaginó desnuda: el cuello insolente, las caderas de ánfora, la grupa mullida y con la forma de una pera... Pagaría a gusto esas diez libras, siempre que el precio incluyera una noche con Eleanor.

Omitió mencionárselo.

—Regresaremos mañana o pasado mañana —dijo— para discutir vuestra oferta.

V

Escribía desnudo, el culo pegado al asiento del pupitre. Había olvidado cerrar la cortina de la ventana, de modo que todo el interior bostezaba el calor que había absorbido durante el día. Se refrescó las sienes con un trapo húmedo de alcanfor. Transcurrió un minuto vacío, sin más acción que un inconsciente *frottage* de testículos. Colocó el trapo sobre su sexo, y mojó la pluma en el pocillo de tinta. A un lado, había un busto con una peluca ajena y un mostacho de quita y pon.

> *Sábado, 29 de julio.* Pequeños progresos en nuestra investigación. Exóticas compañías de Charlie, probablemente relaciones de la

embajada española, de eso estoy seguro. Recomendable: disfraz para colarme dentro de la misión diplomática. No consultar iniciativa con Johnson, por miedo de que la rechace. Visitar esta semana lavandería y estudio de embalsamador.

Abandonó la pluma, y exhaló gravemente. Una copia de la *London Gazette* descansaba sobre su regazo. Tomó el ejemplar y lo desenrolló contra la luz de una bujía. Repasó el anuncio de prensa que hacía referencia al maestro de taxidermia. Un experto en preservar trofeos de caza, Boswell leyó para sí.

Pero algo desvió su atención en ese momento, un involuntario tirón de su memoria. La silueta recobrada de Hermione, semidesnuda, maquillándose frente a un espejo esfumado. Se pinchó la yema del pulgar con una navaja. Observó su sangre brotar lentamente.

Se preguntó si Hermione habría tenido la primera de sus reglas.

VI

De camino a la Catedral de San Pablo, especulando en torno a la posibilidad de comprar un corte de buey en el mercado vecino, Johnson se citó con Boswell en las proximidades de Cock Lane, si bien un poco a regañadientes. Hacía una década y media que no pasaba por allí, y casi había olvidado su actividad en la dilucidación del Misterio de Cock Lane: la dudosa existencia del fantasma de una mujer envenenada con arsénico. Evidentemente, Johnson postergó el encargo de carne que pensaba hacer, y continuó con Boswell hacia la Catedral.

En las inmediaciones de esta, cediendo al recurrente demonio del ocio, los caballeros engrosaron la convocatoria de una serie de espectáculos callejeros. Vieron un cerdo aritmético, una pelea de enanos, y un vendedor de narices de plata para mutilados de sífilis o de esgrima. Al cabo de una hora de lánguido escrutinio, Boswell propuso a Johnson ir hasta el Árbol de Tyburn, y presenciar una de las ejecuciones a los pies del cadalso.

Bozzy alegó, persuasivamente, que tal vez matarían a un traidor al servicio de la Causa Americana. Confiaba en que la oferta seduciría a *Dictionary,* o que al menos lo pondría de mejor humor.

Se equivocaba.

—¡Eso jamás, señor! —fulminó Johnson—. Preferiría despilfarrar la jornada en la observación negligente de nuestro cerdo calculista. Muy bien sabéis cuánto detesto los castigos capitales, prodigados en Inglaterra con una liviandad ciertamente gratuita. Aquí se os cuelga casi por cualquier minucia: cazar un animal de reserva real; irse con los gitanos por más de un mes; disfrazarse con ropas oscuras. Y no importa cuánto odie a los americanos, esos malditos tratantes de negros, pero el caso es que un traidor es, pese a todo, un criminal relativo. Irónicamente, traicionamos para ser leales con algo a nuestro juicio más relevante... A menudo traicionamos por pura moralidad, amigo mío. Además, ¿merece alguien, incluso el peor delincuente, ser entregado a la mofa del vulgo mientras pende de la horca, reducido a la más infamante indefensión?

—Los actores y los políticos soportan las burlas del público cotidianamente. De hecho, algunos las excitan de forma deliberada.

—Todo lo cual indica la vocación criminal de esas dos profesiones.

El sarcasmo tuvo un efecto desopilante. Siguieron caminando. Ambos sudaban con profusión. Mediodía. Una pantalla caliginosa deformaba los objetos del entorno.

—¿Y qué tal si nos metemos en el teatro? —preguntó Bozz.

—¿Ahora? Pues bien... Eso si logramos coger una diligencia.

—O una silla de postas —añadió Bozz.

—O tal vez... Excusadme, pero ¿habéis visto eso?

Johnson señaló en dirección de una carreta que transportaba hielo en barras. Llamó a grandes voces para detener al conductor. Preguntó a este cuánto cobraría por trasladarlos hasta el teatro de Drury Lane montados sobre su estiba. El hombre aceptó hacerlo por tres peniques, luego de regatear la cifra por espacio de un minuto. Confesó, poco después, que el cargamento tenía por destino el Museo de Cera de míster Salmon, cuyas esperpénticas estatuas ya empezaban a fundirse y escurrir. Los dos caballeros treparon a la carreta, y se acomodaron entre las barras de hielo. No tardaron en experimentar una reconfortante frigidez.

—¿Estáis cómodos, señores?

El vehículo tomó hacia el Strand, traqueteando cuesta abajo. Boswell vio a Johnson sacar una naranja y mondarla sirviéndose de un hábil pulgar. *Dictionary* guardó las peladuras de naranja en un bolsillo... Reanudaron la

charla mientras Bozzy, sentado a la sazón sobre un lingote de hielo, acomodaba un testículo inflamado sobre aquel benéfico islote de frío.

Suspiró. Su gonorrea recrudecía mes por medio. La némesis de una juvenil incursión amorosa, alimentada cada cierto tiempo por una nueva reinfección: Londres, París, Venecia, y aquella vez en el camarote con la amante de Rousseau, cruzando juntos el Canal de la Mancha... ¡Si tuviera un chelín por cada contagio! Se rascó la bragueta.

Johnson devoró su naranja pacientemente. La carreta tomó hacia Fleet Street, y luego rodó a través del Strand hasta el West End.

—¡Imposible un mejor medio de viajar por Londres durante la canícula!

—Oh, sí, ya lo creo, sobre todo en los Días del Perro... —glosó Bozz pedante—. Hay ese pasaje en *La Duquesa de Malfi,* si recuerdo correctamente: «Los tordos medran mejor en los tiempos difíciles; ¿por qué yo no haría igual en estos Días del Perro?».

—Debo decir, sin duda en defensa del clima actual, así como de vuestra alusión poética, que el calor ha mitigado mi enfisema... Seguro ya no me oís toser como un jabalí atorado con una patata —afirmó Johnson—. ¿Qué creeis que haya de bueno hoy en Drury Lane?

—Presumo que una reposición de *Hamlet,* ciertamente en la versión corta de Garrick.

—Sin la escena del cementerio. Sin la calavera del bufón. ¡Memorable Acto Quinto! Toda una lástima no incluirlo... ¡Ese fatuo de Garrick! Su vanidad lo hacía indigerible. Pero aun así era un buen tipo. Aunque rara vez me hubiese obsequiado entradas para sus actuaciones. Y ni hablar de prestarme sus primeras ediciones de Shakespeare. ¡Bah! Actores... Si cayeran desde el altar de su vanidad se romperían el cuello en tres partes. ¿Verdad, Bozzy?

Johnson sacó otra naranja desde el fondo de su saco.

—A propósito... He estado investigando sobre el *Cardenio* de Shakespeare, o más bien sobre su historia editorial y teatral. Como todo el mundo sabe, no soy el primero en procurar fijar el texto de las obras del bardo. Medio siglo atrás, el poeta Pope y el editor Theobald polemizaron en torno a los criterios de edición del *corpus* de Shakespeare. Curioso que lo mencione, pero nuestro *corpse,* «cadáver», se origina precisamente en esta palabra.

—Os escucho —replicó Boswell.

—En 1726, Lewis Theobald publicó su *Shakespeare Restaurado*, miscelánea que pretendía rectificar los agregados cosméticos que Alexander Pope aplicó a las obras del bardo, detalle que no agradó especialmente a Pope. Un año después, Theobald produciría para el teatro la pieza *Doble Falsedad, o La Pena de los Amantes,* según él inspirada en un drama perdido de Shakespeare, del que tenía noticias a través de unos borradores fragmentarios.

—Deduzco, querido doctor, que el «drama perdido» no es otro sino el *Cardenio* que coescribieron Shakespeare y Fletcher, tomado a su vez del *Quixote* traducido por Shelton en 1612.

—Exacto —dijo Johnson y mordió un gajo de la fruta—. Alexander Pope, genio cáustico y excelente versificador, famoso por sus coplas heroicas, jamás perdonó a Theobald la burla inferida a su condición de editor canónico de Shakespeare... Atacó a Lewis Theobald en ocasión de la producción de *Doble Falsedad,* y tachó la obra como un simple fraude. Terminada la temporada dramática, Pope llevó a la prensa su parodia sobre el mundillo literario de Londres, la *Dunciada*, en donde Theobald aparecía retratado como *dunce* o «asno».

—Imagino —agregó Boswell— que el original del *Cardenio* debió arder junto con el teatro El Globo.

—Lo juzgo muy probable —admitió Johnson—. ¿Bajamos ya?

Alcanzaron a pie el pórtico del Drury Lane, las ropas pringadas de escarcha fundida, ambos rodeados de un fantasmal halo de frío. Johnson se quitó el tricornio y saludó a los fisgones que deambulaban en el vestíbulo. Pagó al portero, y pidió un par de lugares cerca del foso.

Los dos caballeros entraron y ocuparon sus posiciones sin más ceremonia que un estornudo frustrado. El espacio hedía a sobaco y humo de pipa. Una rata cruzó junto a los pies de Boswell, y luego se metió dentro del vestido de una dama. ¿Rata? Boswell negó con la cabeza. Seguramente debía tratarse de un armiño domesticado.

El ambiente se oscureció. Las candilejas irradiaron una luz color sepia. El príncipe de Dinamarca hizo su entrada en medio de los cuchicheos del público. Casi simultáneamente, una naranja voladora salió al encuentro del actor, dándole justo en el bajo vientre. El agresor se levantó de entre las gradas y agitó los brazos como un molino.

—¡No olvidéis el monólogo con el cráneo! —demandó Johnson—. ¿Habéis oído bien, querido Hamlet?

El exabrupto cosechó una salva de risas. Boswell lamentó no traer consigo su tintero portátil para consignar la anécdota, lo bastante singular, de hecho, como para figurar en una *Johnsoniana* futura. Su biografiado tornó a sentarse, mientras la dama del armiño, tímida en un principio, se aproximó acunando a su blanca y sedosa mascota entre las turgencias del busto.

La señora se presentó a sí misma como la marquesa D'Orvils-Kernac, una cosmopolita parroquialmente parisina. Pretextó haber conocido a *Dictionary* hacía cosa de un lustro, hallándose *monsieur* Johnson de visita en Versalles.

—Otoño de 1775, para ser exactos —insistió *madame* la *Marquisse*—. Era la época de los asesinatos del Licántropo del Palais Royal... Vuestras facultades análiticas, yo diría francamente *cartésiennes,* dilucidaron la serie de homicidios con una elegancia excepcional. *Hélas, que malheur!* Todas esas mujeres degolladas... Y he aquí que *monsieur* Johnson, nuestro *savant anglais,* dio con la pista del culpable luego de sortear unas vicisitudes realmente laberínticas... ¡Seguro que *monsieur* Boswell ya conoce la historia!

—¿Licántropo? —repitió Boswell perplejo.

—Hombre-lobo en París. Una vieja historia —intentó justificarse Johnson.

La marquesa D'Orvils-Kernac se replegó dentro de una apolillada espesura de brocados y gasas. Su armiño trepó por su hombro, irguiéndose entonces junto a su oreja derecha: como si fuese a comunicar a su propietaria algún arcano testimonio del mundo animal. El pequeño confidente giró la cabeza triangular y guiñó hacia Boswell, para después enseñar dos colmillos microscópicos. Luego se esfumó.

La marquesa sonrió.

—Ciertamente, ya sois toda una celebridad aquí en Londres, *monsieur* Johnson... Vengo de dar una vuelta por el Museo de Cera de *monsieur* Salmon, y ¿sabéis con qué novedad me he encontrado? ¡No lo creeríais! Preparan una estatua de cera de vuestra persona.

Las cejas de Johnson se arquearon; toda su frente pareció abombarse. ¿Sus oídos lo engañaban? Habría jurado que la marquesa le gastaba una broma. Pero no.

—¿Y en qué escena soy retratado? —inquirió Johnson, haciéndose el circunspecto, mientras una vena de sarcasmo escapaba de su controlada

fisonomía—. ¿Escribiendo mi *Diccionario*, por ejemplo? ¿O quizás anotando a Shakespeare? ¿O alimentando a mi gato?

La sonrisa de la D'Orvils-Kernac se alargó en una sugestiva medialuna. Un vello vestigial, como de plata, brillaba por encima del labio superior. Transcurrió un segundo de vacilación. Demoró en articular una cortés negativa.

—Nada de eso —corrigió la marquesa, captando toda la atención de *Dictionary*—. Vuestra estatua os muestra (según el rumor propagado por el propio Salmon) en mitad de una sesión negromántica en lo de Cock Lane, junto al fantasma de aquella mujer envenenada. ¡Ah! —jadeó—. *Revenants,* espíritus... Hay una moda, ¿verdad?

—Lo sobrenatural está en boga —dijo Boswell, mientras el actor que interpretaba al difunto, etéreo padre de Hamlet paseaba su palidez sobre el tablado.

—Bien, entonces —balbució la marquesa—. *Adieu, mes amis!* Elsinor debe resultar más divertido que esta pobre viajera.

Susurros circulando en el vacío.

—Adieu, adieu...

VII

El taxidermista accedió a entrevistarse con Boswell. El primero apareció al cabo de media hora de espera. Llevaba encima una levita acartonada de sangre seca, y una peluca celeste sobre la cabeza de huevo invertido. Los ojos oscuros, virtualmente sin fondo blanco, recordaban los de un caballo. Hablaba con un leve ceceo.

—¿En qué *oz* puedo zervir?

La audiencia tenía lugar en el centro de un gabinete de maravillas póstumas: animales momificados escudriñaban, con ojillos de ámbar o porcelana, al par de individuos. Una mesa de trabajo ofrecía el espectáculo de un zorro despanzurrado, reducido por entonces a un odre a medio llenar de estopa, el hocico torcido como si se burlara retrospectivamente del mundo. Junto a las patas de la mesa se podían ver cajones de serrín apelmazados de plasma.

El embalsamador se aproximó a Boswell.

—¿Servir? Sí, por supuesto... Quisiera realizar un encargo.

—¿Y de qué ze trataría, zi puedo zaber?

Boswell adoptó un aire confidencial. Se hizo a un lado, y luego rodeó la mesa cruzando los brazos por detrás. Un enjambre de moscas picoteaba contra el cristal de una ventana. El escocés extendió su bastón para acariciar la cabeza del zorro.

—¿Embalsamáis seres humanos?

—¿Zerez humanoz? Ezo depende, zeñor.

—Ignoro vuestros escrúpulos. Tal vez consideráis la tarea como una profanación. Quiero decir... Un sacrilegio. Después de todo, ninguna iglesia parece recomendar la medida.

Boswell golpeó frívolamente el cráneo del zorro. La caja ósea retumbó a manera de una calabaza madura. Toc, toc.

—¿Zacrilegio? En absoluto —se apuró en objetar el taxidermista, al tiempo que alcanzaba un carrete de hilo y una aguja—. Zin embargo, hay algunoz detallez...

Otro par de bastonazos. El hocico del zorro se abrió como animado por un resorte. La mueca hacía pensar en una carcajada muda y obscena. El ambiente apestaba a esencias de farmacia: natrón, amoníaco, apóponax... Boswell estornudó. Temía exagerar su papel de cliente interesado.

—¿Qué tipo de detalles? —preguntó por fin.

El embalsamador hizo una pausa. Ensalivó el hilo de una aguja y se obstinó en enhebrarla, poniéndola a contraluz. Chupó un par de veces el cabo del hilo, hundiendo las mejillas como si fuese a tocar una flauta. Mientras tanto, Boswell se volvió para examinar perezosamente un frasco de aceite preservador. El fluido reflejó su rostro como un espejo deformante.

Las moscas seguían acribillando el vidrio de la ventana.

—Detallez prácticoz —dijo el artista funerario, clavando la aguja en el vientre del zorro—. ¿A quién dezeáis embalzamar?

—¿Hay alguna diferencia si es hombre o mujer?

—No en particular. ¿El occizo ez pariente vueztro?

El tabicado de la habitación crujió bajo la ublicua mordida del verano. Una mosca revoloteaba en torno de la peluca del taxidermista. Los bucles laterales del postizo parecían bostezar una estela de almidón. Se hizo un

silencio. La aguja penetró en un flanco del pellejo.

El zurcido avanzaba a contramarcha.

Boswell paseó en torno, fisgoneando entre los frascos restantes.

El intruso carraspeó agitado.

—¿Un hombre, por ejemplo?

El taxidermista cabeceó.

—He rezibido trabajoz por el eztilo. Zería algo fázil.

Boswell tosió parsimonioso. Le bastaba saber eso para imaginar lo que había ocurrido con Charlie. Buscó subrepticiamente rastros del desollamiento del poeta. Pero no se engañaba: sabía que era un esfuerzo infructuoso. Abrió la tapa de un frasco, y se dejó embestir por un vaporoso puñetazo de picor. Titubeó. Presa de un vértigo repentino, imaginó la epidermis caligrafíada de Charles Dennys... La piel separada del músculo como la monda de una naranja.

—Debo irme ahora.

—¿E*z*táiz *z*eguro?

—Una cita amorosa —pretextó Boswell.

Hubiera deseado que no fuese una mentira.

VIII

A esa misma hora, *Dictionary* se dirigía a Grub Street... Cumplido el mediodía, el hombre gordo se había plantado fuera del inquilinato que regentaba Eleanor Lissander. Sin embargo, tan pronto diera con el lugar, se petrificó al descubrir que el tugurio era solo un montón de tizones.

Evidentemente, alguien había prendido fuego al edificio durante la noche. La escoria de vigas y tejas humeaba y chisporroteaba por lo bajo. Johnson se acercó a esa especie de cráter y pateó un cascote chamuscado. Escuchó que alguien lloraba desconsoladamente. Sintió su corazón agarrotarse.

Retrocedió.

—¿Sois vos, madam?

La casera permanecía sentada sobre un cajón, el pelo cobrizo revuelto bajo una cofia sucia de hollín, los zuecos hincados en la grava manchada de sol. Interrumpía sus plañidos para aullar como en sordina, babeando y

mordiéndose las uñas. Johnson se arrimó junto a ella, sin duda con el propósito de reconfortarla. Por supuesto, no traía consigo las diez libras. ¿Cómo podría? Él mismo jamás había visto una nota bancaria por esa cantidad. Atisbó hacia el solar en donde estaba la casa de huéspedes.

Nada sino una fuliginosa escombrera.

—Quemaron todo —dijo Eleanor.

La voz de la mujer había enronquecido notoriamente.

Un pandilla de niños mendicantes salió entonces desde algún lado, y comenzó a escarbar entre los despojos del incendio. La casera se levantó y ahuyentó al grupo blandiendo una escoba. Regresó con Johnson al poco rato, limpiándose las lágrimas con una manga. Un borrón de carmín orlaba sus mejillas.

—¿Los autores del fuego? —preguntó *Dictionary*.

—Solo vi a uno de ellos —afirmó la casera—. Medía más de seis pies. Y traía algo así como una caperuza en la cabeza. Le di con una sartén en la bragueta. Todo él apestaba a alquitrán, a aceite de lámpara.

—Supongo que los papeles de Charlie sucumbieron a las llamas.

—Suponéis bien. Conque ya no hay trato. Adiós, señor.

—¿Adiós? —masculló Johnson—. Solo un minuto más.

—¿Qué deseáis saber? No culpo a nadie por lo ocurrido. Se ganan enemigos en el negocio de cortesana, aunque me haya retirado de él hace tiempo. Pudo haber sido cualquiera.

Johnson sacó un pañuelo, y se lo extendió a *mistress* Lissander. Aparentemente, ella no sospechaba que el incendiario pretendía destruir los papeles de su inquilino. ¿Seis pies de alto? ¿Una caperuza? ¿Olor a alquitrán? La casera devolvió el pañuelo a *Dictionary* sin haberlo usado. Este guardó un piadoso silencio.

—Iré a lo de una hermana. No os preocupéis de nada, señor.

Johnson acarició el hombro de Eleanor. Tenía ante sí una mujer frágil y derrotada, y no la arpía que había retratado el impresor de Charlie. Rebuscó en su bolsillo y extrajo una nota bancaria por una libra. Ciertamente una fortuna para él.

—¿Y esto? —inquirió Eleanor.

—Una ayuda, madam.

Se despojó de la libra con una especie de alivio.

La casera recibió el dinero como trepidando. Cogió la diestra de su benefactor y besó el dorso peludo de aquella mano, la misma que había escrito el imponente *Diccionario* de 1755, y que ahora se ocupaba de las *Vidas de los poetas ingleses.* Viéndola proceder con un arrobado comedimiento, el sabio se figuró que aún tenía oportunidades con Eleanor. Por otra parte, ¿qué se compraba en la actualidad con una libra inglesa? Enumehró mentalmente... Una peluca de funcionario público. Un barómetro de bronce. Una yarda de satín brocado. Un sombrero de castor. Doce lecciones de francés. Boletos para la temporada en Vauxhall. Calzas de terciópelo de Amberes.

—¡Bah! No gran cosa —pensó en voz alta.

—¿Perdón?

—Nada, madam —dijo tras un instante de hesitación—. Ahora, si no os molesta...

Eleanor observó a Johnson quitarse la casaca y posarla dulcemente sobre sus propios hombros. Hecho esto, la casera se acurrucó dentro de aquel ropón, factura y material bastante corrientes, impregnado de un sudor viejo y como esfumado, las mangas apergaminadas y con costuras que no resistirían otro verano. Aligerado de un lastre que ya no necesitaba, *Dictionary* se quedó parado bajo un chorro de luz. El sol templaba sus huesos, inflamaba sus arterias, desecaba sus viscosos pulmones.

Suspiró. Creía rejuvenecer.

IX

Boswell caminaba hacia Bolt Court silbando despreocupadamente, cuando, faltando media manzana para la residencia de Johnson, logró discernir a través del aire recalentado a un corrillo de niños gritando y azuzando a un adulto en camisa de dormir. Aceleró el tranco para ver de qué se trataba todo, y descubrió que la atracción era el propio Johnson, al parecer víctima de una de sus típicas convulsiones.

Puesto delante de una tapia, *Dictionary* manoteaba, basculaba de un lado a otro, se erguía y agachaba alternativamente. Perpetraba extrañas fintas lanzando piñazos sin destino. O bien aspaba los codos sobre la cara, bufando

nervioso. Boswell intercedió por él no bien llegara al lugar, ahuyentando a los infantiles mirones a golpes de sombrero. Se despojó instantáneamente de su casaca, y la echó como un capote sobre los omóplatos del sabio.

Pero el filantrópico despliegue fue frustrado por Johnson mismo, quien se volvió con los brazos en jarra, la complexión molesta y aguda como si viniera de chupar una ramita de regaliz. No bastando con esto, los niños se levantaron y abuchearon a Boswell al unísono.

—Arruináis la lección —Johnson escupió las palabras, dejando resbalar la casaca de su amigo.

¿Lección? Dos chicos se trenzaban en un inofensivo pugilato, remedando los aspavientos que poco antes practicara el hombre gordo en batín... Boswell se persuadió de que había metido la pata. No obstante, pensó que solo agravaría su *faux pas* si se retractaba formalmente, sobre todo considerando la escasa edad del público, y la poca simpatía que le manifestaban. Lo sacó de su reflexión un varillazo que recibió por parte de uno de los golfillos, infligido contra la parte blanda de la pantorrilla.

—¡Ea! Como te agarre, maldito crío...

—Basta ya, Boswell —apostrofó Johnson—. Les enseño a los chicos la manera de defenderse que tiene un gentilhombre inglés. Os rogaría, naturalmente, cooperar en la instrucción de nuestra infancia.

El mismo chico que había golpeado a Boswell se precipitó adelante, el pelo negro cortado a cepillo, la nariz mocosa, la complexión lábil y alucinada, como si acabara de sobrevivir a una peste, y pidió la palabra cortésmente.

Johnson lo confrontó con idéntica cortesía.

—¿Os deseáis pronunciar sobre algo en concreto, joven amigo?

—Sí, señor... El boxeo está muy bien, pero me pregunto si será suficiente cuando nos invadan franceses y españoles. Mi padre fue marinero en el navío de línea *Victory* cuando la batalla de Ushant, cosa de un año atrás, y él fue testigo de la derrota inglesa, es decir, de la ineptitud de nuestros mandos superiores... ¿No sería mejor si aprendiéramos a usar el puñal, por ejemplo?

Johnson rio.

—¡Vaya! Eso debierais consultarlo con míster Boswell —dijo y se volvió hacia él—. ¿Lleváis vuestra daga todavía con vos, Bozzy?

—Como siempre, querido doctor.

—Aun así, un caballero debería preferir batirse a puño limpio —argumentó

Johnson mientras el alumnado callejero regresaba a sus posiciones—. Bueno, ¿qué opináis ahora de un té frío?

Boswell atisbó instintivamente hacia el soportal del 8 de Bolt Court, persuadido de que Francis Barber aparecería con una bandeja entre los brazos, ataviado con aquella librea de un verde desvaído, como pedida de prestado a un portero de teatro. Cuál no sería su sorpresa cuando la figura que se dibujó en el umbral pertenecía a Edmond Malone, abogado, hacendado ausentista y hombre de letras dublinense, colaborador cercano de Johnson.

Malone acarreó la bandeja con la tetera de *bohea* a través de la calle semidesierta, conduciéndose con la mayor familiaridad. Tan pronto penetrara en aquel círculo mágico, Malone depositó la bandeja directamente sobre el pavimento de Bolt Court, abandonando la infusión helada a merced de los aprendices de boxeador. A continuación saludó a Boswell con un abrazo fraternal y entusiasta.

—No hace mucho desde la última vez, ¿verdad?

—¡Para nada, querido Edmond!

Boswell celebró la presencia del irlandés palmoteándole la espalda obsequiosamente. Recordaba haberlo visto solo unos meses atrás, hallándose Malone enfrascado por entonces en el cotejo de un manuscrito atribuido al padre de Shakespeare. El documento había sido exhumado desde una buhardilla clausurada en Stratford-on-Avon, unos diez años antes, y consistía en la profesión de fe católica de John Shakespeare.

—¿Vuestros asuntos? —preguntó Boswell.

—Aparte de analizar el testamento papista de John Shakespeare, de cuya autenticidad hoy dudo bastante, no mucho realmente. ¿Y vos?

Johnson guiñó a Boswell con aire clandestino.

—Eh... eh... Pues no mucho —balbució Boswell—. Presumo que estamos empatados. ¿No es así, querido Malone?

Notó que Malone traía un cojín debajo de cada brazo. El irlandés golpeó los cojines entre sí, y después los esponjó con un par de pellizcos. Entregó uno de los almohadones a Boswell, siguiendo las indicaciones de Johnson.

Dictionary se abotonó el cuello de la camisa de dormir.

—Cada cual tome uno de los malditos cojines. ¡Y poneos en guardia, caballeros! Simularemos que vosotros me atacáis. ¿De acuerdo, señores? Imaginemos, pues, que la flota francoespañola ya ha desembarcado. Vos,

Malone, seréis Frangois... Y vos, querido Boswell...

—Dejadme adivinar —interrumpió el escocés—. Pepe, ¿correcto?

—Muy bien, Pepe —dijo Johnson.

Malone se pasó una mano por la cabellera espumosa, color nata de leche, y se abroqueló tras el cojín, a la espera de los guantazos del hombre gordo. Logró apuntalar dos o tres rectos de derecha, absorbiendo el impacto con un seco rebote. Los golfillos vitoreaban cada embestida de Johnson.

Este siguió la plática como si nada.

—Y bien, ¿qué hay de ese supuesto testamento?

Gancho derecho. Recto al hígado.

—Sospecho —dijo Malone— que se trata de una adulteración. Un cierto John Jordan, cicerone del pueblo natal de Shakespeare, encontró en la casa solariega del bardo, literalmente en un intersticio del tejado, una *Carta de Última Voluntad* perteneciente a John Shakespeare...

Gancho izquierdo. Recto al bazo.

—... en donde... —continuó Malone.

Gancho lateral al pómulo derecho.

—... el padre del bardo hace defensa póstuma...

Guardia inversa. Recto al estómago.

—... de su lealtad religiosa a Roma.

Malone interceptó los golpes lo mejor que pudo. Descansó un instante.

—Vuestro turno, Pepe. ¿Preparado?

Boswell recibió un primer golpe en su almohadón. La bolsa de plumas amortiguaría escasamente el zarpazo de Johnson, de modo que su portador quedó como titilando. El lexicógrafo meneó la cabeza, y se rozó la barbilla con el pulgar.

—Más atención para la próxima, Pepe.

X

Más tarde ese mismo día, Boswell citó a Malone y Johnson en la Cabeza de Shakespeare, taberna situada no muy lejos de Covent Garden. La invitación tenía por objeto honrar a Edmond Malone antes de su partida por barco a Dublín, fijada para el otro día a eso de las siete. Ya en el merendero,

los tres caballeros fueron conducidos a un comedor privado, hasta donde muy pronto fue a unírseles una parrilla de carne asada.

Johnson trinchó su bisté y lo cortó por mitades. Zampó un trozo sangrante y tierno, triturándolo pacientemente. Sentado a su lado, Boswell tomó una barra de pan, rebanándola en dos capas, para después deslizar entre ellas su filete de res. *Dictionary* señaló con su tenedor hacia el plato de Boswell, sin comprender muy bien aquella extravagancia culinaria. Era la primera vez que veía algo semejante.

—¿Qué es eso? —preguntó Johnson.

—Un emparedado —contestó Boswell mientras atenazaba la barra de pan, no sin antes remangarse y atarse una servillete al cuello—. Ha sido un invento del almirante lord Sandwich, en respuesta a la dificultad que le significaba pararse para ir a comer mientras jugaba a las cartas.

Johnson sonrió irónico.

—Evidentemente, más le habría valido a nuestro almirante dedicarse a la cocina, y no dirigir la flota de su majestad. En cualquier caso, espero no os indigestéis con el invento epónimo de lord Sandwich. Fijaos además: un hilo de jugo de carne os corre por la manga.

Boswell miró su manga. Era cierto.

—Aun así parece apetitoso —dijo Malone, mientras se servía un dedo de jerez. La botella gorgoteó melodiosamente al inclinarse—. Es una pena dejar Londres, aun con el calor imperante —añadió, llenando ahora la copa del doctor—. ¿Cómo explicáis esta bochornosa temperatura?

Johnson pegó otra mordida a su solomillo.

—Pues no lo sé. ¿Las manchas solares? Tal vez todo sea culpa de ese nuevo planeta descubierto por el astrónomo Herschel. Comoquiera que fuese, el calor ha contribuido misteriosamente a mi salud. Ya no soy el animal hipocondríaco y miasmático que solía ser. Lo habéis visto: incluso boxeo como antes. Imagino que no gozaría de un clima así ni siquiera en Italia. Pero bueno... No quisiera hablar solo de mí —se excusó y dedicó un guiño de camaradería a Malone.

—Temo —dijo Malone— no tener nada interesante que sacar a cuento, exceptuando las chapucerías de Jordan, el cronista local de Stratford, y creador de un floreciente mercado de *memorabilia* shakespeariana. ¿Prometéis no reíros? Hay ese árbol, que Jordan alega haber sido plantado

por Shakespeare en persona, y cuya madera ha servido para hacer cuencos, cucharas y peines. Los admiradores del bardo pugnan por adquirir tales reliquias.

—Mencionasteis —terció Boswell— lo del testamento católico del padre...

—Oh, sí —dijo Malone—. El documento salió a la luz hace algunos años.

—¿Pensáis que es genuino? —preguntó Johnson.

El irlandés hizo una pausa para trinchar y cortar su pedazo de carne.

—Alguna vez lo pensé así, mas ya no. Seguramente es una fabricación concebida por, digamos, un complot de los jesuitas, pero quién sabe. Un esquema de propaganda, supongo... Curiosamente, la *Última Voluntad Espiritual* de John Shakespeare remeda el estilo de la *Profesión de Fe* del cardenal Borromeo, un panfleto ultramontano que tuvo amplia circulación entre los criptocatólicos del 1600...

Boswell abandonó su emparedado por un momento.

—¿Y si este complot al que aludís, entiendo que hipotéticamente, tuviera plena actualidad? Me refiero a si alguien, Francia, España o Roma, quisiera hacernos creer que Shakespeare no era el que pensamos. Después de todo, el bardo es una especie de héroe nacional. Y estamos en guerra contra la mitad del mundo. La muerte simbólica de Shakespeare, disfrazándolo de papista o algo por el estilo, podría liquidar la moral de nuestras tropas.

Malone escanció otra ronda de jerez.

—Lo cierto, señores, es que siempre hay alguien que nos quiere pasar gato por liebre. ¿Es eso lo que os preocupa, mi querido Boswell? Por otra parte, ignoraba que fueseis un patriota inglés y un zelote protestante... Os aseguro: muchos de vuestros paisanos en Edimburgo brindarán cuando caiga la Pérfida Albión, si eso llega a suceder algún día.

—No soy inglés, Malone, ni tampoco vos lo sois, pero ambos defendemos algo mucho más importante: Londres, capital del espíritu... y de la carne.

Boswell recordó su primera estancia en Londres, más de quince años atrás, cuando, ofuscado por lúbricos vapores, atajaba jovencitas por la calle y hacía el amor con ellas contra un muro cualquiera. Por supuesto, a veces descargaba sus espíritus animales a través de un expediente más civilizado, y condescendía a alquilar las habitaciones de una taberna. Así había ocurrido con dos chicas que cazara de camino a la Cabeza de Shakespeare, con quienes había bebido el jerez de la casa, cantado alegremente, y luego llevado a la

cama por orden de edad, todo esto sin pagar gran cosa... En su evocación, la taberna entera se convertía en una laberinto de ecos, de fantasmales parentescos que lo devolvían a aquella distante jornada. ¿Qué habría pasado con el par de chicas desde entonces? ¿Figurarían aún en la *Lista de Cortesanas* de Harris?

—¡Londres! —rugió exaltado Johnson, clavando su tenedor en un guiñapo de músculo y nervio—. No he olvidado mi primera vez aquí, un provinciano, casi un extranjero, no muy diferente a vosotros. Dios, qué idea ridícula —añadió con un susurro, amasando una bola de miga contra la mesa—: ¡ganarse el pan como escritor y panfletario! Pero casi lo logré.

—Habéis logrado mucho más que eso —dijo Malone y levantó su copa.

—Claro que sí —admitió Johnson, echándose atrás y palmeando el hombro de Boswell—. ¡Una cena gratis en la Cabeza de Shakespeare!

XI

Buscó cobijo en el burdel. Se prometió que solo tomaría unas copas en compañía de Hermione, o de alguna otra de las pupilas, daba igual. Halló a la chica durmiendo en su alcoba, un destartalado cuartito que olía a gato mojado.

Naturalmente, Boswell no se molestaría en anunciarse. De modo que entró con la mayor de las familiaridades. Medias y mudas íntimas colgando por doquier a manera de telarañas. Por fortuna, traía consigo un botellín lleno de whisky, aquel destilado espirituoso que los sureños consideraban un vil matarratas escocés.

Interrumpió sin querer la siesta de la pequeña hada.

—¿Quién anda allí? —balbució Hermione.

—Calma, querida. Soy solo yo. Bozzy.

Sacó el corchó del botellín con sus dientes. Empinó el gollete.

—¡No creeríais el lugar de donde vengo!

—¿Cómo así? —replicó intrigada Hermione.

Bozzy ingirió un largo chorro de *whisky,* salpicándose la chorrera de la camisa. Se secó con el revés de un brazo. Observó a Hermione bostezar y desovillarse, maquillada con algo parecido a un velo de cal. Junto al dintel de

la puerta flotaba un armazón con forma de campana. Aros de alambres arreglados como el esqueleto de un cono. Acarició la estructura, sospechando que pertenecía a Hermione. Esta tiró con unas pataditas las sábanas que la cubrían.

El lecho era delgado y pequeño como un estuche.

—¡Olvidadlo! —respondió por fin Boswell.

Hermione asintió con un guiño, y se estiró desnuda sobre el colchón. El pubis de la chica también estaba maquillado y empolvado. La visión suscitó una especie de hormigueo morboso en Bozzy, quien, a falta de algo mejor, hizo como que miraba para otro lado. Percatándose de este remilgo, Hermione rio de buena gana. La carcajada le llenó el rostro de un rubor espeso y saludable.

Cuando su risa desapareció, quedó en su lugar un escalofrío vibrátil en torno al tórax minúsculo y de aspecto quebradizo, coronado por dos tetas que nadaban dentro del cuenco de la mano. Aunque Hermione ya era una quinceañera, lucía especialmente infantil. Se sentó sobre la cama y señaló hacia el armazón que solía llevar bajo su vestido.

—¿Me pasáis la crinolina, señor?

—Con todo gusto —aprobó Boswell.

Desenganchó el armazón desde una percha, y se lo entregó a su propietaria. Ya fuera de la cama, Hermione se ajustó el aro superior de la crinolina sobre sus caderas. Poco después, se llegó hasta Boswell bamboleándose. Esbozó un mimo caprichoso: los labios fruncidos en forma de corazón. Excepto por el armazón de ballenas, seguía completamente desnuda.

Volvió a reír.

—¿Queréis echarle un vistazo a Vadim?

Se preguntó si era cierto. ¿Un oso? Casi lo había olvidado... Pero sí, realmente había ocurrido. Comprar un oso. ¡Qué extravagante! ¿Lo llevaría con él a Escocia? Bueno, ¿y por qué no? Después de todo...

—Conque existe, ¿eh? Pensaba que había sido un sueño.

—¿Vadim? Pues claro que existe. ¡Venid por acá, y os mostraré!

El caballero fue a la zaga de Hermione, quien llevaba aquella absurda guarnición cintura abajo. Sus posaderas quedaban graciosamente a la vista, lo mismo que el resto de su cuerpo. A cada tanto, ella volvía el rostro atrás y sonreía a su cliente de costumbre, silbando y dándose de nalgadas como si

tañase un tambor. Arrastrada impunemente sobre el suelo, la crinolina recordaba una jaula de cetrería.

Juntos atravesaron un angosto zaguán, y llegaron finalmente a un descansillo. La chica se detuvo frente a una cancela. Empujó la hoja, para descubrir ante Boswell un impluvio o jardín interior, de tres yardas cuadradas. Crecían allí rosas de té y un mirtilo en flor. El oso yacía ovillado como un sabueso. Vadim levantó una cabeza somnolienta, y tornó a dormirse. Aún estaba bajo los efectos del opio.

—¿Muerde? —preguntó Boswell.

—Lo dudo, señor. Pero ronca horriblemente.

Bozzy exhaló complacido, y entonces regresó a su botellín. Bebió diligentemente, intercalando unas risitas ahogadas a lo largo del ávido borboteo. Parecía haberse hecho el firme propósito de emborracharse. Entre un trago y otro, se acercó al mirtilo y cortó una ramita del arbusto. Obsequió el inocente tallo a Hermione.

—Para vos, madam.

La chica aceptó el regalo con una reverencia. Flexionó una rodilla y dobló la cerviz como si fuese a empezar una contradanza. En rigor, ella misma había olvidado que estaba en cueros. A un palmo de Hermione, el oso bufó y procuró acomodarse. Se pasó una zarpa por el hocico, a la sazón teñido de azul por el consumo de bayas de mirtilo.

Boswell apuró el diálogo.

—¿Nos hemos acostado alguna vez?

—¿Nosotros? Oh, no... Solo algunos juegos.

—¿Juegos? —protestó dudoso Boswell.

—Mimos, arrumacos, cachondeos; nada muy serio —se justificó Hermione— considerando que el señor sufre de gonorrea.

Boswell optó por callarse. Los gemidos de la clientela masculina se oían a lo lejos, filtrados por los muros entelados. El bebedor agitó el botellín; su contenido menguaba. Se arrodilló y vertió el resto del *whisky* en el plato del oso. Golpeó el culo del frasco contra la escudilla de latón. Un brindis.

—A vuestra salud, camarada.

Hermione se acuclilló a un lado del bruto. Acarició su lomo, y luego miró desde su posición a Boswell. Se picó la nariz con un dedo.

—¿Habéis traído lo que os pedí?

El escocés caviló un rato, y después se tocó el bolsillo de la casaca.

—Un libro sobre las hadas. ¿Era eso, verdad?

Hermione aplaudió con repentina vehemencia.

—Creo que elegí un buen título para vos... *La Comunidad Secreta,* escrita por el reverendo Kirk, edición en octavo, fechada en 1691... Todo un lujo, *mademoiselle.* ¿El autor? Pues bien, ya os explico. Un pastor calvinista secuestrado por las hadas de Escocia y llevado a su sutil inframundo. Una crónica auténtica.

—Escocia es el país de las hadas —Hermione observó.

—Más bien, el país de los hombres que se enamoran de las hadas.

XII

Empezaba a despuntar el alba. Una bandada de vencejos dibujó una espiral en el cielo plomizo, desperdigándose luego en una cascada de negras cuchillas. Sin salir de su vigilante postración, Johnson se sentó sobre su cama y miró a través de la ventana. Junto al bacín para orinar, yacía un ejemplar de la *Anatomía de la Melancolía,* lectura que el erudito solía repasar exclusivamente por sus virtudes soporíferas. Alcanzó su reloj y consultó el disco horario. Las seis.

El piar frenético de alondras y gorriones. El paso crepitante de una carreta. Cascos de caballos sobre el pavimento a medio adoquinar. Gritos del lechero, del carbonero, del amolador de cuchillos. El aire era tenue y diáfano, casi sin olores. Recordó que Barber, su criado, había marchado a Bath con su permiso, y que no regresaría sino en una semana más: hasta entonces debía valerse por sí mismo. Se resignó alegremente a esta perspectiva, y volvió a tumbarse.

En la otra habitación descansaban varios de sus libros: había pasado la noche revisando las versiones inglesas de *El Quijote,* en especial la de Peter Motteux, el tercer traductor después de Shelton y Philips... Sentía su cerebro esponjarse y enmohecerse, a semejanza de un pedazo de queso olvidado arriba de un estante. ¿Qué más sabía de Motteux, aquel esfumado plumífero del 1700, autor casual de un *Poema en alabanza del té...?* Mientras comenzaba a amodorrarse, evocó algunas imágenes, acaso simples

elucubraciones. ¿Era Motteux el mismo sujeto que se había ahorcado voluntariamente durante un coito? Y sin embargo, ¿quién le había encomendado traducir a Cervantes? ¿A qué mecenazgos se debía? Se encogió de hombros y se arrebujó bajo las sábanas.

Seis y media. Golpes de puño sobre la puerta.

—Hullo! Hullo! —aulló alguien desde la calle.

Dictionary se atoró con un pujo de saliva. Decididamente no estaba de humor para recibir a nadie. Se incorporó a regañadientes, y pisó el bacín de orines al bajar del lecho. Blasfemó, se puso unas babuchas, y se abalanzó atropelladamente hasta la entrada. Quitó los cerrojos y abrió.

—¿Y vos quién sois?

—Buen día, míster Johnson...

El fulano resultó ser un acarreador de abono. Johnson estrechó la mano de este, sin importarle gran cosa su semblante mustio y astrado. El estercolero se puso el sombrero de paja sobre el pecho, y enseñó a *Dictionary* la peculiar carga que llevaba su carreta, describiendo un arco con su brazo derecho.

—Lo encontramos ebrio —explicó.

—¿Dónde? —preguntó Johnson, examinando el trasto rodante.

—Despatarrado en mitad de la calle, cerca de Sweedon's Passage.

—Bien; creo que todavía duerme la mona. ¿Dijo él que lo trajeran acá?

—Sí, señor. Nos dio vuestras señas. ¿Hemos hecho mal?

—Al contrario —dijo Johnson—. ¿Me ayudaríais a conducirlo dentro?

No era otro sino Bozzy, tendido cuan largo era sobre un túmulo de bosta de res. Tan pronto escuchara el vozarrón de *Dictionary,* intentó levantarse y hacer como si nada. Irónicamente, cada uno de sus empeños lo hundía un palmo más en aquel fondo pardo y mullido. Exhausto, dejó caer la nuca contra un enorme pastel de mierda. Lo último que recordaba era haber encargado una barrica de escocés y beberla junto a Vadim el oso.

XIII

Johnson abofeteó a Boswell con una paleta para espantar moscas. Como este no reaccionara, repetió el expediente con progresivo entusiasmo. Al enésimo guantazo Boswell acertó a abrir un ojo. Vio venírsele encima una

nueva bofetada. Farfulló con la boca llena de agua.

—¡Alto!, os lo suplico.

Vegetaba atollado dentro de una bañera. El pelo negro a un lado, ya sin coleta; los brazos aspados sobre los bordes de la tina calafateada. No podía evitar seguir sudando y sudando... Vórtices de espuma amarillenta. Un baldazo de agua caliente, y luego otro, y después otro más. Todo a su alrededor bullía y burbujeaba. Anadeó sumergido en aquel caldo, como si realmente no sintiera el fondo. Logró estabilizarse a duras penas.

Johnson le lanzó una toalla.

—¿Qué tal la escapada de anoche? ¿El mundillo de las hadas sigue siendo tan hospitalario con vos?

Bozzy sofocó un eructo. Comenzaba a persuadirse de que su carrera de dipsómano y libertino ya terminaba. En verdad, solo usufructuaba los esplendores finales. Meros cantos de cisne. ¿Prometería dejar el alcohol? Idea oportuna: sufría una jaqueca tan intensa que los objetos se desdoblaban y enrarecían antes de alcanzar sus sentidos.

—Sois demasiado severo, amigo mío —aseveró—. ¿Sabemos algo de Charlie?

Dictionary ocupó una silla. Se mojó las escrófulas del cuello con una compresa de aceite. Llevaba la camisa abierta y las blondas de la pechera picoteadas con tinta azul. El joven Tom se presentó con una cubeta humeante, depositándola en el suelo a una orden de Johnson... ¿Noticias de Charlie? El sabio meneó la barbilla, deslizando una nota de decepción.

—Hubo un incendio —dijo.

—¿Y qué con eso?

—Los papeles de Charles Dennys son ahora un puñado de cenizas.

Boswell impregnó la toalla, y después la alzó sobre su coronilla, estrujándola a conciencia. Se ablucionó con una rociadura. Desvió la vista hacia un exótico montón de ropa sucia. ¿Eran suyas? No se convencía de haber recibido un aventón de parte del comerciante de abono. Vio flotar sobre el agua numerosos bichos muertos. Palomillas del estiércol.

Tom se llegó hasta la tina y vertió dentro su cubeta.

—¿Pero quién perpretó el fuego? —preguntó Bozzy.

—Eleanor Lissander alcanzó a distinguir a uno de los hombres. El tipo coincide con la descripción que Turpenteen nos confiara previamente.

—Algo es algo —replicó el bañista a modo de consuelo.

—Y vos... ¿Habéis ido a lo del embalsamador?

—Ayer, en efecto. Un almacén de lo más lúgubre.

—¿Alguna conclusión? —fríamente sondeó Johnson.

—Nuestro sospechoso manifestó experiencia en el tratamiento de restos humanos. Por lo demás, vi allí un libro empastado con piel humana, el ombligo puesto en el sitio del colofón. Había —agregó Bozzy— esa atmósfera de carroña por todo el lugar. Seguro que Charlie pasó por la mesa de disección del taller. Una simple corazonada, os debo confesar, y aun así... Aun así...

Johnson torció el gesto mientras espiaba los movimientos de Tom. El chico había puesto las ropas de Boswell en un saco engomado y después fregado las baldosas. A continuación, cogería los zapatos de Boswell y empezaría a darles lustre con un cepillo y un retazo de felpa. Se aplicó en esto un par de minutos, suspendiendo la operación al cabo de poco. Algo se había adherido a una de las suelas. ¿Un cascajo? ¿Una astilla? ¿Una especie de detrito? Tom arrancó la partícula incrustada en la base del zapato.

Sometió su hallazgo al escrutinio de *Dictionary*.

—¡Increíble! Una uña —dedujo Johnson.

Tras lo cual, se encorvó y cernió una fisonomía rampante sobre su pobre camarada. Exhibió la pieza ante los ojos del escocés. La revelación hizo que Bozzy volviera a remojarse, hundiéndose en el agua hasta las sienes. Claro que Johnson tenía razón. Era la uña del dedo gordo del pie.

—¿Qué opináis? —acometió Johnson.

Las nariz de Boswell afloró fuera de la jabonosa superficie.

—Debí haberla pisado en el taller de taxidermia —especuló.

Y se quedó remoloneando en la bañera con una pesantez de anfibio.

XIV

Convidó a un té a Bozzy promediando la mañana. Sin más remedio, este debió vestirse con las ropas del criado de Johnson, las que, por desgracia, le quedaron un poco sueltas.

Pusieron un tercer pocillo, pues Tom, el golfillo del East End, los

acompañaría en la sesión. Era la primera vez que el chico tomaría la infusión sentado a una mesa.

Dictionary en persona hizo los honores. Escanció el té, y luego fue el primero en paladearlo. Tom lo imitó en cada detalle, mientras Boswell se abrochaba y desabrochaba la librea del negro Barber, procurando que le sentara lo mejor posible. Para alguien con ínfulas de *arbiter elegantiarum,* como era el caso de Bozzy, aquello representaba un oprobio difícil de tragar.

Johnson dejó la taza sobre el platillo.

—He estado investigando —señaló—. En efecto, hay esa serie de traductores de *El Quijote,* llamemósles cervantistas, o como os plazca. Lo cierto es que abundan los personajes absurdos o descarriados, artistas de bajos fondos, literatos que habitan en las penumbras de la política: espías misceláneos, mitómanos, plagiarios de ocasión... ¿Conocéis al escritor Peter Motteux?

—Ni idea. ¿Ha muerto ya?

—Motteux yace bajo tierra hace más de medio siglo. Dio a la imprenta la tercera traducción de *El Quijote,* en 1712. Administró por algún tiempo una tienda de ultramarinos, e incluso trabajó para la Oficina Postal, cuando no estaba borroneando algún manuscrito. Murió en un burdel, asfixiado por su propia mano.

—¿Cómo así? —inquirió Boswell.

El lexicógrafo hizo una pausa, tomó las tenacillas del azucarero y pescó un terrón. Todavía revoloteaban en torno las palomillas del estiércol, cuestión que no divertía demasiado al primero. Para entonces Tom ya había terminado su pocillo de té. Johnson señaló hacia el fardo de ropa sucia perteneciente a Boswell, y sugirió que Tom lo acarreara a la lavandería. Este consintió de buen grado. Se retiró de la mesa y salió a la calle, no sin antes echarse el saco al hombro.

—Prefiero que el muchacho no oiga esto.

—Adelante. Os escucho.

—He aquí el enigma —jadeó Johnson—. ¿Qué hilo secreto une a Thomas Shelton, John Philips y Peter Motteux, todo ellos desconocidos entre sí? Publicaron en diferentes épocas, 1612, 1687 y 1712 respectivamente... Profesaban ideas políticas y religiosas peculiares, si es que eso importa para escritores con vocación más bien mercenaria... Shelton ofició de soplón y

cotilla para los católicos; Philips, ex puritano, militó en las revueltas antipapistas del 1680, justo un siglo atrás; y Motteux era un refugiado hugonote llegado del otro lado del Canal, acaso un ateo, que sirvió al polígrafo Urquhart, un aristócrata con simpatías francófilas... ¿Por qué los tres se interesaron en *El Quijote*?

—Quizá todos vieron en don Quijote un ejemplo del caballero católico, ya sea para satirizarlo, ya para elogiarlo. Supongamos que el héroe de Cervantes haya sido un simple emblema, un motivo de propaganda.

El sabio se echó adelante y vertió más té en su pocillo.

—¿Incluso para Shakespeare? —prorrumpió.

Junto a la tetera persistía el cuaderno de notas de Boswell, las tapas pringadas debido al contacto con el abono de la carreta. El dueño del librillo se apuró en inspeccionar sus apuntes.

—Incluso para Shakespeare —ratificó Bozzy—. Eso, claro... Si es que el bardo de Stratford-upon-Avon escribió efectivamente el *Cardenio.*

—¿Qué insinuáis?

Dictionary detectó una sombra de ironía en su amigo.

—Dejad que formule el asunto de otra manera —dijo Boswell—. ¿Existió positivamente el *Cardenio* de Shakespeare? De acuerdo a lo que vos me habéis dicho, el primer editor del bardo en este siglo, un cierto Theobald, hizo representar una adaptación del *Cardenio* original, en el teatro de Drury Lane, hacia 1728. Theobald mismo —citó desde su cuaderno— alegaba conservar por lo menos una transcripción fidedigna de la obra. El editor anterior de Shakespeare, el librero Moseley, registró los derechos de copia del *Cardenio* en 1653, esta vez con el título de *The History of Cardenio...* No obstante, ¿qué tal si estas dos alusiones al *Cardenio,* incidentalmente las únicas que tenemos, fuesen meras extrapolaciones? Quiero decir..., atribuciones erróneas.

—¿Pero hechas por quién?

—Por alguien que desearía arruinar premeditadamente la celebridad del bardo, supeditándolo a la influencia de un autor extranjero, en este caso Cervantes.

—Lo que implicaría una confabulación bastante antigua, y llevada hasta el presente de forma constante y acuciosa. ¿No es así?

—Eso creo —admitió Boswell.

Johnson se tambaleó en su silla, víctima del preámbulo de un estornudo. Tomó aire en boqueadas intermitentes, haciéndolo cada vez con más fuerza. Ah, aah, aaahhh... De pronto la serie de estertores colapsó en un silbante suspiro. No había nada que temer. Recobró el humor de costumbre, y sacó otra vez su reloj.

—Dentro de poco será mediodía.

Se amohinó repentinamente.

Su ojo izquierdo parpadeó irritable; apenas si veía con este; era un órgano obsoleto y lujoso, un homenaje residual a la simetría. Al mismo tiempo una gota de licor resbaló a través de su papada... Se llevó una mano a los ganglios y tanteó uno de sus purulentos lamparones. La enfermedad sagrada, la maldita escrófula, lo había elegido como uno de sus penitentes. Cuando volvió a beber, la infusión ya se había enfriado.

—¿Habéis guardado —preguntó— la condenada uña?

Bozzy asintió con una guiñada. Hojeó el cuaderno, y detuvo su pesquisa entre las páginas centrales. Había pegado allí la opalescente cáscara, empleando para ello un brochazo de goma. Enseñó el vestigio a su mentor, poniendo la libreta de sesgo. *Dictionary* aprobó el buen juicio de su amanuense. Fluctuó indeciso por un instante, y luego añadió conciliador:

—No olvidéis ir a la lavandería y recoger allí vuestras ropas.

CUARTA PARTE

I

Tras mucho insistir con lady Octavia, Boswell había logrado, no sin mediar de su parte un discreto soborno, llevar de paseo a Hermione, aquella preciosa orquídea de los arrabales, hasta los Jardines de Ranelagh. Alegó en defensa de su plan la relación más o menos pedagógica que sostenía con la jovencita, de quien él se sentía una especie de custodio o director espiritual, impedido como estaba de cortejarla seriamente a causa de su achacosa uretra. Por otra parte, la misma Hermione no le permitiría la menor conquista galante, consciente de su valor como la única prostituta virgen de Moorfields, y tal vez de todo Londres. Había muy poco que temer, en consecuencia.

La peripatética jornada se inició con el paladeo de un vino blanco atiborrado de granizo, pimienta y canela, consumido en uno de los tenderetes de los Jardines. La bebida puso de excelente humor a Hermione, ansiosa de recorrer aquel coto del *bon ton*, lleno de gente desocupada y espectacularmente aburrida.

Evitando no desentonar con ese microcosmos de frivolidad y ostentación, Boswell había ido al barbero temprano por la mañana, mientras Hermione, auxiliada por las demás pupilas del burdel, había levantado sobre su cabeza una lujuriosa arquitectura capilar. Su peinado, engrosado con añadidos de tela, estopa y flores secas, ejercía un peso desmedido sobre su frágil constitución, lanzándola adelante a semejanza del resorte de un autómata.

Después del vino blanco vinieron las avenidas arboladas, los cenadores chinescos, la Rotonda y el Lago Ornamental. La pareja se detuvo un rato a la orilla de este, cuyas aguas cabrilleaban bajo la cegadora canícula. Boswell pidió prestado el quitasol de Hermione, clavó el mango en la arena, y luego se desembarazó de su casaca, estirándola como un sudario bajo el aro de sombra. Dio a entender con una floritura de su pañuelo que Hermione podía descansar dentro de aquel benigno cono de frescor.

La jovencita se prosternó encogiendo el bastidor de su vestido, y después se aposentó sobre la casaca de Boswell, la falda englobándose como una medusa. Hermione le hizo sitio a su admirador al cabo de poco, invitándolo a

sentarse con un guiño. Él accedió.

—Si no os molesta...

Dos o tres botes a remos se mecían en el centro del lago. Boswell hizo visera con una mano y observó la plácida bogadura del grupo. No era el único en hacerlo. Un hombre corpulento y achaparrado, con aspecto de juez de Old Bailey, contemplaba la misma escena desde una butaca de mimbre, situado a unos pasos de la pareja. Hermione sacó un libro, y se acodó de un lado.

Boswell carraspeó afectando cierta sofisticación.

—¿Qué leéis, mademoiselle?

Hermione se lamió la comisura del labio. Tragó saliva antes de responder. La horquila de su esternón se agitó y relajó abruptamente. Entornó sus grandes ojos grises, y cerró el libro por un momento. Boswell se agachó bajo el quitasol para leer el título del volumen.

—Conque de eso se trata. La *Lista de Cortesanas* de Harris.

Conocía el texto casi de memoria. Ciento cincuenta páginas con reseñas del mercado femenino de Covent Garden y alrededores. Descripciones tabuladas por edad, precio del servicio, especialidades sexuales y aspecto físico, incluidas envergadura del busto y conformación de los genitales.

Guardó su pañuelo y reflexionó sin hacerlo notar en absoluto. Qué utilidad podría derivar Hermione de aquella lectura, era una cuestión que no alcanzaba a comprender. Se soltó el fular del cuello. Lo sacudió y lo ató al tobillo derecho de la chica.

—No esperéis hallaros en una de las entradas del catálogo.

—Precisamente —respondió Hermione—. El autor de la *Lista de Cortesanas* no menciona a las prostitutas vírgenes. Quiero decir, chicas como yo... Pero un hombre de mundo como vos debiera saberlo perfectamente... Es decir, ¿cuánto se paga por el derecho de desflorar a una doncella?

Tamborileó con sus dedos sobre la tapa roja del librito, mientras Boswell se encogía de hombros y volvía la mirada hacia el estanque. Contrariada, tocó la coleta de su amigo y haló de ella modosamente. Boswell traía marcadas aún las tenacillas del peluquero.

Hermione rio para sí misma.

—El otro día un caballero extranjero; duque o algo semejante, llamó por mí... Acudí a la cita escoltada por lady Octavia, quien discutió con el cliente la necesidad de someterme al escrutinio de una comadrona. Esta resultó ser

una auténtica gárgola, experta en la lectura de hímenes y membranas secretas. El caballero extranjero desistió cuando supo el precio que cobraba lady Octavia por yacer conmigo. *Mea prima nox,* naturalmente.

—¿Ah, sí?

—¿Os pone celoso?

Boswell rio imitando a su amiga, aunque la efusión no fue sino un mero graznido, un jadeo enfático y destemplado. Hermione se rascó bajo el nudo del fular, oponiendo un tobillo contra otro. Se ajustó sus mitones de encaje.

Se recostó bajo la sombrilla.

—¿Realmente queréis hacer carrera como cortesana? —preguntó él.

—Dios lo quiera. Si no, ¿a qué otro destino podría aspirar?

—Bueno... Eventualmente llegaréis a ser otra Kitty Fischer, ahora que su recuerdo entre nosotros tiende a disolverse. Una cortesana educada, como bien sabéis. Hay ese retrato suyo, que la muestra con un gatito y una pecera en el regazo. El gatito de Kitty Fischer trata de hacerse con un pececillo rojo, mientras la pecera de cristal refleja a los mirones que espían desde la ventana.

—Todos deseamos atrapar ese pececillo rojo —anunció Hermione con una especie de clarividencia—. Pero ese pececillo rojo siempre se nos escapa. ¿Me ayudaréis a atrapar y conservar el mío?

Boswell notó que uno de los botes navegaba sin gobierno. La pareja que lo tripulaba se había agazapado a lo largo de la pequeña eslora, probablemente para besarse a hurtadillas. Una pierna de la mujer colgaba ociosa junto al remo. No transcurrió mucho para que el esquife empezara a bambolearse, y la pierna a interpretar una apremiante cadencia. Se imaginó a él mismo más joven haciendo el amor con Hermione, tal vez dentro de uno de aquellos botes a remo.

—Habladme de vuestras lecturas —propuso.

Había cambiado de tema deliberadamente para exorcizar la nostalgia de algo que jamás fue. Pensó en el pececillo rojo de la difunta cortesana Kitty Fischer. Un símbolo de esa vida que ahora se le escapaba.

—Repaso la *Historia* de Gibbon, y la *Bibliotheca Abscondita* de Browne, según vuestras recomendaciones. Y también reviso —explicó Hermione— un par de diccionarios en francés y latín, aunque solo por la música de las palabras...

El bote de los amantes, por entonces soltado al garete, chocó por la popa a

una embarcación similar, ocupada por una segunda pareja de tortolitos. La graciosa colisión no perturbó los tiernos abrazos de ninguna de las dos tripulaciones. Solo Boswell pareció percibir la sacudida.

Se levantó con un tambaleo, y después se agachó para tomar un par de guijarros desde la orilla de playa. Lanzó una piedra contra la faz del lago: el proyectil rebotó describiendo una serie de elipses. Se ejercitó en esto durante unos minutos, hasta que Hermione dio muestras de interesarse. Ella se le unió al cabo de poco, mientras Boswell continuaba haciendo cabrillas en el agua.

—¿Me enseñáis? —sugirió Hermione.

Boswell se encogió de hombros y ensayó un gesto de disculpa.

—Acabo de recordar que debo recoger una muda de ropa.

II

Johnson consagró la mañana siguiente a ordenar sus ideas en torno a la genealogía del *Quijote* inglés. Un reloj dio la hora desde un cuarto distante. El sonido de un desafinado carillón rebotó, con irónica lentitud, entre los tabiques de la casa.

En pie desde las nueve, lo que constituía toda una proeza, el solitario inquilino de Boult Court había puesto a hervir agua, lavado la vajilla de la víspera, y luego cortado las uñas de sus pies. Ignorando qué hacer con tanto tiempo libre, preparó una tetera con unas cuantas onzas de *lapsang souchong*.

Boswell se dejó ver a eso de las once. Venía de citarse con su médico, experiencia muy poco gratificante. Sus irrigaciones con jeringa, en fin, esas embarazosas lavativas uretrales, lo traían de pésimo humor, cuestión que se reflejaba en la forma dolorida de sentarse.

Emitió un quejido a manera de saludo. Y aguardó a que Johnson vertiera té en su taza, para después escanciar la bebida en el platillo. Bozzy se llevó el disco de porcelana a los labios, y sorbió con una especie de silbido inverso.

Johnson iba en su séptima ración de té. Se permitió una pausa.

—He hecho progresos notables —dijo— rastreando la influencia de Cervantes entre los maestros isabelinos.

Boswell cabeceó aquiescente.

—Uh-huh. Claro, claro...

—Sugeriría —continuó Johnson— que España apenas si existía en la imaginación inglesa antes del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón... En efecto, un año después de celebrarse esta alianza, se vertió al inglés el *Amadís de Gaula*, mientras eruditos como Juan Luis Vives visitaban Oxford y Londres... Influidos por la novedad del *Amadís,* nuestros nativos abordaron después a Garcilaso y Santillana. Tal escenario propició, sin duda, el posterior hallazgo del *Quijote*... Además, los paisajes citados en el *Amadís de Gaula* eran los de Inglaterra y Bretaña, de modo que fue como reconocer algo familiar pero perdido hasta entonces.

—Algo así como un *déjà-vu* —comentó Boswell.

—Pues sí. Una revelación... Y he aquí que, décadas después de la armada, aparece la edición de Bruselas del *Quijote:* material sobre la que opera la traducción de Thomas Shelton. De un momento a otro, pues, comienzan a multiplicarse las alusiones al Caballero de la Triste Figura entre los autores del seiscientos. Los dramaturgos Wilkins y Middleton, por ejemplo, hacen decir a sus héroes: «¡Podría pelear contra molinos de vientos!». Y tan temprano como en 1610, Ben Jonson *(The Epicene,* Acto IV) formula una comparación literal entre su protagonista y el propio *Don Quixote.* Evidentemente, ninguno de estos genios pretendía abrumar al público con citas herméticas, sino, más bien, adular su conocimiento y sacar ventaja de la moda literaria imperante —Johnson concluyó.

—Lástima que Cervantes jamás sospechara su *succés d'estime* desde este lado del Canal.

—Un destino común a muchos escritores, si no a todos. ¿Más té?

—¡Oh!, no todavía... —se excusó Boswell, repentinamente asaltado por un ataque de hipo. Levantó ambos brazos con tal de conjurar el borboteo gaseoso que pujaba desde su diafragma. La anomalía no significó un obstáculo para el diálogo en curso. Giró la cabeza a un lado y otro—. ¿Vuestras relaciones domésticas ya partieron a Bath?

Dictionary frunció el ceño. Su rostro fláccido y bulboso se crispó, mientras sus párpados se relajaron. Se hubiera creído que pronto sería presa de una convulsión.

—Me encargo de mí mismo perfectamente. ¡Y eso desde hace unos días!

Boswell asintió comprensivo.

—Jamás os han gustado los balnearios, ¿verdad? No es algo que lamentéis,

mi querido Johnson. Me refiero —explicó Boswell, procurando consolar a su mentor— al viaje que emprendió vuestro criado junto a míster Levet y las damas de la casa... Pero ahora que recuerdo: ¿y vuestro jarabe de ipecacuanha? En fin, vuestra digestión... ¡Debéis hacer algo al respecto! Vomitar. Practicar a una cura magnética. Hacer que os drene un buen sangrador. Hip. Hip. Os ruego me perdonéis: no sé dónde diablos he cogido este hipo.

—Hice voto solemne de hacer dieta, Bozzy. Solo me permitiré naranjas y algunos huevos. Pero gracias por vuestra preocupación. Sois muy gentil.

Boswell hipó por última vez. Bajó los brazos, y se reincorporó a medias.

—¿Cocidos? —preguntó.

—Sí, huevos cocidos. ¿Se os antoja uno?

Johnson sacó un huevo duro desde un bolsillo. Lo machacó suavemente contra la cubierta de la mesa, de modo que la cáscara se desintegrara en un peculiar mapa de escamas. Despojó el craquelado envoltorio del huevo, hasta que este quedó por completo desnudo. Lo zampó en dos bocados, pasándose la masa triturada de un carrillo a otro. Rumió por un rato y después recobró la facultad del habla.

—Como decía... Hacia 1611, el mismo Ben Jonson *(The Alchemist*, Acto IV) insiste en la comparación entre *Quijote* y el *Amadís de Gaula.* Instructivamente, ambos «caballeros errantes» se han recogido en penitencia a su debido tiempo. Uno en la Peña Pobre (identificada con nuestra isla de Jersey), y otro en la Sierra Morena de Andalucía...

—¿Pero no es allí, en la Sierra Morena, donde Quijote tropieza con Cardenio?

—¡Excelente memoria! —elogió Johnson a su amistoso satélite—. Pero no vayamos tan rápido. Antes de la pastoral del «Cardenio», está la historia del «Curioso Impertinente», interpolada en el capítulo XXIII del *Quijote.* Esta última aventura trata, pues, de un triángulo amoroso. Una especie de adulterio realizado en laboratorio. La historia es adaptada por Fletcher (contemporáneo de Shakspeare, y coautor del presunto *Cardenio* inglés) en su *Coxcomb,* o el *Pisaverde.*

Johnson bufó como si con ello se aliviara del calor.

—Volveremos a tropezar con una variación del «Curioso Impertinente» —señaló tras un breve receso— en una obra atribuida a Shakespeare, la segunda

Tragedia de la Doncella. Probablemente esta módica prueba literaria, un asunto marginal si se quiere, inaugura el problema del *Quijote* en Shakespeare. He pedido a nuestro común amigo, míster Malone, que averigüe en el Stationer's Register, nuestro banco de derechos de edición, los manuscritos originales de la segunda *Tragedia*...

—¿Y bien? —preguntó Boswell.

—La letra se parece a la de Shakespeare, no hay duda.

—De lo cual infiero que Shakespeare habría leído a Cervantes.

—Pues sí. Y seguramente en la traducción de Shelton, no obstante ciertas reservas al respecto: escrúpulos personales, debo añadir. Ahora bien, en cuanto al *Cardenio* inglés... Existe una inscripción en el Stationer's Register, pero es muy posterior a la muerte del bardo. La fecha de matrícula del texto es 1653, nada menos.

—¡Hmmm! Una atribución póstuma. ¿Pero quién —intervino Boswell— estaría interesado en imputar a Shakespeare la recreación de la pastoral de Cervantes?

Johnson se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Pero, con todo, eso no es lo más extraño.

—¿No?

—En absoluto —dijo Johnson, e inhaló con aire ineluctable—. He aquí el enigma: ¿y *si* Shakespeare hubiera sabido español? Es más: ¿y *si* él hubiera conocido el *Quijote* sin la mediación de Shelton? En realidad es un doble enigma: hay dos *si*.

—Explicad vuestra teoría. Os imploro.

Johnson se arregló una media, y se pasó el índice bajo la nariz. Ambas fosas pobladas por un vello negro y pinchudo. Boswell no se había percatado de ello hasta entonces, pero *Dictionary* tenía una flor de asfodelo prendida a su solapa. Al cabo de poco, un pétalo lechoso, malva, se desprendió de la flor... Johnson tapó un estornudo de polen.

Sumido en una penumbra irisada, producto del eco luminoso que atravesaba un botellón de agua fresca, hinchó las aletas de su nariz, y espió su reloj con ademán minucioso. Pendiendo de un clavo en el muro, su tricornio, con los bordes descosidos aquí y allá, el casquete astroso y alopécido, excitaba una rara forma de misericordia en el observador.

—Consideremos otros expedientes —dijo Johnson—. Si vamos al caso, *Un*

cuento de invierno de Shakespeare se basa (conjeturo) en el libro *Noches de invierno,* del español Antonio de Eslava, del cual no existe traducción conocida. Incidentalmente, buena parte del argumento de *La tempestad* arranca de la primera de las *Noches de Invierno* del mismo autor.

El hipo de Bozzy colapsó en un falsete entrecortado.

Se quedó pensando. El reloj volvió a dar la hora.

—Creo, señor, que os asemejáis bastante al Próspero de *La tempestad.*

Johnson rio. Preparó su décima taza de té.

—Me han colgado muchos seudónimos, la mayoría solo por burla... Pomposo, Demogorgon, Demonax... Pero nunca antes «Próspero». Reconozco el cumplido. A decir verdad, no hubiera esperado menos de vos. Excepto, claro, ser comparado con el propio don Quijote. Cuestión que, irónicamente, os hubiera reducido al rol subalterno de un Sancho.

Boswell se rascó la barbilla. Luego suspiró.

—¿No juzgáis una rara sincronía que Shakespeare y Cervantes hayan muerto un mismo día?

—El 23 de abril de 1616. Si bien con diferentes calendarios.

—A propósito de Sancho Panza... Recuerdo un pasaje en el Acto V del *Doble matrimonio* de Fletcher (colaborador de Shakespeare en el *Cardenio* perdido), en que un doctor prohibe al cortesano Castruccio atacar su comida, invocando la dieta que debe observar este último. La escena —subrayó Boswell— me hace pensar en la vicisitud sufrida por Panza, convertido ya en gobernador de su Ínsula, cuando otro doctor le prohibe atiborrarse de comida en un banquete.

Johnson se levantó y se ocultó tras un biombo, excusándose antes con un gesto familiar. Al cabo de un instante, se oyó un chorro de líquido percutir contra un recipiente de porcelana. Un ruido redondo, ahuecado. Siguió hablando mientras orinaba.

—Comprendo muy bien la furia de Sancho Panza: a nadie le agradan las dietas, y mucho menos si un maldito médico, uno de esos pedantes con un par de homicidios curriculares a cuestas, nos extorsiona así, negándonos el alimento... ¡Horrible, señor!

—Concuerdo. Y sin embargo...

Johnson descargaba una impenitente vejiga.

—Ya sé, ya sé... También debo hacer dieta —confesó—. Ahora, volviendo

a lo de Sancho... La escena que mencionáis (cito de memoria) ocurre en la Segunda Parte del *Quijote,* publicada tan tarde como en 1616. Fletcher debió modelar su Castruccio en Sancho Panza, pero la aventura de este con su doctor solo aparece en la Segunda Parte... Esta nueva salida del *Quijote* fue traducida al inglés solo después que Fletcher estrenara su *Doble matrimonio*. En conscuencia, Fletcher solo tuvo acceso al original español del 1616. Luego, Fletcher leyó a Cervantes directamente.

—Y Fletcher escribió parte del *Cardenio* de Shakespeare.

Johnson se abotonó la bragueta y regresó con Boswell.

—Lo cual no explica demasiado. En rigor, deberíamos preguntarnos qué llevó a Shakespeare a interesarse en un incógnito escritor español, habiendo una vasta oferta de *literati* en Italia y Francia, y considerando, en particular, nuestra guerra contemporánea con España... Pensándolo bien, el *Quijote* era en cierta forma la imitación literaria menos plausible por entonces.

—A no ser que alguien pagara por hacer bombo a un hidalgo castellano.

—¿Qué insinuáis, Bozzy? ¿Alguien como quién?

—Un mecenas —explicó Boswell—. Tal vez un grupo de benefactores, aliados con España y los papistas. No olvidéis que la confabulación para dinamitar el Parlamento, y hacer volar al rey por los aires, tiene lugar mientras Shakespeare redacta su *Macbeth,* que es, en suma, la historia de un regicidio.

—Dadme mi sombrero, Bozzy. Y salgamos a la calle.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora. Necesito estirar un poco las piernas.

III

Concluido su paseo con Johnson al cabo de un par de horas, se plantó en el portal de la Powis House, y aguardó allí, silbando y mirando las pilastras corintias con aire ocioso, hasta que el mayordomo de la embajada española se dignó a confrontarlo amablemente. Boswell presentó sus falsas credenciales, afectando un parlanchín acento napolitano.

El detalle hizo pensar al mayordomo que se trataba de un *castrato* de ópera. Boswell se mostró molesto ante la confusión, y se apuró a emitir un

viril carraspeo.

—¿Vuestro nombre?

—Bos... Bos... —tartamudeó Boswell, refrenando la inercia de pronunciar su propio apellido—. ¡Bozzi...! —dijo como si experimentase una iluminación, ahorrándose el bochorno de delatarse gratuitamente—. El arquitecto Giacomo Bozzi, a vuestro servicio. ¡Salve!

Empinó su bastón y percutió el pomo de plata contra la clavícula izquierda del criado. Adelantó un pie, y penetró en el holgado vestíbulo con una libertad que le asombró a él mismo, dejando a sus espaldas una intoxicante estela de perfume. El salón estaba decorado con grandes frescos mitológicos pintados por el maestro Amiconi.

El mayordomo interpeló al desconocido.

—¿El *signor* Bozzi se ha citado con su excelencia el embajador?

—Ehem... ¿Decíais? —preguntó Boswell tratando de ganar tiempo—. Oh, sí... —fingió recordar—. Claro, el embajador... ¿Y cómo está él?

Una *Diana con Jauría,* retratada en una lúbrica pose cinegética, observó de reojo al falso arquitecto Bozzi.

—Pues no está —declaró el mayordomo.

—¿No? —repitió voluble Boswell.

—Solo está su consejero, el abate Bartholomeus Morpurgo.

El arquitecto Bozzi saltó al rellano de una magnífica escalera, y procedió a golpetear los muros con su bastón, como esperando que sonaran a hueco. Trepó por los peldaños de mármol gris, alardeando de sus presuntos conocimientos del diseño italiano. Apuntó con su bastón hacia las molduras del cielo raso, y después hacia las pinturas alegóricas.

Boswell lucía especialmente cómodo en su papel.

—No combinan —sentenció—. Me refiero a los colores. ¡No combinan! Ese azul, allá... ¿Véis? Y ese rojo pastel, en el fondo del fresco. Horrible. ¡Sacadlo!

—¿Sacar qué, *signor?* Un fresco no se puede sacar así de fácil.

—Echadle cal encima —añadió despótico Boswell—. Seré responsable de la remodelación de la embajada —instruyó al encargado.

La mentira le sonó demasiado convincente: en verdad era un rojo insultante, irritantemente vulgar. Sus tacones picaron contra los peldaños de mármol.

—¡Blanquead todos los muros!

A esas alturas, el mayordomo se había tragado toda la farsa.

Boswell se detuvo en mitad de los escalones para arreglar los puños de su camisa, los que crujieron como flores secas. Se preguntó dónde estarían los aposentos de la corresponsal de Charlie. Miró a un lado y otro, mientras el mayordomo lo persiguía escaleras arriba.

El criado se acercó a Boswell, mostrándose educadamente servil.

—¿Cuándo empezará la remodelación? —inquirió.

Boswell vaciló, la rodilla flexionada sobre el penúltimo peldaño. Sus músculos se concentraban en aquel punto de tensión, como si fuese a saltar al otro segundo. Todo él era un resorte, un muelle de ballesta.

—Pronto —dijo—. Muy pronto. Quizá sea aconsejable comenzar con el cuarto de la señorita...

Una sugerencia atrevida.

El mayordomo se le quedó mirando.

—Pues bien... Si se refiere a la «sobrina» de su excelencia el embajador...

—¿¡Sobrina!? —murmuró expectante Boswell—. Perfecto, entonces.

—Pero vuestra señoría no está autorizada a invadir las habitaciones de la sobrina del embajador, el duque de Almodóvar.

—¡Jamás osaría hacerlo! —respondió Boswell, desenfundando un abanico y abriéndolo con gran aparato frente a las narices de su censor. El aspaviento tomó por sorpresa al criado, quien terminó por adoptar una actitud aun más desconcertada—. A menos que vos me acompañéis, por supuesto... Pero decidme —anunció tajante Boswell—: ¿de qué color son las cortinas?

—Celestes, creo.

—¡Hmm! Cambiaremos las cortinas.

Boswell echó a andar, acometiendo con presuntuosa intrepidez. Ganó el piso superior y atravesó la sala con elásticas zancadas. Se había lanzado a una carrera por abrir las puertas de par en par, profanando interiores desiertos, ocupados por brillantes muebles de laca color chocolate. El mayordomo se precipitó detrás de Boswell con tal de reprimir su estampida. Lo alcanzó al cabo de un rato.

Lo cogió de un brazo, soltándolo poco después, avergonzado de haberse atribuido una libertad excesiva. Boswell acababa de empujar las hojas de una enésima puerta, pero estas se resistieron a su embestida. Cerradas por dentro,

el elegante invasor logró, sin embargo, atisbar a través del resquicio. Detectó el vaporoso perfil de una jovencita.

Boswell retrocedió, el corazón comprimido ante la frustrada revelación. Su abanico aleteó crípticamente. Miró al mayordomo y comprendió que lo estaba poniendo en un aprieto. Se compadeció de él.

Decidió abandonar el juego.

—Será mejor que me marche —dijo—. Excusad mi impertinencia.

—¿Pero no desea vuestra merced entrevistarse con el abate de Morpurgo? El consejero de su excelencia debiera estar por aquí. Tal vez si usted lo espera...

—Quizás en una próxima ocasión.

En ese instante, una puerta se entornó desde el extremo contrario de la galería. Entre las jambas se dibujó una repentina mancha gris, animada por un hálito sordo y expectante. La silueta se quedó como emboscada, acechando en el vacío. La figura debía pertenecer a Morpurgo.

Ojos de un castaño sucio, el labio inferior más grande que el superior, la nariz con aspecto de aleta arqueada sobre la boca hierática. El religioso permaneció en silencio, haciendo bulto en aquella desierta ala de la mansión, sin intenciones de interferir con la visita del arquitecto. La sotana de castor delgado, cayendo en pliegues duros y escultóricos. Cuentas de un rosario pasando por los dedos.

No tardó en propagarse un olor a incienso, a claustro.

Boswell se escurrió de camino a la puerta principal con la misma levedad que había empleado en colarse dentro de la mansión. Se preguntó si Morpurgo lo había alcanzado realmente a distinguir, si él podría llegar a sospechar algo... Se había despedido del mayordomo, y ahora cruzaba el patio delantero con apuros de atleta. A mitad de su trayecto se interpuso ante él, abruptamente, el cuerpo de un tercero.

Un tipo en sus veinte años, cejijunto, la mirada boba y resbaladiza, no acertaba a quitarse del medio. Probablemente era un sirviente de la casa, tal vez un jardinero: de ahí la hoz o machete que traía en su diestra. Boswell lo sobrepasó saltando a un lado, y luego redobló el tranco hacia el exterior, más allá de la verja. Ya en la calle, procuró caminar sin prisa. Pero acabaría traicionándose: el pulso zumbaba en sus oídos, sus pies flaqueaban atraídos hacia la borrosa perspectiva de la calle... Corría.

Mediodía abrasador. En su fuga, tropezó con una pareja de transeúntes, después con un panadero, luego con un fabricante de pelucas. Recibió un par de maldiciones a causa de su negligente deriva. Desdeñó las protestas. Miró atrás. Se había alejado lo suficiente de la embajada como para creerse fuera de peligro. Una vez en Queen's Square condescendió a una pausa. Suspiró, y se palpó los bolsillos.

Compró manzanas confitadas.

IV

Se presentó en la lavandería hacia el crepúsculo. El establecimiento quedaba a un tiro de piedra de Piccadilly, y consistía en una serie de piletas y calderas, además de una caliginosa sección de planchado. Regentaba el negocio una viuda gorda y enojadiza, cuyas piernas, crasas a manera de jamones, terminaban en unos piececillos ridículamente principescos. Llevaba una cofia provista con dos aletas laterales. Un canino dorado brillaba en su dentadura cada vez que hablaba.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—Vengo a rescatar una muda de ropa, madam.

La gruesa matrona atendía tras una mesilla de tapete rosado.

—¿Vuestro nombre, querido señor?

—James Boswell —rumió el cliente con aire mundano.

—¿Vuestros atuendos llevan monograma?

—Podría apostar a que sí. Fueron traídos ayer por la mañana.

Promediando la charla de rutina, Bozzy vino a enterarse de la existencia del homúnculo. Había allí, a los pies de la viuda, un sujeto con aspecto de duende, el color ictérico y el pelo rubio brotando como paja por lo bajo de la peluca. Iba ataviado con cierta formalidad, como si hubiera faltado a un baile elegante para ocuparse de sangrar a la señora. Arrodillado junto a ella, pronto a ejecutar una punción y purgar así la vena de la pantorrilla, el practicante dedicó una misteriosa venia a Boswell.

Boswell remedó la pantomima. Al levantar la mirada se reencontró con el rostro de la matrona. Ella pareció reprenderlo.

—¿El señor no os hace sangrar? —tanteó indiscreta.

—Muy rara vez, madam —dijo Bozzy.

Un hilo de plasma fresco manó del corte y serpenteó hasta el tobillo.

—Míster Boswell... ¿Es Boswell, verdad? —preguntó el homúnculo.

—Así es. ¿Me hablabáis sobre...?

El practicante cazó el flujo de sangre en una copa aflautada.

—Madam tiene razón —afirmó— en cuanto a las sangrías.

—No lo dudo. Mas no vine aquí por eso, señor mío.

—Pues claro que no —interfirió la gorda, absolviendo a ambos de una discusión superflua; se volvería eventualmente hacia el homúnculo, dirigiéndole un rictus hostil y compendioso—: Basta por ahora, Geoffrey.

Geoffrey esperó a que la copa se llenase, y luego aplicó un trapo sobre el corte. Oprimió el primero contra una carne fláccida y tenue. La sangre enrojeció el trapo hasta que lo oscureció por completo. A partir de ese instante Geoffrey se comportó con una familiaridad casi descortés.

—Muy bien, Cassandra —anunció—. Me retiraré en el acto.

Geoffrey se levantó de un brinco. Puesto de pie, apenas alcanzaba los hombros de Bozzy. Cubrió la boca de la copa con un lienzo limpio, y partió en dirección de la trastienda. Boswell notó que los tacones de Geoffrey lo empinaban a más de un palmo sobre el suelo.

Este se volvió hacia el cliente.

—Adiós, míster Boswell.

El escocés correspondió a la despedida. Cassandra levantó un brazo y lo puso entre ella y Geoffrey a manera de biombo. Llamó aparte a Bozzy con un bisbiseo.

—¡Bah! No le haga usted caso... Pero mire, su ropa ya está acá.

Las tablas del piso crujieron premonitoriamente. Irrumpió en eso una chica de servicio portando un cesto de mimbre. Colocó la canasta sobre la mesa, y se evadió de inmediato, arrastrando sus chanclos hasta un limbo gaseoso y lleno de ruidos chapoteantes.

—¿Cuánto os debo, madam?

La gobernanta se asomó por encima del ajuar de ropa, y barruntó su contenido con aire de sonámbula, poniendo los ojos en blanco. Metió una mano dentro y palpó el faldón de la casaca, punteando su exploración con sabihondos murmullos.

Justo en ese instante, un palanquín pasó por fuera de la lavandería,

conducido por dos ordenanzas, quienes halaban las barandillas del armatoste penosamente. Se detuvieron, descansaron la litera en el suelo, y se arreglaron las libreas de paño celeste. Nadie descendió del palanquín.

Boswell contempló la escena a distancia.

—Tenéis un nuevo cliente —comentó.

Cassandra estiró el cuello a un lado, y fisgoneó hacia la calle.

—Es la litera de la embajada española —confesó un tanto fatigada—. Traen aquí sus lienzos de dormitorio y algunas mudas de mujer.

—¡España! ¿Estáis segura?

La información hizo un efecto pasmoso en Bozzy. ¿Era cierto lo que acababa de oír? Ya había reanundado la charla con la comadre, cuando notó que la dueña del lavadero lucía demacrada. Los párpados caedizos y el labio inferior tembloroso. Pero su condición se deterioró todavía más en los siguientes minutos: acarició el tapete de la mesa como si pretendiera agarrarse de él, temiendo desvanecerse y venirse abajo. La mujer volvió a poner los ojos en blanco.

—¿Estáis bien, madam?

—¿Eh? ¿Qué sucede? Sí, bueno... Este... Yo...

Casualmente Bozzy levantó un pie. En cuanto lo hizo, un fondo viscoso chupó la suela de su zapato, impidiéndole moverse con la soltura debida. Echó un vistazo allí encima, para después ser invadido por un vértigo glacial. Sintió ponérsele la carne de gallina. Una poza de sangre reptaba y espejeaba como si se tratase de mercurio. La sustancia ya había empezado a solidificarse, formando islas granulosas alrededor de las patas de la mesa. Se dobló para mirar bajo esta. Todo indicaba que la hemorragia terapéutica no había sido cortada a tiempo. La pantorrilla seguía drenando.

—Yo... En fin...

Reapareció la misma lavanderita de antes, ahora con el cesto perteneciente a la embajada española. O eso creyó Boswell a juzgar por las señas que intercambiaron ella y los ordenanzas, quienes se dejaron ver al cabo de unos minutos, acercándose al vano del portón con los sombreros en ristre, aunque, paradójicamente, sin atreverse a entrar del todo. La empleada le sonrió a Boswell, y dejó la nueva canasta junto a la suya. La chica no pareció percatarse del estado de su jefa, y se retiró diligentemente.

Boswell recapacitó. Tenía un segundo para actuar, aprovechando que

nadie, pero en especial la viuda, lo estaba observando. Sacó su pluma y su tintero portátil, reteniendo la primera entre los dientes. Pero había que andarse con cuidado, pensó mientras registraba las ropas y mudas de la embajada, pues si lo sorprendían podría armarse algún jaleo. Temprano, no obstante, el azar le confió una captura prometedora. Pilló una prenda femenina.

Procedió sigilosamente. Impregnó la punta de su pluma e infligió un trazo de escritura sobre la faz interna del dobladillo. Muy bien, casi lo había logrado. Sopló encima para acelerar la fijación de la tinta. Solo restaba cruzar los dedos y hacer votos para que el mensaje llegase a su destino. Se hizo atrás con aire inocente. Confiaba en que su osadía había pasado desapercibida.

A esas alturas, una máscara anémica se había fijado sobre la gorda y crepuscular Cassandra. La mandíbula medio desencajada dejaba en evidencia aquel colmillo dorado e insólito. Los instersticios del tablado acabarían por absorber el charco de sangre.

V

Por fin en la soledad de su dormitorio. Desde la planta baja ascendían los ronquidos del general Paoli: sus ásperos resuellos puntuaban las primeras horas de la noche. Boswell se desvistió arrullado por la marea respiratoria que inundaba toda la casa. Las vicisitudes de la jornada lo habían dejado exhausto. No había terminado de quitarse las calzas cuando sintió una punzada en el vientre. Contempló la *chaise percée* puesta en un rincón del cuarto. Bostezó. Su tripa se retorció con un sonido de fuelle averiado.

Debía rendir un urgente homenaje a los dioses Stercutius y Crepitus, quienes presidían sobre heces y flatulencias, respectivamente. Se acercó y comprobó que la silla tuviera suficiente serrín en su base interior. El mueble constituía un notable adelanto de la época, permitiendo que el usuario se librarse de peregrinar a una letrina y helarse el culo en mitad del descampado. Levantó el cojín del asiento, y descubrió el orificio que comunicaba con el receptáculo: una bolsa engomada rellena de virutas de madera.

Desnudo de la cintura hacia abajo, se prestó a una celosa incubación, haciéndose escoltar por una de sus eternas lecturas de retrete, las *Vidas paralelas.* Apuraba las páginas con un índice lánguido y distraído. La *chaise*

percée le resultaba especialmente cómoda. Una especie de ceremonia celebrada consigo mismo, pensó riéndose. A lo poco tiró el libro de Plutarco a un lado, y siguió luego con su manuscrito del *Diario de un Viaje a las Hébridas,* testimonio de la aventura realizada en compañía de Johnson a las islas del norte.

Un pupitre en el otro extremo de la habitación parecía hacerle señas desde su manso hermetismo. Era cierto, se reprochó, tenía bastante material que pasar en limpio: cientos de notas se apilaban sobre la cubierta del pupitre, transcripciones a vuelapluma de los acotaciones del maestro.

Pero ya se encargaría más tarde. ¿Debía molestarse por sus notas justo ahora? *Crepitus. Stercutius.* Sus intestinos trabajaban de acuerdo al curso regular. Entonces se produjo un grave silencio: Paoli había suspendido su laboriosa modorra.

Repentinamente golpearon a la puerta de Boswell.

—*¡Caro amico,* James! —dijo Pasquale de Paoli—, ¿estáis ocupado?

—Un minuto, míster Paoli.

Tal vez no había sido una buena idea alquilar los altos de la residencia. Carácter complejo y un tanto infantil, Paoli acostumbraba importunar a amigos y relaciones comunes con su rutina del chaleco cruzado de balas. Una cota de lentejuelas de hierro perforada aquí y allá con proyectiles enemigos, prueba de haberse salvado heroica y milagrosamente en una escaramuza contra las armas genovesas... La demostración culminaba, sin embargo, en una petición de caridades en metálico. El veterano se embolsaba las contribuciones con una noble sonrisa, sin acusar la menor manifestación de pudor. Repetido cada cierto tiempo, el acto de Paoli divertía a Johnson hasta hacerle desternillar.

Boswell se limpió con un folleto de discursos parlamentarios, y fue a abrir mientras se abrochaba las calzas. Le brindó a Paoli una recepción más bien maquinal. Pero el general no se tomó el asunto muy a pecho. Tricornio y camisa de dormir, el héroe de la independencia corsa confesó a Boswell que sentía más calor en Londres que en la Ajaccio de su juventud.

Paoli se enjugó las sienes oleosas de sudor.

—¿No se os ocurre cómo podemos capear esta maldita temperatura?

Boswell se quedó pensando. ¿Mandar a traer hielo y atiborrar una bañera con él? Pero nadie atendería un pedido así a esa hora. Negó con la cabeza...

Casi podía oír crujir los engranajes de su mente. Experimentó un momento de inspiración.

—Subir hasta la claraboya de la mansarda, y procurar dormir sobre el tejado.

No lo había dicho en serio, pero el plan convenció a Paoli de inmediato. Insuflado de un vertiginoso candor, el veterano bajó a buscar un par de cojines, y reapareció en el umbral al cabo de un minuto. Dio a entender con un guiño que precisaba cruzar por la habitación de Boswell antes de trepar al tejado.

—Pues adelante, querido Paoli.

Todavía a sus cincuenta y tantos, Paoli conservaba un espíritu impetuoso, lo que a menudo lo inclinaba a deslizarse de lo sublime a lo ridículo y viceversa. Con todo, Boswell accedió a la solicitud. Pasado un rato, se desnudó y se echó sobre la cama. Escuchó pisadas sobre el tejado. Revisó las notas y apuntes tomados durante el día. Se rascó un testículo.

Después arreciaron los ronquidos de costumbre.

VI

Boswell esperaba en la puerta trasera de la lavandería, haciéndose el distraído. Deambulaba de un lado para otro, insuflando su picadura de Virgina con ceremoniosos respingos. Afortunadamente, justo hacia la víspera, Tom había logrado emplearse como mandadero del local, cuestión que facilitaría el acceso a los cestos de lavado de la embajada española. Esa mañana en particular, Boswell confiaba en recibir una respuesta de su Luscinda, la presunta sobrina del embajador de España. Un mensaje escondido en un pliegue satinado, un *billet-doux* dormido bajo un revoltijo de muselinas.

Tom se presentó a eso de las diez, acarreando consigo el canasto de ropa sucia que acababa de llegar desde la misión diplomática. Sigilosa y precavidamente, los dos fisgones penetraron en un callejón vecino y se agazaparon bajo un portal, Tom equilibrando el cesto sobre su propia cabeza. Previsiblemente, Bozzy en persona se encargaría de hurgar entre las amarillentas mudas femeninas. Se dejó intoxicar con ese aroma a rosas, a

cuero, a ostras frescas, a oporto esfumado, a suciedad de pies.

—Ten aquí.

Boswell le entregó su estuche de rapé al chico.

—Nadie sospecha en lo que andas, ¿correcto? —indagó con un susurro.

Tom cruzó los dedos supersticiosamente.

—Que Dios me proteja, míster Boswell. Pues si llegaran a enterarse...

Tom se pasó un índice por sobre el cuello, ejecutando el simulacro de un cuchillo. El pelo rojo se arremolinaba tras sus orejas y formaba una especie de cuernos o campanillas. Se sorbió los mocos.

—...me matan, juro que me matan —dijo y sacó la lengua con aire truculento.

—Calma, Tom. Un segundo y ya estará. Solo falta que...

Boswell exhaló ansioso. Su tacto se había concentrado en el envés de una costura. Manipuló instintivamente la sección lateral de una cotilla o de un corpiño. Juraría haber visto una sombra de tinta de un lado del doblez. Entornó una aleta salediza. Sí, era eso, lo sabía, lo anticipaba. Una línea escrita en español.

Una respuesta.

—¡Ella vive! —anunció Boswell—. Y dice que me ama...

Tom lo miró desorientado. Los adultos, pero sobre todo los adultos ricos, pensó, eran como los personajes de una novela; grandes ociosos hinchados de sentimentalismo y vanidad desafiada. El estómago de Tom, sin más carga que una libra de pan, y eso desde ayer, se retorció y gimió.

—No, no, perdón —rectificó Boswell en voz alta, dialogando con su propia conciencia—. Que ama a Cardenio, es decir a Charlie.

Una comadre emergió desde una ventana y tiró un cubo de basura hacia la calle. Restos de pepinos, calabazas y pelados huesos de buey se estrellaron a unos palmos de Tom, felizmente sin hacer blanco sobre el chico.

Su tripa volvió a gemir.

—Todavía no he desayunado, míster Boswell —declaró Tom.

Su interlocutor no lucía muy interesado. Creyó oír el reverbero de una voz, un sonido vagamente implorante, pero no le adjudicó mayor importancia. Se había abierto ante él un orbe delicado, sublime, lleno de graciosas voluptuosidades. Se veía a sí mismo corriendo tras la forma etérea de Luscinda, hasta que finalmente la atrapaba y ella adquiría unos contornos

mucho más tangibles. Casi podía tocar su carne: mullida y suave como la pulpa de una ciruela.

—Mi propina, señor —insistió Tom.

Pero en vano. Bozzy se obstinaba en leer y releer las palabras trazadas por Luscinda. ¡Ah, cómo hubiera deseado ser el destinatario original del mensaje, y no un simple usurpador, un ventrílocuo! Suspiró y acarició la superficie escrita. Se llevó el lienzo a los labios. Un beso teatral, oneroso, esforzado... Levantó la cabeza y vaciló por un momento. ¿Aquella voz? Sí, seguro se trataba de Tom, pobre muchacho. Boswell se interrumpió y devolvió las ropas a su sitio. De pronto recobraba el sentido de las cosas.

Su mirada tropezó con la de Tom.

—Cierto. La propina —recapituló Boswell.

Dos peniques aparecieron en el acto. Tom embolsó el dinero, y retornó el estuche de rapé a su dueño. El canasto se tambaleó sobre su coronilla por un instante, aunque después permaneció fijo, apuntalado por una misteriosa pesantez. Antes de separarse, Boswell recordó a Tom que era preciso que secuestrara el siguiente despacho de ropa limpia, pues no había otro expediente, argumentó, para infiltrar la residencia oficial del duque de Almodóvar.

—Así lo haré, pero el riesgo será mayor, míster Boswell.

—Seis peniques, y nada más. Es un precio justo.

—Trato hecho. Lo veré a usted acá entonces. Mañana por la mañana.

Boswell aprobó con un guiño. Notó, entretanto, que Tom llevaba la camisa manchada de lejía sucia y pringues de añil. Imaginó que su joven amigo se dedicaba a los enjuagues de ropa blanca.

—Te llevas bien con la gorda esa, ¿eh?, lady Cassandra, o algo por el estilo, si no me equivoco. ¿Todavía le practican flebotomías?

Tom pareció cohibirse.

Su escuálida constitución vibró y onduló como si fuese a desmayarse. Omitió mencionar que lady Cassandra le obligaba a realizar extenuantes turnos de trabajo, y que había visto a una lavandera caer a una pileta hirviente y cocerse allí dentro, lo mismo que una morcilla... Si no fuese por las propinas de Boswell, ya habría renunciado y marchado a servir como lazarillo del doctor Johnson, cuyas propinas y limosnas eran las mejores de todo Londres.

Boswell le extendió otra moneda a Tom.

—Ten esto, y compra algo de licor —aconsejó—. Luces un tanto demacrado para tu edad —juzgó con aire condescendiente, y después pinchó una onza de rapé, aspirando el polvo con un chasquido de succión—. Mañana por la mañana, ¿de acuerdo? Ahora debo recoger a Hermione para ir a lo del Museo Británico.

VII

Nobles testas empolvadas se hundían entre las tapas de viejas ediciones en folio. Los lectores masticaban las palabras con un ronroneante remilgo, mientras el ujier de la biblioteca bajaba y subía por una escalerilla lateral, equilibrando sobre sus brazos una pila de tomos en cuarto. La luz estival penetraba por las vidrieras y se empozaba entre los paneles de libros, dilatando cálidamente sus empastados en cuero de becerro, puerco o perro. La temperatura hinchaba las maderas, congestionaba los cuerpos, hacía doler los pies dentro de los zapatos.

Por desgracia, la irrupción de Hermione no contribuiría demasiado a mitigar aquel clima de invernadero. Cogida del brazo de Boswell, la *coquette* se desplazó con pies suspirantes sobre el parqué de espiga, disimulando artísticamente su leve cojera. Los usuarios del museo suspendieron sus consultas ignorando a qué se debía la perturbación, y tan solo se limitaron a fisgonear en torno, cruzando sus miradas como si fuesen bolas de marfil arrojadas sobre un billar.

—Por acá, querida Herm. Sentaos y esperad.

Uno de los lectores, un ogro ocupado en diseñar genealogías a pedido, encapotado por una monumental peluca que formaba faldeos hasta los codos, se despegó de la silla y alargó una figura hasta entonces hábilmente comprimida. Su peluca planeó sobre la mesa de lectura, eclipsándola por un momento. Luego volvió aquella masiva envergadura hacia la ventana, y se quedó mirando a través de los cristales. La vidriera daba al jardín de acceso: plátanos orientales, setos de boj, negros carruajes aparcados sobre el cuadro de grava. El sujeto pretendió fingir que no había visto entrar a Boswell y su amiga, y se dejó caer sobre la silla, las calzas traslúcidas de sudor.

Hermione se había sentado en el extremo contrario de la mesa, mientras Boswell inventariaba un anaquel de libros, parado de puntillas junto a un busto de Julio César. Como tardara en su pesquisa, divagando torpemente de aquí para allá, el ordenanza de la colección, un joven moreno y alto, con una nariz un tanto *retroussé,* se le terminó acercando. El chico vestía una librea color ciruela, y su aliento olía a ginebra y buey cocido. Enterado del dilema de Boswell, el ordenanza se perdió en los altos de la sala, para solo regresar diez minutos después.

—¿Era esto lo que buscabáis, señor?

Boswell se desenguantó y retorció sus falanges como si fuera a tocar una fantasía de Scarlatti en el clavecín. Tomó el volumen con sus manos desnudas y regordetas. Rozó el frontispicio del libro con la palma de su diestra. En efecto, se trataba del *Don Quixote of the Mancha* de Thomas Shelton, impreso en el 1612. Se apuró en sacar un penique, y entregárselo a su joven benefactor. Este tomó el disco de cobre, y restregó la efigie del rey Jorge con un obstinado pulgar. Hizo saltar la moneda y luego la agarró en un puño.

—Soy yo el que está en deuda, señor. ¿Algo más?

Boswell extrajo algo que parecía un billete de lavandería. Sacudió el papel ante la mirada aturdida del ujier. La arrugada cuartilla contenía una docena de títulos, todos ellos relacionados con la peripecia del Cardenio en este lado del canal.

El oficial del museo examinó la hoja pausadamente.

—¡Dadme una hora, señor! —dijo poniendo la cuartilla a buen recaudo.

—Concedido. Aguardaré en la mesa de lectura.

—¿Junto a su amiga? —sonsacó el joven moreno, elevando su nariz en un ángulo ligeramente desdeñoso, como si pretendiera disputarle la presa a Boswell.

El escocés colocó el *Quixote* de Shelton bajo su axila, y carraspeó con aire teatral. ¿Amiga? Miró a Hermione por sobre el hombro de su interlocutor. Su protegida organizaba los utensilios de escritura sobre el paño verde de la mesa, mientras aquel tipo, el hombre de la enorme peluca de juez, se retorcía en su asiento...

Era extraño considerarlo así, pero Boswell se enorgulleció de la envidia que suscitaba poseer, aun de forma vicaria, a la sutil Hermione. El recinto bullía soterradamente, como un corral de gallos en la víspera de una pelea a

espolones. Los ociosos carcamales de la sala, muchos de ellos antiguos camaradas del doctor Johnson, rezongaban y basculaban atrás y adelante, acechando con un ojo estrábico hacia Hermione.

—Sí, junto a mi amiga —aseveró Boswell.

Despidió al joven y giró a un lado, no sin antes chocar con el busto de César, el que pivotó en el pedestal amenazando irse de bruces. Por fortuna, el ordenanza del museo logró atajar su caída sin que Boswell se percatase del eventual accidente.

Entretanto, Boswell regresó con Hermione, a quien halló afilando un plumín con una navaja. Ella demoraba acodada sobre un cartapacio virgen, rodeada de todos los elementos del ritual: plumas de ganso, tintero y el saquito de arena secante.

Boswell se repantigó en una de las butacas.

—Explicadme de nuevo, Bozz —demandó Hermione.

En realidad, Bozzy no tenía un plan específico de cuánto harían en la biblioteca del Museo Británico, como no fuese seguirle la pista al caótico gremio de traductores de Cervantes. Se había asignado la misión de desentrañar y sustanciar la intuición de Baretti, en cuanto a la existencia de un grupo de patronos de arte, pagados por el partido ultramontano; grupo que, probablemente, había encargado las versiones inglesas del *Quijote* como acción de propaganda papista... El primer sospechoso, Thomas Shelton, no ofrecía grandes desafíos a su investigación.

—Hay este hombre, Shelton, un escritor a sueldo del partido católico, activo en el 1600, y adicto a la causa irlandesa durante la Guerra de los Nueve Años. Shelton sirvió como *liaison* y correo de los caballeros irlandeses amigos de España, llevando dineros del rey Felipe II a los rebeldes.

Hermione escuchaba deleitada, jugueteando al mismo tiempo con uno de sus tirabuzones castaños. Boswell hizo una pausa, y extendió el *Quijote* de Shelton ante los ávidos ojos de la jovencita. Ella pasó las primeras páginas.

—Casualmente —continuó Boswell— nuestro Thomas Shelton era también pariente y paniaguado del conde de Suffolk, uno de los almirantes ingleses contra la armada de 1588, quien, sin ser papista ni mucho menos hispanófilo, admitió suculentos sobornos de parte del rey Felipe II mientras negociaba, a nombre de Inglaterra, el Tratado de Paz con España en 1604...

—Un traidor.

—Un hombre de negocios, más bien —rectificó Boswell—. A decir verdad, era su mujer, lady Suffolk, quien se embolsaba la pensión anual de mil libras, pagadas personalmente por el plenipotenciario de Madrid. Comoquiera que fuese, Shelton dedicó su versión de Cervantes al conde Suffolk, quien debió ser el mecenas de la traducción, y de seguro quien la encargó desde un principio.

—O en su defecto, fue el propio embajador de España —Hermione razonó, enroscándose un bucle de pelo en el meñique— quien pagó la traducción a través del conde. Pero ¿qué me decís de los otros *Quijotes* ingleses?

La compañera de Boswell no había terminado de hablar, cuando el ujier de la biblioteca reapareció con una nueva pila de libros. El joven depositó los tomos sobre la mesa. Primero el *Quijote* de John Phillips, versión publicada en 1687, y después el *Quijote* de Peter Motteux, impreso en 1712. Boswell obsequió otro chelín al encargado, y lo despidió antes de que este entrara en confianza con la chica, y se animara a quedarse charlando.

Hermione sopló el polvo de las tapas.

—Si el primer traductor de Cervantes, Thomas Shelton, trabajaba para el conde Suffolk... ¿Para quién trabajaba John Phillips?

—Phillips era el protegido literario del barón Arlington, agente de Carlos II de Inglaterra en Madrid a mediados del seiscientos. El barón Arlington ejerció una influencia decisiva en la conversión secreta del rey al catolicismo, y en el abandono de la alianza inglesa con las potencias protestantes de Suecia y Holanda. En la práctica, la declaración de fidelidad de Carlos II a Roma era un preámbulo diplomático antes de invadir los Países Bajos junto a Francia, la aliada católica de Carlos II.

El rostro de Hermione se iluminó de pronto.

—En consecuencia, Phillips debió traducir a Cervantes poco después de la guerra contra los Países Bajos, obviamente a instancias del barón de Arlington —concluyó la chica—. Pero ¿quién era realmente John Phillips, segundo traductor de Cervantes?

—John Phillips y su hermano Edward, ambos sobrinos del poeta Milton, héroe puritano y antimonárquico, fueron inicialmente adictos a la política de su tío, pero poco después se distanciaron del puritanismo y aun terminaron escribiendo panfletos contra este. En algún momento, los hermanos Phillips debieron ser contratados como panfletarios del partido monárquico, cuyos

lazos con las potencias continentales de Francia y España lo inclinaban a solidarizarse con Roma. En particular, poco sabemos de las actividades extracurriculares de John Phillips, salvo que también participó del complot papista de 1680... Tenemos así, ordenándolos por parejas de traductor y mecenas, el *Quijote* de Shelton-Suffolk en 1612, el *Quijote* de Phillips-Arlington en 1687, y el *Quijote* de Motteux-Stanhope de 1712.

La amiga de Boswell escuchó complacida mientras se precipitaba en registrar los cuatro tomos del *Quijote* traducido por Peter Motteux, un panfletario de origen hugonote al servicio del conde de Stanhope. En eso estaba Hermione precisamente, cuando notó que el sujeto de la enorme peluca se les aproximaba con evidente intención de platicar. El tipo traía consigo un paquete en forma de triángulo envuelto en papel de vitela.

Extendió el paquete hacia Boswell como señal de buena voluntad.

—No pude evitar oíros hablar. ¿Acaso no sois Boswell, el amigo del doctor Johnson? Bien, el placer es mío. ¿Y vuestra amiga es...? Una jovencita muy estudiosa, naturalmente —jadeó comprensivo el hombre—. *Dictionary* solía venir acá muy a menudo, aunque hace tiempo que no se le ve por estos lados. ¿Él os ha encomendado realizar alguna investigación especial?

Hermione se limitó a desliar el envoltorio del paquete. Un trozo de pan desmigajado, partido en dos rebanadas, con una lonja de *roastbeef* metida dentro. Lo sacó y se le quedó viendo intrigada.

—¿Qué es? —preguntó Hermione.

—*Mam'selle,* lo que tenéis en vuestro poder es un sándwich. Muy en boga desde que lord Sandwich los pusiera en circulación entre sus amigos jugadores de *whist.* Vamos, no seáis tímida. Probad —recomendó el Viejo Archie y luego se volvió hacia Boswell—. Ahora bien, en lo concerniente a vuestra pesquisa, por la cual no puedo dejar de interesarme... Me imagino que no os molestará si contribuyo a ella con un par de consejos.

—¿Vuestro nombre, señor?

—Oh, eso no importa por ahora. La gente aquí me llama el Viejo Archie. Por «archivo», ya sé que suena gracioso. En fin... Escuché que mencionastéis el *Quijote* traducido por Motteux, bajo encargo del conde de Stanhope. ¿Es correcto? Ajá, tal como lo sospechaba. Ese maldito Motteux, todo un carácter, creedlo... Y ni hablar de Stanhope. ¡Conozco bien la historia de esos dos! ¿Andáis con prisa? A esta hora acostumbro hacer un paseíto a bordo de

un esquife a remos que tengo amarrado en un atracadero del Támesis.

—¿Es una invitación? —inquirió Boswell.

—Aprenderéis mucho más en una plática con el Viejo Archie, arriba de su esquife, que con esos tediosos volúmenes —replicó Archie, hablando de sí mismo en tercera persona—. Os lo garantizo.

VIII

A una indicación de Archie, el pontonero desamarró el cabo del esquife, mientras el primero hacia girar el bote moviendo uno solo de los remos. Boswell y su amiga ocupaban el banco de proa, sentados sobre un tablón a medio podrir. Archie asió entonces los dos remos y cio durante un rato, para después bogar hacia la otra margen del Támesis. Hermione se protegía del sol con una *calèche* de muselina, dejándose arrullar por los graznidos de las gaviotas estercoleras.

El esquife no había surcado una braza, cuando chocó con otro bote por el flanco de babor, mientras un tercer bote le bloqueaba el paso por estribor. Repentinamente, se había formado un embotellamiento en mitad del río. Una congestión de mástiles y remos alzados abarcaba todo el entorno. Pegados, unos con otros, los botes constituían una especie de cubierta única, separados apenas por un palmo de agua cenagosa.

El Viejo Archie recogió los remos, haciéndolos chirriar contra los escálamos. Poco después, se quitó el redingote con una ingeniosa torsión, quedando en mangas de camisa. Traía puesta una chaqueta a rayas rojas y blancas, estilo poste de barbería, con botones de nácar distribuidos en dos corridas paralelas. Asomaban desde las alas de su peluca unas cuantas plumas de escribir, prendidas furtivamente dentro de la flotante oquedad. Archie sacó su cajita de rapé, mientras Boswell duplicaba el gesto. La simetría culminó con ambos caballeros intercambiando sus respectivas picaduras de tabaco.

Archie probó el rapé de Boswell, descansando un brazo sobre la regala de popa, y se sorbió las narices con aire concupiscente, espiando los pies desnudos de Hermione. La inhalación lo mantuvo en silencio por espacio de un minuto. Reanimándose enseguida, tiró a un lado su peluca e introdujo una mano en el agua, para después pasársela sobre el rostro. Cascó sus nudillos, y

se soltó el fular del cuello. Tumbada como un pájaro muerto, la peluca yacía inerte a los pies de la infantil cortesana.

El Viejo Archie exhibía un cráneo acerado y limpio.

—Bonita peluca, ¿eh? Aunque un poco pesada. El dibujante Hogarth la hubiera calificado dentro del tipo leguleyo, es decir *lexonic,* de acuerdo a su desopilante catálogo de postizos capilares —comentó el Viejo Archie, sentado cómodamente en el banco de popa—. Bueno, ¡pero al diablo con eso! Buscabáis información sobre el *Quijote* de Motteux-Stanhope, ¿no es así?

—Exactamente —contestó Boswell.

—Empecemos por Peter Motteux, tercer traductor de Cervantes —dijo Archie y se aplastó un mosquito con una bofetada—. Nuestro plumífero vino al mundo en Francia, si bien le resultó preciso exiliarse en Londres cuando la revocación del Edicto de Nantes. Su primer logro como traductor fue concluir la adaptación inglesa del *Gargantúa* de Rabelais, empresa literaria iniciada medio siglo antes por Thomas Urquhart, un pedante del seiscientos, a cuyo genio también debemos la *Logopandecteision,* o proyecto de lenguaje universal. Comoquiera que fuese, sin duda el trabajo más importante de Motteux fue su versión del *Quijote.*

El sujeto se cruzó de piernas y se aplicó otra ración de rapé, sin prestar mayor atención al tráfico fluvial, cada vez más compacto y caótico. Un bote con una estiba de manzanas se había abarloado a tan escasa distancia que algunas frutas resbalaron dentro del esquife de Archie. Hermione se precipitó a coger una poma.

La mordió provocativamente.

—¿Motteux conoció a ese tal Urquhart? —preguntó con la boca llena.

El Viejo Archie negó con la cabeza.

—Me temo que no. Motteux nació cuando Urquhart ya llevaba tres años bajo tierra. No obstante, el propio Motteux advirtió en el frontispicio de su *Quijote,* impreso en la década del 1700, que el original español había sido «traducido por muchas manos». ¿Quiénes fueron los precursores de Motteux en la adaptación de Cervantes? Conjeturo que, tal como sucediera con el *Gargantúa,* nuestro traductor completó el trabajo anterior de Sir Thomas Urquhart, quien se jactaba de conocer todas las lenguas europeas. En efecto, Urquhart se adhirió al partido conservador y procatólico durante la Revolución de 1688, y debió emigrar con la corte del rey Jacobo II al

Continente, en donde prosiguió sus actividades eruditas y anticuarias.

Hermione le pasó su manzana a Boswell. Este sacó su navaja y la partió por mitades, extendiéndole una a Archie. El dueño del esquife contempló el corte de fruta antes de zamparlo de un solo bocado. Bañado en sudor, Archie puso a trabajar sus muelas. Escupió las semillas delicadamente.

Boswell se enderezó y confesó sus escrúpulos.

—Admitiendo que Urquhart haya comenzado una nueva traducción de Cervantes, resulta dudoso que él hubiese dejado dineros para terminar tal empresa. Y si lo hubiese hecho, no parece plausible que encomendara la tarea a un futuro enemigo político, como lo era Motteux, un *émigré* adicto a la causa protestante. Aun así, concediendo esto, ¿por qué Motteux tendría como patrono al conde de Stanhope, célebre por haberse batido militarmente contra España, y en consecuencia —Boswell titubeó antes de pronunciarse— un «hispanófobo»?

El Viejo Archie sofocó un pujo de risa.

—¿Recordáis a los anteriores mecenas? El conde de Suffolk, por ejemplo... También peleó contra España. Cuestión que, a la larga, no le impidió aceptar sobornos españoles, ¿verdad? Nuestro querido Stanhope debió proceder de un modo análogo... Sus relaciones con España empezaron temprano, siendo hijo del embajador inglés en Madrid hacia el 1690, a quien sucedió en la plaza diplomática durante la Guerra de Sucesión entre borbones y austriacos. Hacia el 1710, Stanhope ya había ganado Minorca para el pretendiente austríaco, entonces aliado de Inglaterra, pero también había perdido la Batalla de Brihuega, quedando prisionero en España hasta el 1712... Es posible que durante este período haya establecido vínculos amistosos con la nueva dinastía española.

—Políticamente, sin embargo, Stanhope fue siempre un enemigo de España, y como ministro del Gobierno buscó, infatigablemente, alianzas con las demás potencias protestantes.

—Mi querido Boswell, no se trata aquí de «hispanófobos» e «hispanófilos», sino de los intereses razonables en el negocio de las colonias, especialmente de las colonias que no nos pertenecían: primero los Países Bajos españoles, y después América... El conde de Stanhope, mecenas del tercer *Quijote* inglés, influyó en la redacción del Tratado de Utrecht, pacto que dio término a la Guerra de Sucesión, y en virtud del cual se nos autorizó

para vender esclavos en las posesiones españolas de Ultramar. En los hechos, la trata negrera fue administrada comercialmente por la South Sea Company, cuyas acciones de bolsa se inflaron tanto que casi despilfarraron todos nuestros recursos. Os recuerdo, además, que Stanhope participó intensamente en el desarrollo de aquel negocio.

Una forma plateada acababa de serpentear junto al casco, aunque solo Hermione pareció percatarse de la furtiva agitación.

Abrió su quitasol, procurándose un ángulo de sombra, y estudió disimuladamente la manera en que el Viejo Archie escrudriñaba sus tobillos.

—Por supuesto —continuó Archie en el mismo tono relajado y sabihondo—, el público no estaba muy conforme con este reacomodo mercantil con España, pues siempre tendió a considerar los asuntos con la Península como una fuente de corrupción y despotismo... Pero imagino —añadió— que una nueva salida del *Quijote*, ahora en la peculiar adaptación de Motteux, podría inducir un cambio de actitud favorable, y persuadir al público de que era posible sacar provecho de España, sin por ello contaminarse con su odioso oscurantismo.

Una gaviota sobrevoló la cubierta del esquife.

—No obstante, tal clima de opinión sufrió un trastorno en la década de 1730, cuando volvieron a soplar los vientos de guerra contra España a propósito de la Sucesión Austríaca... Justo por esta época, en 1738 para ser exactos, se da a imprenta una lujosa edición del *Quijote*, esta vez directamente en español, lo que no deja de ser una rareza. Quien la encarga no es otro sino lord Carteret, jefe de la oposición parlamentaria a Walpole durante los treintas. Sus ejecutores son el judío Pedro Pineda, responsable de fijar el texto, y el ilustrado español Mayans, primer biógrafo de Cervantes.

Boswell rememoró alguna de sus charlas con Baretti y Malone, ambos expertos detectives literarios. Sentía que el cerebro se le achicharraba, pero aun así un reverbero de lucidez lograba salir desde aquella caja pensante. Arregló un *fichu* de satín que brotaba desde una de sus bocamangas.

—Por lo que sé —glosó Boswell con aire despreocupado—, lord Carteret comisionó esta impresión para honrar a la reina Carolina, consorte de Jorge II, y admiradora del *Quijote*, además de una devota de las novelas de caballerías y las historias de hadas.

Hermione se encabritó y balbució sorprendida:

—¿¡Hadas!?

—Así es, *Mam'selle* —el Viejo Archie corroboró la sospecha—. La reina Carolina adoraba esos chismes de vieja, si disculpáis la expresión. Se hizo construir un *grotto* fantástico en los jardines reales de Richmond, y bautizó aquella extravagancia arquitectónica como la «Cueva de Merlín», nombre que inspiró las cotidianas pullas de la prensa. Seducida por la tradición nativa del rey Arturo, o mejor dicho por la celtomanía que ya empezaba cosechar sus primeras víctimas, Carolina llegó a ser una febril lectora de los romances caballerescos, especialmente los que citaban a Merlín o Arturo.

—¿Y por eso se interesó en el *Quijote?* —interrumpió Hermione.

—Obviamente —respondió Archie en un arresto divagador—. Debéis saber que el *grotto* de Carolina contenía una biblioteca circular con los clásicos de la literatura de caballería. Naturalmente, la reina siempre buscaba nuevas obras para engrosar su colección... De suerte que, a objeto de congraciarse con Carolina, lord Carteret encargaría la publicación de un *Quijote* en castellano, aunque, me atrevo a presumir, es dudoso que la reina conociera el idioma.

Hermione ladeó su quitasol, mientras se rascaba bajo la rodilla. Su corva hacía un hueco mullido y tierno, donde podría caber fácilmente una nuez entera. Sus medias azules se habían adelgazado justo allí, aunque sin alcanzar el extremo de la transparencia.

—¿Lord Carteret quería la guerra con España? —interrogó Boswell.

—En realidad deseaba la guerra contra los borbones, y un pacto táctico con los austriacos. Pero este es un problema que no nos concierne por ahora.

—Entonces recapitulad, os lo ruego —terció Hermione.

—Como os decía... El *Quixote* de Carteret fue también un gesto de protesta ante la política pacifista de Walpole frente a Madrid. En la práctica, publicar al *Quijote* en su lengua original, pero en Inglaterra, era consagrar a Cervantes como un británico honorario. Un epígono de la herencia fabulosa del rey Arturo... El mismo Quijote experimentaba una metamorfosis. De pronto era dignificado, o mejor dicho, canonizado. En suma, habíamos robado a los españoles al Caballero de la Triste Figura. Una victoria simbólica, que solo preparaba la victoria material y bélica.

Boswell escuchó con calma. Se calzó los guantes de piel de topo. Procuraba memorizar la cascada de nombres y fechas, aunque sin exteriorizar

el esfuerzo. Una vena se hinchó justo sobre su sien izquierda, y se quedó pulsando y viboreando como si fuese a estallar.

—Deduzco de toda vuestra narración —suspiró como si convaleciera de una revelación sobrenatural— que las peripecias del *Quijote* en Inglaterra han obedecido a razones de propaganda, siguiendo, evidentemente, el péndulo de nuestras relaciones con el Palacio de la Zarzuela, si así llaman a la residencia de sus majestades católicas.

—Más o menos —sentenció Archie.

—¿Más o menos? —repitió Boswell desorientado.

La aglomeración de botes no había hecho sino aumentar en el curso de la plática. Archie se irguió con presteza, como si bajo su pellejo se escondiera un celoso gimnasta. Su figura se recortó contra un horizonte arborescente, lleno de palos de barco y velas recogidas. El casco del esquife se bandeó de un lado a otro mientras su dueño se estiraba a todo dar, las junturas de su esqueleto rechinando a manera de goznes.

—¿Listos para transbordar?

Un remo cayó trazando una veloz diagonal, y chapoleó en el agua color aceituna. Los timoneles de los botes vecinos se llamaron entre sí con una salva de chiflas. Echándose adelante, Archie pilló su peluca con la punta del zapato derecho, y la catapultó hasta su mano con un milagrosa patada. Silbó estrujando sus pulmones.

Boswell no ocultaba su excitación.

—¿Se supone que saltemos de una cubierta a otra?

—¿Hay otro remedio, amigo mío?

Boswell se quedó mirando al Viejo Archie, llevado por la sugestión de una familiaridad que no atinaba a desentrañar por completo. Jamás había sido un buen fisonomista, y sin embargo..., ¿acaso no se parecía Archie a las caricaturas de John Bull, el típico icono inglés, de aspecto rechoncho, espíritu doméstico y casi vulgar, vestido con trusas de montar y chaqueta roja, amante de su cerveza y sin más vuelos filosóficos que los que permitiría una grasosa sobremesa?

Había algo de eso, inútil negarlo, pero la semejanza no agotaba la sensación de conocerlo desde antes. En verdad, era como si Archie, míster *Archive,* se hubiese desprendido de un sueño, de un desvanecido recuerdo filial, de una parte sumergida del propio pasado de Boswell. Luego

comprendió. Archie era un retrato ambulante del doctor Johnson.

Una especie de doble.

—¿Veréis hoy a nuestro preciado doctor?

—Confío en que así sea —replicó Boswell mientras se ponía de pie—. Por cierto, le transmitiré vuestros saludos a míster Johnson tan pronto concurra a su residencia.

—Recientemente me enteré —anunció Archie con un leve cambio de humor— de que se celebraría una competencia en honor de Samuel Johnson. Se busca al mejor imitador del maestro. No hago mal en deciros que pienso participar.

IX

Se desplazaron brincando por sobre las bordas, aprovechando el atolladero que tenía lugar en el río. El Viejo Archie había tomado en sus brazos a Hermione, evitando así que la chica corriera algún peligro. Pero el caso era a la inversa. En rigor, cada vez que saltaban de un bote a otro, Archie se quedaba como pivotando, parado en un solo pie, llevando en volandas a una alarmada Hermione. Cada transbordo demandaba una nueva pirueta, la que terminaba con un providencial aterrizaje en la cubierta vecina.

Descalza, Hermione se había quitado poco antes sus coturnos de suela de corcho, uno más alto que el par restante. Producto del continuo zarandeo, una de sus jarreteras se había deshebillado y soltado a mitad de la procesión. Cuando llegaron al otro lado del río, Hermione comprobaría, con un repeluzno de pudor, que su media derecha, de un índigo deslavado, había caído al agua.

Todavía en poder de Archie, Hermione pidió que la bajaran a tierra. Acunándola tiernamente, míster *Archive* se resistía a dejarla ir así de fácil.

—Pero antes de hacerlo, ¿permitís que os bese en el pie?

Semejante regateo le hizo gracia a Hermione. ¿Por qué Archie habría de querer besarla allí? Comoquiera que fuese, no veía nada de malo en eso. Dio a entender que aceptaba con un mohín de desenfado.

—A vuestra disposición, señor.

Archie posó sus labios sobre el dedo gordo del pie. Mordió el pequeño,

primoroso lóbulo de carne. Hermione sintió un placentero cosquilleo.

—¡Pica, señor! ¡Pica!

El episodio galante no duró sino un segundo.

Tiempo suficiente para que Boswell fuese testigo del rictus de éxtasis que se dibujaba en el rostro del Viejo Archie. Las horas pasadas en su compañía significaron un escabroso aprendizaje.

X

El intercambio epistolar tuvo lugar a lo largo de aquella semana, y esto cotidianamente, o casi. Boswell se reencontró con Tom en otras tantas ocasiones, procediendo siempre a hurtadillas, pues sabía que la profanación de los envíos de la embajada podría derivar en un asunto de Estado, eventualmente en un escándalo por espionaje. Aun así, continuó interceptando los despachos de la lavandería, Tom sirviéndole de tapadera durante todo ese tiempo.

Boswell se había convertido para entonces en un ávido corresponsal. Descifraba la caligrafía de su remota y sutil contraparte, la sobrina del duque, con delicada unción, mientras su corazón, según él mismo confesó después a su diario, galopaba desbocado y se perdía lejos, en una selva de suspiros. Bah, delirios producidos por el calor y el celibato, razonaba durante sus lapsos de cordura, y se absolvía con una sonrisa. Una mueca desdibujándose sobre el espejo.

Sin embargo, en cierto punto de aquel juego, creyó realmente que Luscinda empezaba a pertenecerle. A menudo pensaba que no podía ser cierto, que ella solo le seguía la corriente, que sabía de su impostura, que Charlie debía ser otro y no él. Boswell había suplantado deliberadamente el nombre de Charlie Dennys, y Luscinda se dirigía a Charlie, pero a través de este también a otra persona: una especie de juez espectral, que debía ponderar las virtudes de su amor.

Pronto llegó el momento en que Boswell olvidó por completo la existencia de Charlie, el descuartizado de Grub Street. Su pie y su torso eran como huérfanos que debían ir y golpear a la puerta de otro padre, reclamar justicia a un poder distinto del suyo. En cuanto a la confabulación de los Quijotes

ingleses, toda la erudita peripecia, Boswell admitía con un pujo de saciedad, no hacía más que indigestar su memoria. Las fechas y situaciones se corrompían sin remedio; se tornaban nebulosas y equívocas: partes muertas de un todo sin sentido.

Pero en cambio Luscinda... Sus mensajes se sucedieron presurosamente. Cada vez más sugestivos. Más extraños. Más tentadores. Boswell se prestaba alegremente a la inmersión, hundiéndose hasta los codos en aquel lábil torbellino de lencerías. Oh, y además el olor: rosas, cuero, ostras, oporto, piel femenina... Por desgracia, la aventura sufriría un repentino paréntesis hacia el fin de semana. Nada, ninguna noticia... ¿Por qué el silencio? Bozzy le preguntó a Tom si no había olvidado algo, mientras esnifaba una pizca de rapé. Una estela de polvo verde irisaba las aletas de su nariz.

Estornudó. Lucía nervioso, decepcionado.

—¿Qué crees que haya sucedido, Tom?

Tom se rascó la nuca, las costillas. Perseguía una pulga.

—Tal vez ha sido sorprendida por su chaperón.

—Ni lo digas, Tom. No podría soportar la idea. Atrapada por un terrible cancerbero. Castigada por escribir a su *inamorato.* ¡Y todo por mi culpa!

En el callejón de costumbre. Defenestración de basura: petrificados trozos de pan, mondas de patata, aserrín, andrajos pulgosos... Los desperdicios cayeron con un ruido de bofetada. La inoportuna vecina cerró los postigos de la ventana, no sin antes observar al sujeto de abajo, sí, el de siempre, citándose desde hacía una semana con aquel otro chico, un pinche de tintorería... ¿Qué tramarían?

Boswell expectoró. Procuró calmarse.

—¿Qué día es hoy, Tom?

—Sábado.

—Muy bien. ¿Y cuándo debe realizarse la entrega a la embajada?

—Este lunes —contestó Tom adivinando el desenlace de la reunión.

—Eso significa —calculó Boswell— que tenemos un día entero para examinar las ropas con más detalle. ¿Verdad?

XI

Bozzy se dejó ver en lo de Johnson a eso de la cena, sorprendiendo a su venerable amigo con una costilla de cordero en la diestra y el mantel de la mesa atado directamente a su cuello. Acababa de anochecer. Refrescaba.

Aislado en una improvisada rebotica, Tom presidía entretanto la cocción de un budín de cerezas amargas, encaramado a un vacilante taburete. La sustancia borboteaba apetitosa.

Sentado en la silla coja de costumbre, *Dictionary* le dio la bienvenida a Boswell enarbolando un tenedor prendido a un corte de calabaza. Como si eso no bastara, ensayó una reverencia que casi daría con él en el suelo. La estancia naufragaba en una luz oblicua y muelle, alimentada por una bujía de esperma.

—¡Vos de nuevo, señor! Muy gentil de vuestra parte, ¿eh? Visitar a este pobre cagatintas... Pero sentaos. Sentaos por favor.

Enderezándose, Johnson notó que el escocés traía consigo un cesto lleno con ropas femeninas. Le rogó compartiese su mesa por el resto de la velada. Boswell condescendió a la amable oferta. Evaluó con una ojeada rasante los bocadillos que su mentor paladeaba.

—¿Cenáis ya?, querido doctor. ¿Acaso interrumpo?

—Oh, no. En realidad ya estaba por hacer la digestión.

El hombre gordo se limpió las yemas grasosas en un pliego de periódicos, y observó a su invitado sacar su cajita de rapé y pellizcar el polvillo de tabaco sin atreverse a inhalarlo. El cesto de ropa sucia, secuestrado en uno de los turnos de la lavandería, descansaba ahora junto a la pata de la mesa.

El ovillo de linos y gasas difundía en torno un lánguido perfume. Tras meditárselo un rato, Boswell introdujo el polvillo en la fosa izquierda de su nariz. Estuvo a punto de atorarse. Johnson le alcanzó una servilleta. Después trinchó otra costilla asada, y basculó en su silla atrás y adelante.

—¿Ocurre algo malo?

Bozzy se mostró consternado. Echó el cuerpo a un lado, se acodó sobre el filo de la mesa, y respiró con una crispación febril, las membranas nasales irritadas por el crónico consumo de rapé. Se llevó la punta de la servilleta a un lagrimal. Dejó pasar un minuto.

Aludió al cesto de ropa con un instructivo cabeceo.

—¿Y bien? —insistió Johnson.

—Esta vez no contestó —dijo.

—¿Quién? —preguntó Johnson.

—Luscinda... O comoquiera que nuestra heroína se llame. Hasta aquí habíamos mantenido una comunicación más o menos fluida. Bueno, si puede calificarse así el carteo que realizábamos con cada despacho a la tintorería... Yo escribía una escueta frase en el dobladillo de alguna prenda. Y ella contestaba con una frase igualmente secreta y escurridiza, ocupando un área contigua del paño o lienzo íntimo. Pero ahora —declaró Boswell con un bisbiseo—, Luscinda ha preferido no manifestarse.

Dictionary se limitó a oír la digresión, circunscribiendo sus operaciones a un par de mordidas a la costilla de cordero, convertida ahora en una escuálida astilla. Tiró el hueso sobre el folio de periódicos, y se golpeó el pecho con la base de un puño, como para facilitar el descenso de la comida. A cada movimiento de su cabeza, el mantel, atado aún a su cuello, se alzaba de sesgo, y entonces hacía levitar, peligrosamente, platos y cubiertos.

Tom irrumpió en el cuarto trayendo en vilo una marmita. Johnson se relamió tan pronto percibió el aroma del budín de cerezas, e hizo una seña al chico para que se sentara junto a ellos.

Halagado, Tom distribuyó el pastel en tres porciones.

—Es como si alguien —dijo Boswell— hubiese interceptado nuestros correos.

Se refería al confesor de Luscinda: había entrevisto al exótico chaperón cuando su visita a la embajada española, en donde había logrado colarse haciéndose pasar por un arquitecto encargado de ciertas ampliaciones. El tipo en cuestión tenía trazas de jesuita expulso, tocado con un bonete, el talle alto y macilento nadando dentro de una sotana gris, antes negra.

—¿Ningún mensaje de Luscinda? —recapituló Johnson.

Boswell pateó el cesto de lencería a modo de respuesta. Hundió una cuchara en un pote de budín de ciruelas, y exhumó un enorme grumo rosado.

Dictionary se rascaba la papada con ademán estudioso. Su peluca exhibía unos cuantos puntos o manchas de tizne, causados sin duda por la exposición a las ascuas flotantes del incendio en Grub Street.

Hubo una pausa. Una suerte de tregua.

—No me gustaría pensar —dijo Johnson— que alguien de la embajada española, o bien de la francesa, conspirara contra nosotros dos. Ya sabéis que los borbones se han aliado con los insurgentes de América, y que hay espías

por todas partes. En cuanto al fuego en Grub Street, mucho me temo que fue deliberado, probablemente obra del personaje que custodia a vuestra corresponsal... ¿Decís que era un religioso?

—Tal vez un abate excomulgado.

—Tiene sentido... Ahora bien, del tugurio donde vivía nuestro Cardenio, es decir Charlie, no quedó sino un montón de tizones y ceniza. Supongo que nunca daremos con las evidencias de sus plagios. Borradores, cartas... Cosas por el estilo. Todo consumido por las llamas.

Johnson percutió sus palmas. Un aplauso seco, nítido. Barrió las migajas de la mesa con el dorso de una manga.

—¡Bueno! Manos a la obra... Veamos que tenéis allí.

Tom se levantó, fue hasta la estufa, y puso a calentar agua. Había dejado a los dos hombres lucubrar a sus anchas. Regresaría con ellos al cabo de unos minutos, esta vez trayendo consigo un juego de té sobre una bandeja de estaño. Los pocillos de porcelana tintineaban con cada paso.

—¿Señores?

Los dos curiosos escarbaban el cesto de ropa.

—¿Señores? —repitió Tom, testigo del peculiar espectáculo.

La canastilla tenía el diámetro de un codo y medio, y descansaba directamente sobre el regazo de Boswell. Este escogía un lienzo, indagando sus frunces y alforzas, y luego entregaba un amasijo de tela a su cómplice, tal como un juez de provincias delegaría sus facultades en otro de mayor entidad. Las mudas de ropa interior olían a vinagre de manzana, a hierro llovido, a tierra.

En el curso del escrutinio, Johnson pilló una media o calza de un tejido especialmente terso y compacto. Sacó su lupa de bolsillo mientras Boswell vertía la infusión en una taza sin oreja. El escocés contempló con creciente estupor a su amigo. Cogió una pinza y echó tres terrones de azúcar dentro del pocillo. Los cubitos no alcanzaron a diluirse del todo cuando Johnson introdujo un brazo a través de la media.

—¿Nada? —inquirió Boswell.

Johnson suspiró contrariado.

—Fajas de bombasí y holán, camisas de mujer, fundas de *pannier,* subrepticios pañuelos... ¡Pero ningún mensaje!

Tom golpeó las pinzas sobre el azucarero.

—El té está servido, señores —dijo.

Boswell levantó la cabeza. Miró hacia Tom.

—¿Cuántos terrones? —preguntó Tom.

Un mosquito apareció de la nada y circunnavegó la cabeza de *Dictionary* zumbando fatigosamente. El afectado manoteó y ladeó su descomunal cráneo de izquierda a derecha. El súbito movimiento amenazaría con volcar todo el contenido de la mesa. Conjurado el peligro, desde la peluca del sabio cayeron unas cuantas escamas de hollín, incubadas en su falsa cabellera desde la antevíspera, cuando el fuego en Grub Street.

—¿Deseáis té, míster Boswell?

—Gracias, Tom.

—¿Azúcar, doctor Johnson?

El rostro de Johnson se iluminó de pronto. Se diría que había descubierto la solución del enigma. Murmuró para sí mismo:

—Azúcar, azúcar... ¡Eso es!

Boswell acercó el azucarero...

—¿Apetecéis otro terrón? —preguntó Bozzy.

—No, idiota —objetó, y entonces señaló hacia la vela—: ¡Traedla acá, Tom!

Tom obedeció en el acto.

La bujía de esperma chisporroteó al ser llevada ante Johnson. El lexicógrafo extendió la media de mujer sobre el nimbo de luz, suspendiéndola a un palmo de esta. El examen duró unos segundos. Boswell acercó su silla y vigiló el experimento con ojos cada vez más azorados. Un trazo manuscrito comenzó a cristalizarse a lo largo de la media.

Johnson explicó el prodigio:

—El agua azucarada resulta una excelente tinta simpática. Además, es un recurso barato, y al alcance de cualquiera. Bajo el influjo del calor el azúcar termina, digamos, caramelizándose... ¿No es así, caballeros?

XII

Mi señor, Cardenio, ¿sois vos? Quisiera creer que sí, pero sé bien que habéis muerto. Sin embargo, yo también he muerto, aunque mi cuerpo vague

entre tristes espacios y labores. Hablaremos, pues, a través de la muerte. Quienquiera que usurpe vuestra memoria o nombre, no hace sino prestarnos un auxilio esencial, tendiendo una cuerda sonora entre mi voz y vuestro silencio.

¿Recordáis la primera vez que nos vimos? Habíais acudido aquí para entregar una versión del Cardenio, es decir la obra falsa que era menester atribuir a Shakespeare, y que vos escribisteis solitariamente. Recluida yo, sin haber visto más hombre que mi protector natural, el duque de Almodóvar; y acechada continuamente por su secretario, el ubicuo abate Morpurgo; lo primero que me enamoró de vos fue la forma que teníais de recitar vuestro texto.

Escondida tras una celosía, escuchaba a hurtadillas la plática que sosteníais con el duque y su secretario, este oficiando de traductor para mi pariente. Había yo aprendido la lengua inglesa con rapidez, en gran parte, gracias a la tutela del mismo Morpurgo, quien fuera de esto era una persona vana y mezquina. Supe, entonces, no solo de vuestra voz, sino de vuestro genio. Habíais fabricado un embuste, pero ¡cuánta poesía en todo ello!

Yo quise ser esa Luscinda que aguardaba a su amante, y que ardía a la espera de las notas que secretamente este le pasaba. De suerte que vos encarnabais para mí aquel Cardenio famoso, y nuestro amor creció a partir de esa ilusión, como una dulce enfermedad que nos secuestra las fuerzas y nos impone un suspirante retiro. Fui feliz en mi sufrimiento.

Entiendo, no obstante, que Morpurgo os ha mandado matar, y luego hecho quemar vuestra vivienda. He visto ya el cruel testimonio de vuestra muerte, y casi enloquezco ante la pavorosa visión. El despojo de un desollado, embalsamado en jabón de arsénico, yacía a semejanza de un insólito mapa sobre el escritorio del abate. Reconocí vuestra letra: os habíais marcado la piel con el texto de vuestro propio apócrifo. Acaricié aquel pergamino, como no había podido antes acariciaros, y supe que también estaba muerta.

Adiós, Cardenio, mi desconsolado poeta, mi falsario, mi caballero. El lector incidental de estas líneas ya nos ha hecho suficiente justicia. Dejemos a los vivos con los vivos, y a los muertos con los muertos.

QUINTA PARTE

I

La carta de Luscinda hizo una impresión perdurable en ambos lectores. Se había operado en ellos una suerte de fractura íntima, un Vesubio del corazón, cuya nube sulfurosa los rondaría por largo rato, imponiendo un clima melancólico en todos sus asuntos.

Se separaron esa noche, prometiendo reunirse al día siguiente, y emprender entonces un pequeño viaje a las afueras de Londres, hasta las dehesas y pasturas del sur. Johnson insistió en invitar a Tom, y Boswell a Hermione, aunque este se guardó de mencionar el oficio de la chica.

El tiempo era ventoso y asoleado aquella mañana. Consumado el itinerario en coche de posta, el grupo de peregrinos subió a una tartana cargada de forraje. Enganchado a las limoneras, iba un mestizo de percherón. Las crines espesas y blancas sacudidas por el viento, el tranco severo y rápido.

A lo largo del camino surgían grandes pastizales color de azafrán. Los prados se inflaban y desinflaban animados, probablemente, por una tormentosa brisa engendrada en los acantilados del Canal.

Dictionary había sido el último en trepar a la tartana. Permanecía sentado en la parte trasera de esta, las piernas colgando por fuera, una pajita verde cogida entre los labios. El aire estaba tan saturado de polen que virtualmente se habría podido atrapar con los dientes.

Johnson se regodeaba oyendo el ensordecedor zumbido de los insectos. O bien contemplaba el viento cepillar la campiña de un lado a otro. Se interrumpió para escupir el regusto de savia, tras mordisquear largamente la brizna de heno, y luego dedicó un guiño amistoso a sus camaradas de travesía.

Allí estaban Bozzy, Tom y Hermione.

—Pronto llegaremos —auguró Johnson.

—¿Llegaremos adónde? —rezongó Hermione.

La jovencita semejaba un ramillete de muselina, aposentada en el exiguo interior del carromato, el pie derecho embotado como de costumbre, la cabeza tocada con una papalina. Boswell iba sentado junto a ella, haciendo

las veces de chaperón, mientras Tom no dejaba de verla con ojos devoradores. El carro trasteó sobre el polvoso sendero, encarrilado en la huella horadada por los vehículos anteriores. Nada hacía presagiar la próxima detención.

—¿Y ese ruido?

Tom había dado la voz de alerta. El caballo se encabritó y reculó azorado ante un arroyo que, agazapado tras la maleza, era cruzado por un descalabrado puente de tres brazas de ancho. Debido al peso excesivo del carro, los viandantes no tuvieron más opción que apearse y salvar el arroyo a pie. *Dictionary* tomó caballerosamente la manita de Hermione, con la intención de conducirla hasta la otra orilla. Ella condescendió a la iniciativa de Johnson, y se esmeró en atenuar su cojera, andando con esa manera rígida y calculada de los juguetes de cuerda.

Tom les había sacado unas cuantas zancadas de distancia. Equilibraba sobre su coronilla una chistera llena de avituallas, mientras silbaba cadenciosamente. Boswell seguía tras él, acicalado y emperifollado al estilo del gran mundo. Era una nota discordante en medio de aquella pastoral.

Transcurrida media hora, Johnson se apartó del cortejo.

Llevaba alguna prisa: había bebido varias teteras de *bohea*, té negro del más barato, y pronto debería hacer justicia a su vejiga. Se llegó hasta el tronco de un sauce, y regó el árbol con una entusiasta asperjada. A su regreso, halló que los demás habían acampado junto a la sombra de una frondosa picea. Fue y se sentó sobre una roca.

Merendaron.

Bozzy se demoraba en mordisquear un salchichón. Señaló con él hacia lo alto de una colina cercana. Johnson evaluó la sugerencia. ¿Tenía fuerzas para subir hasta allá? Rumió contemplativo, y miró a su alrededor. Hermione mondaba una toronja, sentada modosamente sobre un cojín de raso. Tom había agarrado un par de nueces, y ahora se obstinaba en cascarlas entre sí. ¿Subir la colina? *Dictionary* se lo tomó con calma.

Boswell volvió a provocar al maestro.

—¿Os animáis? Una modesta excursión, tan solo. Nada en comparación a nuestras expediciones en las islas de Escocia... Confío en que desde allá arriba —dijo y apuntó hacia la cúspide de la loma— pueda verse todo el valle.

Bozzy se levantó, se quitó la chaqueta, y ofreció su brazo a Johnson. Este accedió tras liquidar el par de escrúpulos que estorbaban su voluntad. Después de todo hacía un sol magnífico, y se respiraba muy bien allí, conque..., ¿por qué no? Nadie lo echaría demasiado en falta: Hermione se entretenía con una cajita de música, y Tom tiraba piedras a un panal de abejas.

Johnson se irguió de golpe, giró y enfrentó el pino que les daba sombra, empinándose para alcanzar una rama, la que rompió de un solo envión. La rama era lo bastante gruesa y recta como para servirle de cayado.

—Vos primero.

—No; vos primero.

—Insisto: vos primero.

—¡Oh, bien! —suspiró el escocés—. Siempre os la arregláis para ganar.

Echaron a andar tomados del brazo, trepando por el faldeo de la colina.

—Es posible —murmuró Johnson— que ya alguien esté tras nosotros.

—¿Tras nosotros? Seguramente os referís a...

—Desde luego. El incendiario de Grub Street.

—Es probable que se trate de un agente diplomático.

—O alguien enviado por él. El testimonio de la casera, además de mis propias sospechas, sugieren que nuestro pirómano por encargo podría ser un ex verdugo, tal vez un flagelador con experiencia en la flota de su majestad.

—¿Eso creéis? —Boswell preguntó enfático.

—Eleanor Lissander mencionó el olor a brea del agresor.

—Brea de calafatear, evidentemente.

La hierba crecida entorpecía el progreso de los dos hombres. Precaviendo, Bozzy se había puesto sus botas de montar, de modo que los filamentos no le herían ni pinchaban las pantorrillas. Con algo menos de suerte, Johnson debía abatir el cerco de hierba blandiendo la rama de pino de izquierda a derecha.

Boswell se detuvo y miró hacia atrás: Hermione, todavía colina abajo, se había convertido en una diminuta mancha blanca. *Dictionary* pareció adivinar el pensamiento de su amigo.

—Vuestrá *protégée* resulta una chica adorable.

—¡Oh! Gracias, señor.

—¿De dónde la habéis sacado?

—¿Recordáis aquel burdel del que os hablé?

—Vagamente. ¿Es ella una compañía satisfactoria?

—¿Hermione? Pues eso creo.

—¿Puramente platónica?

—Pues sí... Una compañía platónica. Ella tiene, digamos, ciertos intereses literarios. Procuro ilustrarla al respecto.

—¡Os envidio!

El viento dejó de soplar. El eco de la cajita de música empezó a oírse repentinamente. Bozzy torció la cabeza hacia arriba. El cielo diáfano, sin nubes, hacía un espectáculo terrible. Un cernícalo volaba en círculos sobre ellos. El ave proyectó una tiniebla compacta y audaz. Luego desapareció con un capoteo de sus alas... Los hombres tomaron un nuevo impulso, y lograron llegar a la cresta de la colina. Boswell intentó agasajar a su amigo con una probadita de su mejor rapé.

—¿Desearíais hacerme el honor? —dijo.

Johnson desestimó la idea con un lánguido revoloteo de su pañuelo.

—Preferiría que solo contempláramos el paisaje.

Dictionary se tomó su tiempo. Clavó la rama de pino a sus pies, e hizo visera con la palma de la mano, oteando el valle con la intrepidez de un capitán de fragata. Se quitó el tricornio, salpicado con cera de vela aquí y allá, tirándolo entonces a tierra con gesto cortante.

Su peluca resbalaba por la nuca una y otra vez, debiendo Johnson que ponerle atajo a la fuga del accesorio, cuestión que llevaba a cabo minuto de por medio. Pero esto no obstaculizó su empeño: escudriñó norte, sur, este y oeste... El valle cubría unos cien acres de cultivos, y otros cien más de pasturas para ganado. Lejanas cuadrículas de mantillo negro, y como acabado de roturar, indicaban las zonas puestas en barbecho.

Johnson desahució su escrutinio y regresó súbitamente con Boswell.

—Necesito que guardéis un par de mis cosas. Siempre llevo demasiadas bagatelas en mis bolsillos. ¿Puedo?

—Naturalmente —aprobó Bozzy.

El maestro escarbó en su casaca, registrando unos bolsillos profundos y volubles. Se desembarazó de una arbitraria colección de plumas de escribir, papeles lacrados, tintineante calderilla y momificadas mitades de galleta, sin mencionar un cuchillo de fruta, una bobina de hilo y..., ¿una pistola?

Johnson mismo se mostró sorprendido.

—No recordaba traerla encima —acotó.

Bozzy sopesó el arma capciosamente.

—Sin embargo, no creo —sonrió Johnson— que el ujier del manicomio la eche demasiado de menos. ¿Verdad, Bozzy?

Boswell se encogió de hombros.

—Tampoco lo creo así, señor.

—Ya veo. Ahora prometedme que no os escadalizaréis.

—¿Por qué lo decís? —demandó inquisitivo Boswell.

—Rodaré cuesta abajo —anunció *Dictionary*—. Se me antoja recomendable para la circulación sanguínea. Claro, comprendo muy bien vuestra reserva... Pero ya lo he hecho antes, si es eso, precisamente, lo que os estáis preguntando.

Un momento después, el corpachón del sabio giraba como un tronco a través de la pendiente. Pasó de largo frente al apostadero de Tom y Hermione, y continuó su arrolladora deriva hasta que una hondonada por fin lo detuvo.

Los tallos de hierba le habían castigado el rostro, y todo él olía saludablemente a tierra y paja. Se quedó boqueando, la vista pegada al sol. Pestañeó, apretó sus puños, rascó su bragueta, y se sumió en una inofensiva duermevela. Salió de la siesta cuando Hermione acercó la cajita de música a su oreja.

Había conservado en su poder un único objeto. Un talismán.

Empuñó la media de Luscinda. Como si esta pudiese comunicar el calor, o el látido, o el roce vicario, de una vida fatalmente ajena.

II

Aún no se había echado el sol, cuando emprendieron el viaje de retorno sobre la cubierta de una chalupa, abordándola en uno de los afluentes meridionales del Támesis. El pequeño velero remontó la arteria hasta penetrar en el cauce mayor del río, mientras Tom arrullaba a la tripulación del bote tocando su arpa judía, una lengüeta de latón encajada hábilmente en el paladar. Era ya medianoche cuando divisaron las luces que vibraban en torno

del Parlamento. No bien desembarcaron en uno de los muelles de estiba, Boswell convidó a todos a una jícara de chocolate.

Los cuatro se metieron a una taberna, y se sentaron a una mesa.

El erudito aún convalecía de su caída giratoria, y ahí estaba, para recordárselo, aquel sordo pitillo dentro de su oído. A cada tanto se pegaba en la oreja con una palma abierta, como si pretendiera desastacar un tapón. Sin perjuicio de esta anómala minucia, se sentía casi de maravilla. La jornada campestre lo había revitalizado, al extremo de empezar a interesarse por ciertas banalidades. Por ejemplo el color de la cerveza. O los remolinos de pelo que se formaban en la coronilla. Cosas así.

Hermione se repantigó en su banca, y estudió a Johnson mirándolo por sobre su taza de chocolate. ¿Era verdad lo que se decía de él? Se relamió un espumoso bigote de cacao. Si atendía a los rumores, pero sobre todo a las opiniones de Boswell, el septuagenario y polisilábico doctor Johnson, antiguo oxoniense, era una enciclopedia ambulante y parlante, además de un energúmeno circunstancial, propenso a vituperar y dar capirotazos a los impertinentes... ¿Pero sabía tanto como la biblioteca del rey?

Hermione tentó su suerte.

—Doctor Johnson, doctor Johnson... ¿Vuestra señoría cree en las hadas, o en otros espíritus del bosque? Lo menciono porque míster Boswell me ha obsequiado un librito sobre el asunto, *La Comunidad Secreta* del reverendo Kirk... Por añadidura, sé que vos mismo, si excusais mi atrevimiento al preguntar, habéis escrito un cuento maravilloso, inspirado en la aventura de un hada en el país de Gales. ¿Es eso cierto? Instruidme, os lo imploro.

—¡Hmm! —mugió perplejo *Dictionary*—. No os equivocáis, milady. Efectivamente, redacté hace un buen tiempo un opúsculo fantástico, pero eso no significa —dijo y sofocó una risilla— que profese una persuasión absoluta en cuanto a la existencia de tales espíritus y genios. Aunque creo en las brujas, milady. ¿Sois una de ellas?

—Las hadas también pueden perpetrar hechizos. E incluso las simples mujeres.

—¿Y también las niñas? —preguntó Johnson.

—No soy una niña —alegó enfurruñada Hermione—. Además, y si lo fuera, ¿qué habría con eso? Octavia, mi proxeneta, dice que preserva mi virginidad para un cliente excepcional, un duque o algo por el estilo —dijo y

se volvió hacia Bozzy, ensayando una breve genuflexión—. Sin intención de ofenderos, míster Boswell.

El escocés recordó su gonorrea, sus irrigaciones semanales de agua alcalina, las dolorosas ordalías que imponía aquel mal secreto, y no pudo sino absolver a Hermione. Le enternecía pensar en la cojera de la chica, la que ella misma parecía ignorar alegremente. Pensó también en la anónima infancia de su protegida, malviviendo en una Casa de Corrección en Bristol, y salvándose por un pelo de ser despachada a América como sirviente vitalicia.

—No hay cuidado —dijo Bozzy.

—Merced que me hacéis, señor mío.

Hermione suspiró, y sacó un estuche o relicario con forma de óvalo. Desatoró la tapita esmaltada ejerciendo presión con ambos pulgares. El tesoro consistía en una serie de pedacitos de fieltro marrón que imitaban lunares, además de una ampolla llena de goma arábiga. La irreverente *coquette* tomó una de esas elegantes verrugas falsas, y la impregnó de goma. Adhirió el lunar postizo sobre su pómulo izquierdo.

Johnson tomó un platillo de latón, limpió su base sobre una manga, y puso el cubierto a guisa de espejo, de modo que Hermione pudiese reflejarse en él.

—Celebro tales inquietudes, jovencita. Por otra parte, no creo que los cuentos de hadas hayan indigestado o intoxicado a nadie, como no fuese al charlatán de Macpherson... En verdad, presumo que Bozzy os ha ayudado gentil y fructíferamente en vuestras lecturas.

—¡Por supuesto! Si no, ¿cómo podría? No hay demasiados libros en Moorfields. Pero, en fin... ¿Qué opináis de Sterne y su *Tristram Shandy?*

—Jovencita: Sterne ni siquiera escribe en un inglés pasable.

—¿Y qué opináis de los discursos parlamentarios de Burke?

—Horribles, milady.

—¿John Gray, autor de *La ópera del Mendigo?*

—Hmm... Artificial.

—¿Walpole, y su Castillo de Otranto?

—Escribí contra su padre para que lo sacaran del Parlamento.

—¿Edward Gibbon, y su *Historia...?*

—Monumental en ocasiones.

Hermione cerró el cuestionario un tanto ruborizada. Llevada por el anhelo de ganarse la simpatía de *Dictionary*, había, paradójicamente, exasperado el

diálogo con este. Queriendo congraciarse, la *coquette* inauguró a continuación un pequeño juego de sobremesa, consistente en mover su lunar de terciopelo de un punto a otro sobre el rostro... Aprovechando el nuevo receso, Tom se ausentó para ir al retrete mientras Boswell se desenguantaba.

Hermione contraatacó:

—Os reto a que adivinéis —exhortó a Johnson, mientras reubicaba su *mouche en velourse* en medio de su frente—: ¿Qué significa el lunar puesto justo aquí?

—¿Justo allí? ¡Vaya! ¿En la frente?

—Muy simple. *Majestueuse* —explicó ella.

—¿Oh, sí? Majestuosa, entonces. Eso sois —sentenció Johnson.

—¿Y aquí? —preguntó Hermione, mudando el lunar de sitio.

—¿Junto a la oreja? Pues lo ignoro, milady.

—Apasionada. ¿Y ahora?

—Pues n-n-no lo s-s-sé —tartamudeó Johnson.

—Os enseñaré. En la mejilla: galante. A un lado de la boca: cariñosa. Cerca de los labios: pilluela. Bajo el labio inferior: discreta. Sobre la nariz: recelosa.

—¡Bravo! ¡Bravo! —intervino Boswell en el acto, sacudiendo sus guantes de piel de topo contra una mano desnuda—. Ha sido toda una lección, ¿verdad?

Tom reapareció en ese instante. No acababa de ocupar su lugar en la mesa, cuando deslizó sobre esta un fárrago de encarrujados panfletos y hojas de pasquín. Evidentemente, se había hecho con tales despojos en el retrete de la taberna, los que cumplían la doble función de distraer al parroquiano y, en no menor medida, contribuir a su higiene. Tom apartó una de las octavillas, todas ellas ilustradas con toscas viñetas litográficas, y pidió a Hermione que la interpretara para él.

Bozzy no pudo evitar inmiscuirse.

—¿De qué se trata, Tom?

—Nada serio, míster Boswell. Doctor Johnson ha insistido en que aprenda a leer, pero sucede que soy un cabeza dura. Solo puedo deletrear algunas palabras. En cambio Hermione..., ella es una persona con luces, ¿no? —dijo y entonces aludió a la chica—. Por favor, ¿leeríais esto por mí, Herm?

—Con gusto, Tom.

Hermione descifró el texto fácilmente, poniendo el panfleto escogido cerca de una luz aceitosa y amarilla. Nada digno de mención. Una columna dedicada a las protestas holandesas contra el embargo que ejercía el almirantazgo de su majestad para aislar a los revolucionarios de América. Reportes sobre los veteranos ingleses de la Batalla de Baton Rouge, perdida contra el conde de Gálvez hacía menos de un año. Un par de críticas teatrales.

Tom se mostró impaciente.

—Falta leer allí abajo. En la esquina.

El índice de Tom se abalanzó rápidamente sobre las líneas a las que había hecho referencia. Un arco de mugre oscurecía el borde exterior de la uña. Hermione leyó en voz alta:

Subasta al Mejor Postor

Descubrimiento en Turbera del Oeste de Londres:
Antigua Cabeza de Guerrero Picto o Caledonio
Preservada Providencialmente en Fondo Bituminoso,
Rastros de Escarificaciones y Otras Marcas en la Piel.

Postura Mínima — £ 2,00
Mañana del sábado 22 de julio de 1780

Johnson tornó a destaparse el oído de siempre, haciendo ventosa con la palma de su mano. Aquel maldito pitillo lo torturaba nuevamente. Tom le sonrió con los dientes sucios de borra de chocolate, lo mismo que Hermione. En realidad, solo Boswell había comprendido las implicaciones del anuncio de prensa. Comoquiera que fuese, *Dictionary* no lograba dar crédito a la noticia. Separada del cuerpo hambreado del poeta, la cabeza de Charlie había sufrido una irónica apoteosis. Sin embargo, ¿tenía sentido presentarse en la subasta y participar de la puja?

III

Una cortina de damasco se descorrió con un ominoso frufrú. Al retirarse el drapeado, quedó en evidencia un pedestal de estilo corintio, sobre el que descansaba un vaso de cristal de un codo de diámetro.

Entre las paredes del vaso se abismaba una bola de carroña, cuyos ojos, desnudos de párpados, escrutaban inertes hacia la audiencia de anticuarios, coleccionistas y vulgares mirones. El misterioso relicto cabeceaba dentro de una diáfana braza de aceite de almendras.

El subastador carraspeó con gesto teatral. Sacó su reloj y entonces, sin prestarle demasiada atención al disco horario, elevó el aparato hasta su oreja derecha, dedicándole una morosa auscultación. Varios de los presentes en la sala remedaron la maniobra.

El ambiente se llenó, al instante, de una masa de tictaqueos mutuamente fuera de compás. Boswell se quitó los guantes de piel de topo, y cambió una susurrada opinión con su amigo.

Johnson se agachó para oír a Bozzy.

—¿No tenéis calor?

—Como cualquier mortal, presumo.

El lexicógrafo se descubrió parsimonioso, y luego se echó aire con el ala del tricornio. Mientras lo hacía, el maestro de ceremonias guardó su reloj, y así también el resto del público. La cabeza de Charlie permanecía suspendida en el cilindro de aceite, boyando fantasmalmente.

El subastador señaló hacia el luctuoso trofeo, volvió a aclararse la garganta, y presentó sus credenciales. Se atrincheró tras un facistol, y después hizo revolear un martillo de madera por sobre el mueble.

—Caballeros..., he aquí lo que pensamos es, admitiendo un eventual error de nuestra parte, una Cabeza de Guerrero Picto. Posiblemente se trate del resto mortal de un superviviente de la Batalla de Barry, ocurrida poco después del año mil, cerca de la parroquia escocesa homónima. Derrotadas las fuerzas danesas en Barry, resulta plausible que, habiendo tomado prisioneros entre los nativos, los invasores se hayan retirado rumbo al sur, es decir hacia el Londres de la época... Conjeturamos que nuestro Guerrero Picto fue esclavizado por los daneses y luego degollado por rebeldía, y su cabeza tirada accidentalmente a un pozo de brea...

Johnson reprimió un bostezo.

—¿Boswell? —murmuró poco después.

—Os oigo. ¿Qué sucede?

—No necesitamos la maldita cabeza. ¿Eh?

—Entiendo. No entraré en la puja. ¿Algo más?

—Chssss... Silencio.

Johnson dobló el pescuezo a un lado, con tal de observar los lomos de una pila de libros, todos ellos colocados sobre una mesita auxiliar. Entre los títulos identificó la *Archaeologia Britannica,* del anticuarista Lhuyd, y también la *Palaeographia Britannica*, escrita por Stukeley, un experto en los antiguos celtas, y él mismo lo bastante chiflado (y arcaizante) como para hacerse llamar el Archidruida.

El subastador siguió hablando con el tono de costumbre.

—Pero antes de continuar desearía agradecer la visita de uno de nuestros clientes predilectos. Me refiero —dijo y apuntó con su martillo— al joven heredero William Beckford, un muy exigente *connoisseur* en asuntos de arte. ¿míster Beckford?

Un exquisito andrógino, ataviado con redingote color tabaco y chaleco cruzado, se levantó en medio de la sala. La complexión trigueña, suave y casi meridional de Beckford descollaba entre aquellas caras rubicundas y burguesas. El joven heredero giró la cabeza como una grulla ahuecándose las plumas del alerón caudal, y respondió a un par de saludos con una nueva y lacónica contorsión. Aunque ya se había sentado, parecía que continuaba de pie. El espinazo tenso y longitudinal, como si le sobrara un par de vértebras.

—Sabemos que existen —añadió el subastador— procesos de preservación tan fortuitos como exitosos. Hay casos, por ejemplo, de fetos humanos almacenados en soluciones salinas, o frutas que al ser confitadas pueden durar incorruptas décadas enteras, incluso siglos. ¡Siete centurias nos separan de nuestro Guerrero Picto!, y sin embargo... Nuestros mejores latroquímicos y médicos prácticos, como el propio George Hunter, sostienen que el hielo puede suspender la vida por intervalos considerables... Felizmente, nuestro predicamento es mucho más simple. Sabemos que el alquitrán y otras sustancias bituminosas prolongan la consistencia y el nervio de nuestras maderas, nuestros barcos, nuetras casas... ¿No podría suceder igual con el cadáver de un viejo caledonio muerto en el año mil?

La concurrencia musitó unánime, otorgándole al árbitro del remate un

punto de razón. Grueso y con grandes mofletes de dogo, el tipo se agachó tras su atril de palisandro, y cogió desde algún escondrijo un ejemplar en latín de la *Guerra de las Galias.* Simultáneamente, la cabeza de Charlie se inclinó de sesgo, agolpando una sien contra el anverso del cristal. El deterioro del cadavérico bulto no impedía apreciar unas como marcas o glifos dibujados sobre sus mejillas.

El propietario del negocio esgrimió el martillo demostrativamente.

—¿Cómo reconocer a un Guerrero Picto? Escuchemos a... — vaciló y hojeó el volumen con creciente urgencia— sí..., eso, es..., aquí está... Julio César.

Charlie volvió a moverse. Un hilillo de burbujas ascendió desde el tubo cortado de la carótida, justo bajo la base cercenada. El subastador encontró la página y recitó pedante:

—Omnes vero se Britanni vitro inficiunt...

Johnson no pudo evitar bostezar. Igualmente aburrido, el joven Beckford dejó lo que estaba haciendo y se aproximó hasta *Dictionary.* Le ofreció sus respetos.

—Vuestra fama os precede en todas partes, doctor Johnson.

—... quod caeruleum efficit colorem...

—Es muy amable viniendo de vos, míster Beckford.

El heredero extendió un desmayado guante hacia Bozzy.

—Míster James Boswell, presumo.

Se saludaron con gélida cortesía. Beckford sonrió distante.

—... atque hoc horridiores sunt in pugna aspectu...

—¿Conocéis la cita, estimado doctor?

—«Todos los británicos se marcan con la tintura del glasto, lo que les da un color azul profundo, y así —tradujo de memoria Johnson— lucen mucho más terribles cuando enfrentan batalla».

—¡Brillante! ¿También venís por el Guerrero Picto?

—Oh, claro que no. Simples observadores, temo decir.

El subastador rugió desde la esquina de la sala:

—¡Dos libras! ¿Quién ofrece dos libras?

Johnson se enjugó el sudor con las blondas del puño. La temperatura hacía que el público comenzara a oler. Beckford hizo aparecer un botellín con una mezcla de vinagre y alcanfor. Batió la cápsula, y vertió un chorrito

de la sustancia en un inmaculado pañuelo. Entrego este a *Dictionary*.

—Nadie esperaba —resopló Johnson— un tiempo tan tórrido.

—¿Oh, sí? —Beckford suspiró sugestivo.

El patrón de la casa de remates lanzó una nueva salva.

—¡Dos libras y cinco chelines!

—Caballeros. Si me disculpáis...

—¡Dos libras y diez chelines! ¿Quién da más?

Beckford giró y agitó el dedil de un guante.

—Tres libras —declaró cortante.

—¡Tres libras! —regateó el patrón del negocio.

La concurrencia chismorreó por lo bajo. Un individuo con aspecto de cocodrilo, probablemente abogado o corredor bursátil, se desperezó y estiró adelante con un cascabeleo de huesos entumidos. Izó un índice, y masticó algo semejante a una frase:

—Cuatro libras.

—¿Cuatro?

—¡Diez libras! —fulminó Beckford.

Súbitamente derrotado, el postor rival se apoltronó en su silla.

—Diez libras, entonces. Diez libras...

El subastador se empinó por sobre el remedo de púlpito, e interrogó tácitamente a su audiencia, el martillo oscilando en zigzag. Pronto fue obvio que míster Beckford era el ganador de la partida. Un martillazo seco y rotundo corroboró lo que ya era un hecho.

—¡Cerrado en diez libras! Cabeza del Guerrero Picto, adjudicada a míster William Beckford. Felicitaciones. Ahora bien, el siguiente lote corresponde al cuerpo embalsamado de un hombre de Borneo, también llamado *Ourang-Outang* según las doctas averiguaciones de lord Monboddo. El espécimen en cuestión fue hallado en...

Beckford regresó a la órbita de Johnson.

—Os congratulo por vuestro nuevo botín —dijo este.

—¿La cabeza podrida? ¡Oh, vamos! Sé perfectamente que es un fraude. Pero diez libras sobre una mentira la vuelven una pequeña verdad. ¿No lo creéis así?

—Quizás. ¿Rapé, joven William? —insinuó Bozzy.

—No, pero gracias. ¿Pensáis hacer algo mañana, caballeros?

Boswell y Johnson trocaron una mirada de reojo.

—¿Por qué lo mencionáis? —acechó intrigado Bozzy.

—Este domingo, en la Carlisle House, en Soho Square..., hay una fiesta en lo de Teresa Cornelys, alguna vez amante del *signor* Casanova. Efectivamente, se ha organizado un *ridotto* solo para unos cuantos íntimos, entre ellos algunos agentes diplomáticos del Continente. Y tal vez vosotros..., si no constituye una osadía de mi parte, por supuesto. Pero quisiera...

—¿Invitarnos? —completó Johnson, haciendo el amago de devolver el pañuelo a Beckford, quien se negó amablemente. Se preguntó si acudiría a la cita algún representante de la embajada española, acaso la propia Luscinda.

—Invitaros, sí. No obstante —dijo Beckford— hay una condición.

—¿Cuál? —masculló Boswell, alzándose de puntillas.

—Disfraces.

Se produjo un repentino silencio.

—¿He dicho algo malo, caballeros?

—Hmm... No será un gran problema —afirmó Bozzy.

—¿No lo será? —preguntó *Dictionary* volviéndose hacia su amigo.

La expresión crispada del erudito disuadió al escocés de prolongar su argumento. Sin duda, el primero no lucía muy halagado ante la perspectiva de un baile de disfraces, tal como lo delataba el irascible tiritón que gobernaba su párpado derecho... ¿Qué se suponía que haría él, legendario editor de Shakespeare, en una mascarada presidida por madam Cornelys, aquella vieja cortesana venida a menos, en otra época amante del veneciano Casanova? Se imaginó entrando en el salón de baile: mujeres de antifaz y largos guantes de raso negro lo vigilaban a hurtadillas, brindándole un recibimiento semejante al del rinoceronte en aquel exótico cuadro de Longhi.

—¿Mañana a qué hora? —consultó Boswell al cabo de un rato.

IV

Como era de rigor en tales ocasiones, los invitados masculinos vestían en

un vistoso estilo *cavalier*, y deambulaban sobre la pista de baile a manera de avatares modernos de los modelitos del pintor Vandyke. Emperifollados y anónimos, los danzantes atacaron un minué, cortejaron a sus enigmáticas parejas femeninas, rieron a carcajadas, pellizcaron algún muslo, besaron algún cuello, y después se retiraron a los conciliábulos de los señores, para tomar entonces una copita de oporto.

Bendecido por la Diosa Naturaleza con dos pies izquierdos, Johnson no terminaba de encajar en aquel ambiente. Al igual que todos los demás, llevaba encima una careta de fieltro negro sobre las cuencas abolsadas y miopes, aunque su indumentaria seguía siendo la de andar por casa: chaleco y casaca corrientes. Aislado en su propio círculo mágico, *Dictionary* hallaba consuelo en la manipulación de un catalejo retráctil, a través de cuyo lente lograba rescatar breves impresiones de la fiesta.

Se había citado con Boswell a eso de las nueve, pero su compañero llevaba de retraso cerca de media hora, y Johnson temía que, de camino a la Carlisle House, el maldito escocés hubiese pasado a una taberna y que llegase fatalmente ebrio. Mientras esperaba por él, el sabio mató el tiempo curioseando aquí y allá, retirándose a una de las bancas laterales cuando la música volvía a sonar, y dejándose abordar por señoras gordas disfrazadas de pastorcillas o reinas orientales.

El espacio del salón era lo bastante holgado para dar cabida a las distintas manifestaciones de frivolidad mundana. Un corrillo discutía los adelantos del magnetismo animal de Mesmer, mientras otro elucubraba sobre los valores de la Bolsa siguiendo datos astrológicos.

Había un tercer grupo reunido en torno a una cacatúa del Brasil que cacareaba palabras obscenas en francés, mientras su galante propietaria se jactaba de haber sostenido la bacinica de oro durante la *levée* de Luis XVI. Alrededor de un bufete de comidas, había varias bandejas con pétalos de rosa confitados. Entre la cristalería de la mesa se alzaba un albatros de tamaño real cincelado en hielo.

Johnson se acercó al bufete y probó uno de los pétalos comestibles, aunque la osadía no le retribuyó gran cosa. Aquella delgadísima pulpa le resultó desabrida y neutra. Escupió los restos en el pañuelo que ayer le obsequiara Beckford, y luego bebió un trago de ponche, poniendo su copa bajo el escarchado goteo del pico del ave. *Dictionary* no había tomado el primer

sorbo, cuando se materializó ante él un falso sultán árabe. Turbante de seda, bombachos, caftán, babuchas y un alfanje al cinto. ¿Quién demonios sería?

Hubo un trance de vacilación.

—Doctor Johnson, presumo.

—¿Perdón?

El desconocido reveló su identidad subiendo parcialmente su antifaz.

—¿Sois vos, Beckford? —dijo Johnson.

—*Enchanté,* querido doctor. ¿Y vuestro amigo?

—Sospecho que viene de camino para acá. Pero..., ¿por qué el turbante?

—Encarno al hijo decadente de Harún al-Rashid, el siniestro Vathek.

—¿Oh, sí? De ahí el alfanje, supongo.

—Claro. Para degollar a las rebeldes del serrallo —bromeó Beckford, y entonces suspiró como si fuese presa de un largo estertor cardíaco—. Vivimos una época oscura y cínica. Sin alma. Sin genio... Temo que no haya nada bueno en este mundo fuera de componer arias, erigir torres, proyectar jardines, hacer colecciones de muebles con estilo japonés y escribir relatos de viajes a China o a la Luna. ¿No pensáis igual?

—Prefiero no pensar demasiado en eso. ¿Ponche?

—¡Oh, no! Vathek solo bebe la sangre de sus víctimas.

—Muy gracioso, joven William. Confío que conservéis el humor con quienes os acusan hoy de pederastia.

—Mientras se me acuse de algo, pues ¡enhorabuena! Por supuesto, un cristiano virtuoso como vos no tiene nada que temer de este humilde corruptor. Ahora bien, en cuanto al ponche... Tal vez aceptaría esa copa, querido doctor.

—¿Escribís algo actualmente?

—Cultivo el género biográfico. Pero careciendo de talento para el archivo, me las arreglo inventando vidas ajenas puramente imaginarias. Vengo de corregir las galeradas de mis *Memorias de Pintores Extraordinarios,* obrita que escribí para burlarme de la pinacoteca de mi padre. En verdad, los apócrifos están muy en boga.

—Veo que la impostura literaria vende bien.

—Una edad decadente se dedica a emular el pasado. Además, ¿por qué habría de castigársenos por ser hijos de nuestra época, y bastardos de una soñada edad de oro? Hablando de lo cual... Hay un torneo de imitadores en

otra parte de la casa.

—¿Imitadores? —barruntó Johnson.

—Seguidme, querido doctor, y os mostraré.

El joven William condujo a *Dictionary* hasta el salón contiguo. Nada más entrar, tropezaron con los últimos eslabones de la fila de pretendientes, individuos rechonchos y con todo el aspecto de hipocondríacos o vulgares sufrientes de gota. Dos arañas de caireles, cimbrándose con traidora levedad, brindaban una luz movediza a la cohorte de extraños, quienes le resultaban a Johnson ominosamente familiares. Como si los recordara de un sueño.

Casi sin proponérselo, el sabio se ubicó en el final de la cola, acompañado todavía por Beckford. No lograba dilucidar muy bien el motivo de la competencia de aficionados, pero seguramente todo el asunto se reducía a la interpretación de una rutina cómica. Pasó delante uno de los candidatos, un sujeto macizo y ya entrado en años, quien se presentó a sí mismo como el «doctor Samuel Johnson», autor del *Diccionario de la Lengua Inglesa,* y editor príncipe de Shakespeare... La coincidencia produjo un retortijón de espanto en el auténtico Johnson.

—¿Son mis imitadores? —preguntó al joven William.

El turbante de Beckford se inclinó con aquiesciente unción.

—De modo que es verdad... ¡Y yo mismo —continuó Johnson— participo de la burla! O al menos eso parece, aguardando aquí como si nada. Sin embargo, tomándolo con filosofía... ¿No está nada mal, eh?

El penúltimo pretendiente en cola se viró para censurar a *Dictionary*.

—¡Chssss...! No dejáis oír, señor.

Johnson se calló en el acto: comprendió que estaba interrumpiendo. El primero de sus dobles se había subido a una suerte de tarima, y embarcado a continuación en una estrepitosa parodia.

El aficionado, protegido tras un antifaz, empezó su simulacro con un bombardeo de muecas, manoteos y coceos nerviosos, la cara amoratada y amorfa como una pera podrida. Paró de convulsionarse, y explicó que su *impromptu* retrataba fielmente las gesticulaciones morbosas de Samuel Johnson.

El debutante se lanzó luego a una tortuosa perorata, procurando exagerar las fórmulas más alambicadas y librescas empleadas por su víctima. La iniciativa fue aclamada por una crepitación de abanicos entornándose.

—Ehem, ehem... —continuó el usurpador—. Y ahora este advenedizo comediante —se refirió a sí mismo, sacándose una pitarra del ojo y apelotonándola entre dos dedos, para después catapultar la cerosa bolita con un golpe del pulgar— os complacerá con una viñeta literaria al estilo del célebre doctor...

Johnson apantalló una mano tras su oreja más hábil, de modo que nada se le escapara. A espaldas de su impostor emergía un accidental teatro de sombras chinas. La luz proyectaba un bestiario de siluetas sobre el muro: manos que parecían pájaros, tricornios que recordaban góndolas fúnebres.

El tipo caló hondo y empezó a pontificar:

—Un zurumbático amigo, el otro día me espetó funambúlicamente su opinión más peristáltica, concerniente al martirio gástrico que le significaba la deglución masiva de ostras periclitadas. Tal manducatoria daba con él en la cloaca y lo mantenía genuflexo en la incubación de materia escatológica por espacio de algunas horas, con gran compunción por parte de su pipiola progenie, unos chicos que lo custodiaban puntillosos y cariacontecidos.

Hubo un inmediato estallido de risas.

El gracioso se despidió a sí mismo, amagó una reverencia, y descendió de la tarima a los tumbos, envuelto en un enjambre de aplausos. Lo reemplazó un segundo sujeto, notoriamente más gordo y alto. A modo de saludo, los caballeros de la sala percutieron frenéticos sus tacones y bastones contra el piso de marquetería. El impostor correspondió a la etiqueta agachándose y describiendo una aristocrática espiral con su muñeca derecha.

Pero tan pronto subió al proscenio se aplicó a una rutina todavía más esperpéntica que su precursor. Meneó la cabeza contra un hombro y luego contra otro, y después empezó a trotar inmóvil, piafando como un caballo, y pegando relinchos y aciagos corcoveos. Estiró los brazos como si tirara con ellos las riendas de una montura invisible. Chasqueó la lengua remedando la marcha de unos cascos al galope. Hacía pucheros y resoplaba a través de unos labios gruesos y aleteantes.

Jugó al centauro durante un rato, la cabeza avanzando y retrocediendo como la de un jinete, el resto del cuerpo sumergido en la vida sudorosa y muscular de un caballo de carreras. Cuando terminó la ridícula ceremonia, el imitador se quitó la casaca y se arremangó, llevándose enseguida una mano a la botonadura de la bragueta. Simultáneamente, explicó a la audiencia que él

mismo había visto a Johnson sufrir una de esas extrañas posesiones cerca de Twickenham.

—Bueno, y ahora... —dijo y se desabrochó las calzas por delante.

Se oyó algo así como la detonación de una ventosidad.

—Mi prueba ha de consistir —agregó el doble de Johnson provocadoramente— en una glosa libre sobre el pentámetro yámbico, según el uso consagrado por los poetas isabelinos. Pero lo haré pedorreándome, y no en una alocución convencional. De ahí que tenga las calzas abajo, y ofrezca a vosotros, querido público, unas nalgas vociferantes. Prrt-prrt, prrt-prrt, prrt-prrt...

El tipo ejecutó lo prometido. Se oyeron sucesivas descargas gaseosas, siempre acentuadas en la pareja final de la tirada. *Dictionary* asistió a la demostración con una colérica náusea. Resuelto a frustrar el número cómico, se quitó un zapato con la intención de tirárselo al bromista por la cabeza. Prrt-prrt, prrt-prrt... El proyectil cruzó el viciado clima de la sala, y alcanzó al desprevenido impostor justo en las narices, abatiéndolo de inmediato.

El auténtico Johnson avanzó anadeando con un zapato de menos. A través de su antifaz podían verse unos globos húmedos de furia. El iris color lavanda abrumado por unas pupilas devoradoras y extáticas. Se aproximó al herido, quien se escabulló sin oponer resistencia. Momentáneamente aplacado, *Dictionary* se calzó el zapato huérfano con toda la calma del mundo, la punta de la media perforada a la altura del dedo gordo del pie.

—¿Algún otro voluntario?

V

Maldición. Tarde de nuevo. ¿Cómo diablos hacía para retrasarse siempre? Rápido, rápido, no había tiempo que perder... Confió la contraseña al maestresala que aguardaba en el umbral de la Carlisle House, y entró de prisa, persuadido de que no llamaría la atención. Oyó partir a su carruaje, las ruedas mordiendo la gravilla de Soho Square. Acometió entonces a tranco seguro, espiando al pasar su imagen en los grandes espejos del vestíbulo de acceso. Pronto desembocó en el salón principal, con su brillante decoración de interior mandarín.

¿Hallaría a Luscinda? Se suponía que estarían allí los agentes de las embajadas de España y de Francia, además de uno que otro testaferro vaticano, y quizás un conspirador de las Américas. Su arribo coincidió con el principio de la contradanza y el fin de los minués. Hacía un calor pasmoso, en cuyo seno se infiltraban las ranciedades de bragas y sobacos, apenas moduladas por los perfumes y polvos cosméticos.

Varias parejas, todas ellas ritualmente embozadas, giraban de acuerdo a un sistema de entrelazamientos y bifurcaciones. Los bailarines se repartían en dos procesiones o filas, dejando libre el eje central de la nave. Boswell atravesó por entre ambos grupos. Su incursión fue punteada por un voltearse de rostros, un erizarse de gestos. Bozzy fue disminuyendo su paso paulatinamente.

Aun así, a medida que avanzaba, las parejas suspendían su alegre rotación y se le quedaban mirando boquiabiertas. Unas cuantas mujeres se llevaron el guante a los labios para ocultar su rictus de asombro. Un caballero, probablemente un marido desafiado, tapó los ojos de su esposa, y salió con ella cogida del codo hacia una puerta lateral. El conjunto de cuerdas que tocaba a la cabecera del salón colapsó en una serie de gallitos.

De un momento a otro, lo único audible eran los pasos cada vez más lentos y erráticos de James Boswell. Titubeó, atisbó en torno, y se detuvo fortuitamente frente a un espejo de pared. Nada particular en su apariencia, a no ser por...

¿Pero acaso nadie había visto a un escocés vestido a la moda de las Tierras Altas? Se tiró hacia abajo la falda de tartán, y unió sus rodillas con un prurito de colegiala. Un calcetín había caído más abajo del tobillo, dejando al aire un canilla cándida e implume. Tosió indefenso.

Justo en ese instante, alguien le hizo señas desde un extremo del salón, brindándole una coartada para escapar del marasmo con un mínimo de dignidad. Su providencial contacto no era otro sino James Tytler, escocés, boticario, folletinista, experimentador físico y futuro tripulante de globos aerostáticos.

Tan pronto se encontraron y saludaron, Tytler no tardó en identificar el disfraz de su compatriota. Los violines acometieron con un trino de fantasía, y retomaron la partitura en donde la habían dejado.

—¡Ossian el bardo! Ni más ni menos.

—Pues sí, míster Tytler —corroboró Boswell jovial—. Es bueno verse con un paisano, sobre todo aquí, en la Carlisle House... Debía citarme con el doctor Johnson: ¿alguna pista de él?

Tytler friccionó su sien derecha con un lápiz.

—Ahora que lo mencionáis...

VI

—¡Por fin, querido Johnson!

—¿Madam... ? Creo que no nos han presentado antes.

—Soy yo. Boswell.

—¿Sois vos realmente, Bozzy?

—Pues claro que sí.

—Oh, bien... ¿Pero por qué la falda de lechera?

—¿¡Lechera!? —protestó Boswell ofendido.

—¿Acaso pretendéis ordeñar una vaca? Ja, ja.

—Os confundís, señor. Mirad mejor.

—Hmm... ¿Y eso qué traéis allí bajo el brazo?

—Un arpa escocesa —dijo Boswell.

—Comprendo. Es vuestra celtomanía. ¿Verdad?

—Ossian el bardo... ¿Original, no?

—¡Original vuestro culo! —rugió Johnson.

Boswell introdujo una onza de picadura de Virginia en su narina izquierda. Se sumió en el preámbulo de un estornudo que, pese a los amenazadores pujos y jadeos, no llegó a producirse.

Regresó la cajita de rapé a su faltriquera de cuero. Levantó la mirada. Se fijó que Johnson ostentaba, con deliberado descuido, una escarapela amarilla junto al cuello de la casaca. Posó un índice por encima del adorno.

—¿Y esto, querido Johnson?

Johnson pestañeó turbado.

—¿Os referís a la escarapela?

—Precisamente —dijo Boswell.

—Una distinción —contestó el otro.

—¿Oh, sí? De algún club político, sospecho.

Dictionary meneó la barbilla con aire culpable.

—De un torneo. Se premió al más parecido.

—¿El más parecido a quién? —preguntó Bozzy.

—Pues a... ¿Realmente os interesa?

—Naturalmente. Además, ¿y por qué no?

—El más a parecido al doctor Samuel Johnson.

Boswell fluctuó impávido. ¿*Dictionary* había entrado a un concurso de imitadores que lo tenía a él por modelo? Se rascó la coronilla, todavía incrédulo, y luego volvió a estirarse la falda verde a cuadros. Sintió que una brisa rasante le helaba las nalgas.

—Una competencia, entonces.

—Así es —corroboró Johnson.

—Y obviamente habéis ganado...

Johnson cogió la escarapela y la trasladó a un ojal vacante.

—El tercer lugar. Comoquiera que fuese, tenía rivales formidables.

—Amarillo. Bonito color para una escarapela.

—Pienso igual, ¿sabéis?

Reanudaron su exploración. ¿Quién de entre aquellas flotantes jovencitas sería la musa de Charlie? Se oía hablar en francés, en italiano, en español... Tropezaron con varias sospechosas posibles, ninguna de ellas escoltada por el sabueso con sotana que imaginaban era el abate Morpurgo.

¿Tendría él que presentarse forzosamente allí? El clérigo, sin duda la *éminence grise* tras la confabulación, podría haber delegado el control de Luscinda en algún subalterno, por ejemplo en un esbirro local, o tal vez en un ex flagelador de la marina, como así pensaba el propio Johnson.

Decidieron dividirse. Boswell se unió al grupo de la dama con la cacatúa, mientras *Dictionary* orbitaba a la manera de un esfumado planeta en torno de los demás grupos. Su mejor garantía de incógnito había sido obtener aquella escarapela amarilla: un premio de consuelo por no parecerse a quien efectivamente era. Suspiró, y jugueteó con el catalejo que traía en el bolsillo.

No veía por qué tanta gente se pirraba por estar en la lista de invitados de Teresa Cornelys, considerando que su estrella había declinado bastante en el último tiempo. La mujer de negocios había sido encarcelada por deudas, cosa de un año atrás, residiendo en la prisión del rey hasta su incendio durante las revueltas antipapistas; pero el trastorno no podría resultarle más propicio:

madam se evadiría a la venerable edad de cincuenta y siete... Prófuga desde entonces, era su hija Sophia Cornelys, alias Sophia Pompeati, alias Sophia Williams, quien la sustituía como *salonniere.*

Sonaba la coda de una danza.

—Señor, ¿usted podría... ?

Giró en dirección de aquella voz. Nadie. Solo quedaba en el lugar la vibración de una partida. Miró a sus costados. Nada. Solo caretas inexpugnables. Escotados maniquíes parlantes; emperifollados petimetres. Johnson ya desistía cuando notó a sus pies una jarretera o liga de mujer. ¿Quién la habría abandonado? Una cinta de raso blanco, equipada con una minúscula hebilla de plata. Se agachó con tal de recogerla. ¿La amante de Cardenio?

Tragó saliva, y fue hasta donde estaba Bozzy, hallándolo en una acalorada discusión con la cacatúa. El pajarraco encrespó las plumas de la cimera, y vomitó una cascarilla de pistacho. Su dueña bostezó, agradecida de que alguien viniese a rescatarla de Ossian en persona.

—¿Interrumpo? —preguntó Johnson.

—*Au contraire* —dijo la cacatúa.

El lexicógrafo se llevó aparte a Bozzy.

—Mirad.

—¿Qué?

—Una liga.

—¿Para mi calcetín?

—No, idiota. Es un mensaje.

—Hmm... Escrito con azúcar diluida, sospecho.

—¿Tenéis una vela a mano? —inquirió Johnson.

—Claro. Por aquí. Seguidme.

—Debemos proceder con discreción.

—Hay una capilla católica en desuso —informó Boswell—. La Cornelys solía realizar conciertos de cámara en aquella dependencia. Siempre ardía un cirio de iglesia junto a un crucifijo de pared. Bueno, es la mayor privacidad que podremos conseguir en un sitio como este, una ensordecedora y promiscua Babel... En cuanto a encontrar a Luscinda, no será nada fácil, querido doctor. Ya veis. Una mansión de cuatro plantas, doble fachada, con nuevas extensiones en las alas de la periferia, y túneles secretos en el

sótano... Incluso nosotros podríamos acabar perdiéndonos.

—¿Túneles? —repitió azorado Johnson.

—En realidad es un rumor. Debéis recordar que la Carlisle House fue antes la embajada de Nápoles, una potencia católica ligada a los borbones...

Desfilaron a lo largo de un pasillo abarrotado con pinturas de paisajes y retratos de hidalgos de provincia, todos ellos patinados de humo y separados entre sí por menos de una pulgada. Adelantaron unas cuantas yardas más. Salvado este tramo, ganaron un descansillo flanqueado por una armadura de la época Tudor, cuyo inexistente ocupante acechaba desde la celosía del morrión.

Johnson se encogió para pasar bajo un dintel.

—Hemos llegado —anunció Boswell.

La capilla estaba vacía, excepto por una solitaria vela del grosor de un puño. La llama se abismaba en un pozo de grasa fundida. Johnson se quitó una pelusa, un misterioso vilano prendido a su casaca color salmón, y después sacó un huevo duro desde su bolsillo.

—Seguidme.

En un rincón había un silla Chippendale con acolchados de tripe escarlata. Un Cristo de madera de corazón de acacia observaba la evolución de los dos intrusos. Bozzy se persignó ampulosamente.

—Creía —dijo Johnson— que eráis un maldito calvinista.

—Alguna vez pensé convertirme a la religión de Roma. ¡Debí haber estado demasiado borracho! Una puta muy devota me pringó de gonorrea, así que fue como un segundo bautismo. Soy leal a mis contagios.

—¡Bah! Tomad la jarretera y ponedla sobre el fuego.

—Eso hago. Eso hago.

—¿Y bien? —demandó Johnson.

Un trazo escrito comenzó a condensarse sobre el envés de la liga.

—¿Qué dice?

—*Downstairs.* Escaleras abajo.

VII

Retornaron a la galería de pinturas, en busca de una entrada oculta a los

hipogeos de la mansión. El ala del edificio estaba poblada por reproducciones de la escuela veneciana, especialmente copias de Tiepolo, Canaletto y Longhi. Se dividieron el área de exploración: Boswell se dirigiría al extremo norte, Johnson al extremo sur... Se alejaron uno del otro, y progresaron paulatinamente, tanteando las telas con golpecitos de nudillos, o haciendo presión sobre los lienzos con el puño cerrado.

Confiaban en hallar una disimulada escotilla que los condujera a los sótanos de la Carlisle House. Cada cual llevaba un cirio encendido, aunque Johnson alzaba el suyo con un escrúpulo recalcitrante. La cera amarilla goteaba generosamente, atiesando los bordes de su manga. Corto de vista al punto de apenas diferenciar el verde del azul, Johnson se detuvo, irónicamente, a admirar una copia a escala de *La Apoteosis de España.*

El cuadro abarcaba todo el muro. Apastelados rosas y celestes, la reproducción de Tiepolo era lo bastante grande como para servir de cortina a una puerta secreta. El hombre gordo no pudo resistir la tentación de torcer el cuadro y escudriñar por debajo de él. Retrocedió defraudado. La pared exhibía una monótona solidez. Se aproximó expectante a la tela vecina, una copia de *La Rinoceronte* de Longhi...

Simultáneamente, pero en el confín opuesto de la galería, Boswell auscultaba los muros sin éxito, cercado como estaba por enormes duplicados de Canaletto. Las pinturas de ríos y canales, las *vedute* o vistas de Venecia o Londres, con aquellas líquidas pinceladas en gris y celeste, daban a Boswell realmente ganas de orinar... Un azar benévolo lo guió hasta una maceta de bronce: un búcaro con aspecto de falsa antigüedad etrusca, afortunadamente vacío. Se deslió la bragueta e hizo puntería sobre el cuenco.

Johnson planeaba sobre la copia de *La Rinoceronte,* todo el cuerpo echado adelante, examinando la pintura con un ojo abierto y el otro cerrado. Era el retrato de una hembra de rinocerante, conocida bajo el nombre de Clara, cuya celebridad en Europa había alcanzado su clímax durante 1740. Sí, claro que recordaba haber oído sobre Clara, pobrecilla, despojada de su cuerno, expuesta en todas las capitales del Continente, un simple animal de feria... Clara había regresado a Londres para morir en una taberna o casa de juego, la entrada a seis peniques y un chelín.

Era la época en que Johnson salía de la cárcel, arrastrado allí a causa de sus deudas. Ah, cuánto tiempo desde entonces, pensó, advirtiendo un curioso aire

de familia entre el modelo del cuadro y él mismo. Pues él también había debido acorazarse. Endurecer la piel contra los vapuleos de la sociedad decente. Soportar los plantones y postergaciones por parte de sus mecenas. Si pensaba en un animal heráldico para él, sin duda debía ser el rinoceronte. Pero, a diferencia de Clara, él aún tenía un cuerno para atacar. Su pluma.

Movió el cuadro; tocó encima. Muro sólido.

Llamó a su camarada.

—¿Bozzy, estáis allí?

Una auréola entre dorada y sepia se agitó desde el fondo de la galería. Boswell ocupaba una mano en la vela, y otra en sostener el miembro menguante y lacrimoso. Todavía desaguaba contra la maceta de bronce, aunque ya estaba por terminar. El chorrito de pis se adelgazó hasta convertirse en una módica y tortuosa instilación. Las últimas gotas dolieron como nunca.

—Sigo investigando —contestó Boswell, abotonándose la bragueta—. Aunque no sé muy bien qué buscar precisamente. Una puerta o una trampilla oculta. Un pasadizo que descienda a manera de tobogán. O una escalera furtiva... ¿Qué se os ocurre, querido amigo? —subió la voz—. ¿Y bien, Johnson? Estoy aquí. En la sección de los Canalettos —notificó.

—Ya sé. Ya sé —susurró inaudible Johnson.

Al cabo de una pausa estornudó.

Esta vez la efusión la acometió con tal fuerza que desencadenó una serie de titilaciones nerviosas. Manoteó y se contorsionó como ahuyentando un mosquito. Producto del espasmo, volcaría sin querer la cera caliente de la vela contra su zapato derecho. Blasfemó y echó pestes, considerando que era el único par que tenía, para después percatarse de una segunda pérdida. La escarapela amarilla se había desprendido del ojal y caído revoloteando.

Se agachó para recoger el adorno.

—Ven aquí, pequeña —murmuró, estirando un brazo hacia el suelo.

No acababa de doblar su grave y anquilosada humanidad, cuando vio por el rabillo del ojo que un resplandor de acero afloraba desde la boca de una *Madonna* estilo Tiepolo, colgada en el muro contrario. Repentinamente, el punto se transformó en una hoja entera, un cuchillo que atravesaba el lienzo desde su revés. Un filo curvo, como el de una hoz, brotó por la boca de la virgen y luego la abrió en canal.

La tela quedó hendida por la mitad. Johnson quiso gritar, pero solo emitió un cloqueo difuso e inarticulado. En el centro de la pintura se condensó una tétrica silueta. El extraño sacó un brazo por la rajadura, y después un pie. Johnson permanecía en vilo, atónito, incapaz de creer cuanto veía. El desconocido se irguió, y ejecutó una seña a alguien más. Como consecuencia de aquella instrucción, Johnson recibió un mazazo sobre una de las sienes.

Entretanto, la armadura de hojalata, relegada hasta aquí a un rincón lleno de telarañas, había cobrado vida de un momento a otro. Evidentemente, alguien habitaba aquella torpe estructura de chapas, unidas entre sí gracias a un rechinante juego de ganchos y tuercas. El guantelete de hierro aferraba una maza o cachiporra, cuyo peso se descargaría, al poco andar, sobre el cráneo de Johnson. Este se desmoronó como tocado por un rayo.

Boswell seguía ausente, retenido aún entre los plagios de Canaletto. Sintió una picazón debajo de una costilla, y se rascó con el pomo de su bastón de guayacán. Una delatora corriente de aire lo llevó a pensar que una ventana, o tal vez una puerta, se había abierto en algún lado.

En el curso de su divagación, se detuvo a contemplar otra de las pinturas, esta vez una copia de Vandyke, consistente en el retrato de un diminuto paje de la reina Henrietta María. La criatura, objetivamente un enano de palacio, vestido en terciopelo escarlata y valona de encajes, sostenía un mono tití sobre su brazo, mientras la reina extendía elegantemente su diestra hacia él.

Curiosa imagen. Boswell se preguntó si el enano habría llegado a meterse bajo las faldas de su protectora. Por otra parte, juraría que los ojos del ínfimo cortesano lo escudriñaban, lo vigilaban, como si un resplandor de vida agitara la pintura.

Se aprestaba a regresar con Johnson, cuando una brisa apagó la llama de su vela. Llamó a *Dictionary*, pero nadie respondió. Se orientó echando mano a su bastón. Acarició la misteriosa liga de mujer, a la sazón guardada en su bolsillo. La oscuridad era total.

Se infiltraban hasta la galería de pinturas los ruidos de la pista de baile. Aplausos, risas, taconazos, música de violines. Sonidos embotellados. Todo se amalgamaba y confundía, pero aun así Boswell pudo corear, más bien de memoria, un aria de Metastasio.

Llamó nuevamente a Johnson.

—¿Doctor? ¿Sam?

VIII

Lo arrastraban. Lo conducían sobre una especie de trineo. Lo subían a lomo de mula. Lo amordazaban y maniataban. Lo hacían galopar sobre un camino de adoquines, después de grava, después de tierra apisonada. Lo trasladaban a una carreta, después a un pontón. Era remolcado por medio de una grúa o cabrestante hasta la cubierta de una balandra. Largo rato yacería acunado dentro de una red de pesca.

Transcurría una espectral madrugada en uno de los amarraderos del Támesis. El sitio apestaba a pescado podrido, a serrín mojado, a brea caliente. Desvanecido, Johnson podía escuchar pese a todo el trajín de aparejos náuticos, el lamido reverberante del agua alrededor del casco del bote. Tenía los oídos taponados a manera de embudos para trasvasar grasa. A un costado, un pelícano picoteaba sus forúnculos con completa impunidad.

Continuaba inconsciente, no obstante algunos fugitivos lapsos de lucidez. Su mente era un teatro caótico, lleno de entradas y salidas de actores difusos, fisonomías mal delineadas, gestos vacíos, movimientos de un ballet incongruente. Soñó con su padre, encuadernador en Lichfield. Soñó con la Clara, la rinoceronte, a quien veía agonizar en un corral dentro de una taberna. Soñó con la difunta Tetty, su mujer, y se vio a sí mismo galopando millas delante de esta, justo en el día de su boda.

Soñó con Boswell. Discernía su sombra penetrar en aquella *Madonna* rasgada verticalmente. Más aún. Lo veía husmear las pistas accidentales de su secuestro, y después indagar entre los rufianes y soplones del bajo mundo londinense. Distinguía el perfil de Boswell manipulando aparatos de física, fuelles y válvulas neumáticas, mientras un peculiar artefacto se inflaba y elevaba a sus espaldas. Creía adivinar la silueta de Hermione, y también la de Tytler, pero eran como vapores que se desgarraban en el aire frío.

Insinuaciones de una vida sumergida.

IX

Salió del sueño solo para entrar en otro, esta vez más tangible y torturado. Despertaba a un inframundo acuoso y movedizo, limitado a las dimensiones de una bañera. En efecto, tal era la estrechez del sitio que no bien se erguía

chocaba contra un cielo ridículamente bajo.

La clausura era absoluta, excepto por unos orificios superiores que hacían las veces de respiraderos. Intentó nuevamente levantarse, lo que solo contribuyó a acentuar su migraña, sufriendo otro seco trastazo. Notó que incubaba un chichón justo arriba de la ceja.

No. No era un sueño: los chichones no duelen así en un sueño. Estaba en la entrecubierta de un bote. Contorsionándose hábilmente, Johnson se las arregló para mirar a través de uno de los orificios. Hacía un sol espléndido. Dos o tres figuras se escorzaban recortadas sobre el blanco sucio de una lona. Marineros. Uno de ellos gobernando un obenque. Otro recogiendo una red de pesca. Un tercero afilando un arpón. Pensó en gritar.

Se lo impidió una tensa mordaza que hacía retroceder su lengua hasta las amígdalas. Escuchó pisadas; fingió seguir durmiendo. Se abrió una escotilla y descendió por la cascada de luz una tersa y negra sotana. Era el abate Morpurgo en persona, quien traía para Johnson una cazoleta con agua dulce.

Dictionary entornó un párpado cautelosamente. Su raptor caminó encorvado, esquivando los fardos y ovillos de soga, y se acercó a él con toda naturalidad. Morpurgo bebió de la cazoleta, y después ofreció agua a Johnson, desconfiando de su hipotético letargo.

Lo interpeló en latín mientras soltaba su mordaza:

—Bibite!

El prisionero alzó ambos párpados. Se desperezó y aceptó la provisión de agua fresca. Sorbió empapándose la chorrera. Vaciló un momento: acababa de advertir que llevaba ambas muñecas engrilladas. Jadeó y devolvió la cazoleta a su dueño. Era toda el agua que necesitaba. El clérigo sonrió, tiró el resto del líquido a un lado, y se sobó el dorso de unas zarpas enguantadas. Descansó su cuerpo sobre un taburete y asumió un tono ciceroniano.

—Excusadme que continúe hablando en latín, pero aún no domino el inglés lo bien que quisiera. En todo caso, debo deciros que hace un día estupendo. Surcamos el Canal de la Mancha a bordo de una balandra atunera, la que yo mismo he fletado para hacer el viaje hasta Gibraltar.

Johnson se palpó el chichón.

—¿¡Gibraltar!?

Las costas de África se le antojaban un destino improbable. Después de todo, el condenado Peñón permanecía en poder de los Casacas Rojas, quienes

resistían con ferocidad el asedio de franceses y españoles. Además, ¿de qué ayuda sería un bote pesquero con un clérigo idiota y un autor de diccionarios, este último en calidad de secuestrado? De hecho, como el abate Morpurgo no poseyera información estratégica crucial, sería solo un estorbo para los enémigos de Inglaterra.

Dictionary balbució:

—Unos cuantos grados de latitud sur...

—Oh, lo sé muy bien, querido doctor. Comoquiera que fuese, creo que no hemos sido formalmente introducidos. Y este será un largo, largo viaje.

—Lamento no poder estrechar vuestra mano, pero... —dijo Johnson y señaló el grillete en su muñeca.

—¿Eso? Aguardad. Juraría traer la llave conmigo.

Morpurgo hurgó en las mangas de su sotana. Extrajo un manojo de llaves; las piezas de hierro tintinearon entre sí. Escogió una de ellas y se la entregó a *Dictionary*. La llave entró en el ojo de la cerradura, y giró hasta desenganchar los corchetes del mecanismo.

Una flecha de sol cruzó el rostro de Johnson.

—¿Por qué Charlie? —dijo mientras se frotaba un dolorido metacarpo.

—¿Por qué Charlie? —reflexionó Morpurgo—. Bien... El amor nos vuelve estúpidos, querido doctor. El muchacho sufrió esta súbita pasión por... digamos... ¿Luscinda? Mera infatuación. Delirio. Pretendió extorsionarme, ya lo imagináis. Le había comisionado la escritura de un *Cardenio* falso. Y amenazó con revelar el artificio a menos de que su paga subiera: se convirtiría, pues, en un muy molesto estipendiario. Para colmo, supongo que pensaba llevarse a la chica con él.

—Luscinda.

—No existe la tal Luscinda. Nunca la hubo.

El sesgo de luz que entraba por la escotilla se disolvió en el acto. La silueta del abate se reintegró en la creciente penumbra, sobreviviendo únicamente el nítido contorno de la sotana.

Entretanto la navegación continuaba su curso. El bote se escoró a babor, con el viento dando en popa cerrada. El bamboleo hizo saltar a Johnson sobre su litera, pegándose justo en el chichón. Una aguda punzada lo fulminó al instante, obligándolo a tenderse.

Morpurgo apuró su monólogo:

—Charlie se enamoró de una sombra... Aquel día el duque de Almodóvar, un anglófilo y un amigo de los *philosophes,* nadie a quien en particular admire demasiado, había enviado por una joven prostituta, haciéndola pasar por una sobrina recién llegada de Madrid... Charlie debía entrevistarse conmigo la tarde en cuestión, a objeto de discutir los detalles del nuevo *Cardenio,* obra que reduciría vuestro Shakespeare a un vulgar copista de Cervantes. El azar quiso que Charlie se encontrase con la joven en una de los recibidores de la embajada...

—¿Pero quién escribía las notas de Luscinda?

—Ah, casi lo olvidaba... ¡Aquellos *billets-doux* borroneados en los pliegues de una muda íntima! Fue una gran idea, debo confesar.

—¿Fuistéis vos, entonces? —indagó Johnson.

—¿Y quién más? —respondió impaciente Morpurgo—. Desde luego, la aventura epistolar me distraía de mis funciones en Londres, pero resultaba un ejercicio literario bastante consolador... Ciertamente, la posterior muerte de Charlie sería solo una nota a pie de página. En fin, un evento por entero marginal. Si él no hubiera decidido tatuarse el texto, ¿le habría yo mandado a despellejar? ¡Vamos! Ni siquiera estaríamos nosotros dos hablando hoy aquí, en la estrecha bodega de una balandra... Pues sí: Charlie se había transformado en su propia escritura. Y yo debía eliminar el testigo, pero conservar el testimonio.

La temperatura y el encierro hacían una mezcla intolerable. Johnson escuchó en silencio. Sentía un denso hormigueo bajo el cuero cabelludo. Quiso hablar, pero solo salió de su boca un flujo dislocado. Percibió la lengua traposa, invadida de un curioso sabor a arcilla. Sus reflejos fallaron paulatinamente. Su conciencia se desvanecía.

—¿El agua? —susurró acusador.

Morpurgo se levantó con la intención de retirarse.

—El agua, sí... Elogio vuestra clarividencia, míster Johnson. He deslizado —expresó con aire didáctico— un narcótico en vuestra bebida. Su influencia se manifestará en breve. En todo caso, si me permitís opinar... Una pequeña siesta no os vendría nada, nada de mal. Lucís exhausto, querido doctor. Pero prometo regresar hacia el crepúsculo. Y recordad... Será un largo, largo viaje.

X

Se vio a sí mismo en una biblioteca, la que al principio tomó por un establo, pero consideró absurda su presencia en un sitio semejante, aunque solía ser un buen jinete. Se cercioró de que estuviera vestido. Acostumbraba a aparecer en sus sueños completamente desnudo, así que le reconfortó enterarse de que al menos llevaba calzas, o más bien algo parecido a una trusa.

Debía ser la biblioteca de una casa en el campo, tal vez la biblioteca de los Thrale, sus mecenas, pero dudó de esto tan pronto notó que los anaqueles se distribuían en una especie de hemiciclo. Llamó su atención, acaso de una manera puramente residual, que todos los libros tuvieran su nombre. Se sintió atraído por uno de ellos. Tan solo por el peso del volumen intuyó que se trataba de su *Diccionario*.

Se llevó una ingrata sorpresa. No solo estaban en blanco los primeros folios, cuestión que, pensándolo bien, podía atribuir a un error de imprenta, sino que la aterradora laguna se repetía página tras página. El inmaculado vacío de su *Diccionario* lo llenó de un vértigo que pronto se le hizo familiar. Cogió los siguientes tomos, y hojeó su contenido con fría urgencia: la misma nada apabullante y devoradora. Se agarró del borde de un anaquel para no derrumbarse.

Continuó su pesca con resultados cada vez menos auspiciosos. Probó suerte con un ejemplar de su *Vida de Richard Savage,* retrato escrito de quien fuese su amigo, poeta y satírico sin posteridad, y también un farsante que alegaba ser hijo legítimo del conde Rivers... Aunque su paternidad nunca se despejara del todo, y Savage mismo extorsionara a su familia putativa de vez en cuando, el tipo era un entrañable contertulio, y Johnson conservaba un gentil recuerdo del bastardo Richard.

Examinó el libro. Borrado: todo se había borrado. Lo mismo con su edición de Shakespeare. En blanco. Y su *Rasselas...* Blanco, blanco, blanco... Un infierno blanco se extendía ante él: abolía cada palabra escrita, cancelaba su pasado, suprimía sus antiguos desvelos. Habría deseado escapar de aquel limbo, de aquella marea anónima. Un anciano obeso y semidesnudo sentado sobre una pila de libros, rodeado por una biblioteca amnésica.

Él mismo muerto.

XI

Johnson resucitó envuelto en una membrana de sudor. El bote cabeceaba atrás y adelante, bultos y trastos rodando a través del piso de la entrecubierta. El prisionero llevaba largo rato tumbado boca arriba cuando acertó a ensayar un primer movimiento. Se palpó los flancos de la chaqueta en procura de su reloj.

—¿Buscáis esto?

La voz pertenecía al abate.

Un candil de aceite, suspendido junto a la cara del clérigo, azufraba unos relieves huesudos y apenas animados por el pulso verdoso de un par de venas. Morpurgo sostenía el reloj de Johnson por su leontina. Enseñó la presa haciéndola oscilar tentadoramente.

—¿Era esto lo que buscabáis, verdad? —insistió Morpurgo, sin aguardar la reacción de Johnson para regresar el artefacto a su dueño. El tono de su latín era blando y regular.

Dictionary ponderó el reloj en un puño. Su tacto se detuvo en aquella superficie metálica y reconfortantemente fría. A continuación, él y Morpurgo intercambiaron unas breves y neutras fórmulas de etiqueta, mientras el segundo fijaba el candil a un fanal colgante.

El abate se sentó en un taburete claveteado al suelo.

—¿Es ya el crepúsculo? —preguntó Johnson.

Morpurgo sonrió aquiescente. Arregló la caída de su hábito talar, ordenando los pliegues que rodeaban su rodilla derecha. Notó que Johnson había regurgitado durante su siesta. El hombro de la casaca exhibía una aureola de vómito esfumado.

—Traía algo más en mis bolsillos.

—Claro. Gracias por refrescar mi memoria.

Morpurgo hizo aparecer el huevo duro de Johnson sobre el cuenco de su palma derecha. El esferoide se había craquelado levemente sobre su punta más aguda. Alzada por sobre ambos hombres, la luz del candil marcaba los cuerpos con largas sombras anfractuosas.

—Aquí tenéis.

Olor a aceite barato, a salitre, a letrina. Johnson tomó el huevo y comenzó a mondarlo. La cáscara se disgregó en una serie de escamas, las que *Dictionary* apartaba meticulosamente con la uña del pulgar.

Sofocó un bostezo.

—Vos diréis, *monsignor.*

Morpurgo prorrumpió en una tenue risa.

—No merezco el título. Soy un simple abate.

Las lonas de cubierta crujieron ante la embestida del viento. Se oía a los tres o cuatro tripulantes del bote apurar una damajuana de ginebra, reunidos junto al palo del trinquete. La reverberación de sus risas no hacía un efecto muy halagador en el ánimo de Johnson. Conocía el carácter atrabiliario y violento de los marineros del Canal, proclives a ejercer la pederastia activa con personas que les doblaban la edad, y esto en la primera cita.

—Os vine a ver hace poco —dijo el abate—. Gritabáis entre sueños.

—¿Y qué gritaba, si puede saberse?

—Nada serio, supongo. «Blanco, blanco, blanco...». ¿Soñabais con nieve? Bueno, comoquiera que fuese... No estamos aquí para tales charadas. Ahora mismo un nuevo copista traslada el *Cardenio* de Charlie a un folio virgen, para después someter el documento a un envejecimiento por medios químicos. Pronto todos los críticos de Londres, y después de Europa, juzgarán a vuestro bardo un vulgar apuntador de Cervantes... ¡y no es que Cervantes valga especialmente algo! De suerte que, una vez que nuestro ejército de plagiarios desprestigie a Shakespeare, inocularemos nuestro veneno a la memoria de Cervantes, y entonces seguirán todos los demás: Racine, Dante, los clásicos latinos...

Johnson dio una mordida al huevo.

—¿Defendéis la causa de Francia, la de España, la del Papa...? ¿Tiene esto algo que ver con la armada de 1779?

Morpurgo no pretendía ocultar su molestia.

—¡La armada del ’79! Todos hablan de eso, ¿verdad? Pero oídme bien, Johnson. Nuestra conspiración trasciende la pequeña política de palacio, los rapaces cotilleos cortesanos. Se trata aquí de algo mucho más ambicioso. Sí, oíd bien... Extirparemos para siempre cualquier veleidad de creación personal, de autoría, de originalidad literaria o filosófica... ¿Recordáis el Nimrod del *Génesis?* Todos vosotros, sabios de esta época, sois los bastardos de Nimrod: construís torres, andamios aéreos, faros que se empinan para poner en su cúspide al hombre, vuestro heraldo y héroe, esa sabandija, ese animálculo, ese bicho torpe y brutal... Vosotros: sabios modernos, filántropos,

deístas, latitudinarios, admiradores de Newton, *philosophes,* enciclopedistas, libertinos de poca monta... Pero os digo: vuestra Babel también será abatida.

—Un momento, *monsignor*. Celebro la metáfora arquitectónica, pero creo que habéis cogido al sujeto equivocado. Si como buen papista queríais vengaros de los amigos de Voltaire, realmente habéis marrado el tiro. Todavía me considero algo así como un cristiano. Además, si entiendo correctamente, cuanto vos prometís es una nueva Confusión de las Lenguas.

—*Confusio linguarum!* Muy bien, Johnson. Habéis acertado. He aquí nuestro plan: la muerte de la Literatura. Multiplicaremos todos los apócrifos posibles, saturaremos el mercado con atribuciones falsas, emboscaremos a los críticos con polémicas ociosas, denigraremos a los poetas laureados acusándolos de viles embusteros. Y así, cuando las flatulencias del intelecto humano se disipen, solo quedará en pie una última evidencia: la autoridad divina.

—O sea vos, *monsignor.*

—¿Yo? Interpretáis mal, Johnson. Yo soy nada más que el brazo ejecutor, idealmente un mecanismo ciego. Un engranaje que funciona ignorando el juego de las demás piezas concomitantes. Mi santidad culmina y se consuma en la acción aislada. No espero más.

La llama chisporroteó. Morpurgo alargó un brazo para recoger desde una viga un libro, un mamotreto con las hojas encrespadas y quebradizas, seguramente olvidado allí la antevíspera, cuando Johnson aún no había sido capturado. Sopló el polvo que afelpaba sus tapas. Un halo de átomos incandescentes se coló entre ambos hombres.

—Mirad esto.

—¿Qué? —replicó Johnson—. ¿Un libro?

—No cualquier libro —dijo el abate.

Dictionary engulló la otra mitad del huevo. Arqueó una ceja, y observó a Morpurgo preparar una pausa teatral. El abate posó una líquida mirada de búho sobre el mamotreto, ahora en su poder. Las olas atronaban al golpear contra el casco de la balandra. Johnson se inclinó adelante y leyó el frontispicio del libro.

—¿Una versión española del *Quijote?*

—O más exactamente... —se apuró en corregir Morpurgo— la *editio princeps* de 1605. Una parte de la tirada original fue despachada a América

en barco, tal vez unos cien o más ejemplares. Se especula que un naufragio frustró la llegada de los libros a Cartagena de Indias... El presente ejemplar fue uno de los supervivientes de la remesa, y perteneció al enano áulico Jeffrey Hudson, favorito de la reina consorte de Carlos I de Inglaterra.

—No comprendo la relación, *monsignor*.

El abate entregó la *princeps* a Johnson.

—El enano Jeffrey Hudson, muerto ya hace un siglo, católico romano al igual que la reina, instituyó nuestra cruzada en contra del Espíritu Moderno.

Johnson se reclinó nuevamente sobre su litera, apoyando la *princeps* del *Qujiote* sobre el pecho. Que el libro hubiese sido propiedad del microscópico Hudson, alias lord Minimus, uno de aquellos excéntricos personajes del seiscientos, no parecía impresionarlo... Lord Minimus había sido, no ya un enano, sino la perfecta miniatura de un gentilhombre, y había participado en glorias de su tiempo, cazando, galanteando y batiéndose a duelo, pese a sus treinta pulgadas de alto. Si Hudson había iniciado aquel complot ultramontano, tan delirante como para pretender obliterar todos los archivos, todas las bibliotecas, Johnson no tenía manera de impugnar la posibilidad.

—Como sabéis, el caballero Jeffrey Hudson fue expulsado de Inglaterra a causa de su lealtad al papa y a la reina. Posteriormente, en el curso de unas de sus muchas andanzas, fue apresado por los piratas de Argel, y mantenido en cautiverio entre infieles durante largas décadas —explicó Morpurgo—. La lectura de Cervantes mitigó su ostracismo en tierra de moros, pero también contribuyó a acendrar su desconfianza ante la palabra escrita, y por extensión ante cualquier forma de logro humano. Incidió en esto la infamante demora de su rescate, pues nadie en Londres se mostraba interesado en pagar a los piratas de Argel por un duende con simpatías vaticanas. En todo caso, fue durante su exilio africano que lord Minimus concibió el plan de destruir la Literatura para así exaltar la Religión.

XII

Esa noche *Dictionary* leyó hasta el capítulo noveno de la *editio princeps* que antes perteneciera a lord Minimus, cuyas anotaciones personales jalonaban los márgenes exteriores de las páginas como las marcas de cuña

que pudiese imprimir un ave sobre la arena. Tomándose un poco más de trabajo, acertó a descifrar la tortuosa letra del enano Jeffrey Hudson, solo para enterarse que todo cuanto decía el abate era cierto, o al menos verosímil. Efectivamente, el siguiente en la lista después de Shakespeare era el propio Cervantes.

La droga que el abate deslizara en la cazoleta de agua todavía ejercía un influjo más o menos vigoroso. Eso explicaría, pensó Johnson, la pesadilla de los libros en blanco, y en no menor medida el débil antagonismo que desplegara ante el eclesiástico. El candil que este había dejado se agotaría, pese a todo, al cabo de unas horas, sumiendo el interior de la cala en una asfixiante clausura. Llegado el momento, Johnson no tuvo más remedio que abandonarse a otro ramalazo de sopor.

Salió de su modorra poco antes del alba. No podía sostenerse en sus dos pies, conque fue izado en una angarilla hasta la cubierta exterior, donde aguardaba el resto de la marinería. El cielo de madrugada persistía oscuro y nítido. La constelación de Casiopea se dibujaba en un punto cercano del firmamento, y las aguas del canal se rizaban negras, con grandes ojos de espuma que recordaban guirnaldas de novia.

Pasado un rato, el mar entró en un estado de calma absoluta. El viento cesó de soplar, y las velas colgaron fofas e inertes. Empezó a clarear poco a poco. Casiopea se perdió de vista al cabo de unos minutos. Simultáneamente, uno de los tripulantes silbó a todo pulmón, no bien divisara un bote de vela triangular. La segunda embarcación se aproximó remontando las crestas, la silueta de una mitad de nuez. Cuando estuvo a distancia de un tiro de fusil, los respectivos pilotos se llamaron con bocinas, encaramados por sobre la barandilla de proa. Abortaron el diálogo al descubrir que ninguno hablaba el idioma del otro.

Dictionary asistía a la escena desde la parihuela en que había sido remolcado a cubierta. Tendido allí, grilletes en tobillos y muñecas, estudió el movimiento de los marineros. Estos orzaron la balandra de modo que enfrentara al segundo bote por la amura de estribor. Todo indicaba que se preparaba un trasbordo en regla. Por fortuna las aguas seguían quietas, o así le pareció a Johnson, impregnado como estaba por un rocío salobre y casi balsámico.

La otra embarcación, cuya fisonomía hacía pensar en un ágil velero árabe,

se acercó lo suficiente como para tirar un par de garfíos y enganchar sin problemas ambas barandillas. El bote invasor era capitaneado por un sujeto de aspecto curtido, tez olivácea, blusón de calicó y pantalones a rayas. El jefe del velero saltó de una borda a otra, y buscó con la mirada biliosa a quien debía ser su contacto. El abate Morpurgo reemergió oportunamente.

Su negro bonete de jesuita se recortó contra la pálida penumbra.

—*Bismillah!* —dijo a guisa de saludo.

—¿Está todo listo? —respondió en árabe el otro.

Evidentemente, se trataba de piratas de la Berbería, las últimas comadrejas del mar. El moro charló un minuto con el abate, y luego se llegó hasta Johnson, quien rumiaba sus oraciones matinales, entregado ya a una suerte que sabía nefasta. Aquel se arrodilló junto a la angarilla, y probó a levantarla, dándose cuenta de que necesitaba tres hombres para llevar a cabo el desplazamiento.

El moro se reincorporó y lanzó una pulla al abate.

—¿De dónde habéis sacado este hipopótamo?

—*Side* Saleem... —contestó Morpurgo, siempre en correcto árabe—. Eso que llamáis hipopótamo resulta ser el sabio más prolífico de Inglaterra.

Side Saleem el-Hasboun fue presa de una carcajada, su mandíbula moviéndose a manera de un cascanueces. Con todo, la efusión duró solo un rato. Su humor se deterioró repentinamente. Frunció el ceño, y se llevó una zarpa tostada a un riñón, estirándose atrás. Lucía cansado.

—Será vuestra culpa si el hombre gordo nos hace naufragar. No esperaba un lastre de este tipo. Mirad mi modesta goleta —dijo Saleem, y señaló con un índice hacia su velero de tres palos, un *schooner* robado a los insurgentes de América—. La embarcación apenas resistirá, hecha como está para los tiernos alisios.

XIII

Un corpúsculo se bosquejó bajo el cielo sin nubes. Al principio era solo una mancha elusiva, un átomo verde navegando en la nada, pero luego adquirió un volumen puntual. Uno de los marineros fue el primero en avistar el fenómeno, tomándolo por un meteoro, o por un reflejo diurno de Venus, o

tal vez por un pájaro fantástico, como el ave Roc de las *Mil y una noches*...

El marinero llamó al capitán de la nave, y señaló hacia el insólito evento celeste. Saleem el-Hasboun sacó su catalejo, lo enfocó tentativamente, y miró a través de él en la dirección aconsejada. No acababa de convencerse de lo que veía. Una barquilla de mimbre, tripulada por tres o cuatro personas, se mecía atada a un saco hinchado y redondo semejante a una ubre. El balón perdió altura poco a poco, trazando una lenta curva descendente.

La trayectoria del globo amenazaba con culminar justo sobre la cubierta de la goleta. O eso pensó Saleem el-Hasboun, a quien su experiencia como corsario, dentro y fuera de las Columnas de Hércules, jamás lo había preparado para un enfrentamiento con hombres volantes... Tornó a observar por el lente de aumento, y descubrió, para su asombro, que entre los tripulantes del globo había alguien cuya complexión era virtualmente idéntica a la de Johnson. ¿Un gemelo?, murmuró para sí mismo mascando un mal augurio.

Entregó el catalejo a su segundo de a bordo.

—Manteneos alerta —exhortó.

Entonces mandó abroquelar las velas y adrizar la nave. Un vozarrón gutural electrizó el ambiente, mientras el viento hacía bornear la barcaza a estribor. Del bote atunero, esfumado hacía poco, solo quedaba el vestigio de una red de pesca languideciendo entre las crestas de espuma... Se escuchó un disparo. Alguien acababa de descargar un pistoletazo.

Una fulminante pedrada cruzó junto a la oreja de Boswell, y atravesó el paño del globo. El balón pegó un tirón. Los ocupantes de la barquilla, incluida Hermione, se agitaron como un juego de palitroques.

—¿Habéis oído eso? —preguntó la chica.

Suspendido en la bruma marina, el aerostato perdía altura cada vez más rápido, gobernado por un atento y disciplinado Tytler. El piloto manipulaba una especie de hornillo alimentado por un tanque de gas rarificado.

—Espero que no nos acribillen —confesó Tytler.

Junto a él permanecía Boswell, vestido aún con el atuendo de montañés de las Tierras Altas. El otro inquilino no era otro sino el Viejo Archie, quien se había llevado los laureles en el concurso de imitadores de Samuel Johnson. Boswell echó un vistazo allá abajo, al tiempo que se tragaba un pujo de vértigo. Archie lo agarró por el hombro oportunamente, para evitar así que

una extraña inercia lo defenestrase. Hermione se acuclilló, abrazada a sus rodillas, presa de una súbita náusea.

Sobrevolaban la goleta a unas cien brazas de distancia. Asomándose por la borda del cesto, el Viejo Archie contempló las maniobras de la marinería. No tardó en distinguir una especie de fardo tirado sobre la toldilla. Hizo notar el bulto apuntando hacia él con un meñique imperioso.

—¡Mirad! —gritó.

Bozzy adivinó la identidad de aquel paquete con forma humana. Se trataba de Johnson. Amortajado sobre una angarilla. Amarras en pies y manos. Sí, era él.

Cincuenta brazas. Treinta brazas. Diez brazas...

—¡Agarraos a lo que podáis, caballeros! —gritó Tytler.

Producto de la tensión, el orificio de bala en el globo se había ramificado en una serie de rasgaduras. Uno de los aleteantes faldones cogió fuego en cosa de un segundo. Las llamas comenzaron a trepar por sobre el dorso de tafetán engomado.

Hermione acabó por vomitar. Llevaba encima una evanescente combinación en azul de Prusia. No había tenido tiempo de cambiarse, ni mucho menos de quitarse el antifaz, resuelta a inmiscuirse ayer noche, nada menos, en la fiesta de la Carlisle House. Como era de prever, el proyecto fue impedido por la oferta de un viaje en globo. La *coquette* había disfrutado hasta aquí del inaudito paseo aéreo. Oteó las lomas verdes de Kent, después los acantilados de creta, más tarde el negro oleaje del canal.

Berreó estridente cuando comprendió que se estrellarían.

XIV

Convertido en una especie de Ícaro, el aerostato cruzó en su caída junto a las velas del palo de mesana. El fuego se comunicó al trapo, y engendró una espectacular llamarada. Antes de que la barquilla del globo chocara contra la cubierta, la ignición había conquistado todo el velamen.

Los marineros berberiscos se abalanzaron fuera de borda, no obstante Saleem procurase impedir su evasión, esgrimiendo un látigo contra los desertores. Los latigazos castigaban la masa de aire caliente. Y aun lograban

acuchillar la espalda de alguno de los tránsfugas, sin lograr disuadirlos de emprender su escape a nado. Saleem blasfemaba destemplado, las arterias del cuello pulsando turgentes.

—*Airi fic!* («¡Joder!»). *Anta kalbee!* («¡Perros, eso es lo que sois!»).

Los aeronautas se incorporaron tras la caída del balón, y enfrentaron a los pocos tripulantes que aún ofrecían resistencia. Hermione recuperó el sentido no bien la barquilla dejara de rodar eslora abajo, pero aun así prefirió permanecer escondida. Se acurrucó dentro del cesto, camuflada hábilmente tras un rollo de lona, y se quedó allí, espiando las escaramuzas. Los moros se dispersaban en franca estampida, alarmados por la sacrílega irrupción del globo. Creían ser visitados por una patrulla de *djinn,* es decir demonios.

Saleem los azuzaba, látigo en mano.

—*Kess ihktak!* («¡Por el coño de vuestra hermana!»).

—La'a... La'a... («No. No.»).

—*Khaneeth!* («¡Maricones!») *Taala hona!* («¡Venid aquí!»).

El Viejo Archie inauguró la pelea atizando una cascada de guantazos contra un macilento mozo de cuerda, un pequeño moro con aspecto de lirón. Boswell se remangó y arregló su falda de tartán. Luego desenvainó su daga, empuñándola a la espera de un contendiente respetable.

Se irguió ante él, virtualmente salido de la nada, el corpachón de Caleb Dana, joven aprendiz de verdugo, poseedor de una beatífica cara de idiota, aunque sus manos eran capaces de descoyuntar un buey como quien rompía un mondadientes. Caleb era el brazo ejecutor del abate, obedeciéndolo con una piadosa ceguera. Boswell lo recordaba, claro que sí: ambos habían coincidido en el atrio de la embajada española... Sospechaba que Caleb ni siquiera sabía hablar. Mucho menos leer.

El idiota lanzó un puñetazo.

—Me lleve el diablo...

Buen golpe. Boswell lo esquivó con dificultad. Sabía que la próxima correría con menos suerte. Pero dudaba si debía emplear el puñal con el chico. Después de todo, Caleb no parecía un tipo desalmado, y además...

Negro. Todo se tiñó de negro. Seguro que Caleb le había puesto un ojo a la funerala. El impacto lo expulsó varios cuerpos atrás. Sintió un peculiar sabor a hierro adherirse a su paladar. Sangre. Y ahora su párpado: un élitro pesado, que pronto comenzaba a hincharse... Estaba en el suelo. Enroscado como una

oruga.

Entonces recibió un puntapié en el hígado. Pensó que debía devolver la cortesía. En su boca: primero sangre, luego bilis. Apretó el mango del cuchillo y dirigió su hoja hacia la pantorrilla de Caleb. El acero fue a clavarse en el músculo, penetrando tres dedos dentro de la carne.

Hubiera esperado un grito, una expresión de desgarro. Pero no. Caleb simplemente se dobló adelante y consideró la puñalada con sobrio estoicismo. Ni siquiera intentó extirpar la hoja. Boswell aprovechó para espabilarse y ponerse nuevamente en guardia, armado solo con sus puños. Caleb le brindó un expedito preámbulo punitivo.

Las lonas gualdrapeaban mientras ardían; solo quedaban en cubierta unos pocos hombres. Archie se batía a duelo con el capitán de la nave. El primero se había enrollado un jirón de vela en el antebrazo izquierdo, y espoleaba a Saleem con un arpón de tres codos de largo. El moro hacía zumbar las nueve colas del flagelo contra los oídos del Viejo Archie, pero su exorbitante peluca le prestaba, por fortuna, una eficaz protección.

No lejos de allí, Tytler intentaba rescatar a *Dictionary*, sorteando las últimas balas de mosquete. Su audacia lo condujo junto a la parihuela a la que había sido atado Johnson, hallándolo sumido en una densa siesta de opio. Se empeñó en quitar las amarras y después reanimarlo.

El septuagenario gesticuló y farfulló, huraño como siempre. Tytler se arrepentió de haberlo despertado. Pero lamentó, sobre todo, haberle tirado encima una cubeta de agua.

El erudito blasfemó. Recobraba sus facultades poco a poco. ¿Qué demonios hacía allí? Ladeó la cabeza a su izquierda. Apestaba a soga quemada. Pestañeó irritado. Su retina tardaba en acostumbrarse al exterior bochornoso, pero cuando lo hizo vislumbró una forma rosada y convexa...

Titubeó. ¿Era eso el culo de Bozz? Y de ser así, ¿qué se suponía que estaba haciendo en cuatro patas? La falda escocesa no alcanzaba a cubrir la circunferencia de su grupa. Johnson comprendió, alguien descargaba una paliza sobre su camarada literario. Se sobó las marcas de sus muñecas mientras intentaba levantarse, erráticamente al principio.

—Gracias, míster Tytler —declaró el erudito.

—De nada... El placer es mío —dijo Tytler.

—¡Pues bien! —suspiró Johnson—. Presumo que míster Boswell necesita

que le echen una mano. ¿Verdad?

Caleb persistía en su ataque. De hecho, ni siquiera advirtió que Johnson se aproximaba por detrás sosteniendo un madero. Segundos después, se produjo el esperado estallido de astillas. Las vértebras de Caleb campanillearon con un eco apagado. Su complexión se enturbió. Torció la mandíbula a un lado y después a otro. Se oyó algo semejante a un crujido de dados dentro de un vaso. Caleb se volvió lentamente, suspendiendo el castigo que ejercía sobre Bozzy.

Caleb no acababa de consumar la torsión cuando Johnson le propinó un sopapo con el dorso de la mano. Toda la acción se congeló repentinamente... Boswell explotó el receso en su favor para escurrir el bulto y cobijarse tras un barril de brea. Johnson abofeteó por segunda vez a Caleb, y después lo cogió por una oreja. Tiró del cartílago con violencia, obligando al cruel novato a agacharse de un lado, hasta casi hacerle perder el equilibrio.

Dictionary se conducía lo mismo que un tutor reprendiendo al gracioso de la clase. Comoquiera que fuese, la reacción de Caleb, pasiva y más bien púdica, terminaría por enternecerlo... Boswell se levantó entonces, volcando accidentalmente el barril de alquitrán. La sustancia reptó a través de la cubierta, borboteando con un desmayado apuro.

El chico, acaso no mayor de los dieciocho, tenía esa cándida, inocentona mirada de pobre diablo. Un simple idiota, terminó por deducir Johnson. Un fruto verde pendiendo del Árbol del Bien y del Mal... Seguramente había recibido su única instrucción junto a las Horcas de Tyburn, o en alguna cárcel flotante bajo el pabellón del Real Almirantazgo.

Johnson sonrió. Soltó la oreja de Caleb y despeinó su coronilla con una paternal caricia. Practicó con él una rápida y breve absolución.

—Suficiente por hoy, muchacho —murmuró entre dientes.

Hermione salió de su escondrijo en ese momento. Halló la cubierta semidesierta, el fuego menguando milagrosamente. El grupo de hombres se había arracimado en la toldilla. Se trasladó hasta ellos, caminando agachada, arrastrándose entre los saledizos de baos y obenques. En la barandilla de babor había una segunda persona. Se trataba de Morpurgo.

Él no podía verla, pero ella a él sí. Avanzaban en tren paralelo, sin que Morpurgo percibiese la sigilosa, agazapada presencia de Hermione. Poco después, en lo que se hubiera juzgado una intercesión tardía, la figura del

abate se condensó como un coágulo de tinta sobre un cristal.

Se exhibió ante sus enemigos.

El aro inferior de su sotana se había impregnado sin querer con el derrame de brea. A espaldas del abate ardían los jirones de vela sobre los palos desnudos. La goleta se bamboleaba con abruptos enviones.

—Henos aquí, caballeros —dijo Morpurgo.

La oscilación imponía una pesada coreografía a los ocupantes del bote. Torpe coordinación de pies; amagos para no resbalar y darse de bruces. El último marinero saltó por la borda y se perdió en una orla de espuma. La pelea entre el Viejo Archie y Saleem continuaba sobre popa.

XV

Un chamuscado retazo de lona mariposeó antes de tocar el tablado de cubierta. El abate se aclaró la garganta. Desde el sollado emergían cascabeleos de cacharros, aparejos, quincallas.

—Caleb es inocente de todo —protestó Morpurgo—. Os ruego lo soltéis. Es solo un pobre huérfano. Sin el menor conocimiento.

Ya veis, ni siquiera puede hablar. Adopté al chico hace algún tiempo... Ha resultado un buen ayudante. Hace todo cuanto se le ordena. No lo culpéis de haberme prestado auxilio.

—¿Y qué hay de la muerte de Charlie Dennys? —intervino Boswell.

El abate guardó un silencio aquiescente.

—Un mártir incidental. Claro, teológicamente hablando...

Hermione levantó su cabeza y después el resto del cuerpo. Sacudió su vestido, ejecutó una grave genuflexión y se santigüé ante el religioso. Su pulgar describió una cruz invisible.

Morpurgo reparó en ella con un escalofrío.

—Tú, tú... ¿Tú aquí? —articuló, lívido.

Boswell se sintió intrigado. ¿Acaso se conocían?

—¿Os habéis visto antes? —preguntó.

—Naturalmente —respondió Hermione con cierta insolencia—. El duque de Almodóvar arregló con mi cabrona una cita para negociar la entrega de mi virginidad. Fui conducida al lugar vendada, y después expuesta a las palpaciones del duque, si es que de él se trataba, pues lo cierto es que

permanecí todo ese rato a ciegas. Oía voces en otro idioma, sospecho que en español.

—Tú, tú, tú... —no cesaba de repetir Morpurgo.

—En efecto, poco antes de ser despedida, la venda se deslizó accidentalmente, lo que me permitió ver el rostro del abate. Me enteré, horas más tarde, de que el duque había rechazado la cifra que postulara lady Octavia, cuestión que atribuyo a la tacañería del cliente. Supongo que de todas maneras mi comprador debía ser un carcamal libertino, de esos con blanduras seniles colgando aquí y allá.

—¿Erais la primera?

Hermione negó con la cabeza.

—Existía una lista. Hubo otras chicas como yo. Las sobrinas del duque.

Morpurgo enmudeció, ignorando, para su inminente desconsuelo, que la sotana empezaba a arder. Con su típica expresión dispéptica, Johnson se rascó un flemón del cuello: se preguntaba si el abate se daba cuenta de que estaba en trance de convertirse en una antorcha humana.

Al cabo de un rato, las llamas viboreaban bajo la cintura del abate. Pese a todo, Morpurgo no parecía advertir su estado. Deambulaba a los tumbos, el pellejo ampollándose y achicharrándose. Sacó un rosario y se pasó las cuentas por los dedos, desafiando los progresos de su propia combustión.

El abate vaciló al dar una zancada más, y se quedó como ponderando la gravitación de su pie. Había terminado por acorralar al resto del grupo.

Brazas más allá, Archie se las arreglaba de maravillas con el capitán de la nave: había logrado quitarle el látigo a Saleem, y luego amarrarlo con este. En la práctica, su osadía lo llevó a aupar a Saleem del piso y cargarlo por encima del hombro.

Saleem vituperaba en árabe mientras el Viejo Archie lo acarreaba como si se tratara de un rollo de alfombra. De camino a la popa, el gemelo de Johnson no pudo evitar ver al abate arrodillarse y entregarse a una intensa oración, las llamas cercándolo y subiendo hasta su bonete. No transcurrió mucho antes de que un agónico abate se reincorporara, avanzara hasta la borda y se arrojara al agua. La nave borneó levemente en torno del ancla.

Todo sucedió en cosa de un chasquido de dedos. Para cuando Johnson se precipitó a constatar la inmersión del religioso, este se había convertido en un peso muerto descendiendo en línea recta. Jirones de la sotana sobrenadaban

en torno al círculo de la zambullida.

XVI

Abandonaron la goleta, trasladándose en grupo a un bote auxiliar, en realidad el único disponible. Al cabo de poco, el bote se separó de la goleta con rítmicos golpes de remo. Desarbolado, tumbado al garete, el *schooner* del moro Saleem cabeceaba con su solitario capitán erguido sobre el bauprés, una mano agarrada a la jarcia del foque. La barba gris, ahorquillada, trepidaba al viento.

Junto a él se alzaba, investido de una rara inmunidad, como si nada en el mundo lo afectase en serio, el joven idiota, Caleb Dana. Obviamente, Saleem no tendría más opción que emplearlo como grumete, aunque Caleb no parecía un candidato muy prometedor para el retorno a Argel. Ambas siluetas se empequeñecieron y difuminaron a medida que el bote a remos ganaba distancia.

Archie, el doble de Johnson, era quien se encargaba de la boga. Enfrentados especularmente uno al otro, ambos hombres se sostuvieron la mirada largo rato, midiéndose de hito en hito. Archie empuñaba los remos, haciéndolos rotar plásticamente a través de los oxidados anillos. Sus brazos se abrían y estrechaban, y volvían a abrirse, alcanzando una majestuosa envergadura.

Boswell, Hermione y Tytler se apiñaban entre ambos gigantes, los codos clavándose en las costillas ajenas. Johnson iba sentado en el banco de proa, de espaldas a lo que, media jornada después, resultaría ser la costa inglesa.

—Nos turnaremos en los remos —anunció Johnson—. Deseo probar a mi gemelo, que incluso en eso —dijo y apuntó a Archie— soy mejor que cualquiera.

Boswell buscó el norte haciendo visera con una palma. Se levantó y se sentó nervioso, tenía la sensación de haber sido burlado más allá de lo debido.

—De suerte que —se dirigió a Hermione— vos erais Luscinda.

—Yo o cualquiera de las sobrinas del duque.

—¿Fue a vos a quién vi por la cerradura?

—Puede ser. Pero recordad que estaba vendada.

Johnson entrechocó sus nudillos. Boswell suspiró.

—¿Era el abate entonces quien siempre escribió aquellas cartas?

Boswell cabeceó consternado. Notó que *Dictionary* escondía algo bajo la chaqueta, quizá la vieja pistola averiada. Un chillón florecía sobre una de sus sienes. Una mancha malva, cerúlea.

—Luscinda era él... —dijo Boswell, y chasqueó la lengua—. Siempre él. ¿Cómo pude? ¡Enamorado de un fraile!

Johnson hizo chistar su pulgar contra el dedo del corazón.

—Está claro —dijo triunfal—. Morpurgo creó a Luscinda para tener puesto un ojo en Charlie. Una creación literaria, en cierta forma. El teatro en la vida real, ¿no es así? Después de todo, siempre nos enamoramos de fantasmas. ¿Por qué habríamos de sorprendernos? El amor es otro doble. Un segundo yo que inventamos para salir del nuestro. Un sueño. Un velo que al mismo tiempo nos brinda ceguera y luz.

Los remos entraron de sesgo en el agua verde, espesa de sombras. Boswell sacó una diminuta lima y se pulió las uñas mientras silbaba.

SEXTA PARTE

I

Ladridos en la noche estival. La luna boyando sobre los miserables techos de Moorfields a semejanza de una gran rueda de queso Cheddar. Dos pupilas de burdel limpiando el soportal de una casa pública. Una, la más alta, tirabuzones pelirrojos saliendo de la cofia almidonada, se incorporó para ir a buscar dos cubos de lejía. Sonoros baldazos sobre la entrada del prostíbulo. Chapoteos. Risas femeninas. El eco de los perros, más fuerte ahora, anunciaba el arribo de un carruaje.

No lejos de allí, ocho herraduras machacaban la densa gravilla. Un látigo restalló sobre las crines de un par de caballos. Los pobres brutos redoblaron el trote, y el cochero se empinó audaz sobre el pescante. Dirigió entonces el látigo contra la jauría que asediaba los flancos del carruaje. Hirió a un perro justo en la oreja, el que se alejó gimoteando, la cola caída y menguante. Soltó riendas.

Como careciera de capota, el faetón era más fresco de noche que un carro ordinario. Sentados atrás, Johnson y Boswell viajaban en silencio, arrullados por el monocorde tañido de las herraduras. Acababan de salir de la barbería, en donde habían sido rasurados, empolvados y perfumados, cepillados sus trajes y pulidos botones y hebillas. Johnson, en particular, lucía como rejuvenecido.

Despachaba media libra de cerezas, escupiendo las pipas por sobre la portezuela del coche. Ofreció un puñado a Bozzy, quien rechazó la invitación sacudiendo su quijada. El escocés iba de punta en blanco, la coleta rizada elegantemente al estilo de un rabo de puerco, deleitándose por anticipado del estreno de su adaptación del *Cardenio* en lo de lady Octavia.

Inhaló una brizna de rapé, y observó a los enjambres de típulas, toda una plaga ese verano, titilar bajo la luz de luna. Charcos de orina fermentaban repartidos esquina de por medio; restos de verdura podrida se acumulaban en la calzada. El faetón torció por una sórdida callejuela, avanzando a trompicones. Se respiraba un vapor tibio y dulce.

—¿Pensáis regresar a vuestra finca en Escocia?

—Oh, señor. Aquello es solo un páramo helado. Un propietario rural, habiendo conocido los placeres de Londres, termina acongojándose y llenándose de *ennui* al ver sus propias tierras. Conque muy pronto tiene locos deseos de colgarse de uno de los árboles de su plantación, y esto mucho antes de que den fruto. Mi hipocondría siempre está dispuesta a deslizar una soga en mi cuello.

—Dos payasos melancólicos. Eso somos, Bozzy.

Boswell convidó de su picadura a Johnson.

—Recordad además que estoy en bancarrota.

—Cosa que suelo olvidar —consideró indulgente Johnson.

Un relincho desgarró el pesado éter de la noche. *Dictionary* pellizcó una pizca de rapé, y la introdujo en una fosa de su nariz. Sintió una gratificante irritación en alguna recoleta cavidad de su cerebro. Se chupó un pulgar y peinó sus cejas. Los insectos zumbaban con fastidiosa ubicuidad.

—Sé que preparáis mi biografía, cuestión de la que no soy capaz de disuadiros. Sin embargo, os rogaría no incluir la peripecia del *Cardenio.* Empezando por el pie mutilado de Charlie Dennys. Además, ¿quién se tragaría toda esa historia? Un caótico complot de cervantistas ingleses, con la armada de 1779 como telón de fondo... Tan solo imaginad: ¡el aeróstato de Tytler sobrevolando el Canal de la Mancha! Y para colmo un oso salvaje.

—¿Salvaje? ¡Oh, no! Vadim se ha civilizado notablemente. Ha dejado el opio por el clarete. Ahora bien, en cuanto al globo...

—Hablo en serio, Bozzy. ¿Me lo prometéis?

—¿Qué, señor? ¿Silenciar nuestra aventura?

No hubo respuesta. Johnson se puso lívido, y cascó sus muelas ominosamente. Se embarcó a continuación en una espasmódica pantomima, afectado sin duda por el picor del rapé. Manoteó en el aire, se palmoteó los carrillos, resopló batiendo los labios, pataleó furioso, y luego, describiendo un amenazador arco con su brazo derecho, abofeteó a Boswell lo bastante fuerte como para arrancarle una lágrima.

—¡Señor! Exijo os retractéis.

—Ha s-s-sido un terrible e-e-error.

Johnson se calmó poco a poco.

Suspiró y estrechó la mano de su amigo.

—Los nervios me traicionan —dijo—. Pero vamos, confesadle a este

vejestorio, ¿es cierto que habéis invitado a Eleanor Lissander, la casera de Charlie?

—Cupido no trabaja tan rápido como este humilde servidor. ¿Eleanor? Claro que sí. ¿Qué esperabáis? Hoy debuto con mi montaje del *Cardenio* de Cervantes. Y deseo que mi mejor amigo tenga con quien cuchichear durante los entreactos. ¿Hago mal?

—Sois muy gentil. No obstante, volviendo a cuanto os decía... Ignoramos si la conspiración de Morpurgo sigue operando en las sombras. Aun más, es muy probable que al consagrar la maldita historia en ese futuro texto vuestro, y con esto me refiero a la *Vida de Johnson,* reaniméis de algún modo a los zelotes del abate... Él mencionó que muchos, cientos o miles, militaban en su causa... No quisiera que fuésemos herramientas involuntarias de su designio. ¿Verdad?

—Comprendo. Pero os equivocáis...

—Os escucho.

Boswell apuró una mueca entre sardónica y boba.

—¡Vadim se ha civilizado más que nadie!

—Cerrad el pico, Bozzy. Las brumas de Escocia os han entumecido el seso.

El carruaje hizo un alto en una encrucijada. Una tambaleante figura surgió desde el luminoso vano de una taberna. El espectro traía una diminuta peluca de *macaroni* sobre la cabeza cuadrada y un tanto bovina, además de un gabán color arándano, raspado en los codos al extremo de la transparencia. Endilgó hacia la portezuela del vehículo, no sin antes devolver sus tres últimas comidas en plena calle, agachándose y borboteando como una gárgola.

—¡Por fin, *signor* Baretti! —dijo Boswell.

—Cerrad el pico —censuró Baretti, limpiándose con una manga—, y ayudadme a subir. ¡Pronto!

Johnson se precipitó en auxilio del grafómano italiano. Cogió a Baretti por las solapas del gabán y lo haló adentro, suspendiéndolo a un palmo del suelo. Baretti se quedó pedaleando en el vacío, sin lograr fijar el pie en la zancajera del carruaje. Un instante después, reptaba despatarrado sobre el asiento del coche. Se apretujó entre los dos viajeros, dirigiéndole a Boswell una mirada de basilisco, más que todo por no faltar a la costumbre. No acababa de acomodarse cuando recordó que Tom oficiaba de lazarillo esa noche.

—¡Tom! ¿Dónde está Tom? Tooooom... *Dove sei lei, amici?*

El mandadero de Johnson se enderezó de un brinco, saludando a Baretti desde el pescante. Hacía el viaje junto al conductor, en la esperanza de que este le pasara por un rato las bridas del coche. Fíuuuuu, fíuuuuu... Tom silbó entre dientes, y luego tornó a sentarse. Chocó sus zuecos entre sí.

—Conque somos cuatro —calculó Baretti arreglándose la peluca.

Dictionary golpeó cordialmente la rodilla del italiano.

—¿Y quién os ha intentado envenenar ahora?

—¿Envenar? ¡Muchos quisieran eso! Empezando por el infame reverendo Bowle, supuestamente el más prolijo editor de Cervantes... Vi al reverendo Bowle en una taberna en Holborne, junto al capitán Crookshanks y media docena de hispanistas diletantes, a propósito de la inminente publicación de su *Don Quixote,* revisado y corregido. Comoquiera que fuese, me asombró que el reverendo Bowle no hablara ni una jota de castellano. ¿Iba a creerle yo a un tipo así? Actualmente preparo un vitriólico panfleto contra él.

Baretti recobró algo de su primitiva sobriedad.

—Oí que disteis un paseo en bote —mencionó al pasar—. Me refiero a los dos.

Johnson sonrió. Se llevó una mano a su reloj. Una protuberancia con forma de almeja a la altura del bazo. Debía cerciorarse. La máquina tictaqueaba saludablemente. Nueve en punto. Le bastaba tocar allí encima para saber qué hora era. Sin ojos.

—¿Bote, decís? Oh, nada digno de contar —mintió—. Un laberinto de pistas falsas. Lo de siempre: si no me dejara llevar por los entusiasmos de Boswell... ¡En fin! ¿Alguna novedad de vuestra parte?

Baretti se percató del chichón que traía Johnson junto al hueso temporal.

—¿Y eso?

—¿Qué?

—Eso —insistió Baretti—. ¿Habéis estado boxeando?

—No realmente. Me di con el palo de un rastrillo —discurrió.

Baretti mugió escéptico. Se volvió hacia Boswell.

—Se rumorea que hoy estrenáis vuestro *Cardenio.*

—Es solo una función privada. Imaginaos. ¡En un burdel!

El italiano titubeó. Algo zumbaba muy cerca, pero no acertaba a pillar la fuente del ruido. Paralelamente, el carruaje penetró en una plazoleta con los

adoquines salidos. Las ruedas traquetearon, las ballestas gimieron.

—No os mováis.

Boswell experimentó una punzada de calor en su mejilla izquierda, donde todavía tenía marcada la manaza de Johnson. Tardó en convencerse de que el italiano le había atizado otro guantazo, y para colmo en el mismo sitio. Se aprestaba a demandar satisfacción por la ofensa recibida, proponer un duelo o algo por el estilo, cuando su agresor le enseñó el interior de su palma. Un zancudo se debatía agónico entre los dedos de Baretti.

—Un maldito mosquito, amigo mío.

—Gracias, pero tal vez...

—*Prego, prego.* No ha sido nada —Baretti rumió con aire de perdonavidas, mientras se limpiaba la sangre de la típula en la felpa del asiento. Un churrete de linfa amarilla, casi fosforescente, brilló sobre los nudillos del italiano.

Los caballos relincharon y piafaron.

—Ormai siamo arrivati?

—Sí, señores... —sentenció Johnson—. Hemos llegado.

El carruaje se bandeó de un lado. Los hombres descendieron en tromba, Tom haciendo las veces de vanguardia. El pavimento estaba jabonoso, anegado de una marea espumosa. Boswell y Baretti saltaron sobre los adoquines más altos, evitando mojarse.

Las ventanas del burdel arrojaban un resplandor acuoso. La pelirroja Jane salió al encuentro de los distinguidos parroquianos, cargando aún con un cubo de agua. Johnson se rezagó para pagar al cochero, a quien despidió con un flameo de su tricornio, no sin antes poner entre los belfos del caballo un terrón de azúcar. El conductor volvió grupas y se perdió en una cálida tiniebla.

Dictionary se reunió con los demás en el soportal del burdel. Un moribundo seto de aligustre defendía la entrada del prostíbulo. Los mosquitos revoloteaban por doquier. Debía ser su época de celo, pensó Johnson mientras saludaba a las jovencitas.

—Buenas noches, Jane... Buenas noches, Mary...

Jane y Mary ensayaron una venia, prosternándose al mismo tiempo.

—Vuestros sombreros, por favor —dijo Jane.

Los tricornios se amontonaron sobre los brazos de la chica.

—Seáis bienvenidos —añadió Mary ahogando una risilla.

Tan pronto entraron, el gordo erudito llevó aparte a Bozzy. Escupió una pipa de cereza dentro de un jarrón puesto sobre una rinconera, junto a un conjunto decorativo de loza azul de Wedgewood.

—¿Se nota?

—¿Qué?

—Pues mi chichón.

—Oh, eso. Dejadme ver.

Boswell inspeccionó la lesión. Suspiró pesimista. El maquillaje proporcionado en la barbería no había sido suficiente. Exhumó desde un bolsillo una esponja con talco. Se alzó en puntillas para empolvar el absceso. Un retoque más, y habría terminado. Sopló delicadamente sobre su obra maestra.

Johnson miró su reloj. Nueve y media.

—¿Todo listo, Michelangelo?

—Perfectamente.

—¡Bien! Ahora sé que podríais hacer fortuna como maquillador de cadáveres.

—¿Andando, señor?

—¡Andando!

Siguieron juntos. Tomados del brazo.

—Esta versión vuestra del *Cardenio...,* ¿incluye desnudos?

II

Franquearon un dosel, y entraron en un recinto vaporoso, dotado con un bufete de frutas y media docena de sillas. El apolillado mobiliario había sido hábilmente enfundado en muselinas de rojo cochinilla, con objeto de brindar una impresión lujosa o al menos exótica. Lady Octavia se apropincuó modosilla, vestida únicamente con un peplo de gasa traslúcida.

La alcahueta extendió su diestra a *Dictionary*.

—Beso vuestra mano, madam —dijo Johnson.

Octavia flexionó una anquilosada rodilla.

—Míster Boswell... —murmuró coqueta.

—El placer es mío, madam. ¿Tytler ya está aquí?

El aludido respondió a la invocación rápidamente. Su calva jovial, enmarcada en dos aletas de pelo rubio, asomó por detrás del hombro de lady Octavia. Presentó sus respetos a Johnson y Boswell, deslizando en el apretón de manos una contraseña masónica que tomó por sorpresa al primero. Tytler mordía algo parecido a un trozo de pepino.

Se mostró entusiasta.

—¡Tenéis que ver el teatrillo que he construido!

La proxeneta fingió bostezar. Recogió un faldón de su peplo, haciendo pinzas con dos crispadas falanges. La maniobra pretendía llamar la atención sobre el decorado de su pubis, depilado, pintado con tinta índigo, y crudamente expuesto. Asaltó a Bozzy justo cuando este miraba hacia el triángulo invertido.

—Pícaro —susurró al oído de Boswell—. Lo he coloreado a la manera escocesa, ¿qué opináis?

Bozzy reculó y cambió de tema.

—Oh, sí. El teatrillo. *Cardenio.* Mis actrices. ¡Muy bien, Tytler! Iré con vos. Enseñadme los prodigios que puede llevar a cabo vuestra tramoya. En efecto, siempre supe que eráis un genio mecánico. El Leonardo de la futura Edad del Vapor. ¿Nos acompañáis, Johnson?

—Si a madam no le molesta, pues sí, claro. ¿Pero adónde?

—Por acá —dijo Tytler.

La alevosa deserción estropeó el buen humor de la alcahueta, aunque solo por un momento. Brazos en jarra, vio alejarse al grupito con Tytler a la cabeza. El inventor llevó a los huéspedes al extremo contrario del salón, en donde había erigido algo así como un retablo de Navidad.

El tinglado poseía plataformas levadizas, juegos de bambalinas, e incluso una concha para el apuntador. Las dimensiones de la estructura recordaban las de una casa de muñecas. Tytler se arremangó. Entrelazó sus dedos. Una ola de orgullo le infló el pecho.

—¿Y qué os parece?

—Maravilloso —declaró Johnson.

Un soterrado ruido los interrumpió en ese instante. Los hombres se miraron entre sí. Hermione salió por una trampilla, y avanzó gateando hacia ellos, ataviada como una doncella medieval. Se acuclilló.

—*Hullo!* —saludó achispada—. ¿Caballeros?

—Conque eras tú, Herm —dijo Boswell.

—¿Venís a ver la obra, verdad?

—Naturalmente —contestó *Dictionary*—. A ti y todo el elenco.

Hermione aplaudió nerviosa, el rostro pavonado de afeites.

—Mary será Cardenio; Bets, don Fernando; Jane, Dorotea; y yo, Luscinda. Pam actuará por turnos el resto de los demás personajes. Habíamos discutido incluir como carácteres a don Quijote y Sancho Panza.

—¿Es en serio? —barruntó amigablemente Johnson.

Herm cruzó sus piernas, y se sentó a la turca.

Se miró en un espejito portátil.

—Pensábamos —dijo— proponer a vosotros dos ambos papeles.

Johnson se sobresaltó. Temía que lo asaltara una de sus típicas convulsiones. Excepto como espectador, no tenía la menor idea de cómo pararse sobre las tablas de un teatro. Mal que le pesara, seguía siendo el tímido de siempre, sobre todo tratándose de mujeres. Un torturado sensualista. Solo era cuestión de hacer memoria... La última vez que se codeara con tantas jovencitas, y en formas no menos reveladoras, había sido en los camerinos de Drury Lane, cuando el actor David Garrick lo invitara tras bastidores. ¡Jamás olvidaría aquella inoportuna erección en presencia de actrices y coristas! Pero entonces era joven, y en cambio ahora... ¡Qué maldito chascarrillo protagonizaría! Materiales para la crónica íntima de Boswell. Eso era seguro.

—¿Actuar con vosotras? Ni hablar, Herm.

Hermione giró su espejito, y encuadró el rostro del sabio sobre la hoja de azogue. Johnson gesticuló avergonzado ante su propia imagen. Setenta años. Escrofuloso. Afásico intermitente. Miope de un ojo. Viudo de una mujer dos decenios mayor. Protector de gatos, huérfanos y negros. Crónicamente pobre hasta su pensión por gracia del rey. Su corazón se reblandeció. O bien alguien había derramado por accidente una copa en su camisa.

—Tal vez para una próxima vez, Hermione.

La chica rio, se levantó, hizo una pirueta, y se escurrió por la misma trampilla de un principio. Pero Johnson seguía sintiendo esa rara delicuescencia. Se viró hacia Boswell. Este sostenía una copa vacía. Y se empeñaba en secar la pechera de *Dictionary* con un paño.

—¿Sois vos el culpable?

—Solo un poco de sal para quitar la mancha de ponche. ¿Eh?

Boswell se dirigió a Tytler.

—¿Nos excusáis?

El tándem enfiló a continuación hasta el bufete de fruta. Una sopera para ponche dominaba la mesa, con su parafernalia de cucharones y pocillos estañados. Bozzy se abalanzó en procura de un salero, mientras Johnson reiniciaba su ajedrez verbal con Baretti. El virulento cervantista blandía el cucharón a la manera de un profesor de florete.

Dictionary se sirvió un poco de la mezcla.

—Vos y vuestros amigos hispanistas —increpó sutilmente— habréis de festejar cuando un escuadrón de toreros desembarque por fin en Dover. Cuando esto suceda, todos leeremos *Don Quijote* en el original. Ja, ja.

Baretti no demoró en picar el anzuelo.

—Soy un huésped leal de Inglaterra, señor mío. Ahora bien, en cuanto a los toreros... ¡Pues brindo en su honor! —dijo y levantó su copa—. ¿Qué decís a eso?

—Y yo brindo en honor de la próxima rebelión de negros en América. Que arrasen con los malditos colonos. ¡Al diablo con esos quejicas!

Entretanto Boswell espolvoreaba a Johnson con un salero.

—Veo —observó con sorna el italiano— que vuestro querido y servicial Acates os sazona como a una chuleta. ¿Más ponche, Johnson?

Dictionary se echó al coleto su primera ración.

—¡Nada mal! ¿Qué tiene? —dijo, y paladeó el espíritu de la bebida.

—Preguntadle a míster Boswell. Es su receta.

—¿Bozzy?

—*Whisky*. Zumo de lima. Una pinta de agua y otra de melaza. Sin contar lo esencial: mi especie o condimento secreto.

—Mientras no sea sal de mesa —se burló Baretti.

—No hagáis caso, Bozzy.

Johnson percibió un cosquilleo en torno a sus mejillas. Probó a espantar un imaginario mosquito. Poco después el cosquilleo cobró una forma tangible. Alguien se le había acercado por detrás y cubierto sus ojos. Dos manos leves como pétalos fueron a posarse sobre unas cuencas nictálopes y correosas.

¿Sería una de las internas del burdel? Tomó ambas muñecas, y las besó justo sobre aquella vena con aspecto de horquilla. Se volteó para ver: la atrevida no era otra sino Eleanor Lissander. Retuvo sus manos, y acarició la nervadura venosa con sus pulgares.

—Vos aquí. ¡Qué sorpresa!

—¿Sorpresa? —replicó Eleanor, y después buscó a Boswell con la mirada.

—Perdón —dijo el escocés—. Soy el dramaturgo de la obra, y creo que mis actrices me reclaman. Será para otra vez. *Signor* Baretti, ¿venís conmigo entonces? ¡Tytler! ¡Tom! ¡Hermione! ¡A sus puestos... !

Boswell se borró del lugar de inmediato, lo mismo que Baretti.

—¿Ponche, querida Eleanor? —preguntó Johnson.

—He venido a agradeceros —dijo la casera de Charlie.

—¿Agradecer? Creo no merecer tal distinción. ¿Dos cucharadas de ponche? En todo caso, guardad vuestra gratitud para míster Boswell. Él fue el de la idea.

—Vuestra reserva os distingue, míster Johnson. ¿Puedo llamarlo Samuel?

—Sam estará bien. El viejo cascarrabias del 8 de Boult Court. ¿Brindamos?

—Brindemos, Sam. ¡Por el futuro!

—Madam. Teniendo setenta años como yo, mi único futuro es la posteridad. O bien el simple epitafio.

—Hablando de lo cual... —vaciló Eleanor.

—Decidme. ¿Habéis recordado algo?

—No, nada —ella mintió—. ¡Por la amistad! ¡Por el amor!

—¿A-m-m-m-mor?

—Tartamudeáis. ¿Buen o mal augurio?

III

Tom se paseaba con una matraca en medio salón. El tableteo del artilugio volvía inaudible hasta el propio pensamiento. El chico le daba vueltas por su eje a una rueda dentada, cuyas aspas internas producían un bullicio atronador. Aturdido, Johnson se rascó su peluca de cerda de cabra, cuando en verdad lo

que le picaba era su cabeza.

Tom rugió con una voz llena de gallitos:

—Escoged vuestras sillas. La función está por empezar.

Integrada por Johnson, Eleanor, Baretti y el propio Boswell, la claque se sentó en cosa de un segundo, y en ese mismo y exacto orden. Previamente, Tom había abandonado su matraca y ocupado una de las sillas. Ya sentado, volvió a entrechocar sus zuecos. Y sorbió sonoramente su copa de ponche. Los otros lo imitaron.

Desenganchando paulatinamente una cuerda lateral, Tytler hizo descender el candelero del techo hasta que tocara el suelo. Lady Octavia acudió entonces para apagar las velas con el cucharón del ponche. Hecho esto, el candelero ascendió con un chirrido de poleas. Candilejas de aceite vibraban sobre el minúsculo escenario.

Telón arriba. Mary en el papel de Cardenio.

—Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores de Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza...

No había transcurrido un cuarto de hora, cuando Boswell notó que alguien le palmoteaba el hombro. El soliloquio de Mary, barba postiza y harapos, se desarrollaba formidablemente; la irlandesa sabía hacer lo suyo. Una bambalina con la Sierra Morena pintada en ella, que más recordaba los paisajes de Uccello, con colinas faceteadas y un cielo color manteca, completaba la atmósfera. Y sin embargo...

Otro golpecito.

—¡Pssst! ¿Bozz?

Boswell se agachó para mirar bajo las patas de su silla. Zapatillas floreadas, medias color limón. Excepto por él, nadie había advertido la sigilosa gravitación de Hermione entre el público. El dramaturgo se echó atrás y miró de sesgo, aguzando el rabillo del ojo. Sintió que tiraban juguetonamente de su coleta.

—¿Herm? —susurró—. ¿No se supone que debieras estar allá, y no aquí?

—Me han robado el papel, Bozz.

Cayó una nueva bambalina. Interior de un castillo.

—Me lleve el diablo —blasfemó en sordina Johnson.

En vez de Hermione, era lady Octavia quien representaba a la heroína de Cervantes. Vestía aún su elocuente túnica, la que delataba unas gorduras como irisadas, plenas y elásticas. Se la oía plañir, vagando entre las tramoyas y declamando con amplios aspavientos, coronada por una guirnalda de prímulas nupciales. Cuando se encontró con Cardenio, resultó que Luscinda triplicaba en peso a su pobre *inamorato*, encarnado por la tenue y levitante Mary O'Mally.

Sentados a un palmo uno del otro, *Dictionary* dio un codazo a Bozzy. Un mosquito auténtico mariposeaba sobre su peluca de cerda de cabra. Espantó a la típula, y luego bisbiseó exasperado:

—¿Qué demonios sucede?

Hermione inmiscuyó su cabeza entre las de Johnson y Boswell. Sus sienes se tocaron y separaron alternativamente. Herm habló por lo bajo:

—Lady Octavia amenazó con cancelar la función si la sacaban del reparto.

—¿Es eso cierto? —murmuró el sabio.

—No intentaría poner a prueba a madam. Cuando se disgusta es peor que las arpías en los dibujos de Hogarth. Echa humo por orejas y narices. Un maldito dragón, ya podéis apostar.

—Para colmo —dijo Boswell— le adeudo unas cuantas guineas a lady Octavia. ¿Pero es que realmente actúa tan mal? Bien, tal vez podamos sufrir el numerito. No es una obra muy larga, ¿sabéis? Inoculadme una cuba de ponche, y mañana no recordaré este negro fiasco. Además hay casos peores. El actor George Farquhar asesinó a un colega por equivocarse al emplear una espada auténtica por una de utilería. Eso sí que es mala pata. ¿Eh, Johnson?

—Ordenad a míster Tytler que baje la cortina.

—Perded cuidado: yo me encargaré —dijo Hermione.

Se abrió un interludio. La claque se disolvió y se dispersó en torno a la mesa de fruta. Eleanor se precipitó puntillosa sobre un monstruo acorazado de escamas, empenachado con unas hojas como lanzas. Antes de atacar su pulpa amarilla y fresca, pidió ayuda a *Dictionary* con un índice interrogador.

—Una piña —explicó Johnson—. Los trópicos, Eleanor. Muy lejos de aquí.

El interludio se prolongaba amenazadoramente. Baretti sostenía un melón de olor como si fuera el cráneo de Hamlet. Sonrió a los demás comensales con aire arcano, y atravesó el melón con la daga que escondía bajo su manga.

—Morid, reverendo Bowle.

Johnson creyó oír algo que no debía. Tom pasó corriendo con un inverosímil rollo de soga. Boswell reapareció, se asomó a la fuente de ponche, y vertió un chorro de *whisky* desde su botellín. El telar del teatrillo crepitó premonitorio. La claque retomó sus posiciones.

Telón arriba. Nuevo decorado. El lienzo de la bambalina onduló insinuando la agitación de las actrices. Lady Octavia entró en escena. Llamó a grandes voces a don Fernando, su prometido a la fuerza. Don Fernando se presentó. No era Bets, la chica rubia y esmirriada, tal como estaba planeado. Era un don Fernando hirsuto, cuadrúpedo, pringado de melaza en zarpas y hocico. Luscinda, es decir lady Octavia, pareció volatilizarse en un estrangulado alarido. Acabó desmayándose.

El corpachón de Octavia no se había desplomado del todo cuando desde el cielo del tinglado descendió Hermione atada a un arnés, en vilo. La boya humana zigzagueó dándose de bruces contra los flancos de la estructura. Hermione hizo unos cuantos molinetes por encima del oso Vadim, y después se estrelló contra la bambalina, arrastrando en la colisión los bastidores del teatrillo. Este chirrió por sus cuatro costados, y se vino abajo como un castillo de naipes.

Mary, Bets, Jane y Pam escaparon semidesnudas, sorteando la lluvia de escombros con saltitos histéricos. Las candilejas murieron con un suspiro de aceite quemado. La oscuridad fue instantánea.

—Problemas, Bozzy.

—Discrepo, querido Johnson.

El oso se paró en dos pies y berreó con las fauces desencajadas, no precisamente del mejor humor. Su pelaje se tornó híspido, con un voluptuoso brillo de cobre. Hermione continuó oscilando a manera de un péndulo. Lady Octavia izó una errática pierna desde su lecho entre cascotes y vigas rotas.

—Veis algo allí, Bozzy.

—No, en absoluto. ¿Estáis con miss Lissander?

—Tengo su mano —dijo Johnson.

—Es mi mano —dijo Baretti—. Y la apretáis.

—¡Eleanor! —llamó *Dictionary*—. ¿!Miss Lissander!?

—Acá, Sam. Junto a la mesa.

Alguien percutió un yesquero. La fricción engendró una pequeña llama danzante. La lengua de luz lamió el rostro de Tytler, sumiéndolo en un tétrico claroscuro. Elevó el yesquero sobre el eje de su nariz. La llama se reflejó sobre su calva pulida, abombada y tersa como el dorso de una cuchara. Los invitados se reconocieron en un circuito de miradas.

Todos estaban allí excepto Vadim.

—¿Algún herido? —preguntó Tytler.

Lady Octavia se reincorporó contoneándose. Dio un par de pasos hasta una otomana, y se derrumbó exánime sobre los cojines de arabescos. *Eppur si muove!,* pensó Baretti viendola trastabillar de camino al decrépito diván; luego escondió un cuarto de melón en su bolsillo... Hermione había aterrizado sobre el bufete de fruta: convalecía de su vuelo sentada literalmente sobre la sopera del ponche. El oso parecía haberse escabullido, cuestión que a todos reconfortó.

Tytler llamó con su palma.

—Pronto darán las doce. Una hora propicia.

El ingenioso calvo, todavía en los treintas, orientó el nimbo de su yesquero hacia la puerta que daba al corredor. A otra señal suya, las chicas y los demás invitados formaron una fila. La comitiva cruzó bajo el dosel de la puerta y se aventuró galería adentro, imitando la marcha de una oruga medidora. No tardaron en llegar al jardín interior de la casa.

Los botones de rosas de té se oreaban bajo una noche sin viento.

—Las doce —corroboró Johnson, poniendo en ángulo su reloj para captar un espejeo de luna. No contento con eso, pegó tentativos puntapies a unos cilindros de papel que descansaban a ras del piso—. ¿Una hora propicia para qué exactamente?

Tytler se hincó para tomar uno de los cilindros.

—Gracias por preguntar, míster Johnson.

Guió la llama del yesquero hacia la mecha de uno de sus farolillos volantes, dotado de una pantalla de tubo cerrada por arriba. Alumbró el filamento. Este comunicaba con un tanque del tamaño de una polvera, lleno de grasa sublimada de ballena. El farolillo se hinchó y resplandeció. Tan pronto su creador lo soltara, ascendió perezosamente.

—Para decir adiós —Tytler contestó por fin.

IV

Las narices apuntaron a lo alto con perpleja unanimidad. Mary, Bets, Jane y Pam, todavía con sus trajes de farándula, vieron subir la lamparilla de papel de seda por sobre el tejado del burdel, y suspiraron como no lo hacían cuando les tocaba fingir junto a un cliente. El farolillo se empequeñeció conforme remontaba, hasta que se redujo a un minúsculo punto rojo.

Tytler repitió la operación con otro de sus prototipos.

—¡Vamos! ¡Arriba, muchacho! *Per ardua ad astram!*

Pam y Jane se acercaron a Tytler para lacrar un beso de carmín sobre su lujosa calvice. Hecho esto, las chicas se echaron a reír virtualmente a propósito de nada. Se prestaron un peine para cazar liendres una a otra, haciendo resbalar sus dientes de carey a lo largo de unas cabelleras casi mitológicas. Mary se quitó su barba postiza, y luego continuó con el resto de sus ropas. Todavía no acababa de desnudarse cuando Johnson, intrigado por el comportamiento de la chica, le habló en privado a Bozzy.

—Ese condimento secreto del ponche... ¿Qué era?

—Opio en gotas —dijo Boswell—. Pero no me felicitéis por la idea. Se le hubiese ocurrido a cualquiera. Láudano y *whisky*... Brillante, ¿no?

—Maldición, Bozzy.

—¿Una última palabra?

—Concedido. Hablad.

—Nos hubiéramos puesto en ridículo al actuar en mi *Cardenio.*

—Quijote y Sancho Panza... —meditó Johnson—. Por supuesto, yo sería Panza, y vos el Caballero de la Triste Figura. Nadie más quijotesco que vos, querido Bozzy. Tomadlo como un cumplido, una reverencia a vuestro carácter.

—¡Vaya! Merced que me hacéis, señor.

Eleanor Lissander se arrimó a Johnson, seguramente también intoxicada por el ponche. Lo tiró de una manga de regreso al corredor, y entonces lo condujo instintivamente hasta el arranque de una escalera. Trepó un par de peldaños, giró y miró a Johnson de frente. Acarició su peluca de cerda de cabra.

—Apiadaos, querida Eleanor. Os doblo en edad.

Eleanor colocó su índice sobre los labios de Johnson.

—Chssss... Podría adivinar a que hay un cuarto libre allá arriba.

Dictionary se rindió a la voluntad de su benefactora. Los peldaños se arquearon bajo unos pies de plomo, cansados, gotosos, elefantinos. Escuchaba todavía los hilarantes estallidos de las ninfas entre las rosas de té mientras se despiojaban mutuamente, cumpliendo un rito que ellas mismas ignoraban.

La pareja ganó el rellano del piso.

Eleanor se detuvo a observar a través de una sucia ventana.

—Los farolillos volantes, Sam.

Rojas luciérnagas flotaban en el cielo nocturno. Había tres o cuatro de ellas. Se extinguieron al cabo de un rato. Demasiado distantes como para que le importaran a alguien. Eleanor tiritó y se sobó los brazos. Johnson tocó el vestido de la casera de Charlie como sin querer. Conocía esa textura.

—Madam, este paño...

Ella explicó que Boswell le había obsequiado varias yardas de tela.

—Un tafetán verde con muy poco uso —añadió.

Johnson reparó en la exquisita ironía. Eleanor se había vestido con la piel del globo, y él tendría que desvestirla ahora. Por algún motivo, recordó a Boswell echándose puñadas de billetes bajo las calzas hasta abultarse la bragueta. Fue en la buhardilla de este. Antes de salir para acá.

—¿Bozzy os obsequió algo más?

—Él no, pero vos sí. Las libras para reconstruir mi pensión en Grub Street. ¡Cómo retribuir a vuestra providencial donación! Aunque la cantidad no sea del todo suficiente, bastará para el primer pago a los albañiles... Bueno, ¡pero no debiéramos discutir eso ahora! —protestó complaciente Eleanor—. ¿Sabéis una cosa, Sam? Me siento agradablemente mareada. Como una chica en un carrusel. ¿Me ayudáis con el pomo de la puerta?

Johnson se echó adelante y giró la manija de hueso. Forcejeó con esta en vano; alguien había cerrado por dentro. Aporreó la puerta dos o tres veces. Como no hubiera respuesta, acometió con un hombro lastimándose el omóplato. Un aciago crujido lo disuadió de insistir; reculó entre juramentos. Al cabo de una meditada pausa Hermione salió a abrir en persona.

Eleanor Lissander avanzó tímidamente, deslizando una mejilla sobre la jamba descubierta. Todo cuanto vio fue una cama deshecha, con Tom arremolinado entre las sábanas. El chico saludó con la actitud de esconder algo bajo una almohada. Transcurrió un segundo antes de que Johnson

volviese a la carga.

Al principio no supo cómo interpretar aquel cuadro. ¿Hermione sacrificaría su virginidad con Tom? De ser así, constituía una peculiar muestra de bondad. Johnson y su amiga se excusaron por la irrupción, y resolvieron desalojar el cuarto, no sin antes cambiar un par de guiños obsecuentes.

Hermione les rogó que se quedaran. *Dictionary* farfulló una disculpa suspendido en el umbral, mientras Eleanor se aproximaba a Tom, decidida a enterarse del pacto entre los chicos.

—¿Pensabáis hacerlo?

—¿Hacer qué? —preguntó Tom.

—El amor —dijo Eleanor.

Tom levantó la almohada. Lo único que había allí era una cartilla para aprender a leer. El silabario exhibía en su portada el desvaído dibujo de un colegial en un pupitre. Tom tapó un bostezo.

—Herm me enseña las letras, madam.

Un montón de ropa sucia se removió a un lado de la cama. Eleanor pensó en un tercer intruso. Acaso otra de las chicas. Pero no. Un resplandor cobrizo y erizado salió repentinamente a flote, ascendiendo entre las turbias mudas de camisas.

No bien la mujer se percatara de la existencia de Vadim, se congeló en una pose un tanto ridícula. Se ciñó el estómago con los antebrazos, el escote del corpiño desbordado por dos pezones color siena.

Herm intercedió a favor del oso.

—Calma —dijo—. No temáis.

Una campana de tafetán verde abandonó la habitación entre jadeos de pánico. Johnson fue tras ella, mientras Vadim se lamía las almohadillas de una zarpa, con la expresión compungida de un sabueso.

Dictionary alcanzó a Eleanor en el descansillo. Procurando serenarla, trastabilló y terminó cayendo escaleras abajo. Primero fue un rebote sordo, afelpado, semejante al que produciría un costal de coles; después un rechinar de vértebras, de monedas cabrioleando; luego, agónicos soplidos de fuelle.

El oneroso títere quedó varado boca arriba, la peluca corrida sobre los ojos, el zapato izquierdo bailando sobre la punta del pie. Eleanor bajó los peldaños a prisa. En el último escalón, tuvo la pésima suerte de patinar y caer de culo, para entonces ser catapultada por un tabla combada como un muelle.

Cayó planchada sobre Johnson, el abdomen del erudito sirviéndole de colchón. Se abrazaron erráticamente. *Dictionary* miró dentro del busto de la mujer. El palpitante surco olía a bergamota, espliego, almizcle...

—¿Estáis bien, Sam?

—Eso espero —dijo Sam.

Eleanor advirtió que algo le pinchaba bajo la cintura. Abochornada, tomó valor para preguntar a Johnson si había razones para alegrarse. El hombre gordo hizo el amago de tantear su bragueta.

Tras cerciorarse, suspiró y pestañeó como si una nube húmeda velara sus ojos. De pronto tenía en su mano la vieja pistola averiada, cuya involuntaria posesión había contribuido a mantenerlo con vida.

—¿Decepcionada?

Ella lo besó en los párpados, y susurró una tierna palabra justo en el oído que no oía. Transcurrió un segundo de expectación, durante el cual Johnson acarició la cicatriz de Eleanor. Esta sonrió perpleja, ruborizándose poco después. Había percibido una abrupta elevación bajo el abdomen de su septuagenuario amigo.

El prodigio hidráulico sorprendió al propio Johnson. El sabio experimentó un estupor semejante al producido por el tirón de su caña de pescar, cuando la captura del pie de Charlie, semanas antes. Su melancolía retrocedió a las imágenes de los recientes días estivales. Visiones espesas, tórridas, refractadas contra un omnipresente halo de calor.

Frustró aquella divagación la fría mano de Eleanor, la que se acababa de colar dentro de su bragueta. Ella se quedó como al acecho, aguardando los signos de una prometedora tonicidad. Pensó en analogías absurdas: un pepino o un asa de cuchillo. Era estúpido, claro que lo sabía, pero Johnson se dejó arrullar por una perezosa onda de placer. *Dictionary* recordó las pavesas volantes en torno al sitio del incendio en Grub Street.

Eleanor empuñó el tallo de su sexo.

—¿Así está bien, Sam? —preguntó piadosamente.

V

Viernes, 11 de agosto de 1780. En ruta a Edimburgo, reclamado por

asuntos domésticos. Ocupado en mis apuntes, dentro de la diligencia de turno. Noticias de la Guerra Americana. Trato de hacer oídos sordos, pero resulta imposible: antes de salir para Escocia, la prensa ha divulgado la última derrota de la flota de su majestad, ocurrida justo en la antevíspera. El almirantazgo español, unido al francés, han capturado cincuenta y cinco naves del convoy británico. Pero una parte de mí se alegra. Me pregunto si agentes como Morpurgo pasaron información relevante al enemigo.

Conforme nos internamos país arriba el calor disminuye. En cierto punto, percibo una subrepticia bocanada de frío montañés. Leguas después irrumpe una fugaz lluvia de verano. Abedules como lanzas parecen saludarme desde una ladera rocosa. Otra vez la vieja rutina: bosques, paisajes ventosos, descampados... Odio regresar. Sin duda los días serán más largos en Escocia.

No hago el viaje a solas. Increíblemente, comparto la cabina con la marquesa D'Orvils-Kernac y su mascota. El azar nos ha hecho coincidir nuevamente, desde aquella vez en el teatro de Drury Lane. La venerable señora aferra con su garra, pues no puedo calificar de otra forma esa diestra huesuda y crispada, protegida con un par de dedales de plata, un tomo en latín. Intercala la lectura de este con su bordado; de ahí los dedales, naturalmente. El título del libro dice algo así como *De Flagellatione usu in re Veneria... (Sobre el uso de Flagelaciones en el Sexo).*

En un momento dado, la marquesa suspende sus actividades y me pregunta, de manera más bien abrupta, sin por ello dejar de acariciar hipnóticamente el lomo de su armiño, si mi relación con Johnson es lo bastante estrecha para que yo, tan cercano a él según opinión de todos *(madame* recalca con aire adulador), ignore las andanzas de *Dictionary* en París cosa de cinco años atrás. Respondo que míster Johnson tiene un carácter taimado y en el fondo modesto. Y añado que, si él prefería ahorrarse los detalles de su estancia parisina, pues seguramente se trataba de simples banalidades turísticas.

La marquesa guarda silencio y luego echa una siesta. Pero no transcurre mucho antes de que, presa de una agitación que me atrevería a llamar mesmérica, *madame* comience a hablar dormida. No teniendo más alternativa, escucho su monólogo, en el cual describe un *rendez-vous* con nuestro querido Sam. El soliloquio de la marquesa se extiende por unos cuantos minutos, parte gimoteo y parte narración. En su trance cataléptico, emula la voz cavernosa del propio Johnson, quien le exige, supuestamente en la mitad de un *tête-a-tête* amoroso, que lo castigue con un látigo.

Semejante alusión me hiela la sangre. No porque crea (sería ridículo, lo sé) que Johnson se preste a tales lúbricos jugueteos. ¡Bah!, fantasías de una dama senil, eso debe ser todo. No obstante, la posibilidad de que Johnson sea otro además del Johnson oficial, de la efigie canónica, del monumento de sentido común por el que todos lo toman, no deja de aterrarme... Profesionalmente, quiero decir. Después de todo soy su biógrafo, o eso quisiera creer.

A la altura del peaje de York, o acaso media milla después, *madame* D'Orvils-Kernac despierta y me mira con ojos extraviados y torpes, demorándose en reconocerme. Su armiño se despereza y se estira, para después lamerse una pata. Más tarde, al concluir la primera jornada de viaje, pernoctamos en una posada, ubicada a mano derecha de la Carretera del Norte. Sueño perturbado por ruidos nocturnos; recurro a unas gotas de láudano: ¡vaya, cómo echo en falta los ronquidos del general Paoli!

Al día siguiente, precisamente a eso del desayuno, la marquesa se resiste a comparecer, y su ausencia marca para mí una señal de alerta. Descubro, con creciente alarma, que he sido desvalijado, que faltan cosas en mi equipaje, dinero, algunas ropas, pero sobre todo mis papeles... ¡Mis papeles! Salgo a la carretera, pregunto a los demás cocheros estacionados fuera de la posada. En un acto de misericordia, el posadero accede a mostrarme la habitación que ocupara *madame.* Nada hay allí de interés; la marquesa ha abandonado el cuarto hacia el alba. Un último testimonio de la misteriosa viajera: sus dedales de plata

olvidados sobre la mesita de noche.

Esa misma mañana escribo una carta a Johnson, y logro despacharla con el coche postal minutos después. Sin más remedio, adopto una actitud filósofica ante mi pérdida, y vuelvo a la mesa del desayuno. No acabo de terminar mis huevos pochados, cuando el posadero me interpela, y gesticula en mi presencia un tanto intrigado, llamándome hacia la ventana. Hago como dice. Me asomo a través del vano abierto, y observo un espectáculo muy, muy singular. El corazón me da un vuelco, pues cuesta creerlo, y sin embargo...

Ahí está él, buen chico, Dots, el viejo y querido Dots. ¿Me ha seguido todo este tiempo trotando tras la diligencia? Dots menea la cola con entusiasmo. Trae algo en el hocico, un animal muerto. Acudo a su encuentro. El perro tira un pellejo inmaculado y níveo a mis pies: se trata de la mascota de la marquesa.

Aunque hace calor, un flujo de escarcha se remueve y gira en mis arterias como cristales de mercurio. El perro se encabrita y retoza, los belfos cuajados de sangre fresca. El cadáver del armiño brilla contra una mancha de césped. Quién sabe, tal vez sea el anuncio de algo más. ¿Otra aventura? ¿Otro arcano por dilucidar? En fin, basta de conjeturas por hoy...

Ordenaré otra ración de huevos, y una jarra de cerveza negra para el camino. Y un hueso entero, sí, claro. Un corte de jarreta de buey para Dots.

Ven aquí, Dots. Eso es, amigo. Buen chico.

VI

Como venía sucediendo de un tiempo a esta parte, la asamblea de ociosos, conocida familiarmente como el Club Literario, sesionaba en la Cabeza del Turco, café ubicado en el entorno cosmopolita del Soho. Pelucas empolvadas, hombros rociados con talco y almidón, sillas rechinando bajo la presión de

solemnes barrigas... Se habían reunido allí los señores Burke, miembro del parlamento; Reynolds, pintor; Burney, musicólogo; Garrick, actor; el general Paoli, un aletargado fuelle de ronquidos; y naturalmente el doctor Johnson, cabeza visible del ateneo.

Anclado a su asiento, el artista Reynolds llamó ante sí a Barber, quien había retornado ese mismo día desde Bath. El primero se quedó mirando al criado de Johnson largo rato. La expresión de quien recapitula los rasgos de un antiguo modelo súbitamente transformado por la edad. No en vano, tiempo antes, Reynolds había pintado el retrato de Barber. Ciertamente un Barber mucho más joven.

—¿Cuánto hace desde que posaste en mi estudio?

—¡Décadas!, míster Reynolds —afirmó Barber.

Reynolds sofocó un eructo de oporto. Se estiró la media derecha. Se echó una aceituna a la boca, pasándose el hueso de un carrillo a otro.

—¿Y qué tal las termas y demás atracciones de Bath? —preguntó casualmente, ponderando una nueva aceituna entre sus dedos; todo él olía a trementina y ajo—. He oído que el aventurero Thicknesse, famoso por raptar herederas y litigar por sus dotes, ha fijado su residencia en uno de los pisos del Crescent...

El rostro de Barber se iluminó de pronto, sensible a la invocación de Reynolds. Se vio a sí mismo paseando por los prados del Crescent, expuesto a la voluptuosa aura de Bath. El criado se irguió y arregló su levita color pistacho.

—Philipe Thicknesse, por supuesto —dijo—. El sujeto abrió sus aposentos para presentar un alegato contra el autómata llamado *El Turco,* un ajedrecista mecánico que ha visitado todas las cortes del Continente. Comoquiera que fuese, el evento no disfrutó de una gran convocatoria. En cambio, los conciertos de Herschel estuvieron magníficos. El propio Herschel (además de músico, un formidable astrónomo) organizó una charla nocturna sobre los cometas... Tenía un telescopio.

—Algún día invitaremos a *El Turco* a nuestro Club —aprobó sardónico Reynolds—. No faltaría más. *El Turco* en la Cabeza del Turco, ¿no es obvio? Me encantaría verlo jugar ajedrez contra Johnson. En cuanto a los cometas...

Johnson levantó una copita de clarete y propuso un brindis.

—¡Esto perpetua!

—¡Esto perpetua! —respondieron los demás miembros del Club.

Llevaban unas cuatro o cinco horas en el lugar, por lo que la atmósfera se había cargado con los vapores de bebidas y comidas, sin mencionar efluvios mucho menos nobles. Johnson expectoró. Recordó su enfisema.

—Al diablo con el ajedrez —protestó—. ¿Quién tiene algo nuevo que contar?

Garrick tomó la palabra.

—Supe —se dirigió a Johnson— que le habéis dado con una naranja en los testículos a mi *Hamlet.*

—¡Buen tiro! —corearon los demás al unísono.

—Pero no debéis preocuparos —instruyó Johnson a Garrick, el actor shakespereano del siglo—. No pretendo hacer que me reembolséis el precio de la fruta. Aunque no diría lo mismo de la entrada a vuestra función en Drury Lane.

Garrick sonrió con ligero cinismo.

—Espero —dijo— que no os comportéis igual con mi *Macbeth.*

—Espero —anunció Johnson— que vuestro *Macbeth* no sea tan malo como el *Hamlet* que vi. ¿Cómo se os ocurrió podar a un árbol sano su mejor rama?

—Os referís al Acto V, ¿correcto? —terció Burke, los codos proyectados sobre el borde de la mesa. A continuación miró a Garrick y levantó una ceja interrogativa. Luego exclamó anhelante—: ¡El episodio del cráneo!

El pintor Reynolds trazaba un dibujo sobre el polvo de la mesa. Levantó la yema de su índice y la limpió con una servilleta. Entonces hizo una seña a Francis Barber para que renovara la provisión de licor. Después pidió que abrieran las ventanas.

—Vamos, no debe ser para tanto —alegó Reynolds—. Shakespeare, esto, Shakespeare lo otro... Con el tiempo el asunto se hace un poco monótono, caballeros. Y además...

Johnson pareció adivinar el desenlace del argumento. Orientó su oreja hábil hacia Reynolds, evitando que el ruido de la calle, la bulliciosa marea humana, eclipsara las palabras del pintor.

—¿Además qué? —interrumpió Garrick.

Burke relevó a Reynolds de brindar una explicación engorrosa.

—Confío —dijo Burke— que no os escandalizará, queridos señores,

discutir la autenticidad biográfica del bardo. Si es que he comprendido bien la insinuación de nuestro amigo Reynolds, el *corpus* de Shakespeare pudo haber sido escrito por muchas plumas. Yo mismo a menudo he pensado que...

Un susurro. Tosidos.

—¿Amo Samuel?

En ese instante el criado negro se aproximó a Johnson, y deslizó una nota lacrada junto al pie de su copa. *Dictionary* desplegó el borde superior del papel, diseminando las esquirlas de cera roja sobre sus mangas. Reconoció de inmediato la letra de Bozzy. Leyó en silencio. Sus labios llevaban a cabo una mímica delatora.

Rumiaba cada palabra con muda, concentrada voracidad.

—¿Noticias, Sam?

—¿Eh? ¿Perdón?

Uno de los contertulios se le acercó para preguntar si todo estaba en orden. Entretanto, Paoli se había quedado dormido, como era su costumbre. Aprovechando la siesta del general, Reynolds alzó una cuchara y la pavonó contra el aliento del durmiente; después colocó la cavidad empañada sobre el bulboso apéndice, equilibrándola por encima del caballete de la nariz. Paoli continuó sesteando como si nada, el mango de la cuchara cruzado contra la boca abierta. La rutina cómica mereció una sorda carcajada, pero ni aun así Paoli dio indicios de despertar. La cuchara daba la impresión de levitar.

—¿Noticias? ¿Algo malo? —insistió la amigable voz.

—Nada... Nada en particular —pretextó Johnson.

Tras lo cual se levantó y fue hasta la ventana.

Dobló el mensaje por la mitad, y esta mitad en dos nuevas mitades. Guardó la nota de Boswell en un bolsillo, inclinándose fuera del marco de la ventana, absorto en la contemplación del ocaso. Sentía la mirada exhausta y turbia. Recordó a su esposa muerta, y también sus posteriores idilios, todos ellos decorosamente vicarios, excepto por...

Nada, nada en particular.

Parpadeó contra la luz que agonizaba.

—Ya regreso con vosotros, caballeros —dijo y se apartó del vano.

Un sol negro ahogándose en el filo del horizonte.

VII

Despertó a medianoche, en su habitación del 8 de Boult Court. Su conciencia tardaba en avenirse con las dimensiones del dormitorio. Había tenido ese insólito sueño: todos estaban en lo del club, incluso Garrick, el pobre Garrick, muerto un año atrás. Una fantasmagoría, pensó, soñar con muertos. O acaso era algo que debía agradecer... Un regalo enviado desde una orilla demasiado remota. Buscó bolsones de frío bajo las sábanas.

No obstante, el correo de Boswell era un dato positivo, indesmentible. El cuadrado de papel descansaba actualmente bajo una palmatoria, justo en la mesita lateral. Johnson desencogió las piernas, arrastrando los tobillos hacia las esquinas de la cama. La bujía chisporroteaba, reducida a un cuarto del fuste original. Un haz anaranjado, untuoso. Se despabiló y desentumeció, sentándose sobre el borde del lecho. Esperó.

Su cuerpo era una arquitectura pesada y ruinosa. Para colmo, estaba un tanto mareado. Las sienes le latían como si tuviera dentro un panal de abejas. La bendición de aquel verano tendía a disiparse: pronto regresarían la bruma, la lluvia, la escarcha... Se ladeó reclamado por un maullido. Maldición, ¿había entrado un gato? Una de las reencarnaciones de Hodge, un avatar de su mascota, ya lo sabía. Volvió a oír el mismo chillido gutural y penetrante.

—Pschh, pschh... ¿Dónde estás, amiguito?

Un ovillo atigrado saltó sobre su regazo, y se quedó allí por unos minutos, cobijándose ambiciosamente. Johnson se puso de pie, y el animal dio un brinco de regreso al suelo. El gato trotó con sus cuatro zarpas de camino al armario, hasta donde le siguió Johnson, cada pantufla zigzagueando por su cuenta.

El animal raspó la hoja del mueble con una pata delantera, ansioso por acceder al trasmundo en el que Johnson había condenado su vieja peluca, algunos libros y una pierna de cerdo ahumada.

Los dientes de una llave escarbaron dentro de la cerradura del armario. El mecanismo cedió al cabo de poco. Johnson retiró la llave, y abrió la puerta. Doradas vetas de roble se dejaban ver a través del barniz. El gato se encaramó sobre sus patas traseras.

—Paciencia, amiguito.

La fresca cavidad guardaba un jamón, lo bastante seco como para recordar un trozo de mármol rosa. Johnson pellizcó la pierna de cerdo, despegando una

estría de carne, la que luego tiró al gato. El hombre levantó la palmatoria, y alumbró con la vela el fondo del armario, consistente en una recia chapa de roble. Despejó el interior de un par de trastos. Producto de la intervención, su peluca cayó y rodó hasta sus pies, emitiendo un melancólico frufrú.

Llevó el nimbo de la llama hacia lo que parecía un atlas náutico. O tal vez un palimpsesto medieval o isabelino. En fin, sin duda una versión perfeccionada de las imitaciones de Chatterton, otra alma en pena planeando sobre Grub Street... Johnson respiró, y acarició la superficie.

Cuatro clavos estiraban el pergamino, otorgándole una tersura sobrenatural. La piel, porque sin duda era eso, una piel humana, tenía forma de hegáxono y ocupaba todo el fondo del mueble. *Dictionary* carraspeó.

Creía que llevaba aspada en la garganta una espina de merluza.

—*Mendacia poetarum serviunt veritati* —pensó en voz alta—. «Las mentiras de los poetas ayudan a la verdad».

Una mirada miope barrió las primeras de las líneas apócrifas, más adivinándolas que leyéndolas. Era, en todo caso, el único *Cardenio* existente.

—Buenas noches, Charlie —murmuró luctuoso Johnson.

Echó llave y regresó a la cama, no sin antes recitar sus oraciones. A punto de quedarse dormido, tumbado sobre el crepitante colchón, notó que su chichón empezaba a desinflarse. Ya no dolía.

Ya nada dolía.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

CUARTA PARTE

QUINTA PARTE

SEXTA PARTE

Son caracteres auténticos, y por lo demás de una vitalidad desopilante, Samuel Johnson (t1784), Giuseppe Baretti (t1789), Edmond Malone (t1812), el duque de Almodóvar (t1794), James Boswell (t1795), Teresa Cornelys (t1797), James Tytler (t1804), William Beckford (t1844), así como el enano áulico Jeffrey Hudson, alias lord Minimus (t1682), y en no menor medida todos los miembros del Club citados al pasar.

«Nada puede compensar la omisión de este año entre todos los años», escribe James Boswell refiriéndose al año de 1780, período en que interrumpió involuntariamente su trato con Samuel Johnson, justo cuando este gozaba de una salud excepcional «y su mente era más feliz de lo que jamás había sido». Boswell creía haberse alienado de una compañía memorable, durante una bonanza que pronto sería consumida por la enfermedad y la muerte del maestro.

En particular, el verano de 1780 fue bastante bochornoso, tal vez el segundo o tercer verano más caliente de la centuria, como así lo atestiguan las *Observaciones Termométricas* de la Royal Society, realizadas con un siglo de perspectiva por el meteorólogo James Glaisher *(Transactions,* 1851). Ciertamente, el clima político de aquel verano terminaría por poner unos grados más al termómetro... La armada francoespañola de 1779, y las revueltas antipapistas encabezadas por lord Gordon el año siguiente, sin mencionar la paranoia provocada por los supuestos espías americanos, crearon una atmósfera asfixiante. Por otra parte, el año 1780 coincide con la gran edición española del *Quijote* por el impresor Ybarra.

Me excuso de uno o dos anacronismos deliberados, por ejemplo el haber antedatado el primer viaje en globo sobre el Canal de la Mancha, el que no ocurriría sino hasta enero de 1785. Aun así, el autodidacta James Tytler, segundo editor de la *Encyclopaedia Britannica,* sería el primero en elevar un globo aeróstatico en suelo inglés, proeza que llevó a cabo tan temprano como en 1784. Es dudoso que él hubiese mantenido alguna relación con el círculo de Samuel Johnson. En otro orden de cosas, el planeta Georgianus, después Uranus, fue identificado por el astrónomo Herschel hacia 1781. La moda de los emparedados que homenajeaba al barón de Sandwich estaba en plena boga por entonces.

He recurrido para esta ficción a las formidables, y a menudo muy idiosincrásicas, biografías dieciochescas sobre el Doctor Johnson: *Life of*

Samuel Johnson (1787), por Hawkins; *Anecdotes of the Late Samuel Johnson* (1786), por Hester Thrale; y la monumental *The Life of Samuel Johnson* (1791), por Boswell mismo. Todos los libros, autores y traductores citados son verídicos. Ahora bien, la peripecia del «Cardenio» de Cervantes entre los isabelinos ha sido documentada por el hispanista escocés James Fitzmaurice Kelly en *Tudor Translators* y *Cervantes in England* (1905). Roger Chartier revisita el mismo tema en un libro contemporáneo, *Cardenio entre Cervantes et Shakespeare. Histoire d'une piece perdue* (2011).